
MARRY SHELLEY
FRANKENSTEIN
Ilustrado por: Byron Velis

MARY SHELLEY

Mary Shelley nace en Londres en 1797, hija de dos pensadores progresistas que establecerán las bases de su avanzada educación.

Su madre, Mary Wollstonecraft, era una conocida pionera del feminismo. En 1816 se casa con el poeta Percy B. Shelley. Su tendencia a la depresión y la tensa relación con su marido marcarán su vida y su obra. Muere en 1851 en Italia.

De su obra destacan Frankenstein (1818), Valperga (1823) y The last man (1826).

Prólogo

El suceso en el cual se fundamenta este relato imaginario ha sido considerado por el doctor Darwin y otros fisiólogos alemanes como *no del todo imposible*.

En modo alguno quisiera que se suponga que otorgo el mínimo grado de credibilidad a semejantes fantasías; sin embargo, al tomarlo como base de una obra fruto de la imaginación, no considero haberme limitado simplemente a enlazar, unos con otros, una serie de terrores de índole sobrenatural.

El hecho que hace despertar el interés por la historia está exento de las desventajas de un simple relato de fantasmas o encantamientos.

Me vino sugerido por la novedad de las situaciones que desarrolla, y, por muy imposible que parezca como hecho físico, ofrece para la imaginación, a la hora de analizar las pasiones humanas, un punto de vista más comprensivo y autorizado que

el que puede proporcionar el relato corriente de acontecimientos reales.

Así pues, me he esforzado por mantener la veracidad de los elementales principios de la naturaleza humana, a la par que no he sentido escrúpulos a la hora de hacer innovaciones en cuanto a su combinación. *La Ilíada*, el poema trágico de Grecia; Shakespeare en *La tempestad y El sueño de una noche de verano*; y sobre todo Milton en *El paraíso perdido* se ajustan a esta regla.

Así pues, el más humilde novelista que intente proporcionar o recibir algún deleite con sus esfuerzos puede, sin presunción, emplear en su narrativa una licencia, o, mejor dicho, una regla, de cuya adopción tantas exquisitas combinaciones de sentimientos humanos han dado como fruto los mejores ejemplos de poesía.

La circunstancia en la cual se basa mi relato me fue sugerida en una conversación trivial. Lo comencé en parte como diversión y en parte como pretexto para ejercitar cualquier recurso de mi mente que

aún tuviera intacto. A medida que avanzaba la obra, otros motivos se fueron añadiendo a éstos.

En modo alguno me siento indiferente ante cómo puedan afectar al lector los principios morales que existan en los sentimientos o caracteres que contiene la obra. Sin embargo, mi principal preocupación en este punto se ha centrado en la eliminación de los efectos enervantes de las novelas de hoy en día, y en exponer la bondad del amor familiar, así como la excelencia de la virtud universal.

Las opiniones que lógicamente surgen del carácter y situación del héroe en modo alguno deben considerarse siempre como convicciones mías; ni se debe extraer de las páginas que siguen conclusión alguna que prejuicie ninguna doctrina filosófica del tipo que fuera.

Es además de gran interés para la autora el hecho de que esta historia se comenzara en la majestuosa región donde se desarrolla la obra principalmente, y rodeada de personas cuya ausencia no cesa de

lamentar. Pasé el verano de 1816 en los alrededores de Ginebra. La temporada era fría y lluviosa, y por las noches nos agrupábamos en torno a la chimenea. Ocasionalmente nos divertíamos con historias alemanas de fantasmas, que casualmente caían en nuestras manos.

Aquellas narraciones despertaron en nosotros un deseo juguetón de emularlos. Otros dos amigos *(cualquier relato de la pluma de uno de ellos resultaría bastante más grato para el lector que nada de lo que yo jamás pueda aspirar a crear)* y yo nos comprometimos a escribir un cuento cada uno, basado en algún acontecimiento sobrenatural.

Sin embargo, el tiempo de repente mejoró, y mis dos amigos partieron de viaje hacia los Alpes donde olvidaron, en aquellos magníficos parajes, cualquier recuerdo de sus espectrales visiones.

El relato que sigue es el único que se terminó.

Carta 1

A la señora Saville, Inglaterra
San Petersburgo, 11 de diciembre de 17...

Te alegrarás de saber que ningún percance ha acompañado el comienzo de la empresa que tú contemplabas con tan malos presagios.

Llegué aquí ayer, y mi primera obligación es tranquilizar a mi querida hermana sobre mi bienestar y comunicarle mi creciente confianza en el éxito de mi empresa.

Me encuentro ya muy al norte de Londres, y andando por las calles de Petersburgo noto en las mejillas una fría brisa norteña que azuza mis nervios y me llena de alegría. ¿Entiendes este sentimiento? Esta brisa, que viene de aquellas regiones hacia las que yo me dirijo, me anticipa sus climas helados. Animado por este viento prometedor, mis esperanzas se hacen más fervientes y reales.

Intento en vano convencerme de que el Polo es la

morada del hielo y la desolación.

Sigo imaginándomelo como la región de la hermosura y el deleite. Allí, Margaret, se ve siempre el sol, su amplio círculo rozando justo el horizonte y difundiendo un perpetuo resplandor.

Allí pues con tu permiso, hermana mía, concederé un margen de confíanza a anteriores navegantes, allí, no existen ni la nieve ni el hielo y navegando por un mar sereno se puede arribar a una tierra que supera, en maravillas y hermosura, cualquier región descubierta hasta el momento en el mundo habitado.

Puede que sus productos y paisaje no tengan precedente, como sin duda sucede con los fenómenos de los cuerpos celestes de esas soledades inexploradas. ¿Hay algo que pueda sorprender en un país donde la luz es eterna? Puede que allí encuentre la maravillosa fuerza que mueve la brújula; podría incluso llegar a comprobar mil observaciones celestes que requieren sólo este viaje para deshacer para siempre sus aparentes contradicciones. Saciaré

mi ardiente curiosidad viendo una parte del mundo jamás hasta ahora visitada y pisaré una tierra donde nunca antes ha dejado su huella el hombre.

Estos son mis señuelos, y son suficientes para vencer todo temor al peligro o a la muerte e inducirme a emprender este laborioso viaje con el placer que siente un niño cuando se embarca en un bote con sus compañeros de vacaciones para explorar su río natal. Pero, suponiendo que todas estas conjeturas fueran falsas, no puedes negar el inestimable bien que podré transmitir a toda la humanidad, hasta su última generación, al descubrir, cerca del Polo, una ruta hacia aquellos países a los que actualmente se tarda muchos meses en llegar; o al desvelar el secreto del imán, para lo cual, caso de que esto sea posible, sólo se necesita de una empresa como la mía.

Estos pensamientos han disipado la agitación con la que empecé mi carta y siento arder mi corazón con un entusiasmo que me transporta; nada hay que tranquilice tanto la mente como un propósito claro, una meta en la cual el alma pueda fiar su aliento

intelectual.

Esta expedición ha sido el sueño predilecto de mis años jóvenes. Apasionadamente he leído los relatos de los diversos viajes que se han hecho con el propósito de llegar al Océano Pacífico Norte a través de los mares que rodean el Polo.

Quizá recuerdes que la totalidad de la biblioteca de nuestro buen tío Thomas se reducía a una historia de todos los viajes realizados con fines exploradores. Mi educación estuvo un poco descuidada, pero fui un lector empedernido. Estudiaba estos volúmenes día y noche y, al familiarizarme con ellos, aumentaba el pesar que sentí cuando, de niño, supe que la última voluntad de mi padre en su lecho de muerte prohibía a mi tío que me permitiera seguir la vida de marino.

Aquellas visiones se desvanecieron cuando entré en contacto por primera vez con aquellos poetas cuyos versos llenaron mi alma y la elevaron al cielo.

Me convertí en poeta también y viví durante un año en un paraíso de mi propia creación; me imaginé

que yo también podría obtener un lugar allí donde se veneran los nombres de Homero y Shakespeare. Tú estás bien al corriente de mi fracaso y de cuán amargo fue para mí este desengaño. Pero justo entonces heredé la fortuna de mi primo, y, mis pensamientos retornaron a su antiguo cauce.

Han pasado seis años desde que decidí llevar a cabo la presente empresa. Incluso ahora puedo recordar el momento preciso en el que decidí dedicarme a esta gran labor. Empecé por acostumbrar mi cuerpo a la privación. Acompañé a los balleneros en varias expediciones al mar del Norte y voluntariamente sufrí frío, hambre, sed y sueño.

A menudo trabajé más durante el día que cualquier marinero, mientras dedicaba las noches al estudio de las matemáticas, la teoría de la Medicina y aquellas ramas de las ciencias físicas que pensé serían de mayor utilidad práctica para un aventurero del mar. En dos ocasiones me enrolé como segundo de a bordo en un ballenero de Groenlandia yambas veces salí con éxito.

Debo reconocer que me sentí orgulloso cuando el capitán me ofreció el puesto de piloto en el barco y me pidió reiteradamente que me quedara ya que tanto apreciaba mis servicios.

Y ahora, querida Margaret, ¿no merezco llevar a cabo alguna gran empresa? Podía haber pasado mi vida rodeado de lujo y comodidad, pero he preferido la gloria a cualquiera de los placeres que me pudiera proporcionar la riqueza.

¡Si tan sólo una voz, alentadora me respondiera afirmativamente! Mi valor y mi resolución son firmes, pero mis esperanzas fluctúan y mi ánimo se deprime con frecuencia. Estoy a punto de emprender un largo y difícil viaje, cuyas vicisitudes exigirán de mí todo mi valor. Se me pide no sólo que levante el ánimo de otros, sino que conserve mi entereza cuando ellos flaqueen.

Esta es la época más favorable para viajar por Rusia. Vuelan sobre la nieve en sus trineos; el movimiento es agradable y, a mi modo de ver, mucho más cómodo que el de los coches de caballos ingleses.

El frío no es extremado, si vas envuelto en pieles, atuendo que yo ya he adoptado. Hay una gran diferencia entre andar por la cubierta y permanecer sentado, inmóvil durante horas, sin hacer el ejercicio que impediría que la sangre se te hiele materialmente en las venas. ¡No tengo la intención de perder la vida en la ruta entre San Petersburgo y Arkángel!.

Partiré hacia esta última ciudad dentro de dos o tres semanas, y pienso fletar allí un barco, cosa que me será fácil si le pago el seguro al dueño; también contrataré cuantos marineros considere precisos de entre los que están acostumbrados a ir en balleneros.

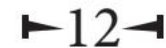
No pienso navegar hasta el mes de Junio; y en cuanto a mi regreso, querida hermana, ¿cómo responder a esta pregunta? Si tengo éxito, pasarán muchos, muchos meses, incluso años, antes de que tú y yo nos volvamos a encontrar.

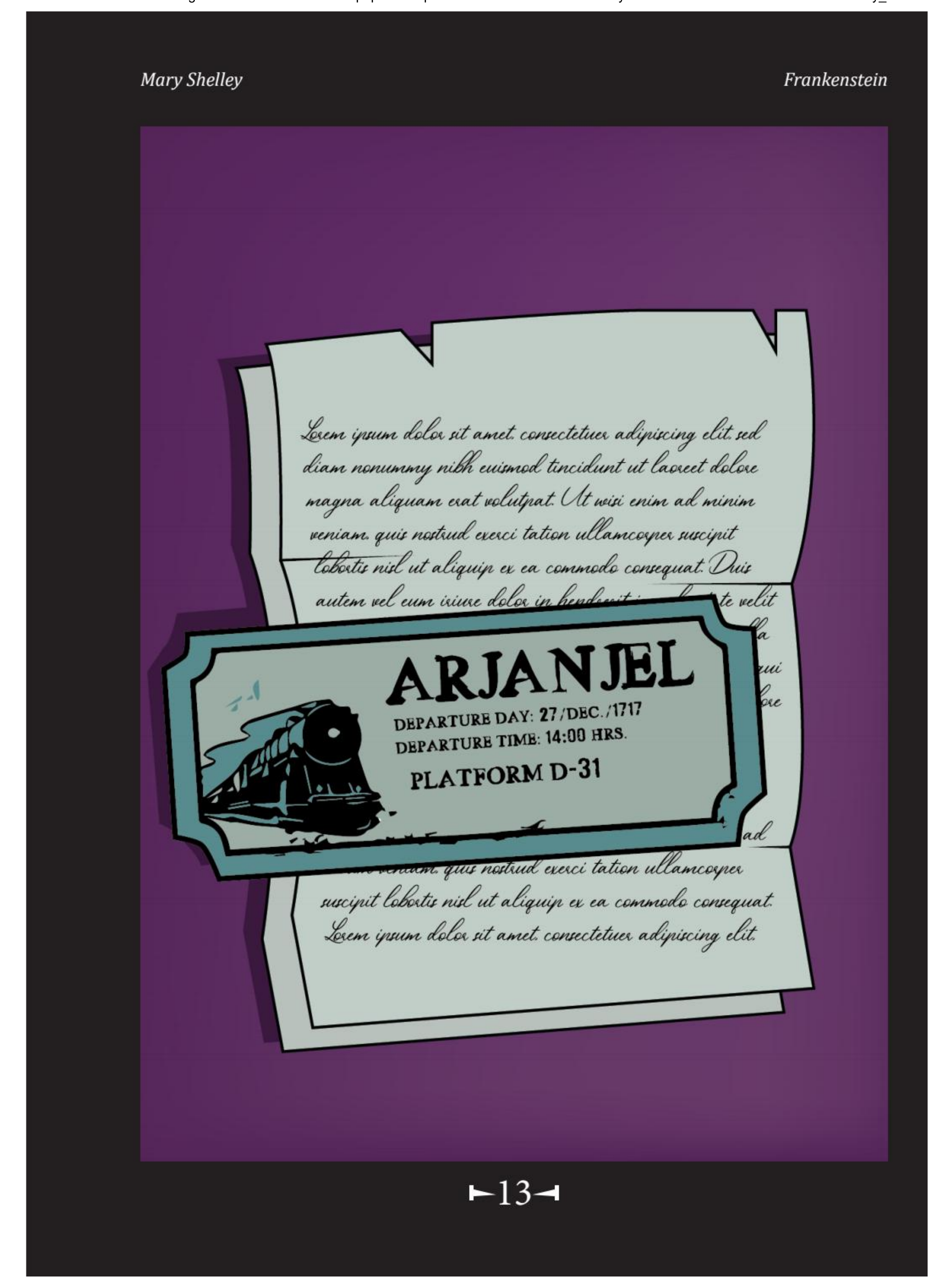
Si fracaso, me verás o muy pronto, o nunca. Hasta la vista, mi querida y excelente Margaret. Que el cielo

te envíe todas las bendiciones y a mí me proteja para que pueda atestiguarte una y otra vez mi gratitud por todo tu amor y tu bondad.

Tu afectuoso hermano,

ROBERT WALTON.




Lorem ipsum dolor sit amet. consectetuer adipiscing elit. sed
diam nonummy nibh euismod tincidunt ut laoreet dolore
magna aliquam erat volutpat. Ut wisi enim ad minim
veniam. quis nostrud exerci tation ullamcorper suscipit
lobortis nisl ut aliquip ex ea commodo consequat. Duis
autem vel eum iriure dolor in
ARJANJEL
DEPARTURE DAY: 27/DEC./1717
DEPARTURE TIME: 14:00 HRS.
PLATFORM D-31
quis nostrud exerci tation ullamcorper
suscipit lobortis nisl ut aliquip ex ea commodo consequat.
Lorem ipsum dolor sit amet. consectetuer adipiscing elit.

Carta 2

A la señora Saville, Inglaterra
Arkángel, 28 de marzo de 17...

¡Qué despacio pasa aquí el tiempo, rodeado como estoy de nieve y hielo!. Sin embargo, he dado ya un segundo paso hacia la realización de mi empresa. He fletado un barco y estoy ocupado en reunir la tripulación; los que ya he contratado parecen hombres en quienes puedo confiar e indudablemente están dotados de invencible valor.

Tengo, empero, un deseo aún por satisfacer y este vacío me acucia ahora de manera terrible. No tengo amigo alguno, Margaret; cuando arda con el entusiasmo del éxito, no habrá nadie que comparta mi alegría; si soy víctima del desaliento, nadie se esforzará por disipar mi desánimo. Podré plasmar mis pensamientos en el papel, cierto, pero es un pobre medio para comunicar los sentimientos.

Añoro la compañía de un hombre que pudiera compenetrarse conmigo, cuya mirada respondiera

a la mía. Me puedes tachar de romántico, querida hermana, pero echo muy en falta a un amigo. No tengo a nadie cerca que sea tranquilo a la vez que valeroso, culto y capaz, cuyos gustos se parezcan a los míos, que pueda aprobar o corregir mis proyectos.

¡Qué bien enmendaría un amigo así los fallos de tu pobre hermano! Soy demasiado impulsivo en la ejecución y demasiado impaciente con los obstáculos. Pero aún me resulta más nocivo el hecho de haberme autoeducado. Durante los primeros catorce años de mi vida corrí por los campos como un salvaje, y no leí nada salvo los libros de viajes de nuestro tío Thomas.

A esa edad empecé a familiarizarme con los renombrados poetas de nuestra patria. Pero no vi la necesidad de aprender otras lenguas que la mía hasta que no estaba en mi poder el sacar los máximos beneficios de esta convicción. Tengo ahora veintiocho años, y en realidad soy más inculto que muchos colegiales de quince.

Es cierto que he reflexionado más, y que mis sueños son más ambiciosos y magníficos, pero carecen de equilibrio (como dicen los pintores). Me hace mucha falta un amigo que tuviera el suficiente sentido común como para no despreciarme por romántico y que me estimara lo bastante como para intentar ordenar mi mente.

Bien, son éstas lamentaciones vanas; sé que no encontraré amigo alguno en el vasto océano, ni siquiera aquí, en Arkángel, entre mercaderes y hombres de mar. Sin embargo, incluso en estos rudos corazones laten algunos sentimientos, extraños a la escoria de la naturaleza humana.

Mi lugarteniente, por ejemplo, es un hombre de enorme valor e iniciativa, empecinado en su afán de gloria. Es inglés, y, aunque lleno de prejuicios nacionales y profesionales, jamás limados por la educación, retiene algunas de las más preciosas cualidades humanas. Lo conocí a bordo de un ballenero, y, al saber que se encontraba en esta ciudad sin trabajo, no tuve ninguna dificultad para persuadirlo de que me ayudara en mi aventura. El

capitán es una persona de excelente disposición y muy querido en el barco por su amabilidad y flexibilidad en la disciplina. Tanta es la bondad de su naturaleza, que no quiere calar (deporte favorito aquí) casi la única diversión, porque no soporta derramar sangre.

Es además de una heroica generosidad. Hace algunos años se enamoró de una joven rusa de familia relativamente acomodada; tras hacerse con una considerable fortuna por la captura de navíos enemigos, el padre de la joven dio su consentimiento al matrimonio.

Él vio a su prometida una vez antes de la ceremonia. Bañada en lágrimas, se le arrojó a los pies, y le suplicó la perdonara, a la vez que le confesaba su amor por otro hombre con el cual su padre nunca consentiría que se casara, ya que carecía de fortuna.

Mi desprendido amigo tranquilizó a la suplicante muchacha y, en cuanto supo el nombre de su amado, abandonó al instante su galanteo. Había ya comprado con su dinero una granja, en la cual

pensaba pasar el resto de su vida, pero se la cedió a su rival, junto con el resto de su fortuna, para que pudiera comprar algunas reses. Él mismo solicitó del padre de la joven el consentimiento para la boda, mas el anciano se negó considerándose en deuda de honor con mi amigo, el cual, al ver al padre en actitud tan inflexible, abandonó el país para no regresar hasta saber que su antigua novia se había casado con el hombre a quien amaba.

«¡Qué persona tan noble!», exclamarás sin duda, y así es, pero desgraciadamente ha pasado toda su vida a bordo de un barco y apenas tiene idea de algo que no sean las maromas y los obenques.

Mas no pienses que el que me queje un poco, o crea que quizá nunca llegue a conocer el consuelo para mi tristeza, signifique que titubeo en mi decisión. Esta es tan firme como el destino mismo, y mi viaje se ve retrasado tan sólo porque espero un tiempo favorable que me permita zarpar.

El invierno ha sido tremendamente duro; pero la primavera promete ser buena e incluso parece que

se adelantará, de modo que quizá pueda hacerme a la mar antes de lo previsto. No actuaré con precipitación; me conoces lo suficientemente bien como para fiarte de mi prudencia y moderación cuando tengo confiada la seguridad de otros.

No puedo describirte la emoción que tengo ante la proximidad del comienzo de mi empresa. Es imposible transmitirte una idea de la tremenda emoción, mezcla de agrado y de temor, con la cual me dispongo a partir.

Marcho hacia lugares inexplorados, hacia «la región de la brumas la nieve», pero no mataré a ningún albatros, así que no temas por mi suerte.

¿Te encontraré de nuevo, tras cruzar inmensos mares y rodear los cabos de Africa o América? ,No me atrevo a esperar tal éxito, y no obstante no puedo soportar la idea del fracaso. Continúa aprovechando toda oportunidad de escribirme; puede que reciba tus cartas (si bien hay pocas esperanzas) cuando más las necesite para animarme.

Te quiero mucho. Recuérdame con afecto si no vuelves a saber de mí.

Tu afectuoso hermano,

ROBERT WALTON.



Carta 3

A la señora Saville, Inglaterra
7 de julio de 17...

Mi querida hermana:

Te escribo con premura unas líneas para decirte que estoy bien y que mi viaje está muy avanzado.

Te llegará esta carta por un buque mercante que regresa a casa desde Ankángel; es más afortunado que yo, que puede que no vea mi patria en muchos años.

Sin embargo, estoy animado; mis hombres son valerosos y parecen tener una firme voluntad. No les desaniman ni siquiera las capas de hielo que constantemente flotan a nuestro lado, presagio de los peligros que alberga la región hacia la cual nos dirigimos.

Ya hemos alcanzado una latitud muy alta, pero

estamos en pleno verano, y, aunque la temperatura es menos alta que en Inglaterra, los vientos del sur, que nos empujan velozmente hacia las costas que ansío ver, traen consigo un alentador grado de calor que no había esperado.

Hasta el momento no nos ha acaecido ningún incidente que merezca la pena contar.

Un par de ventiscas fuertes y la ruptura de un mástil son accidentes que navegantes avezados apenas si recordarían.

Yo me encontraré satisfecho si nada peor nos acontece durante el viaje.

Adiós, querida Margaret. Estáte tranquila, pues tanto por mi bien como por el tuyo no afrontaré peligros innecesariamente.

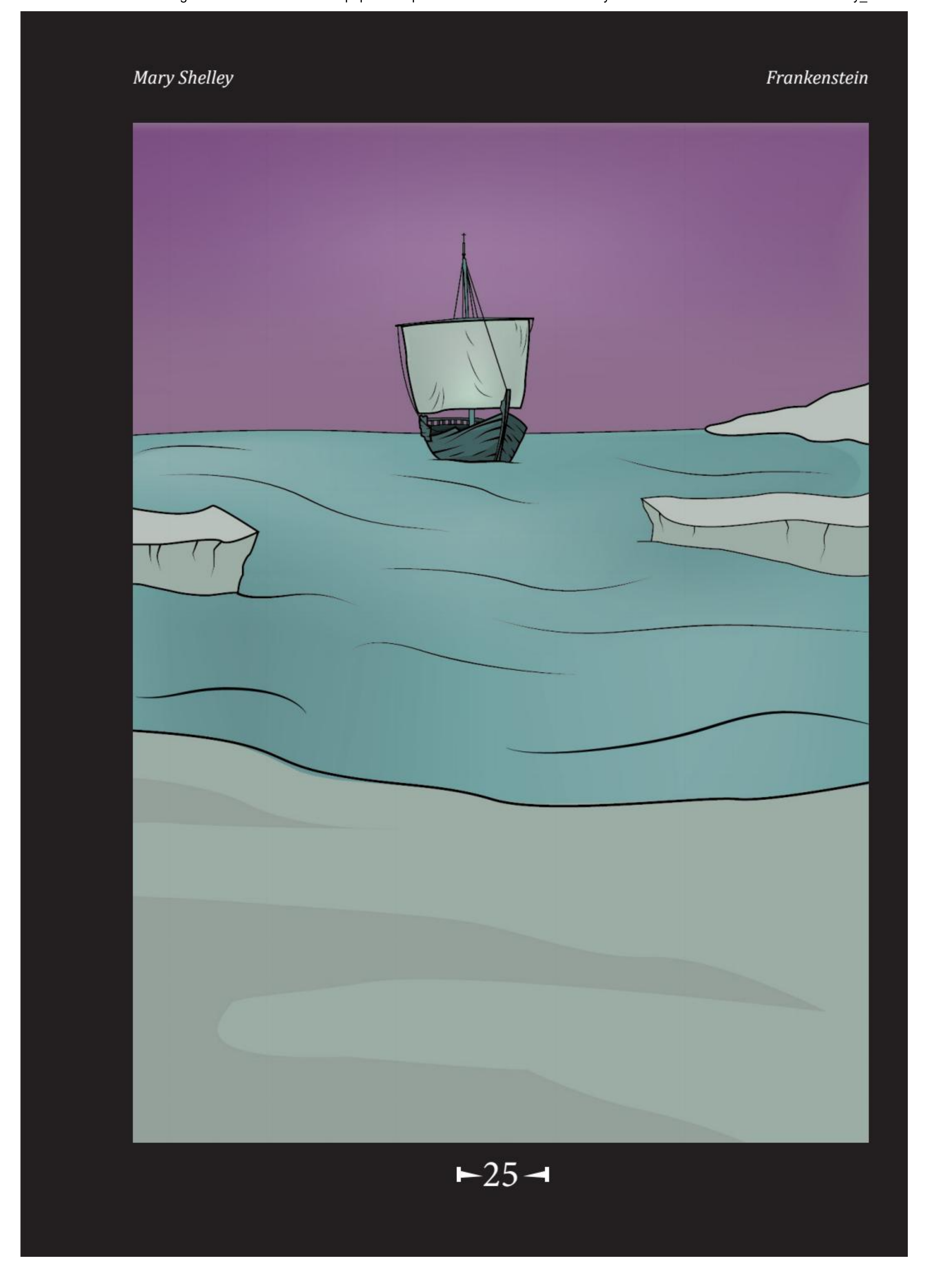
Permaneceré sereno, perseverante y prudente.

Mis saludos a mis amigos ingleses.

Tuyo afectísimo,

ROBERT WALTON.





Carta 4

A la señora Saville, Inglaterra
5 de agosto de 17...

Nos ha ocurrido un accidente tan extraño, que no puedo dejar de anotarlo, si bien es muy probable que me veas antes de que estos papeles lleguen a tus manos.

El lunes pasado (31 de julio) nos hallábamos rodeados por el hielo, que cercaba el barco por todos los lados, dejándonos apenas el agua precisa para continuar a flote. Nuestra situación era algo peligrosa, sobre todo porque nos envolvía una espesa niebla. Decidimos, por tanto, permanecer al pairo con la esperanza de que adviniera algún cambio en la atmósfera yel tiempo.

Hacia las dos de la tarde, la niebla levantó y observamos, extendiéndose en todas direcciones, inmensas e irregulares capas de hielo que parecían no tener fin.

Algunos de mis compañeros lanzaron un gemido, y yo mismo empezaba a intranquilizarme, cuando de pronto una insólita imagen acaparó nuestra atención y distrajo nuestros pensamientos de la situación en la que nos encontrábamos.

Como a media milla y en dirección al norte vimos un vehículo de poca altura, sujeto a un trineo y tirado por perros. Un ser de apariencia humana, pero de gigantesca estatura, iba sentado en el trineo y dirigía los perros. Observamos con el catalejo el rápido avance del viajero hasta que se perdió entre los lejanos montículos de hielo.

Esta visión provocó nuestro total asombro. Nos creíamos a muchas millas de cualquier tierra, pero esta aparición parecía demostrar que en realidad no nos encontrábamos tan lejos como suponíamos.

Pero, cercados como estábamos por el hielo, era imposible seguir el rastro de aquel hombre al que habíamos observado con la mayor atención. Unas dos horas después de esto oímos el bramido del mar y antes del anochecer el hielo rompió, liberando

nuestro navío. Sin embargo, permanecimos allí hasta la mañana siguiente, temerosos de encontrarnos con esos grandes témpanos sueltos que flotan tras haberse roto el hielo. Aproveché ese tiempo para descansar unas horas.

Por la mañana, en cuanto hubo amanecido, salí a cubierta y me encontré a toda la tripulación hacinada a un lado del navío, aparentemente conversando con alguien fuera del barco.

En efecto, sobre un gran fragmento de hielo, que se nos había acercado durante la noche, había un trineo parecido al que ya habíamos divisado. Unicamente un perro permanecía vivo; pero había un ser humano en el trineo, al cual los marineros intentaban persuadir de que subiera al barco.

No parecía, como el viajero de la noche anterior, un habitante salvaje procedente de alguna isla inexplorada, sino un europeo. Cuando aparecí en cubierta, mi segundo oficial gritó:

– Aquí está nuestro capitán, y no permitirá que

usted muera en mar abierto.

Al verme, el hombre se dirigió a mí en inglés, si bien con acento extranjero:

– Antes de subir al navío – dijo – ¿tendría la amabilidad de indicarme hacia dónde se dirige?

Podrás imaginar mi sorpresa al oír semejante pregunta de labios de una persona al borde de la muerte y para la cual yo habría pensado que mi barco ofrecía un recurso que no hubiese cambiado ni por las mayores riquezas del mundo. Le respondí, sin embargo, que nos dirigíamos al Polo Norte en viaje de exploración.

Pareció satisfacerle y consintió en subir a bordo. ¡Santo cielo, Margaret! Si hubieras visto al hombre que de esta forma ponía condiciones a su salvación, tu sorpresa hubiera sido ilimitada. Tenía los miembros casi helados y el cuerpo horriblemente demacrado por la fatiga y el sufrimiento. Jamás vi hombre alguno en condición tan lastimosa. Intentamos llevarlo al camarote, pero en cuanto

dejó de estar al aire libre perdió el conocimiento, de manera que volvimos a subirlo a cubierta y lo reanimamos frotándolo con coñac y obligándolo a beber una pequeña cantidad. En cuanto volvió a mostrar síntomas de vida lo envolvimos en mantas y lo colocamos cerca del fogón de la cocina. Poco a poco se fue recuperando, y tomó un poco de sopa, que le hizo mucho bien.

Así pasaron dos días, sin que pudiera hablar, y a menudo temí que los sufrimientos le hubiesen privado de la razón. Cuando se hubo repuesto un poco, lo llevé a mi propio camarote y lo atendí cuanto me lo permitían mis obligaciones. Nunca había conocido a nadie más interesante.

Suele tener una expresión exaltada, como de locura, en la mirada. Pero hay momentos en los que, si alguien le demuestra alguna atención o le presta el más mínimo servicio, se le ilumina la fas con una benevolencia y ternura que no he visto en otro hombre. Mas por lo general está melancólico y resignado; a veces aprieta los dientes, como si se impacientara con el peso de los males que lo afligen.

Cuando mi huésped se encontró un poco mejor, me costó protegerlo del acoso de la tripulación que quería hacerle mil preguntas. No permití que lo atormentaran con su ociosa curiosidad, ya que aún se encontraba en un estado físico y moral cuyo restablecimiento dependía por completo del reposo. Sin embargo, en una ocasión el lugarteniente le preguntó que por qué había llegado tan lejos por el hielo en un vehículo tan extraño.

Una expresión de dolor le cubrió el rostro de inmediato; y respondió:

– Voy en busca de alguien que huyó de mí.

– ¿Y el hombre a quien perseguía viajaba de manera semejante?

– Sí.

–Entonces pienso que lo hemos visto, pues el día antes de recogerlo a usted vimos unos perros tirando de un trineo, en el cual iba un hombre.

Esto despertó la atención del extranjero, e hizo múltiples preguntas acerca de la dirección que había tomado aquel demonio, como él le llamó. Al poco rato, cuando se hallaba solo conmigo, dio:

– Sin duda he despertado su curiosidad, así como la de esta buena gente, aunque es usted demasiado discreto como para hacerme ninguna pregunta.

– Sería impertinente e inhumano por mi parte él molestarlo con ellas.

– Y no obstante – prosiguió – me rescató usted de una extraña y peligrosa situación. Usted me ha devuelto generosamente la vida.

Poco después de esto quiso saber si yo creía que el hielo, al resquebrajarse, habría destruido el otro trineo. Le contesté que no podía responderle con ninguna certeza, ya que el hielo no se había roto hasta cerca de medianoche, y el viajero podía haber llegada a algún lugar seguro con anterioridad. Me era imposible aventurar juicio alguno. A partir de este momento el extranjero demostró gran interés

por estar en cubierta, para vigilar la aparición del otro trineo. He conseguido persuadirlo de que permanezca en el camarote, pues está aún demasiado débil para soportar las inclemencias del tiempo, pero le he prometido que alguien oteará en su lugar y lo avisará en cuanto aparezca cualquier objeto nuevo a la vista.

Por lo que respecta a este extraño incidente, éste es mi diario hasta el momento. La salud de nuestro huésped ha ido mejorando gradualmente, pero apenas habla, y parece inquietarse cuando alguien que no sea yo entra en su camarote.

Sin embargo, sus modales son tan conciliadores y delicados, que todos los marineros se interesan por su estado, a pesar de no haber tenido apenas relación con él. Por mi parte, empiezo a quererlo como a un hermano, y su constante y profundo pesar me llena de piedad y simpatía. Debe haber sido una persona muy noble en otros tiempos, ya que, deshecho como está ahora, sigue siendo tan interesante y amable. Te decía en una de mis cartas, querida Margaret, que no hallaría ningún amigo en el vasto océano,

pero he encontrado un hombre a quien, antes de que la desgracia quebrara su espíritu, me hubiera gustado tener por hermano.

De tener nuevos incidentes que relatar respecto del extranjero, continuaré a intervalos mi diario.

13 de agosto de 17...

El afecto que siento por mi invitado aumenta cada día. Suscita a la vez mi piedad y mi admiración hasta extremos asombrosos. ¿Cómo puedo ver a tan noble criatura destruida por la miseria sin sentir el dolor más acuciante? Es tan dulce y a la vez tan sabio; tiene la mente muy cultivada, y cuando habla, si bien escoge las palabras cuidadosamente, éstas fluyen con una rapidez y elocuencia poco frecuentes.

Está muy restablecido de su enfermedad, y pasea continuamente por la cubierta, vigilando la aparición del trineo que precedió al suyo. Sin embargo, aunque apenado, no está tan sumido en su propia desgracia como para no interesarse profundamente por los quehaceres de los demás.

Me ha hecho muchas preguntas respecto a mis propósitos y yo le he contado mi pequeña historia con toda sinceridad. Pareció alegrarle mi franqueza, y me sugirió varios cambios en mis planes, que encontraré sumamente útiles. No hay pedantería en su ademán, sino que más bien todo lo que hace parece brotar tan sólo del interés que instintivamente siente por el bienestar de todos los que lo rodean. A menudo le invade la tristeza y entonces se sienta sólo e intenta superar todo lo que de hosco y antisocial hay en su humor.

Estos paroxismos pasan, como una nube por delante del sol, si bien su abatimiento nunca le abandona. Me he esforzado por granjearme su confianza y espero haber tenido éxito. Un día le mencioné mi eterno deseo de encontrar un amigo que pudiera simpatizar conmigo y orientarme con su consejo.

Le dije que no pertenecía a la clase de hombres a quienes un consejo puede ofender.

– Soy autodidacta, y quizá no confíe demasiado en mi propia capacidad. Por tanto, desearía que

mi amigo fuera más sabio y avezado que yo, para afianzarme y apoyarme en él. Tampoco creo que sea imposible encontrar un verdadero amigo.

– Estoy de acuerdo con usted contestó el extranjero– en que la amistad es algo no sólo deseable, sino posible. Tuve una vez un amigo, el más noble de los seres humanos, y por tanto estoy capacitado para juzgar con respecto a la amistad. Tiene usted esperanzas y el mundo ante usted es suyo, y no tiene razón para desesperar. Mas yo..., yo he perdido todo y no puedo empezar la vida de nuevo.

Al decir esto, su rostro cobró una expresión de sereno y resignado dolor que me llegó al corazón. Pero él permaneció en silencio, y al poco se retiró a su camarote.

Incluso desfondado como está, nadie puede gozar con mayor intensidad que él de la hermosura de la naturaleza. El cielo estrellado, el mar y todo el paisaje que estas maravillosas regiones nos proporcionan parecen tener aún el poder de despegar su alma de la tierra.

Un hombre así tiene una doble existencia: puede padecer desgracias, y verse arrollado por el desencanto; pero, cuando se encierre en sí mismo, será como un espíritu celeste rodeado de un halo cuyo círculo no ose atravesar ni el pesar ni la locura.

¿Te ríes del entusiasmo que demuestro respecto a este divino nómada? Si fuera así, debes haber perdido esa inocencia que constituía tu encanto característico. Pero, si quieres, sonríete ante el calor de mis alabanzas, mientras yo sigo encontrando mayores razones para ellas de día en día.

19 de agosto de 17...

Ayer el extranjero me dijo:

– Fácilmente habrá podido comprobar, capitán Walton, que he padecido grandes y singulares desventuras. Una vez decidí que el recuerdo de estos males moriría conmigo, pero usted me ha inducido a cambiar mis propósitos. Busca usted el conocimiento y la sabiduría, como me sucedió a mí antaño; deseo con fervor que el fruto de sus ansias

no se convierta para usted en una serpiente que le muerda, como me ocurrió a mí. No creo que el relato de mis desventuras le sea útil, pero, si quiere, escuche mi historia.

Pienso que los extraños sucesos a ella vinculados pueden proporcionarle una visión de la naturaleza humana que amplíe sus facultades y conocimientos, y le descubrirá poderes y sucesos que usted ha estado acostumbrado a creer imposibles. Pero no dudo de que a lo largo de mi relato se pruebe la evidencia interna de la veracidad de los sucesos que lo componen.

Como te puedes imaginar, me halagó mucho la confianza que depositaba en mí, pero me dolía que él reavivara sus sufrimientos contándome sus desventuras. Estaba ansioso por escuchar la narración prometida, en parte por curiosidad y en parte por un deseo de aliviar su suerte, caso de que esto estuviera en mi mano, y así se lo expresé en mi respuesta.

– Le agradezco su amabilidad me contestó – pero

es inútil; mi sino casi se ha cumplido. Espero sólo un acontecimiento y luego descansaré en paz.

Comprendo lo que siente continuó al advertir que quería interrumpirlo – pero está confundido, amigo mío, si así me permite llamarle. Nada puede alterar mi destino. Escuche mi relato y verá cuán irrevocablemente está determinado.

Me dijo entonces que empezaría su narración al día siguiente, cuando yo estuviera más libre. Esta promesa provocó mi más profundo agradecimiento.

Me he propuesto escribir cada noche, cuando no esté ocupado, lo que me haya contado durante el día, empleando en lo posible sus propias palabras.

De estarlo, al menos tomaré algunas notas. Sin duda este manuscrito te proporcionará gran placer. ¡Y con qué interés y simpatía lo leeré yo algún día en el futuro! ¡Yo, que lo conozco y que lo oigo de sus propios labios!.

Extraña y desgarradora debe ser su historia,

espantosa la tormenta que abrazó al barco en su curso y lo destrozó ¡así!





Capítulo 1

Soy ginebrino de nacimiento, y mi familia es una de las más distinguidas de esa república. Durante muchos años mis antepasados habían sido consejeros y jueces, y mi padre había ocupado con gran honor y buena reputación diversos cargos públicos. Todos los que lo conocían lo respetaban por su integridad e infatigable dedicación. Pasó su juventud dedicado por completo a los asuntos de su país, y sólo al final de su vida pensó en el matrimonio y así dar al Estado unos hijos que pudieran perpetuar su nombre y sus virtudes.

Puesto que las circunstancias de su matrimonio reflejan su personalidad, no puedo dejar de referirme a ellas. Uno de sus más íntimos amigos era un comerciante, que, debido a numerosos contratiempos, cayó en la miseria tras gozar de una muy desahogada situación. Este hombre, de nombre Beaufort, era de carácter orgulloso y altivo y se resistía a vivir en la pobreza y el olvido en el mismo país en el que, con anterioridad, se le distinguiera por su categoría y riqueza.

Habiendo, pues, saldado sus deudas en la forma más honrosa, se retiró a la ciudad de Lucerna con su hija, donde vivió sumido en el anonimato y la desdicha. Mi padre profesaba a Beaufort una auténtica amistad, y su reclusión en estas desgraciadas circunstancias le afligió mucho. También sentía íntimamente la ausencia de su compañía, y se propuso encontrarlo y persuadirlo de que, con su crédito y ayuda, empezara de nuevo.

Beaufort había tomado medidas eficaces para esconderse, y mi padre tardó diez meses en descubrir su paradero. Entusiasmado con el descubrimiento, mi padre se apresuró hacia su casa situada en una humilde calle cerca del Reuss.

Pero al llegar sólo encontró miseria y desesperación. Beaufort no había logrado salvar más que una pequeña cantidad de dinero de los despojos de su fortuna. Era suficiente para sustentarlo durante algunos meses y, mientras tanto, esperaba encontrar un trabajo respetable con algún comerciante.

Así pues, pasó el intervalo inactivo; y, con tanto tiempo para reflexionar sobre su dolor, se hizo más profundo y amargo y, al fin, se apoderó de tal forma de él, que tres meses después estaba enfermo en cama, incapaz de realizar cualquier esfuerzo.

Su hija lo cuidaba con el máximo cariño, pero veía con desazón que su pequeño capital disminuía con rapidez y que no había otras perspectivas de sustento. Pero Caroline Beaufort estaba dotada de una inteligencia poco común; y su valor vino en su ayuda en la adversidad. Empezó a hacer labores sencillas; trenzaba paja, y de diversas maneras consiguió ganar una miseria que apenas le bastaba para sustentarse.

Así pasaron varios meses. Su padre empeoró, y ella cada vez tenía que emplear más tiempo en atenderlo; sus medios de sustento menguaban. A los diez meses murió su padre dejándola huérfana e indigente. Este golpe final fue demasiado para ella. Al entrar en la casa mi padre, la encontró arrodillada junto al ataúd, llorando amargamente;

llegó como un espíritu protector para la pobre criatura, que se encomendó a él. Tras el entierro de su amigo, mi padre la llevó a Ginebra, confiándola al cuidado de un pariente; y dos años después se casó con ella.

Cuando mi padre se convirtió en esposo y padre, las obligaciones de su nueva situación le ocupaban tanto tiempo que dejó varios de sus trabajos públicos y se dedicó por entero a la educación de sus hijos. Yo era el mayor y el destinado a heredar todos sus derechos y obligaciones. Nadie puede haber tenido padres más tiernos que yo. Mi salud y desarrollo eran su constante ocupación, ya que fui hijo único durante varios años. Pero, antes de proseguir mi narración, debo contar un incidente que tuvo lugar cuando yo tenía cuatro años.

Mi padre tenía una hermana a quien amaba tiernamente y que se había casado muy joven con un caballero italiano. Poco después de su boda, había acompañado a su marido a su país natal, y durante algunos años mi padre tuvo muy poca relación con ella. Murió alrededor de la época de la

que hablo, y pocos meses después mi padre recibió una carta de su cuñado haciéndole saber que tenía la intención de casarse con una dama italiana y pidiéndole que se hiciera cargo de la pequeña Elizabeth, la única hija de su difunta hermana.

Es mi deseo ––dijo–– que la consideres como hija tuya y que como a tal la eduques. Es la heredera de la fortuna de su madre, y te enviaré los documentos que así lo demuestran. Reflexiona sobre esta propuesta y decide si preferirías educar a tu sobrina tú mismo o que lo haga una madrastra.

Mi padre no dudó un instante, y de inmediato se puso en camino hacia Italia con el fin de acompañar a la pequeña Elizabeth hasta su futuro hogar. A menudo he oído a mi madre decir que era la criatura más preciosa que jamás había visto, e incluso ya entonces mostraba síntomas de un carácter dulce y afectuoso.

Estas características y el deseo de afianzar los lazos del amor familiar hicieron que mi madre considerara a Elizabeth como mi futura

esposa, plan del cual nunca encontró razón para arrepentirse.

A partir de este momento, Elizabeth Lavenza se convirtió en mi compañera de juegos y, a medida que crecíamos, en una amiga. Era dócil y de buen carácter, a la vez que alegre y juguetona como un insecto de verano. A pesar de que era vivaz y animada, tenía fuertes y profundos sentimientos y era desacostumbradamente afectuosa.

Nadie podía disfrutar mejor de la libertad ni podía plegarse con más gracia que ella a la sumisión o lanzarse al capricho. Su imaginación era exuberante, pero tenía una gran capacidad para aplicarla. Su persona era el reflejo de su mente, sus ojos de color avellana, aunque vivos como los de un pájaro, poseían una atractiva dulzura. Su figura era ligera y airosa y, aunque era capaz de soportar gran fatiga, parecía la criatura más frágil del mundo.

A pesar de que me cautivaba su comprensión y fantasía, me deleitaba cuidarla como a un



animalillo predilecto. Nunca vi más gracia, tanto personal como mental, ligada a mayor modestia.

Todos querían a Elizabeth. Si los criados tenían que pedir algo, siempre lo hacían a través de ella. No conocíamos ni la desunión ni las peleas, pues aunque éramos muy diferentes de carácter, incluso en esa diferencia había armonía. Yo era más tranquilo y filosófico que mi compañera, pero menos dócil. Mi capacidad de concentración era mayor, pero no tan firme.

Yo me deleitaba investigando los hechos relativos al mundo en sí, ella prefería las aéreas creaciones de los poetas. Para mí el mundo era un secreto que anhelaba descubrir, para ella era un vacío que se afanaba por poblar con imaginaciones personales.

Mis hermanos eran mucho más jóvenes que yo; pero tenía un amigo entre mis compañeros del colegio, que compensaba esta deficiencia. Henry Clerval era hijo de un comerciante de Ginebra, íntimo amigo de mi padre, y un chico de excepcional talento e imaginación. Recuerdo

que, cuando tenía nueve años, escribió un cuento que fue la delicia y el asombro de todos sus compañeros. Su tema de estudio favorito eran los libros de caballería y romances, y recuerdo que de muy jóvenes solíamos representar obras escritas por él, inspiradas en estos sus libros predilectos, siendo los principales personajes Orlando, Robin Hood, Amadís y San Jorge.

Juventud más feliz que la mía no puede haber existido. Mis padres eran indulgentes y mis compañeros amables. Para nosotros los estudios nunca fueron una imposición; siempre teníamos una meta a la vista que nos espoleaba a proseguirlos. Esta era el método, y no la emulación, que nos inducía a aplicarnos. Con el fin de que sus compañeras no la dejaran atrás, a Elizabeth no se la orientaba hacia el dibujo.

Sin embargo, se dedicaba a él motivada por el deseo de agradar a su tía, representando alguna escena favorita dibujada por ella misma. Aprendimos inglés y latín para poder leer lo que en esas lenguas se había escrito. Tan lejos estaba

el estudio de resultarnos odioso a consecuencia de los castigos, que disfrutábamos con él, y nuestros entretenimientos constituían lo que para otros niños hubieran sido pesadas tareas. Quizá no leímos tantos libros ni aprendimos lenguas tan rápidamente como aquellos a quienes se les educaba conforme a los métodos habituales, pero lo que aprendimos se nos fijó en la memoria con mayor profundidad.

Incluyo a Henry Clerval en esta descripción de nuestro círculo doméstico, pues estaba con nosotros continuamente.

Iba al colegio conmigo, y solía pasar la tarde con nosotros; pues, siendo hijo único y encontrándose solo en su casa, a su padre le complacía que tuviera amigos en la nuestra. Por otro lado nosotros tampoco estábamos del todo felices cuando Clerval estaba ausente.

Siento placer al evocar mi infancia, antes de que la desgracia me empañara la mente y cambiara esta alegre visión de utilidad universal por tristes y

mezquinas reflexiones personales. Pero al esbozar el cuadro de mi niñez, no debo omitir aquellos acontecimientos que me llevaron, con paso inconsciente, a mi ulterior infortunio. Cuando quiero explicarme a mí mismo el origen de aquella pasión que posteriormente regiría mi destino, veo que arranca, como riachuelo de montaña, de fuentes poco nobles y casi olvidadas, engrosándose poco a poco hasta que se convierte en el torrente que ha arrasado todas mis esperanzas y alegrías.

La filosofía natural es lo que ha forjado mi destino. Deseo, pues, en esta narración explicar las causas que me llevaron a la predilección por esa ciencia. Cuando tenía trece años fui de excursión con mi familia a un balneario que hay cerca de Thonon. La inclemencia del tiempo nos obligó a permanecer todo un día encerrados en la posada, y allí, casualmente, encontré un volumen de las obras de Cornelius Agrippa.

Lo abrí con aburrimiento, pero la teoría que intentaba demostrar y los maravillosos hechos que relataba pronto tornaron mi indiferencia en

entusiasmo. Una nueva luz pareció iluminar mi mente, y lleno de alegría le comuniqué a mi padre el descubrimiento. No puedo dejar de comentar aquí las múltiples oportunidades de que disponen los educadores para orientar la atención de sus alumnos hacia conocimientos prácticos, y que desaprovechan lamentablemente. Mi padre ojeó distraídamente la portada del libro y dijo:

¡Ah, Cornelius Agrippa! Víctor, hijo mío, no pierdas el tiempo con esto, son tonterías. Si en vez de hacer este comentario, mi padre se hubiera molestado en explicarme que los principios de Agrippa estaban totalmente superados, que existía una concepción científica moderna con posibilidades mucho mayores que la antigua, puesto que eran reales y prácticas mientras que las de aquélla eran quiméricas, tengo la seguridad de que hubiera perdido el interés por Agrippa. Probablemente, sensibilizada como tenía la imaginación, me hubiera dedicado a la química, teoría más racional y producto de descubrimientos modernos. Es incluso posible que mi pensamiento no hubiera recibido el impulso fatal que me llevó a la ruina.

Pero la indiferente ojeada de mi padre al volumen que leía en modo alguno me indicó que él estuviera familiarizado con el contenido del mismo, y proseguí mi lectura con mayor avidez.

Mi primera preocupación al regresar a casa fue hacerme con la obra completa de este autor y, después, con la de Paracelso y Alberto Magno. Leí y estudié con gusto las locas fantasías de estos escritores. Me parecían tesoros que, salvo yo, pocos conocían. Aunque a menudo hubiera querido comunicarle a mi padre estas secretas reservas de mi sabiduría, me lo impedía su imprecisa desaprobación de mi querido Agrippa. Por tanto, y bajo promesa de absoluto secreto, le comuniqué mis descubrimientos a Elizabeth, pero el tema no le interesó y me vi obligado á continuar solo.

Puede parecer extraño que en el siglo XVIII surja un discípulo de Alberto Magno, pero nuestra familia no era científica, y yo no había asistido a ninguna de las clases que se daban en la universidad de Ginebra.

Así pues, mis sueños no se veían turbados por la realidad, y me lancé con enorme diligencia a la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la vida. Pero era esto último lo que recibía mi más completa atención: la riqueza era un objetivo inferior; pero ¡qué fama rodearía al descubrimiento si yo pudiera eliminar de la humanidad toda enfermedad y hacer invulnerables a los hombres a todo salvo a la muerte violenta!

No eran éstos mis únicos pensamientos. Provocar la aparición de fantasmas y demonios era algo que mis autores predilectos prometían que era fácil, cumplimiento que yo ansiaba fervorosamente conseguir. Atribuía el que mis hechizos jamás tuvieran éxito más a mi inexperiencia y error que a la falta de habilidad o veracidad por parte de mis instructores.

Los fenómenos naturales que a diario tienen lugar no escapaban a mi observación. La destilación y los maravillosos efectos del vapor, procesos que mis autores favoritos desconocían por completo, provocaban mi asombro. Pero mi mayor sorpresa

la suscitaron unos experimentos con una bomba de aire que empleaba un caballero al cual solíamos visitar.

El desconocimiento de los antiguos filósofos sobre éste y varios otros temas disminuyeron mi fe en ellos, pero no podía desecharlos por completo sin que algún otro sistema ocupara su lugar en mi mente.

Tenía alrededor de quince años cuando, habiéndonos retirado a la casa que teníamos cerca de Belrive, presenciamos una terrible y violenta tormenta. Había surgido detrás de las montañas del Jura, y los truenos estallaban al unísono desde varios puntos del cielo con increíble estruendo. Mientras duró la tormenta, observé el proceso con curiosidad y deleite. De pronto, desde el dintel de la puerta, vi emanar un haz de fuego de un precioso y viejo roble que se alzaba a unos quince metros de la casa; en cuanto se desvaneció el resplandor, el roble había desaparecido y no quedaba nada más que un tronco destrozado. Al acercarnos a la mañana siguiente, encontramos el árbol

insólitamente destruido. No estaba astillado por la sacudida; se encontraba reducido por completo a pequeñas virutas de madera. Nunca había visto nada tan deshecho.

La catástrofe de este árbol avivó mi curiosidad, y con enorme interés le pregunté a mi padre acerca del origen y naturaleza de los truenos y los relámpagos.

Es la electricidad, me contestó, a la vez que me describía los diversos efectos de esa energía.

Construyó una pequeña máquina eléctrica y realizó algunos experimentos. También hizo una cometa con cable y cuerda, que arrancaba de las nubes ese fluido. Esto último acabó de destruir a Cornelius Agrippa, Alberto Magno y Paracelso, que durante tanto tiempo habían reinado como dueños de mi imaginación. Pero, por alguna fatalidad, no me sentí inclinado a empezar el estudio de los sistemas modernos, desinclinación que se vio influida por la siguiente circunstancia.

Mi padre expresó el deseo de que asistiera a un curso sobre filosofía natural. Gustosamente asentí a esto, pero algún motivo me impidió ir hasta que el curso estuvo casi terminado. Por tanto, al ser ésta una de las últimas clases, me resultó totalmente incomprensible.

El profesor disertaba con la mayor locuacidad sobre el potasio y el boro, los sulfatos y óxidos, términos que yo no podía asociar a ninguna idea. Empecé a aborrecer la ciencia de la filosofía natural, aunque seguí leyendo a Plinio y Buffon con deleite, autores, a mi juicio, de similar interés y utilidad.

A esta edad las matemáticas y la mayoría de las ramas cercanas a esa ciencia constituían mi principal ocupación. También me afanaba por aprender lenguas; el latín ya me era familiar, y sin ayuda del diccionario empecé a leer algunos de los autores griegos más asequibles. También entendía inglés y alemán perfectamente.

Este era mi bagaje cultural a los diecisiete años,

además de las muchas horas empleadas en la adquisición y conservación del conocimiento de la vasta literatura.

También recayó sobre mí la obligación de instruir a mis hermanos. Ernest, seis años menor que yo, era mi principal alumno. Desde la infancia había sido enfermizo, y Elizabeth y yo lo habíamos cuidado constantemente; era de disposición dócil, pero incapaz de cualquier prolongado esfuerzo mental. William, el benjamín de la familia, era todavía un niño y la criatura más preciosa del mundo; tenía los ojos vivos y azules, hoyuelos en las mejillas y modales zalameros, e inspiraba la mayor ternura.

Tal era nuestro ambiente familiar, en el cual el dolor y la inquietud no parecían tener cabida. Mi padre dirigía nuestros estudios, y mi madre participaba de nuestros entretenimientos. Ninguno de nosotros gozaba de más influencia que el otro; la voz de la autoridad no se oía en nuestro hogar, pero nuestro mutuo afecto nos obligaba a obedecer y satisfacer el más mínimo deseo del otro.




Mary Shelley
Frankenstein
⊢59⊣

Capítulo 2

Cuando contaba diecisiete años, mis padres decidieron que fuera a estudiar a la universidad de Ingolstadt. Hasta entonces había ido a los colegios de Ginebra, pero mi padre consideró conveniente que, para completar mi educación, me familiarizara con las costumbres de otros países. Se fijó mi marcha para una fecha próxima, pero, antes de que llegara el día acordado, sucedió la primera desgracia de mi vida, como si fuera un presagio de mis futuros sufrimientos.

Elizabeth había cogido la escarlatina, pero la enfermedad no era grave y se recuperó con rapidez. Muchas habían sido las razones expuestas para convencer a mi madre de que no la atendiera personalmente, y en un principio había accedido a nuestros ruegos. Pero, cuando supo que su favorita mejoraba, no quiso seguir privándose de su compañía y comenzó a frecuentar su dormitorio mucho antes de que el peligro de infección hubiera pasado. Las consecuencias de esta imprudencia fueron fatales. Mi madre cayó gravemente enferma

al tercer día, y el semblante de los que la atendían pronosticaba un fatal desenlace. La bondad y grandeza de alma de esta admirable mujer no la abandonaron en su lecho de muerte. Uniendo mis manos y las de Elizabeth dijo:

– Hijos míos, tenía puestas mis mayores esperanzas en la posibilidad de vuestra futura unión. Esta esperanza será ahora el consuelo de vuestro padre. Elizabeth, cariño, debes ocupar mi puesto y cuidar de tus primos pequeños. ¡Ay!, siento dejaros. ¡Qué difícil resulta abandonaros habiendo sido tan feliz y habiendo gozado de tanto cariño! Pero no son éstos los pensamientos que debieran ocuparme. Me esforzaré por resignarme a la muerte con alegría y abrigaré la esperanza de reunirme con vosotros en el más allá.

Murió dulcemente; y su rostro aún en la muerte reflejaba su cariño. No necesito describir los sentimientos de aquellos cuyos lazos más queridos se ven rotos por el más irreparable de los males, el vacío que inunda el alma y la desesperación que embarga el rostro.

Pasa tanto tiempo antes de que uno se pueda persuadir de que aquella a quien veíamos cada día, y cuya existencia misma formaba parte de la nuestra, ya no está con nosotros; que se ha extinguido la viveza de sus amados ojos y que su voz tan dulce y familiar se ha apagado para siempre.

Estos son los pensamientos de los primeros días. Pero la amargura del dolor no comienza hasta que el transcurso del tiempo demuestra la realidad de la pérdida. ¿Pero a quién no le ha robado esa desconsiderada mano algún ser querido? ¿Por qué, pues, había de describir el dolor que todos han sentido y deberán sentir? Con el tiempo llega el momento en el que el sufrimiento es más una costumbre que una necesidad y, aunque parezca un sacrilegio, ya no se reprime la sonrisa que asoma a los labios. Mi madre había muerto, pero nosotros aún teníamos obligaciones que cumplir; debíamos continuar nuestro camino junto a los demás y considerarnos afortunados mientras quedara a salvo al menos uno de nosotros.

De nuevo se volvió a hablar sobre mi viaje a Ingolstadt, que se había visto aplazado por los acontecimientos. Obtuve de mi padre algunas semanas de reposo, período que transcurrió tristemente. La muerte de mi madre y mi cercana marcha nos deprimía, pero Elizabeth intentaba reavivar la alegría en nuestro pequeño círculo. Desde la muerte de su tía había adquirido una nueva firmeza y vigor.

Se propuso llevar a cabo sus obligaciones con la mayor exactitud, y entendió que su principal misión consistía en hacer felices a su tío y primos. A mí me consolaba, a su tío lo distraía, a mis hermanos los educaba. Nunca la vi tan encantadora como en estos momentos, cuando se desvivía por lograr la felicidad de los demás, olvidándose por completo de sí misma.

Llegó por fin el día de mi marcha. Me había despedido de todos mis amigos menos Clerval, que pasó la última velada con nosotros. Lamentaba profundamente no acompañarme, pero su padre se resistió a dejarlo partir.

Tenía la intención de que su hijo lo ayudara en el negocio, y seguía su teoría favorita de que los estudios resultaban superfluos en la vida diaria. Henry tenía una mente educada; no era su intención permanecer ocioso ni le disgustaba ser el socio de su padre, sin embargo creía que se podría ser muy buen negociante y no obstante ser una persona culta.

Estuvimos hasta muy tarde escuchando sus lamentaciones y haciendo múltiples pequeños planes para el futuro. Las lágrimas asomaban a los ojos de Elizabeth, lágrimas ante mi partida y ante el pensamiento de que mi marcha debía haberse producido meses antes y acompañada de la bendición de mi madre.

Me dejé caer en la calesa que debía transportarme, y me embargaron los pensamientos más tristes. Yo, que siempre había vivido rodeado de afectuosos compañeros, prestos todos a proporcionarnos mutuas alegrías, me encontraba ahora solo. En la universidad hacia la que me dirigía debería buscarme mis propios amigos y valerme por mí

mismo. Hasta aquel momento mi vida había sido extraordinariamente hogareña y resguardada, y esto me había creado una invencible repugnancia hacia los rostros desconocidos. Adoraba a mis hermanos, a Elizabeth y a Clerval; sus caras eran «viejas conocidas»; pero me consideraba totalmente incapaz de tratar con extraños.

Estos eran mis pensamientos al comenzar el viaje, pero a medida que avanzaba se me fue levantando el ánimo. Deseaba ardientemente adquirir nuevos conocimientos. En casa, a menudo había reflexionado sobre lo penoso de permanecer toda la juventud encerrado en el mismo lugar, y ansiaba descubrir el mundo y ocupar mi puesto entre los demás seres humanos. Ahora se cumplían mis deseos, y no hubiera sido consecuente arrepentirme.

Durante el viaje, que fue largo y fatigoso, tuve tiempo suficiente para pensar en estas y otras muchas cosas. Por fin apareció el alto campanario blanco de la ciudad. Bajé y me condujeron a mi solitaria habitación. Disponía del resto de la tarde

para hacer lo que quisiera.

A la mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y visité a los principales profesores, entre otros al señor Krempe, profesor de filosofía natural. Me recibió con mucha educación y me hizo diversas preguntas sobre mi conocimiento de las distintas ramas científicas, relacionadas con la filosofía natural. Temblando y con cierto miedo, a decir verdad, cité los únicos autores cuyas obras yo había leído al respecto. El profesor me miró fijamente:

– ¿De verdad que ha pasado usted el tiempo estudiando semejantes tonterías? – me preguntó.

Al responder afirmativamente, el señor Krempe continuó con énfasis:

–Ha malgastado cada minuto invertido en esos libros. Se ha embotado la memoria de teorías rebasadas y nombres inútiles, ¡Dios mío! ¿En qué desierto ha vivido usted que no había nadie lo suficientemente caritativo como para informarle

de que esas fantasías que tan concienzudamente ha absorbido tienen ya mil años y están tan caducas como anticuadas? No esperaba encontrarme con un discípulo de Alberto Magno y Paracelso en esta época ilustrada. Mi buen señor, deberá empezar de nuevo sus estudios.

Y diciendo esto, se apartó, me hizo una lista de libros sobre filosofía natural, que me pidió que leyera, y me despidió, comunicándome que a principios de la semana próxima comenzaría un seminario sobre filosofía natural y sus implicaciones generales, y que el señor Waldman, un colega suyo, en días alternos a él hablaría de química.

Regresé a casa no del todo disgustado, pues hacía tiempo que yo mismo consideraba inútiles a aquellos autores tan desaprobados por el profesor, si bien no me sentía demasiado inclinado a leer los libros que conseguí bajo su recomendación. El señor Krempe era un hombrecillo fornido, de voz ruda y desagradable aspecto, y por tanto me predisponía poco en favor de su doctrina.

Además yo sentía cierto desprecio por la aplicación de la filosofía natural moderna. Era muy distinto cuando los maestros de la ciencia buscaban la inmortalidad y el poder; tales enfoques, si bien carentes de valor, tenían grandeza; pero ahora el panorama había cambiado. El objetivo del investigador parecía limitarse a la aniquilación de las expectativas sobre las cuales se fundaba todo mi interés por la ciencia. Se me pedía que trocara quimeras de infinita grandeza por realidades de escaso valor.

Estos fueron mis pensamientos durante los dos o tres primeros días que pasé en casi completa soledad. Pero al comenzar la semana siguiente recordé la información que sobre las conferencias me había dado el señor Krempe, y aunque no pensaba escuchar al fatuo hombrecillo pronunciando sentencias desde la cátedra, me vino a la memoria lo que había dicho sobre el señor Waldman, al cual aún no había conocido por hallarse fuera de la ciudad.

En parte por curiosidad y en parte por ocio,

me dirigí a la sala de conferencias, donde poco después hizo su entrada el señor Waldman. Era muy distinto de su colega. Aparentaba tener unos cincuenta años, pero su aspecto demostraba una gran benevolencia. Sus sienes aparecían levemente encanecidas, pero tenía el resto del pelo casi negro. No era alto pero sí erguido, y tenía la voz más dulce que hasta entonces había oído.

Empezó su conferencia con un resumen histórico de la química y los diversos progresos llevados a cabo por los sabios, pronunciando con gran respeto el nombre de los investigadores más relevantes. Pasó entonces a hacer una exposición rápida del estado actual en el que se encontraba la ciencia, y explicó muchos términos elementales. Tras algunos experimentos preparatorios concluyó con un panegírico de la química moderna, en términos que nunca olvidaré.

– Los antiguos maestros de esta ciencia – dijo – prometían cosas imposibles, y no llevaban nada a cabo. Los científicos modernos prometen muy poco; saben que los metales no se pueden

transmutar, y que el elixir de la vida es una ilusión. Pero éstos filósofos, cuyas manos parecen hechas sólo para hurgar en la suciedad, y cuyos ojos parecen servir tan sólo para escrutar con el microscopio o el crisol, han conseguido milagros.

Conocen hasta las más recónditas intimidades de la naturaleza y demuestran cómo funciona en sus escondrijos. Saben del firmamento, de cómo circula la sangre y de la naturaleza del aire que respiramos. Poseen nuevos y casi ilimitados poderes; pueden dominar el trueno, imitar terremotos, e incluso parodiar el mundo invisible con su propia sombra.

Me fui contento con el profesor y su conferencia, y lo visité esa misma tarde. Sus modales resultaron en privado aún más atractivos y complacientes que en público; pues durante la conferencia su apariencia reflejaba una dignidad, que sustituía en su casa por afecto y amabilidad. Escuchó con atención lo que le conté respecto de mis estudios, sonriendo, pero sin el desdén del señor Krempe, ante los nombres de Cornelius Agrippa y Paracelso.

Dijo que «a la entrega infatigable de estos hombres debían los filósofos modernos los cimientos de su sabiduría. Nos habían legado, como tarea más fácil, el dar nuevos nombres y clasificar adecuadamente los datos que en gran medida ellos habían sacado a la luz. El trabajo de los genios, por muy desorientados que estén, siempre suele revertir a la larga en sólidas ventajas para la humanidad».

Escuché sus palabras, pronunciadas sin alarde ni presunción, y añadí que su conferencia había desvanecido los prejuicios que tenía hacia los químicos modernos, a la vez que solicité su consejo acerca de nuevas lecturas.

– Me alegra haber ganado un discípulo – dijo el señor Waldman, y si su aplicación va pareja a su capacidad, no dudo de que tendrá éxito. La química es la parte de la filosofía natural en la cual se han hecho y se harán mayores progresos; precisamente por eso la escogí como dedicación.

Pero no por ello he abandonado las otras ramas de la ciencia. Mal químico sería el que se limitara

exclusivamente a esa porción del conocimiento humano. Si su deseo es ser un auténtico hombre de ciencia y no un simple experimentadorcillo, le aconsejo encarecidamente que se dedique a todas las ramas de la filosofía natural, incluidas las matemáticas.

Me condujo entonces a su laboratorio y me explicó el uso de sus diversas máquinas, indicándome lo que debía comprarme. Me prometió que, cuando hubiera progresado lo suficiente en mis estudios como para no deteriorarlo, me permitiría utilizar su propio material. También me dio la lista de libros que le había pedido y seguidamente me marché.

Así concluyó un día memorable para mí, pues había de decidir mi futuro destino.



Capítulo 3

A partir de este día, la filosofía natural y en especial la química, en el más amplio sentido de la palabra, se convirtieron en casi mi única ocupación. Leí con gran interés las obras que, llenas de sabiduría y erudición, habían escrito los investigadores modernos sobre esas materias.

Asistí a las conferencias y cultivé la amistad de los hombres de ciencia de la universidad; incluso encontré en el señor Krempe una buena dosis de sentido común y sólida cultura, no menos valiosos por el hecho de ir parejos a unos modales y aspecto repulsivo. En el señor Waldman hallé un verdadero amigo. Jamás el dogmatismo empañó su bondad, e impartía su enseñanza con tal aire de franqueza y amabilidad, que excluía toda idea de pedantería.

Quizá fuese el carácter amable de aquel hombre, más que un interés intrínseco por esta ciencia, lo que me inclinaba hacia la rama de la filosofía natural a la cual se dedicaba. Pero este estado de ánimo sólo se dio en las primeras etapas de

mi camino hacia el saber, pues cuanto más me adentraba en la ciencia más se convertía en un fin en sí misma.

Esa entrega, que en un principio había sido fruto del deber y la voluntad, se fue haciendo tan imperiosa y exigente que con frecuencia los albores del día me encontraban trabajando aún en mi laboratorio. No es de extrañar, pues, que progresara con rapidez. Mi interés causaba el asombro de los alumnos, y mis adelantos el de los maestros.

A menudo el profesor Krempe me preguntaba con sonrisa maliciosa por Cornelius Agrippa, mientras que el señor Waldman expresaba su más cálido elogio ante mis avances. Así pasaron dos años durante los cuales no volví a Ginebra, pues estaba entregado de lleno al estudio de los descubrimientos que esperaba hacer. Nadie salvo los que lo han experimentado, puede concebir lo fascinante de la ciencia.

En otros terrenos, se puede avanzar hasta donde han llegado otros antes, y no pasar de ahí; pero en

la investigación científica siempre hay materia por descubrir y de la cual asombrarse.

Cualquier inteligencia normalmente dotada que se dedique con interés a una determinada área, llega sin duda a dominarla con cierta profundidad. También yo, que me afanaba por conseguir una meta, y a cuyo fin me dedicaba por completo, progresé con tal rapidez que tras dos años conseguí mejorar algunos instrumentos químicos, lo que me valió gran admiración y respeto en la universidad.

Llegado a este punto, y, habiendo aprendido todo lo que sobre la práctica y la teoría de la filosofía natural podían enseñarme los profesores de Ingolstadt, pensé en volver con los míos a mi ciudad, dado que mi permanencia en la universidad ya no conllevaría mayor progreso. Pero se produjo un accidente que detuvo mi marcha.

Uno de los fenómenos que más me atraían era el de la estructura del cuerpo humano y la de cualquier ser vivo. A menudo me preguntaba de

dónde vendría el principio de la vida. Era una pregunta osada, ya que siempre se ha considerado un misterio. Sin embargo, ¡cuántas cosas estamos a punto de descubrir si la cobardía y la dejadez no entorpecieran nuestra curiosidad! Reflexionaba mucho sobre todo ello, y había decidido dedicarme preferentemente a aquellas ramas de la filosofía natural vinculadas a la fisiología.

De no haberme visto animado por un entusiasmo casi sobrehumano, esta clase de estudios me hubieran resultado tediosos y casi intolerables. Para examinar los orígenes de la vida debemos primero conocer la muerte. Me familiaricé con la anatomía, pero esto no era suficiente. Tuve también que observar la descomposición natural y la corrupción del cuerpo humano.

Al educarme, mi padre se había esforzado para que no me atemorizaran los horrores sobrenaturales. No recuerdo haber temblado ante relatos de supersticiones o temido la aparición de espíritus. La obscuridad no me afectaba la imaginación, y los cementerios no eran para mí otra cosa que el lugar

donde yacían los cuerpos desprovistos de vida, que tras poseer fuerza y belleza ahora eran pasto de los gusanos. Ahora me veía obligado a investigar el curso y el proceso de esta descomposición y a pasar días y noches en osarios y panteones. Los objetos que más repugnan a la delicadeza de los sentimientos humanos atraían toda mi atención.

Vi cómo se marchitaba y acababa por perderse la belleza; cómo la corrupción de la muerte reemplazaba la mejilla encendida; cómo los prodigios del ojo y del cerebro eran la herencia del gusano. Me detuve a examinar v analizar todas las minucias que componen el origen, demostradas en la transformación de lo vivo en lo muerto y de lo muerto en lo vivo.

De pronto, una luz surgió de entre estas tinieblas; una luz tan brillante y asombrosa, y a la vez tan sencilla, que, si bien me cegaba con las perspectivas que abría, me sorprendió que fuera yo, de entre todos los genios que habían dedicado sus esfuerzos a la misma ciencia, el destinado a descubrir tan extraordinario secreto.

Recuerde que no narro las fantasías de un iluminado; lo que digo es tan cierto como que el sol brilla en el cielo. Quizá algún milagro hubiera podido producir esto, mas las etapas de mi investigación eran claras y verosímiles. Tras noches y días de increíble labor y fatiga, conseguí descubrir el origen de la generación y la vida; es más, yo mismo estaba capacitado para infundir vida en la materia inerte.

La estupefacción que en un principio experimenté ante el descubrimiento pronto dio paso al entusiasmo y al arrebato. El alcanzar de repente la cima de mis aspiraciones, tras tanto tiempo de arduo trabajo, era la recompensa más satisfactoria. Pero el descubrimiento era tan inmenso y sobrecogedor, que olvidé todos los pasos que progresivamente me habían ido llevando a él, para ver sólo el resultado final.

Lo que desde la creación del mundo había sido motivo de afanes y desvelos por parte de los sabios se hallaba ahora en mis manos. No es que se me revelara todo de golpe, como si de un juego de

magia se tratara. Los datos que había obtenido no eran la meta final; más bien tenían la propiedad de, bien dirigidos, poder encaminar mis esfuerzos hacia la consecución de mi objetivo. Me sentía como el árabe que enterrado junto a los muertos encontró un pasadizo por el cual volver al mundo, sin más ayuda que una luz mortecina y apenas suficiente.

Amigo mío, veo por su interés, y por el asombro y expectativa que reflejan sus ojos, que espera que le comunique el secreto que poseo; mas no puede ser: escuche con paciencia mi historia hasta el final y comprenderá entonces mi discreción al respecto. No seré yo quien, encontrándose usted en el mismo estado de entusiasmo y candidez en el que yo estaba entonces, le conduzca a la destrucción y a la desgracia.

Aprenda de mí, si no por mis advertencias, sí al menos por mi ejemplo, lo peligroso de adquirir conocimientos; aprenda cuánto más feliz es el hombre que considera su ciudad natal el centro del universo, que aquel que aspira a una mayor

grandeza de la que le permite su naturaleza.

Cuando me encontré con este asombroso poder entre mis manos, dudé mucho tiempo en cuanto a la manera de utilizarlo. A pesar de que poseía la capacidad de infundir vida, el preparar un organismo para recibirla, con las complejidades de nervios, músculos y venas que ello entraña, seguía siendo una labor terriblemente ardua y difícil.

En un principio no sabía bien si intentar crear un ser semejante a mí o uno de funcionamiento más simple; pero estaba demasiado embriagado con mi primer éxito como para que la imaginación me permitiera dudar de mi capacidad para infundir vida a un animal tan maravilloso y complejo como el hombre.

Los materiales con los que de momento contaba apenas si parecían adecuados para empresa tan difícil, pero tenía la certeza de un éxito final. Me preparé para múltiples contratiempos; mis tentativas podrían frustrarse, y mi labor resultar finalmente imperfecta. Sin embargo, me animaba

cuando consideraba los progresos que día a día se llevan a cabo en las ciencias y la mecánica; pensando que mis experimentos al menos servirían de base para futuros éxitos. Tampoco podía tomar la amplitud y complejidad de mi proyecto como argumento para no intentarlo siquiera. Imbuido de estos sentimientos, comencé la creación de un ser humano.

Dado que la pequeñez de los órganos suponía un obstáculo para la rapidez, decidí, en contra de mi primera decisión, hacer una criatura de dimensiones gigantescas; es decir, de unos ocho pies de estatura y correctamente proporcionada. Tras esta decisión, pasé algunos meses recogiendo y preparando los materiales, y empecé.

Nadie puede concebir la variedad de sentimientos que, en el primer entusiasmo por el éxito, me espoleaban como un huracán. La vida y la muerte me parecían fronteras imaginarias que yo rompería el primero, con el fin de desparramar después un torrente de luz por nuestro tenebroso mundo. Una nueva especie me bendeciría como

a su creador, muchos seres felices y maravillosos me deberían su existencia. Ningún padre podía reclamar tan completamente la gratitud de sus hijos como yo merecería la de éstos. Prosiguiendo estas reflexiones, pensé que, si podía infundir vida a la materia inerte, quizá, con el tiempo (aunque ahora lo creyera imposible), pudiese devolver la vida a aquellos cuerpos que, aparentemente, la muerte había entregado a la corrupción.

Estos pensamientos me animaban, mientras proseguía mi trabajo con infatigable entusiasmo. El estudio había empalidecido mi rostro, y el constante encierro me había demacrado. A veces fracasaba al borde mismo del éxito, pero seguía aferrado a la esperanza que podía convertirse en realidad al día o a la hora siguiente.

El secreto del cual yo era el único poseedor era la ilusión a la que había consagrado mi vida. La luna iluminaba mis esfuerzos nocturnos mientras yo, con infatigable y apasionado ardor, perseguía a la naturaleza hasta sus más íntimos arcanos. ¿Quién puede concebir los horrores de mi encubierta

tarea, hurgando en la húmeda oscuridad de las tumbas o atormentando a algún animal vivo para intentar animar el barro inerte? Ahora me tiemblan los miembros con sólo recordarlo; entonces me espoleaba un impulso irresistible y casi frenético.

Parecía haber perdido el sentimiento y sentido de todo, salvo de mi objetivo final. No fue más que un período de tránsito, que incluso agudizó mi sensibilidad cuando, al dejar de operar el estímulo innatural, hube vuelto a mis antiguas costumbres.

Recogía huesos de los osarios, y violaba, con dedos sacrílegos, los tremendos secretos de la naturaleza humana. Había instalado mi taller de inmunda creación en un cuarto solitario, o mejor dicho, en una celda, en la parte más alta de la casa, separada de las restantes habitaciones por una galería y un tramo de escaleras. Los ojos casi se me salían de las órbitas de tanto observar los detalles de mi labor.

La mayor parte de los materiales me los proporcionaban la sala de disección, y el matadero.

A menudo me sentía asqueado con mi trabajo; pero, impelido por una incitación que aumentaba constantemente, iba ultimando mi tarea.

Transcurrió el verano mientras yo seguía entregado a mi objetivo en cuerpo y alma. Fue un verano hermosísimo; jamás habían producido los campos cosecha más abundante ni las cepas, mayor vendimia; pero yo estaba ciego a los encantos de la naturaleza. Los mismos sentimientos que me hicieron insensible a lo que me rodeaba me hicieron olvidar aquellos amigos, a tantas millas de mí, a quienes no había visto en mucho tiempo. Sabía que mi silencio les inquietaba, y recordaba claramente las palabras de mi padre:

«Mientras estés contento de ti mismo, sé que pensarás en nosotros con afecto, y sabremos de ti. Me disculparás si tomo cualquier interrupción en tu correspondencia como señal de que también estás abandonando el resto de tus obligaciones.»

Por tanto, sabía muy bien lo que mi padre debía sentir; pero me resultaba imposible apartar

mis pensamientos de la odiosa labor que se había aferrado tan irresistiblemente a mi mente. Deseaba, por así decirlo, dejar a un lado todo lo relacionado con mis sentimientos de cariño hasta alcanzar el gran objetivo que había anulado todas mis anteriores costumbres.

Entonces pensé que mi padre no sería justo si achacaba mi negligencia a vicio o incorrección por mi parte; pero ahora sé que él estaba en lo cierto al no creerme del todo inocente. El ser humano perfecto debe conservar siempre la calma y la paz de espíritu y no permitir jamás que la pasión o el deseo fugaz turben su tranquilidad.

No creo que la búsqueda del saber sea una excepción. Si el estudio al que te consagras tiende a debilitar tu afecto y a destruir esos placeres sencillos en los cuales no debe intervenir aleación alguna, entonces ese estudio es inevitablemente negativo, es decir, impropio de la mente humana. Si se acatara siempre esta regla, si nadie permitiera que nada en absoluto empañara su felicidad doméstica, Grecia no se habría esclavizado, César

habría protegido a su país, América se habría descubierto más pausadamente y no se hubieran destruido los imperios de México y Perú.

Pero olvido que estoy divagando en el punto más interesante de mi relato, y su mirada me recuerda que debo continuar.

Mi padre no me reprochaba nada en sus cartas. Su manera de hacerme ver que reparaba en mi silencio era preguntándome con mayor insistencia por mis ocupaciones. El invierno, primavera y verano pasaron mientras yo continuaba mis tareas, pero tan absorto estaba que no vi romper los capullos o crecer las hojas, escenas que otrora me habían llenado de alegría.

Aquel año las hojas se habían ya marchitado cuando mi trabajo empezaba a tocar su fin, y cada día traía con mayor claridad nuevas muestras de mi éxito. Pero la ansiedad reprimía mi entusiasmo, y más que un artista dedicado a su entretenimiento preferido tenía el aspecto de un condenado a trabajos forzados en las minas o

cualquier otra ocupación insana. Cada noche tenía accesos de fiebre y me volví muy nervioso, lo que me incomodaba, ya que siempre había disfrutado de excelente salud y había alardeado de dominio de mí mismo. Pero pensé que el ejercicio y la diversión pronto acabarían con los síntomas, y me prometí disfrutar de ambos en cuanto hubiera completado mi creación.


Dr. Waldman
Lorem ipsum dolor sit amet consectetuer
adipiscing elit sed diam nonummy
nibh euismod

Capítulo 4

Una desapacible noche de noviembre contemplé el final de mis esfuerzos. Con una ansiedad rayana en la agonía, coloqué a mí alrededor los instrumentos que me iban a permitir infundir un hálito de vida a la cosa inerte que yacía a mis pies.

Era ya la una de la madrugada; la lluvia golpeaba las ventanas sombríamente, y la vela casi se había consumido, cuando, a la mortecina luz de la llama, vi cómo la criatura abría sus ojos amarillentos y apagados. Respiró profundamente y un movimiento convulsivo sacudió su cuerpo.

¿Cómo expresar mi sensación ante esta catástrofe, o describir el engendro que con tanto esfuerzo e infinito trabajo había creado? Sus miembros estaban bien proporcionados y había seleccionado sus rasgos por hermosos. ¡Hermosos!: ¡santo cielo! Su piel amarillenta apenas si ocultaba el entramado de músculos y arterias; tenía el pelo negro, largo y lustroso, los dientes blanquísimos; pero todo ello no hacía más que resaltar el horrible contraste



con sus ojos acuosos, que parecían casi del mismo color que las pálidas órbitas en las que se hundían, el rostro arrugado, y los finos y negruzcos labios.

Las alteraciones de la vida no son ni mucho menos tantas como las de los sentimientos humanos. Durante casi dos años había trabajado infatigablemente con el único propósito de infundir vida en un cuerpo inerte. Para ello me había privado de descanso y de salud.

Lo había deseado con un fervor que sobrepasaba con mucho la moderación; pero ahora que lo había conseguido, la hermosura del sueño se desvanecía y la repugnancia y el horror me embargaban. Incapaz de soportar la visión del ser que había creado, salí precipitadamente de la estancia. Ya en mi dormitorio, paseé por la habitación sin lograr conciliar el sueño. Finalmente, el cansancio se impuso a mi agitación, y vestido me eché sobre la cama en el intento de encontrar algunos momentos de olvido.

Mas fue en vano; pude dormir, pero tuve horribles

pesadillas. Veía a Elizabeth, rebosante de salud, paseando por las calles de Ingolstadt. Con sorpresa y alegría la abrazaba, pero en cuanto mis labios rozaron los suyos, empalidecieron con el tinte de la muerte; sus rasgos parecieron cambiar, y tuve la sensación de sostener en brazos el cadáver de mi madre; un sudario la envolvía, y vi cómo los gusanos reptaban entre los dobleces de la tela.

Me desperté horrorizado; un sudor frío me bañaba la frente, me castañeteaban los dientes y movimientos convulsivos me sacudían los miembros. A la pálida y amarillenta luz de la luna que se filtraba por entre las contraventanas, vi al engendro, al monstruo miserable que había creado. Tenía levantada la cortina de la cama, y sus ojos, si así podían llamarse, me miraban fijamente. Entreabrió la mandíbula y murmuró unos sonidos ininteligibles, a la vez que una mueca arrugaba sus mejillas. Puede que hablara, pero no lo oí.

Tendía hacia mí una mano, como si intentara detenerme, pero esquivándola me precipité escaleras abajo. Me refugié en el patio de la casa,

donde permanecí el resto de la noche, paseando arriba y abajo, profundamente agitado, escuchando con atención, temiendo cada ruido como si fuera a anunciarme la llegada del cadáver demoníaco al que tan fatalmente había dado vida.

¡Ay!, Ningún mortal podría soportar el horror que inspiraba aquel rostro. Ni una momia reanimada podría ser tan espantosa como aquel engendro. Lo había observado cuando aún estaba incompleto, y ya entonces era repugnante; pero cuando sus músculos y articulaciones tuvieron movimiento, se convirtió en algo que ni siquiera Dante hubiera podido concebir.

Pasé una noche terrible. A veces, el corazón me latía con tanta fuerza y rapidez que notaba las palpitaciones de cada arteria, otras casi me caía al suelo de pura debilidad y cansancio. Junto a este horror, sentía la amargura de la desilusión. Los sueños que, durante tanto tiempo habían constituido mi sustento y descanso se me convertían ahora en un infierno; ¡y el cambio era tan brusco, tan total!

Por fin llegó el amanecer, gris y lluvioso, e iluminó ante mis agotados y doloridos ojos la iglesia de Ingolstadt, el blanco campanario y el reloj, que marcaba las seis. El portero abrió las verjas del patio, que había sido mi asilo aquella noche, y salí fuera cruzando las calles con paso rápido, como si quisiera evitar al monstruo que temía ver aparecer al doblar cada esquina. No me atrevía a volver a mi habitación; me sentía empujado a seguir adelante pese a que me empapaba la lluvia que, a raudales, enviaba un cielo oscuro e inhóspito.

Seguí caminando así largo tiempo, intentando aliviar con el ejercicio el peso que oprimía mi espíritu. Recorrí las calles, sin conciencia clara de dónde estaba o de lo que hacía. El corazón me palpitaba con la angustia del temor, pero continuaba andando con paso inseguro, sin osar mirar hacia atrás:

Como alguien que, en un solitario camino,
Avanza con miedo y terror,
Y habiéndose vuelto una vez, continúa,

Sin volver la cabeza ya más,
Porque sabe que cerca, detrás,
Tiene a un terrible enemigo.

Así llegué por fin al albergue donde solían detenerse las diligencias y carruajes. Aquí me detuve, sin saber por qué, y permanecí un rato contemplando cómo se acercaba un vehículo desde el final de la calle. Cuando estuvo más cerca vi que era una diligencia suiza. Paró delante de mí y al abrirse la puerta reconocí a Henry Clerval, que, al verme, bajó enseguida.

––Mi querido Frankenstein ––gritó—. ¡Qué alegría! ¡Qué suerte que estuvieras aquí justamente ahora!

Nada podría igualar mi gozo al verlo. Su presencia traía recuerdos de mi padre, de Elizabeth y de esas escenas hogareñas tan queridas. Le estreché la mano y al instante olvidé mi horror y mi desgracia. Repentinamente, y por primera vez en muchos meses, sentí que una serena y tranquila felicidad me embargaba. Recibí, por tanto, a mi amigo de la manera más cordial, y nos encaminamos hacia la

universidad. Clerval me habló durante algún rato de amigos comunes y de lo contento que estaba de que le hubieran permitido venir a Ingolstadt.

––Puedes suponer lo difícil que me fue convencer a mi padre de que no es absolutamente imprescindible para un negociante el no saber nada más que contabilidad. En realidad, creo que aún tiene sus dudas, pues su eterna respuesta a mis incesantes súplicas era la misma que la del profesor holandés de El Vicario de Wakefield: «Gano diez mil florines anuales sin saber griego, y como muy bien sin saber griego».

– Me hace muy feliz volver a verte, pero dime cómo están mis padres, mis hermanos y Elizabeth.

– Bien, y contentos; aunque algo inquietos por la falta de noticias tuyas. Por cierto, que yo mismo pienso sermonearte un poco. Pero, querido Frankenstein, continuó, deteniéndose de pronto y mirándome fijamente – no me había dado cuenta de tu mal aspecto.

Pareces enfermo; ¡estás muy pálido y delgado! Como si llevaras varias noches en vela.

– Estás en lo cierto. He estado tan ocupado últimamente que, como ves, no he podido descansar lo suficiente. Pero espero sinceramente que mis tareas hayan concluido y pueda estar ya más libre.

Temblaba; era incapaz de pensar, y mucho menos de referirme a los sucesos de la noche pasada. Apresuré el paso, y pronto llegamos a la universidad. Pensé entonces, y esto me hizo estremecer, que la criatura que había dejado en mi habitación aún podía encontrarse allí viva, y en libertad.

Temía ver a este monstruo, pero me horrorizaba aún más que Henry lo descubriera. Le rogué, por tanto, que esperara unos minutos al pie de la escalera, y subí a mi cuarto corriendo. Con la mano ya en el picaporte me detuve unos instantes para sobreponerme. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Abrí la puerta de par en par, como suelen hacer los niños cuando esperan encontrar un fantasma esperándolos; pero no ocurrió nada. Entré temerosamente: la habitación estaba vacía. Mi dormitorio también se encontraba libre de su horrendo huésped.

Apenas si podía creer semejante suerte. Cuando me hube asegurado de que mi enemigo ciertamente había huido, bajé corriendo en busca de Clerval, dando saltos de alegría.

Subimos a mi cuarto, y el criado enseguida nos sirvió el desayuno; pero me costaba dominarme. No era júbilo lo único que me embargaba. Sentía que un hormigueo de aguda sensibilidad me recorría todo el cuerpo, y el pecho me latía fuertemente. Me resultaba imposible permanecer quieto; saltaba por encima de las sillas, daba palmas y me reía a carcajadas.

En un principio Clerval atribuyó esta insólita alegría a su llegada. Pero al observarme con mayor detención, percibió una inexplicable exaltación en

mis ojos. Sorprendido y asustado ante mi alboroto irrefrenado y casi cruel, me dijo:

– ¡Dios Santo!, ¿Víctor, qué te sucede? No te rías así. Estás enfermo. ¿Qué significa todo esto?

– No me lo preguntes – le grité, tapándome los ojos con las manos, pues creí ver al aborrecido espectro deslizándose en el cuarto—. El te lo puede decir. ¡Sálvame! ¡Sálvame!

Me pareció que el monstruo me asía; luché violentamente, y caí al suelo con un ataque de nervios.

¡Pobre Clerval! ¿Qué debió pensar? El reencuentro, que esperaba con tanto placer, se tornaba de pronto en amargura. Pero yo no fui testigo de su dolor; estaba inconsciente, y no recobré el conocimiento hasta mucho más tarde.

Fue éste el principio de una fiebre nerviosa que me obligó a permanecer varios meses en cama. Durante todo ese tiempo, sólo Henry me cuidó.

Supe después que, debido a la avanzada edad de mi padre, lo impropio de un viaje tan largo y lo mucho que mi enfermedad afectaría a Elizabeth, Clerval les había ahorrado este pesar ocultándoles la gravedad de mi estado. Sabía que nadie me cuidaría con más cariño y desvelo que él, y convencido de mi mejoría no dudaba de que, lejos de obrar mal, realizaba para con ellos la acción más bondadosa.

Pero mi enfermedad era muy grave, y sólo los constantes e ilimitados cuidados de mi amigo me devolvieron la vida. Tenía siempre ante los ojos la imagen del monstruo al que había dotado de vida, y deliraba constantemente sobre él. Sin duda, mis palabras sorprendieron a Henry. En un principio, las tomó por divagaciones de mi mente trastornada; pero la insistencia con que recurría al mismo tema le convenció de que mi enfermedad se debía a algún suceso insólito y terrible.

Muy poco a poco, y con numerosas recaídas que inquietaban y apenaban a mi amigo, me repuse. Recuerdo que la primera vez que con un atisbo de

placer me pude fijar en los objetos a mí alrededor, observé que habían desaparecido las hojas muertas, y tiernos brotes cubrían los árboles que daban sombra a mi ventana. Fue una primavera deliciosa, y la estación contribuyó mucho a mi mejoría. Sentí renacer en mí sentimientos de afecto y alegría; desapareció mi pesadumbre, y pronto recuperé la animación que tenía antes de sucumbir a mi horrible obsesión.

– Querido Clerval – exclamé un día — ¡qué bueno eres conmigo! En vez de dedicar el invierno al estudio, como habías planeado, lo has pasado junto a mi lecho. ¿Cómo podré pagarte esto jamás? Siento el mayor remordimiento por los trastornos que te he causado. Pero ¿me perdonarás, verdad?

– Me consideraré bien pagado si dejas de atormentarte y te recuperas rápidamente, y puesto que te veo tan mejorado, ¿me permitirás una pregunta?

Temblé. ¡Una pregunta! ¿Cuál sería? ¿Se referiría acaso a aquello en lo que no me atrevía ni a pensar?

– Tranquilízate – dijo Clerval al observar que mi rostro cambiaba de color –, no lo mencionaré si ha de inquietarte, pero tu padre y tu prima se sentirían muy felices si recibieran una carta de tu puño y letra. Apenas saben de tu gravedad, y tu largo silencio les desasosiega.

– ¿Nada más, querido Henry? ¿Cómo pudiste suponer que mis primeros pensamientos no fueran para aquellos seres tan queridos y que tanto merecen mi amor?

– Siendo esto así, querido amigo, quizá te alegre leer esta carta que lleva aquí unos días. Creo que es de tu prima.


"La Chispa de la Vida"
Victor Frankenstein

Capítulo 5

Clerval me puso entonces la siguiente carta entre las manos.

A V. FRANKENSTEIN.

Mi querido primo:

No puedo describirte la inquietud que hemos sentido por tu salud.

No podemos evitar pensar que tu amigo Clerval nos oculta la magnitud de tu enfermedad, pues hace ya varios meses que no vemos tu propia letra. Todo este tiempo te has visto obligado a dictarle las cartas a Henry, lo cual indica, Víctor, que debes haber estado muy enfermo. Esto nos entristece casi tanto como la muerte de tu querida madre. Tan convencido estaba mi tío de tu gravedad, que nos costó mucho disuadirlo de su idea de viajar a Ingolstadt.

Clerval nos asegura constantemente que mejoras; espero sinceramente que pronto nos demuestres

lo cierto de esta afirmación mediante una carta de tu puño y letra, pues nos tienes a todos, Víctor, muy preocupados. Tranquilízanos a este respecto, y seremos los seres más dichosos del mundo. Tu padre está tan bien de salud, que parece haber rejuvenecido diez años desde el invierno pasado. Ernest ha cambiado tanto que apenas lo conocerías; va a cumplir los dieciséis y ha perdido el aspecto enfermizo que tenía hace algunos años; tiene una vitalidad desbordante.

Mi tío y yo hablamos durante largo rato anoche acerca de la profesión que Ernest debía elegir. Las continuas enfermedades de su niñez le han impedido crear hábitos de estudio. Ahora que goza de buena salud, suele pasar el día al aire libre, escalando montañas o remando en el lago. Yo sugiero que se haga granjero; ya sabes, primo, que esto ha sido un sueño que siempre he acariciado.

La vida del granjero es sana y feliz y es la profesión menos dañina, mejor dicho, más beneficiosa de todas. Mi tío pensaba en la abogacía para que, con su influencia, pudiera luego hacerse juez. Pero,

aparte de que no está capacitado para ello en absoluto, creo que es más honroso cultivar la tierra para sustento de la humanidad que ser el confidente e incluso el cómplice de sus vicios, que es la tarea del abogado. De que la labor de un granjero próspero, si no más honrosa, sí al menos era más grata que la de un juez, cuya triste suerte es la de andar siempre inmiscuido en la parte más sórdida de la naturaleza humana. Ante esto, mi tío esbozó una sonrisa, comentando que yo era la que debía ser abogado, lo que puso fin a la conversación.

Y ahora te contaré una pequeña historia que te gustará e incluso quizá te entretenga un rato. ¿Te acuerdas de Justine Moritz? Probablemente no, así que te resumiré su vida en pocas palabras. Su madre, la señora Moritz se quedó viuda con cuatro hijos, de los cuales Justine era la tercera. Había sido siempre la preferida de su padre, pero, incomprensiblemente, su madre la aborrecía y, tras la muerte del señor Moritz, la maltrataba.

Mi tía, tu madre, se dio cuenta, y cuando Justine tuvo doce años convenció a su madre para que la dejara

vivir con nosotros. Las instituciones republicanas de nuestro país han permitido costumbres más sencillas y felices que las que suelen imperar en las grandes monarquías que lo circundan. Por ende hay menos diferencias entre las distintas clases sociales de sus habitantes, y los miembros de las más humildes, al no ser ni tan pobres ni estar tan despreciados, tienen modales más refinados y morales.

Un criado en Ginebra no es igual que un criado en Francia o Inglaterra. Así pues, en nuestra familia Justine aprendió las obligaciones de una sirvienta, condición que en nuestro afortunado país no conlleva la ignorancia ni el sacrificar la dignidad del ser humano.

Después de recordarte esto supongo que adivinarás quién es la heroína de mi pequeña historia, porque tú apreciabas mucho a Justine. Incluso me acuerdo que una vez comentaste que cuando estabas de mal humor se te pasaba con que Justine te mirase, por la misma razón que esgrime.
Ariosto al hablar de la hermosura de Angélica: desprendía alegría y franquea.

Mi tía se encariñó mucho con ella, lo cual la indujo a darle una educación más esmerada de lo que en principio pensaba. Esto se vio pronto recompensado; la pequeña Justine era la criatura más agradecida del mundo.

No quiero decir que lo manifestara abiertamente, jamás la oí expresar su gratitud, pero sus ojos delataban la adoración que sentía por su protectora. Aunque era de carácter juguetón e incluso en ocasiones distraída, estaba pendiente del menor gesto de mi tía, que era para ella modelo de perfección. Se esforzaba por imitar sus ademanes y manera de hablar, de forma que incluso ahora a menudo me la recuerda.

Cuando murió mi querida tía, todos estábamos demasiado llenos de nuestro propio dolor para reparar en la pobre Justine, que a lo largo de su enfermedad la había atendido con el más solícito afecto. La pobre Justine estaba muy enferma, pero le aguardaban otras muchas pruebas. vUno tras otro, murieron sus hermanos y hermanas, y su madre se quedó sin más hijos que aquella a la que

había desatendido desde pequeña. La mujer sintió remordimiento y empezó a pensar que la muerte de sus preferidos era el castigo que por su parcialidad le enviaba el cielo. Era católica, y creo que su confesor coincidía con ella en esa idea. Tanto es así que, a los pocos meses de partir tú hacia Ingolstadt, la arrepentida madre de Justine la hizo volver a su casa.

¡Pobrecilla! ¡Cómo lloraba al abandonar nuestra casa! Estaba muy cambiada desde la muerte de mi tía; la pena le había dado una dulzura y seductora docilidad que contrastaban con la tremenda vivacidad de antaño. Tampoco era la casa de su madre el lugar más adecuado para que recuperara su alegría. La pobre mujer era muy titubeante en su arrepentimiento.

A veces le suplicaba a Justine que perdonara su maldad, pero con mayor frecuencia la culpaba de la muerte de sus hermanos y hermana. La obsesión constante acabó enfermando a la señora Moritz, lo cual agravó su irascibilidad. Ahora ya descansa en paz. Murió a principios de este invierno, al llegar los

primeros fríos. Justine está de nuevo con nosotros, y te aseguro que la amo tiernamente. Es muy inteligente y dulce, y muy bonita. Como te dije antes, sus gestos y expresión me recuerdan con frecuencia a mi querida tía.

También quiero contarte algo, querido primo, del pequeño William. Me gustaría que lo vieras. Es muy alto para su edad; tiene los ojos azules, dulces y sonrientes, las pestañas oscuras y el pelo rizado. Cuando se ríe, le aparecen dos hoyuelos en las mejillas sonrosadas. Ya ha tenido una o dos pequeñas novias, pero Louisa Biron es su favorita, una bonita criatura de cinco años.

Y ahora, querido Víctor, supongo que te gustarán algunos cotilleos sobre las buenas gentes de Ginebra. La agraciada señorita Mansfield ya ha recibido varias visitas de felicitación por su próximo enlace con un joven inglés, John Melbourne. Su fea hermana, Manon, se casó el otoño pasado con el señor Duvillard, el rico banquero. A tu compañero predilecto de colegio, Louis Manoir, le han acaecido varios infortunios desde que Clerval salió de

Ginebra. Pero ya se ha recuperado, y se dice que está apunto de casarse con madame Tavarnier, una joven francesa muy animada. Es viuda y mucho mayor que Manoir; pero es muy admirada y agrada a todos.

Escribiéndote me he animado mucho, querido primo. Pero no puedo terminar sin volver a preguntarte por tu salud. Querido Víctor, si no estás muy enfermo, escribe tú mismo y hamos felices a tu padre y a todos los demás. Si no..., lloro sólo de pensar en la otra posibilidad. Adiós mi queridísimo primo.

ELIZABETH LAVENZA

Ginebra, 18 de marzo de 17...

– Querida, queridísima Elizabeth, exclamé al terminar su carta – escribiré de inmediato para aliviar la ansiedad que deben sentir.

Escribí, pero me fatigué mucho. Sin embargo, había comenzado mi convalecencia y mejoraba con

rapidez. Al cabo de dos semanas pude abandonar mi habitación.

Una de mis primeras obligaciones tras mi recuperación era presentar a Clerval a los distintos profesores de la universidad. Al hacerlo, pasé muy malos ratos, poco convenientes a las heridas que había sufrido mi mente. Desde aquella noche fatídica, final de mi labor y principio de mis desgracias, sentía un violento rechazo por el mero nombre de filosofía natural. Incluso cuando me hube restablecido por completo, la sola visión de un instrumento químico reavivaba mis síntomas nerviosos.

Henry lo había notado, y retiró todos los aparatos. Cambió el aspecto de mi habitación, pues observó que sentía repugnancia por el cuarto que había sido mi laboratorio. Pero estos cuidados de Clerval no sirvieron de nada cuando visité a mis profesores. El señor Waldman me hirió aceradamente al alabar, con ardor y amabilidad, los asombrosos adelantos que había hecho en las ciencias.
Pronto observó que me disgustaba el tema, pero,

desconociendo la verdadera razón, lo atribuyó a mi modestia y pasó de mis progresos a centrarse en la ciencia misma, con la intención de interesarme.

¿Qué podía yo hacer? Con su afán de ayudarme, sólo me atormentaba. Era como si hubiera colocado ante mí, uno a uno y con mucho cuidado, aquellos instrumentos que posteriormente se utilizarían para proporcionarme una muerte lenta y cruel. Me torturaban sus palabras, mas no osaba manifestar el dolor que sentía.

Clerval, cuyos ojos y sensibilidad estaban siempre prontos para intuir las sensaciones de los demás, desvió el tema, alegando como excusa su absoluta ignorancia, y la conversación tomó un rumbo más general. De corazón le agradecí esto a mi amigo, pero no tomé parte en la charla.

Vi claramente que estaba sorprendido, pero nunca trató de extraerme el secreto. Aunque lo quería con una mezcla de afecto y respeto ilimitados, no me atrevía a confesarle aquello que tan a menudo me volvía a la memoria, pues temía que, al revelárselo

a otro, se me grabaría todavía más.

El señor Krempe no fue tan delicado. En el estado de hipersensibilidad en el que estaba, sus alabanzas claras y rudas me hicieron más que la benévola aprobación del señor Waldman.

¡Maldito chico! – exclamó – Le aseguro, señor Clerval, que nos ha superado a todos. Piense lo que quiera, pero así es. Este chiquillo, que hace poco creía en Cornelius Agrippa como en los evangelios, se ha puesto a la cabeza de la universidad. Y si no lo echamos pronto, nos dejará en ridículo a todos...

¡Vaya, vaya! – continuó al observar el sufrimiento que reflejaba mi rostro – el señor Frankenstein es modesto, excelente virtud en un joven. Todos los jóvenes debieran desconfiar de sí mismos, ¿no cree, señor Clerval? A mí, de muchacho, me ocurría, pero eso pronto se pasa.

El señor Krempe se lanzó entonces a un elogio de su persona, lo que felizmente desvió la conversación del tema que tanto me desagradaba.

Clerval no era un científico vocacional. Tenía una imaginación demasiado viva para aguantar la minuciosidad que requieren las ciencias. Le interesaban las lenguas, y pensaba adquirir en la universidad la base elemental que le permitiera continuar sus estudios por su cuenta una vez volviera a Ginebra. Tras dominar el griego y el latín perfectamente, el persa, árabe y hebreo atrajeron su atención.

A mí, personalmente, siempre me había disgustado la inactividad; y ahora que quería escapar de mis recuerdos y odiaba mi anterior dedicación me confortaba el compartir con mi amigo sus estudios, encontrando no sólo formación sino consuelo en los trabajos de los orientalistas. Su melancolía es relajante, y su alegría anima hasta puntos nunca antes experimentados al estudiar autores de otros países.

En sus escritos la vida parece hecha de cálido sol y jardines de rosas, de sonrisas y censuras de una dulce enemiga y del fuego que consume el corazón.

¡Qué distinto de la poesía heroica y viril de Grecia y Roma!

Así se me pasó el verano, y fijé mi regreso a Ginebra para finales de otoño. Varios incidentes me detuvieron. Llegó el invierno, y con él la nieve, que hizo inaccesibles las carreteras y retrasé mi viaje hasta la primavera. Sentí mucho esta demora, pues ardía en deseos de volver a mi ciudad natal y a mis seres queridos. Mi retraso obedecía a cierto reparo por mi parte por dejar a Clerval en un lugar desconocido para él, antes de que se hubiera relacionado con alguien. No obstante, pasamos el invierno agradablemente, y cuando llegó la primavera, si bien tardía, compensó su tardanza con su esplendor.

Entrado mayo, y cuando a diario esperaba la carta que fijaría el día de mi partida, Henry propuso una excursión a pie por los alrededores de Ingolstadt, con el fin de que me despidiera del lugar en el cual había pasado tanto tiempo. Acepté con gusto su sugerencia. Me gustaba el ejercicio, y Clerval había sido siempre mi compañero preferido en este tipo

de paseos, que acostumbrá;bamos a dar en mi ciudad natal.

La excursión duró quince días. Hacía tiempo que había recobrado el ánimo y la salud, y ambas se vieron reforzadas por el aire sano, los incidentes normales del camino y la animación de mi amigo. Los estudios me habían alejado de mis compañeros y me había ido convirtiendo en un ser insociable, pero Clerval supo hacer renacer en mí mis mejores sentimientos. De nuevo me inculcó el amor por la naturaleza y por los alegres rostros de los niños. ¡Qué gran amigo! Cuán sinceramente me amaba y se esforzaba por elevar mi espíritu hasta el nivel del suyo.

Un objetivo egoísta me había disminuido y empequeñecido hasta que su bondad y cariño reavivaron mis sentidos. Volví a ser la misma criatura feliz que, unos años atrás, amando a todos y querido por todos, no conocía ni el dolor ni la preocupación. Cuando me sentía contento, la naturaleza tenía la virtud de proporcionarme las más exquisitas sensaciones. Un cielo apacible



y verdes prados me llenaban de emoción. Aquella primavera fue verdaderamente hermosa; las flores de primavera brotaban en los campos anunciando las del verano que empezaban ya a despuntar. No me importunaban los pensamientos que, a pesar de mis intentos, me habían oprimido el año anterior con un peso invencible.

Henry disfrutaba con mi alegría y compartía mis sentimientos. Se esforzaba por distraerme mientras me comunicaba sus impresiones. En esta ocasión, sus recursos fueron verdaderamente asombrosos; su conversación era animadísima y a menudo inventaba cuentos de una fantasía y pasión maravillosas, imitando los de los escritores árabes y persas. Otras veces repetía mis poemas favoritos, o me inducía a temas polémicos argumentando con ingenio.

Regresamos a la universidad un domingo por la noche. Los campesinos bailaban y las gentes con las que nos cruzábamos parecían contentas y felices. Yo mismo me sentía muy animado y caminaba con paso jovial, lleno de desenfado y júbilo.



Capítulo 6

De vuelta, encontré la siguiente carta de mi padre:

A V. FRANKENSTEIN.

Mi querido Víctor:

Con impaciencia debes haber aguardado la carta que fiara tu regreso a casa; tentado estuve en un principio de mandarte sólo unas líneas con el día en que debíamos esperarte. Pero hubiera sido un acto de cruel caridad, y no me atreví a hacerlo. Cuál no hubiera sido tu sorpresa, hijo mío, cuando, esperando una feliz y dichosa bienvenida, te encontraras por el contrario con el llanto y el sufrimiento.

¿Cómo podré, hijo, explicarte nuestra desgracia? La ausencia no puede haberte hecho indiferente a nuestras penas yalegrías, y ¿cómo puedo yo infligir daño a un hijo ausente? Quisiera prepararte para la dolorosa noticia, pero sé que es imposible. Sé que tus ojos se saltan las líneas buscando las palabras

que te revelarán las horribles nuevas.

¡William ha muerto! Aquella dulce criatura cuyas sonrisas caldeaban y llenaban de gozo mi corazón, aquella criatura tan cariñosa y a la par tan alegre, Víctor, ha sido asesinada.

No intentaré consolarte. Sólo te contaré las circunstancias de la tragedia.

El jueves pasado (7 de mayo), yo, mi sobrina y tus dos hermanos fuimos a Plainpalais a dar un paseo. La tarde era cálida y apacible, y nos tardamos algo más que de costumbre. Ya anochecía cuando pensamos en volver. Entonces nos dimos cuenta de que William y Ernest, que iban delante, habían desaparecido.

Nos sentamos en un banco a aguardar su regreso. De pronto llegó Ernest, y nos preguntó si habíamos visto a su hermano. Dijo que habían estado jugando juntos y que William se había adelantado para esconderse, yque lo había buscado en vano.

Llevaba ya mucho tiempo esperándolo pero aún no había regresado.

Esto nos alarmó considerablemente, y estuvimos buscándolo hasta que cayó la noche y entonces Elizabeth sugirió que quizá hubiera vuelto a casa. Allí no estaba. Volvimos al lugar con antorchas; pues yo no podía descansar pensando en que mi querido hijo se había perdido y se encontraría expuesto a la humedad y el frío de la noche.

Elizabeth también sufría enormemente. Alrededor de las cinco de la madrugada hallé a mi pequeño, que la noche anterior rebosaba actividad y salud, tendido en la hierba, pálido e inerte, con las huellas en el cuello de los dedos del asesino.

Lo llevamos a casa, y la agonía de mi rostro pronto delató el secreto a Elizabeth. Se empeñó en ver el cadáver. Intenté disuadirla pero insistió. Entró en la habitación donde reposaba, examinó precipitadamente el cuello de la víctima, y retorciéndose las manos exclamó:

¡Dios mío! He matado a mi querido chiquillo.

Perdió el conocimiento y nos costó mucho reanimarla. Cuando volvió en sí, sólo lloraba y suspiraba. Me dijo que esa misma tarde William la había convencido para que le dejara ponerse una valiosa miniatura que ella tenía de tu madre.

Esta joya ha desaparecido, y, sin duda, fue lo que tentó al asesino al crimen. No hay rastro de él hasta el momento, aunque las investigaciones continúan sin cesar. De todas formas, esto no le devolverá la vida a nuestro amado William.

Vuelve, querido Víctor; sólo tú podrás consolar a Elizabeth. Llora sin cesar, y se acusa injustamente de su muerte. Me destroza el corazón con sus palabras. Estamos todos desolados, pero ¿no será esa una razón más para que tú, hijo mío, vengas y seas nuestro consuelo? ¡Tu pobre madre, Víctor! Ahora le doy gracias a Dios de que no haya vivido para ser testigo de la cruel y atroz muerte de su benjamín.

Vuelve, Víctor; no con pensamientos de venganza

contra el asesino, sino con sentimientos de paz y cariño que curen nuestras heridas en vez de ahondar en ellas. Únete a nuestro luto, hijo, pero con dulzura y cariño para quienes te quieren y no con odio para con tus enemigos.

Tu afligido padre que te quiere,

ALPHONSE FRANKENSTEIN

Ginebra, 12 de mayo de 17...

Clerval, que me había estado observando mientras leía la carta, se sorprendió al ver la desesperación en que se trocaba la alegría que había expresado al saber que habían llegado noticias de mis amigos. Tiré la carta sobre la mesa y me cubrí el rostro con las manos.

– Querido Frankenstein – dijo al verme llorar con amargura––, ¿habrás de ser siempre desdichado? ¿Qué ha ocurrido, amigo mío?

Le indiqué que leyera la carta, mientras yo paseaba

arriba y abajo de la habitación lleno de angustia. Las lágrimas le corrieron por las mejillas a medida que leía y comprendía mi desgracia.

– No puedo ofrecerte consuelo alguno, amigo mío – dijo –, tu pérdida es irreparable. ¿Qué piensas hacer?

– Ir de inmediato a Ginebra. Acompáñame, Henry, a pedir los caballos.

Mientras caminábamos, Clerval se desvivía por animarme, no con los tópicos usuales, sino manifestando su más profunda amistad.

– Pobre William. Aquella adorable criatura duerme ahora junto a su madre. Sus amigos lo lloramos y estamos de luto, pero él descansa en paz. Ya no siente la presión de la mano asesina; el césped cubre su dulce cuerpo y ya no puede sufrir. Ya no se le puede compadecer. Los supervivientes somos los que más sufrimos, y para nosotros el tiempo es el único consuelo. No debemos esgrimir aquellas máximas de los estoicos de que la muerte no es un

mal y que el hombre debe estar por encima de la desesperación ante la ausencia eterna del objeto amado. Incluso Catón lloró ante el cadáver de su hermano.

Así hablaba Clerval mientras cruzábamos las calles. Las palabras se me quedaron grabadas, y más tarde las recordé en mi soledad. En cuanto llegaron los caballos, subí a la calesa, y me despedí de mi amigo.

El viaje fue triste. Al principio iba con prisa, pues estaba impaciente por consolar a los míos; pero á medida que nos acercábamos a mi ciudad natal aminoré la marcha. Apenas si podía soportar el cúmulo de pensamientos que se me agolpaban en la mente. Revivía escenas familiares de mi juventud, escenas que no había visto hacía casi seis años.

¿Qué cambios habría habido en ese tiempo? Se había producido de repente uno brusco y desolador; pero miles de pequeños acontecimientos podían haber dado lugar, poco a poco, a otras alteraciones,

no por más tranquilas menos decisivas. Me invadió el miedo. Temía avanzar, aguardando miles de inesperados e indefinibles males que me hacían temblar.

Me quedé dos días en Lausana, sumido en este doloroso estado de ánimo. Contemplé el lago: sus aguas estaban en calma, todo a mí alrededor respiraba paz y los nevados montes, «palacios de la naturaleza», no habían cambiado. Poco a poco, el maravilloso y sereno espectáculo me restableció, y proseguí mi viaje hacia Ginebra.

La carretera bordeaba el lago y se angostaba al acercarse a mi ciudad natal. Distinguí con la mayor claridad las oscuras laderas de los montes jurásicos y la brillante cima del Mont Blanc. Lloré como un chiquillo: «¡Queridas montañas! ¡Mi hermoso lago! ¿Cómo recibís al caminante? Vuestras cimas centellean, el lago y el cielo son azules... ¿Es esto una promesa de paz o es una burla a mi desgracia?»

Temo, amigo mío, hacerme pesado si me sigo remansando en estos preliminares, pero fueron

días de relativa felicidad y los recuerdo con placer. ¡Mi tierra!, ¡Mi querida tierra! ¿Quién, salvo el que haya nacido aquí, puede comprender el placer que me causó volver a ver tus riachuelos, tus montañas, y sobre todo tu hermoso lago?

Sin embargo, a medida que me iba acercando a casa, volvió a cernirse sobre mí el miedo y la ansiedad. Cayó la noche; y cuando dejé de poder ver las montañas, aún me sentí más apesadumbrado. El paisaje se me presentaba como una inmensa y sombría escena maléfica, y presentí confusamente que estaba destinado a ser el más desdichado de los humanos. ¡Ay de mí!, Vaticiné certeramente. Me equivoqué en una sola cosa: todas las desgracias que imaginaba y temía no llegaban ni a la centésima parte de la angustia que el destino me tenía reservada.

Era completamente de noche cuando llegué a las afueras de Ginebra; las puertas de la ciudad ya estaban cerradas, y tuve que pasar la noche en Secheron, un pueblecito a media legua al este de la ciudad. El cielo estaba sereno, y puesto que no

podía dormir, decidí visitar el lugar donde habían asesinado a mi pobre William. Como no podía atravesar la ciudad, me vi obligado a cruzar hasta Plainpalais en barca, por el lago. Durante el corto recorrido, vi los relámpagos que, sobre la cima del Mont Blanc, dibujaban las más hermosas figuras.

La tormenta parecía avecinarse con rapidez y, al desembarcar, subí a una colina para desde allí observar mejor su avance. Se acercaba; el cielo se cubrió de nubes, y pronto sentí la lluvia caer lentamente, y las gruesas y dispersas gotas se fueron convirtiendo en un diluvio.

Abandoné el lugar y seguí andando, aunque la oscuridad y la tormenta aumentaban por minutos y los truenos retumbaban ensordecedores sobre mi cabeza. La cordillera de Saléve, los montes de jura y los Alpes de Saboya repetían su eco. Deslumbrantes relámpagos iluminaban el lago, dándole el aspecto de una inmensa explanada de fuego. Luego, tras unos instantes, todo quedaba sumido en las tinieblas, mientras la retina se reponía del resplandor. Como sucede con

frecuencia en Suiza, la tormenta había estallado en varios puntos a la vez. Lo más violento se cernía sobre el norte de la ciudad, sobre esa parte del lago entre el promontorio de Belrive y el pueblecito de Copét. Otro núcleo iluminaba más débilmente los montes jurásicos, y un tercero ensombrecía y revelaba intermitentemente la Móle, un escarpado monte al este del lago.

Admiraba la tormenta, tan hermosa y a un tiempo terrible, mientras caminaba con paso ligero. Esta noble lucha de los cielos elevaba mi espíritu. Junté las manos y exclamé: «William, mi querido hermano. Este es tu funeral, ésta tu endecha.» Apenas había pronunciado estas palabras cuando divisé en la oscuridad una figura que emergía subrepticiamente de un bosquecillo cercano.

Me quedé inmóvil, mirándola fijamente: no había duda. Un relámpago la iluminó y me descubrió sus rasgos con claridad. La gigantesca estatura y su aspecto deformado, más horrendo que nada de lo que existe en la humanidad, me demostraron de inmediato que era el engendro, el repulsivo

demonio al que había dotado de vida. ¿Qué hacía allí? ¿Sería acaso me estremecía sólo de pensarlo–– el asesino de mi hermano? No bien me hube formulado la pregunta cuando llegó la respuesta con claridad; los dientes me castañetearon, y me tuve que apoyar en un árbol para no caerme. La figura pasó velozmente por delante de mí y se perdió en la oscuridad. Nada con la forma de un humano hubiera podido dañar a un niño.

El era el asesino, no había duda. La sola ocurrencia de la idea era prueba irrefutable. Pensé en perseguir a aquel demonio, pero hubiera sido en vano, pues el siguiente relámpago me lo descubrió trepando por las rocas de la abrupta ladera del monte Saléve, el monte que limita a Plainpalais por el sur. Rápidamente escaló la cima y desapareció.

Permanecí inmóvil. La tormenta cesó; pero la lluvia continuaba, y todo estaba envuelto en tinieblas. Repasé los sucesos que hasta el momento había tratado de olvidar: todos los pasos que di hasta la creación; el fruto de mis propias manos, vivo, junto a mi cama; su huida. Habían transcurrido ya

casi dos años desde la noche en que le había dado vida. ¿Era éste su primer crimen? ¡Dios mío! Había lanzado al mundo un engendro depravado, que se deleitaba causando males y desgracias. ¿No era la muerte de mi hermano prueba de ello?

Nadie puede concebir la angustia que sufrí durante el resto de la noche, que pasé, frío y mojado, a la intemperie. Mas no notaba la inclemencia del tiempo. Tenía la imaginación asaltada por escenas de horror y desesperación. Consideraba a este ser con el que había afligido a la humanidad, este ser dotado de voluntad y poder para cometer horrendos crímenes, como el que acababa de realizar, como mi propio vampiro, mi propia alma escapada de la tumba, destinada a destruir todo lo que me era querido.

Amaneció, y me encaminé hacia la ciudad. Las puertas ya estaban abiertas y me dirigí a la casa de mi padre. Mi primer pensamiento fue comunicar lo que sabía acerca del asesino, y hacer que de inmediato se emprendiera su búsqueda, pero me detuve cuando reflexioné sobre lo que tendría que

explicar: me había encontrado a media noche, en la ladera de una montaña inaccesible, con un ser al cual yo mismo había creado y dotado de vida. Recordé también la fiebre nerviosa que había contraído en el momento de su creación y que daría un cierto aire de delirio a una historia de por sí increíble. Bien sabía que si alguien me hubiera contado algo parecido lo habría tomado por el producto de su demencia.

Además, las extrañas características de la bestia harían imposible su captura, suponiendo que lograra convencer a mis familiares de que la iniciaran. Y ¿de qué serviría perseguirla? ¿Quién podría atrapar a un ser capaz de escalar las laderas verticales del monte Saléve? Estas reflexiones acabaron por convencerme y opté por guardar silencio.

Eran alrededor de las cinco de la mañana cuando entré en casa de mi padre. Les dije a los criados que no despertaran a mi familia, y me fui a la biblioteca a aguardar la hora en que solían levantarse.

Salvo por una marca indeleble, habían pasado seis años casi como un sueño. Me encontraba en el mismo lugar en el que por última vez había abrazado a mi padre al partir hacia Ingolstadt.¡Padre querido y venerado! Felizmente, aún vivía.

Miré el cuadro de mi madre, colgado encima de la chimenea. Era un tema histórico pintado por encargo de mi padre, y representaba a Caroline Beaufort en actitud de desesperación, postrada ante el féretro de su padre. Su vestido era rústico, y la palidez cubría sus mejillas, pero emanaba un aire de dignidad y hermosura que anulaba todo sentimiento de piedad.

Debajo de este cuadro había una miniatura de William que me hizo saltar las lágrimas. En aquel momento entró Ernest; me había oído llegar y venía a darme la bienvenida. Expresó una mezcla de tristeza y alegría al verme.

Bienvenido, querido Víctor. Ojalá hubieras regresado tres meses atrás; nos hubieras

encontrado felices y contentos. Pero ahora estamos desolados; y me temo que sean las lágrimas y no las sonrisas las que te reciban. Nuestro padre está muy apenado; este terrible suceso parece hacer revivir en él el dolor que sintió a la muerte de nuestra madre. La pobre Elizabeth está también muy afligida.

Mientras hablaba las lágrimas le resbalaban por las mejillas. No me recibas así le dije – intenta serenarte para que no me sienta completamente desgraciado al entrar en la casa de mi padre tras tan larga ausencia. Dime, ¿cómo lleva mi padre esta desgracia?, ¿y cómo está mi pobre Elizabeth?

– Es la que más ayuda necesita. Se acusa de haber causado la muerte de mi hermano, y esto la atormenta horriblemente. Aunque ahora que han descubierto al asesino...

– ¿Que lo han descubierto? ¡Dios mío! ¿Cómo es posible?, ¿Quién ha podido intentar perseguirlo? Es imposible; sería como intentar atrapar el viento, o detener un torrente con una caña.

No entiendo lo que quieres decir pero a todos nos dolió el descubrirlo. Al principio nadie se lo podía creer, e incluso ahora, a pesar de las pruebas, Elizabeth se niega a admitirlo. Es verdaderamente increíble que Justine Moritz, tan dulce y tan encariñada como parecía con todos nosotros, haya podido, de pronto, hacer algo tan horrible.

– ¡Justine Moritz! Pobrecilla, ¿la acusan a ella? Están equivocados, es evidente. No se lo creerá nadie, ¿no, Ernest?

– Al principio no; pero hay varios detalles que nos han forzado a aceptar los hechos. Su propio comportamiento es tan desconcertante, que añade a las pruebas un peso que temo no deja lugar a duda. Hoy la juzgan, y podrás convencerte tú mismo.

Me contó que la mañana en que encontraron el cadáver del pobre William, Justine se puso enferma y se vio obligada a guardar cama. Días más tarde, una de las criadas revisó por casualidad las prendas que Justine llevaba el día del crimen y

encontró en un bolsillo la miniatura de mi madre, que se suponía fue el móvil del asesinato. Se lo enseñó al instante a otra sirvienta, la cual, sin decirnos ni una palabra, se fue a un magistrado. A consecuencia de la declaración de la criada, Justine fue detenida. Al acusársela del crimen, la pobrecilla confirmó las sospechas, en gran medida con su total confusión y aturdimiento.

Parecía una historia de extrañas coincidencias, pero no logró convencerme.

– Estáis todos equivocados –le contesté seriamente – Yo sé quien es el asesino. Justine, la pobre Justine, es inocente.

En aquel instante entró mi padre. Advertí cómo la tristeza había hecho mella en su semblante; pese a todo, trató de recibirme con alegría, y, tras intercambiar nuestro apenado saludo, hubiera iniciado otro tema de conversación que no fuera el de nuestra desgracia, de no ser porque Ernest exclamó:

– ¡Dios mío, padre! Víctor dice saber quién asesinó a William.

– Por desgracia, nosotros también – respondió mi padre –. Hubiera preferido ignorarlo para siempre, antes que descubrir tanta maldad e ingratitud en alguien a quien apreciaba tanto.

– Querido padre, estáis equivocados; Justine es inocente.

– Si es así, no permita Dios que se la acuse. Hoy la juzgarán, y espero de todo corazón que la absuelvan.

Estas palabras me tranquilizaron. Estaba del todo convencido de que Justine, es más, cualquier otro ser humano, era inocente de este crimen. Por tanto, no temía que se pudiera presentar ninguna prueba contundente que bastara para condenarla. Con esta confianza, me calmé, y esperé el juicio con interés, pero sin sospechar ningún resultado negativo.

Elizabeth pronto se reunió con nosotros. El tiempo había producido en ella grandes cambios desde que la vi por última vez. Seis años atrás era una joven bonita y agradable, a la cual todos querían. Ahora se había convertido en una mujer de excepcional hermosura. La frente, amplia y despejada, indicaba gran inteligencia y franqueza.

Sus ojos de color miel denotaban ternura, mezclada ahora con la pena de su reciente dolor. El pelo era de un brillante castaño rojizo, la tez clara y la figura menuda y grácil. Me saludó con el mayor afecto.

– Querido primo – dijo –, tu llegada me llena de esperanza. Tú quizá encuentres algún medio para probar la inocencia de la pobre Justine. Si a ella la condenan, quién podrá estar seguro de aquí en adelante? Confío en su inocencia como en la mía propia.

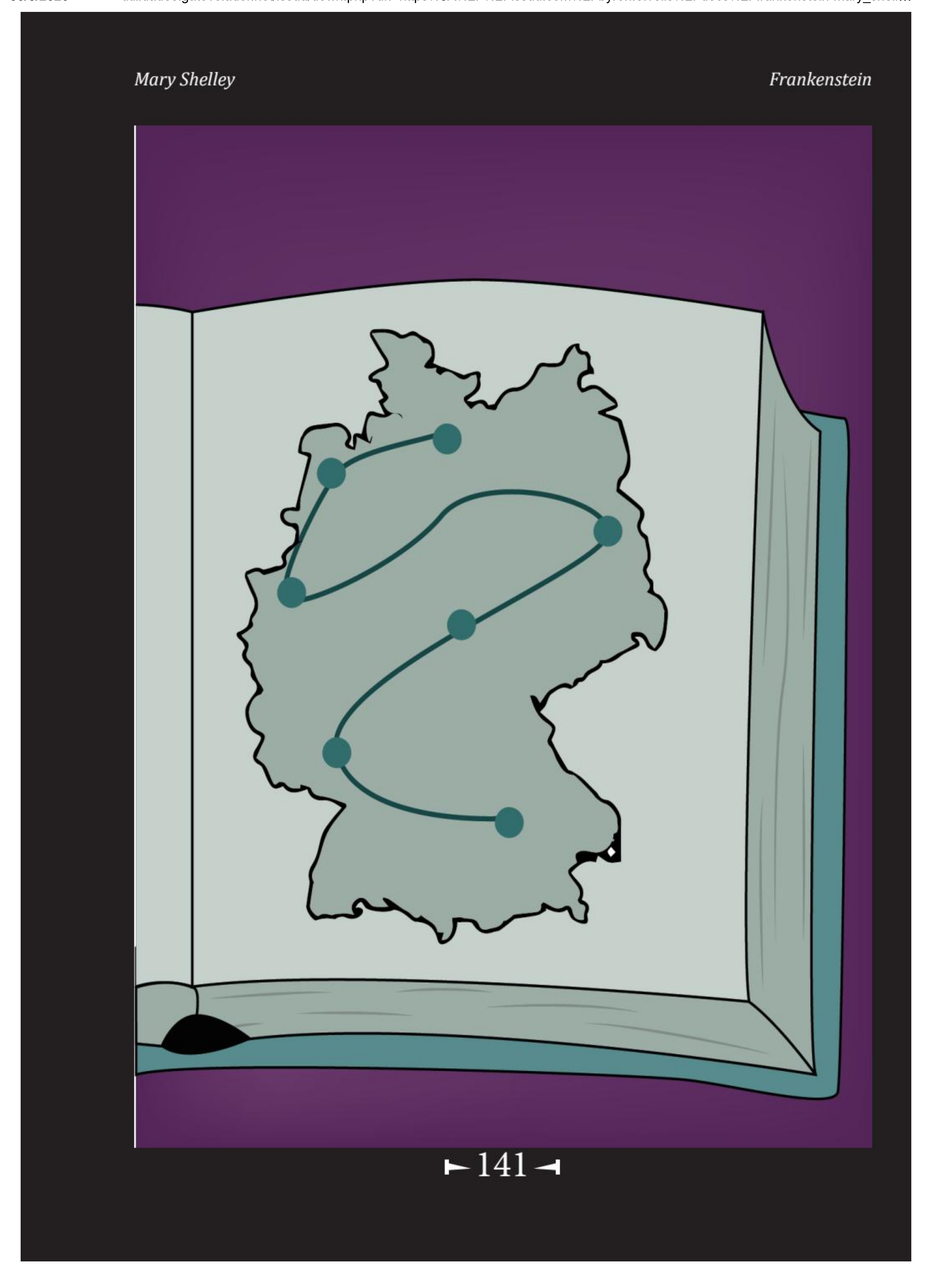
Nuestra desgracia es doblemente penosa: no sólo hemos perdido a nuestro adorado chiquillo, sino que ahora un destino aún peor nos arrebata a Justine. Jamás volveré a saber lo que es la alegría si

la condenan. Pero estoy segura de que no será así y entonces, pese a la muerte de mi pequeño William, volveré a ser feliz.

– Es inocente, Elizabeth – le contesté – y se probará, no temas. Deja que el convencimiento de que será absuelta calme tu espíritu.

– ¡Qué bueno eres! Todos la creen culpable y eso me entristecía mucho, porque sabía que era imposible. El ver a todos tan predispuestos en contra suya me desesperaba – dijo llorando.

– Querida sobrina – dijo mi padre – seca tus lágrimas. Si como crees es inocente, confía en la justicia de nuestros jueces, y en el interés con que yo impediré la más ligera sombra de parcialidad.



Capítulo 7

Vivimos horas penosas hasta las once de la mañana, hora en la que había de comenzar el juicio. Acompañé a mi padre y restantes miembros de la familia, que estaban citados como testigos. Durante toda aquella odiosa farsa de justicia, sufrí un calvario.

Debía decidirse si mi curiosidad e ilícitos experimentos desembocarían en la muerte de dos seres humanos: el uno, una encantadora criatura llena de inocencia y alegría; la otra, más terriblemente asesinada aún, puesto que tendría todos los agravantes de la infamia para hacerla inolvidable. Justine era una buena chica, y poseía cualidades que prometían una vida feliz.

Ahora todo estaba a punto de acabar en una ignominiosa tumba por mi culpa. Mil veces hubiera preferido confesarme yo culpable del crimen que se le atribuía a Justine, pero me encontraba ausente cuando se cometió, y hubieran tomado semejante declaración por las alucinaciones de un

demente, por lo que tampoco hubiera servido para exculpar a la que sufría por mi culpa.

El aspecto de Justine al entrar era sereno. Iba de luto; y la intensidad de sus sentimientos daban a su rostro, siempre atractivo, una exquisita belleza. Parecía confiar en su inocencia.

No temblaba, a pesar de que miles de personas la miraban y vituperaban, pues toda la bondad que su belleza hubiera de otro modo despertado quedaba ahora ahogada, en el espíritu de los espectadores, por la idea del crimen que se suponía que había cometido.

Estaba tranquila; sin embargo esta tranquilidad era evidentemente forzada; y puesto que su anterior aturdimiento se había esgrimido como prueba de culpabilidad, intentaba ahora dar la impresión de valor.

Al entrar recorrió con la vista la sala, y pronto descubrió el lugar donde nos encontrábamos sentados. Los ojos parecieron nublársele al vernos,

pero pronto se dominó, y una mirada de pesaroso afecto pareció atestiguar su completa inocencia. Empezó el juicio; cuando los fiscales hubieron expuesto su informe, se llamó a varios testigos. Había varios hechos aislados que se combinaban en su contra, y que hubieran desorientado cualquiera que no tuviera, como yo, la seguridad de su inocencia.

Había pasado fuera de casa toda la noche del crimen, y, al amanecer, una mujer del mercado la había visto cerca del lugar donde más tarde se encontraría el cadáver del niño asesinado.

La mujer le preguntó qué hacía allí, pero Justine, de forma muy extraña, le había contestado confusa e ininteligiblemente. Regresó a casa hacia las ocho de la mañana; y cuando alguien quiso sabe dónde había pasado la noche, respondió que había estado buscando al niño y preguntó ansiosamente si se sabía algo acerca de él.

Cuando le mostraron el cuerpo, tuvo un violento ataque de nervios, que la obligó a guardar cama

durante varios días.

Se mostró entonces la miniatura que la criada había encontrado en el bolsillo, y un murmullo de horror e indignación recorrió la sala cuando Elizabeth, con voz temblorosa, la identificó como la misma que había colgado del cuello de William una hora antes de que se le echara en falta.

Llamaron a Justine para que se defendiera. A medida que el juicio había ido avanzando, su aspecto había cambiado y expresaba ahora sorpresa, horror y tristeza. A veces luchaba contra el llanto que la embargaba, pero, cuando le requirieron que se declarara inocente o culpable, se sobrepuso y habló con voz audible aunque entrecortada.

– Dios sabe bien que soy inocente; pero no pretendo que mis afirmaciones me absuelvan. Baso mi inocencia en una interpretación llana y sencilla de los hechos que se me imputan. Espero que la buena reputación de que siempre he gozado incline a los jueces a interpretar a mi

favor lo que puede a primera vista parecer dudoso o sospechoso.
A continuación declaró que con permiso de Elizabeth había pasado la tarde de la noche del crimen en casa de una tía en Chéne, pueblecito que dista una legua de Ginebra. A su regreso, hacia las nueve de la noche, se encontró con un hombre que le preguntó si había visto a la criatura que buscaban. Esto la alarmó, y estuvo varias horas intentando encontrarlo.

Las puertas de Ginebra cerradas, se vio obligada a pasar parte de la noche en el cobertizo de una casa, no sintiéndose inclinada a despertar a los dueños, que la conocían bien. Incapaz de dormir, abandonó pronto su refugio, y reemprendió la búsqueda de mi hermano.

Si se había acercado al lugar donde yacía el cuerpo, fue sin saberlo. Su aturdimiento al ser interrogada por la mujer del mercado no era de extrañar, puesto que no había dormido en toda la noche, y la suerte de William aún estaba por saber. Respecto a la miniatura, no podía aclarar nada.

Sé bien cuánto pesa esto en mi contra – continuó la entristecida víctima —, pero no puedo dar explicación alguna. Tras expresar mi total ignorancia en este punto no me queda más que hacer conjeturas acerca de cómo pudo llegar a mi bolsillo. Pero aquí también me encuentro con otra barrera, pues no tengo enemigos y no puede haber nadie tan malvado como para querer destruirme de forma tan deliberada.

¿Fue acaso el propio asesino el que la puso allí? Pero no veo cómo hubiera podido hacerlo, y además, ¿qué finalidad tendría robar la joya para desprenderse de ella tan pronto?

»Confío mi suerte a la justicia de mis jueces, si bien veo poco lugar para la esperanza. Ruego se haga declarar a algún testigo respecto de mi reputación, y si su testimonio no prevalece sobre la acusación, que me condenen, aunque fundo mi esperanza en el hecho de ser inocente.

Se llamó a varios testigos que la conocían desde

hacía muchos años, y todos hablaron bien de ella; pero el temor y la repulsión por el crimen del cual la creían culpable les amilanó, e impidió que la apoyaran con ardor. Elizabeth percibió que este postrer recurso, la bondad y conducta irreprochables de la acusada, también iba a fallar. Muy alterada solicitó la venia del tribunal para dirigirse a él.

– Soy – dijo – la prima del pobre chiquillo asesinado, mejor dicho: soy su hermana, pues fui educada por sus padres y vivo con ellos desde mucho antes de que William naciera. Quizá por ello pueda no resultar decoroso que declare en esta ocasión.

Pero ante la posibilidad de que la cobardía de sus supuestos amigos hunda a un ser humano, me veo obligada a hablar en su favor. Conozco bien a la acusada. Hemos vivido bajo el mismo techo primero durante cinco años y después durante dos. En todo ese tiempo, siempre se mostró la más bondadosa y amable de las criaturas.

Cuidó con el mayor afecto y devoción a mi

tía, la señora Frankenstein, durante su última enfermedad. Luego tuvo que atender a su propia madre, también enferma durante largo tiempo, y lo hizo con una abnegación que admiró a todos los que la conocíamos. Fallecida su madre, regresó de nuevo a casa de mi tío, donde todos la queremos.

Sentía un especial cariño por la criatura ahora muerta y la trataba como una madre. Por mi parte, no tengo la más mínima duda de que, a pesar de todas las pruebas en su contra, es absolutamente inocente. No tenía motivos para hacerlo; y en cuanto a la minucia que constituye la prueba principal, de haberla pedido, con gusto se la hubiera regalado, tanto es el cariño que hacia Justine siento.

¡Qué magnífica Elizabeth! Un murmullo de aprobación recorrió la sala, más dirigido a su generosa intervención que en favor de la pobre Justine, contra la cual se volcó la indignación del público con renovada violencia, acusándola de la mayor ingratitud. Las lágrimas le corrían por las mejillas mientras escuchaba en silencio a Elizabeth. Durante todo el juicio, yo , estuve preso



de la mayor angustia y nerviosismo.

Creía en su inocencia; sabía que no era culpable. ¿Acaso el diabólico ser que había matado no lo dudaba ni por un minuto a mi hermano, había vendido, en su demoníaco juego, la inocencia a la muerte y a la ignominia?

El horror de la situación me resultaba insoportable, y cuando la reacción del público y el rostro de los jueces me indicaron que mi pobre víctima había sido condenada, me precipité fuera de la sala lleno de pesar.

El sufrimiento de la acusada no igualaba al mío. A ella la sostenía su inocencia, pero a mí me laceraban los latigazos del remordimiento, que no cedía su presa.

Pasé una noche de indescriptible desesperación. Por la mañana fui al tribunal. Tenía la boca y la garganta secas y no me atreví a hacer la pregunta fatal. Pero me conocían y el ujier adivinó la razón de mi visita. Se habían echado las bolas y eran

todas negras; Justine había sido condenada.

No intentaré explicar lo que sentí. Había experimentado ya antes sensaciones de horror, las cuales me he esforzado por describir, pero no existen palabras que definan la nauseabunda desesperación de aquel momento. El funcionario entonces añadió que Justine ya había confesado su culpabilidad.

– Lo cual apenas era necesario – añadió – en un caso tan evidente. Pero me alegro; a ninguno de nuestros jueces le gusta condenar a un criminal por pruebas circunstanciales, por decisivas que parezcan.

Cuando regresé a casa, Elizabeth me preguntó ansiosamente por el resultado.

– Querida prima – contesté –, han decidido lo que ya esperábamos. Todos los jueces prefieren condenar a diez inocentes antes de que se escape un culpable. Pero ella ha confesado.

Para Elizabeth, que había creído firmemente en la inocencia de Justine, esto fue un duro golpe.

– ¡Ay! – dijo –, ¿cómo podré volver a creer en la bondad humana? ¿Cómo habrá podido Justine, a quien yo quería como a una hermana, sonreírnos con aquella inocencia y después traicionarnos así? Sus dulces ojos parecían asegurar que era incapaz de aspereza o mal humor, y sin embargo ha cometido un asesinato.

Al poco tiempo, nos comunicaron que la pobre víctima había manifestado el deseo de ver a mi prima. Mi padre no quería que fuese, pero dejó la decisión al criterio de Elizabeth.

– Sí iré – dijo Elizabeth. Aunque sea culpable. Acompáñame tú, Víctor. No quiero ir sola.

La sola idea de esta visita me atormentaba, pero no podía negarme.

Entramos en la celda desoladora, al fondo de la cual estaba Justine, sentada sobre un montón de

paja. Tenía las manos encadenadas y apoyaba la cabeza en las rodillas. Al vernos entrar se levantó, y cuando estuvimos a solas, se echó llorando a los pies de Elizabeth, que también empezó a sollozar.

Justine – dijo –, ¿por qué me has arrebatado mi último consuelo? Confiaba en tu inocencia y, aunque me sentía muy desgraciada, no estaba tan triste como ahora.

– ¿Usted también me cree tan perversa? ¿Se une a mis enemigos para condenarme? Justine se ahogaba por el llanto.

Levántate, pobre amiga mía – dijo Elizabeth. ¿Por qué te arrodillas, si eres inocente? No soy uno de tus enemigos. Te creía inocente hasta que supe que tú misma habías confesado tu culpabilidad. Ahora me dices que eso es falso. Ten la seguridad, Justine querida, de que nada, salvo tu propia confesión, puede quebrar mi confianza en ti.

Es cierto que confesé, pero confesé una mentira, para poder obtener la absolución. Y ahora esa

mentira pesa más sobre mi conciencia que cualquier otra falta. ¡Dios me perdone! Desde el momento en que me condenaron, el confesor ha insistido y amenazado hasta que casi me ha convencido de que soy el monstruo que dicen que soy. Me amenazó con la excomunión y las llamas del infierno si persistía en declararme inocente. Mi querida señora, no tenía a nadie que me ayudara.

Todos me consideran un ser despreciable abocado a la ignominia y perdición. ¿Qué otra cosa podía hacer? En mala hora consentí en mentir; ahora me siento más desgraciada que nunca.

El llanto la obligó a callar unos instantes.

– Pensaba con horror – continuó – en la posibilidad de que ahora usted creería que Justine, a quien su tía tenía en tanta consideración y a quien usted estimaba tanto, era capaz de cometer un crimen que ni siquiera el demonio ha osado perpetrar. ¡Mi querido William!, ¡Mi querido pequeño! Pronto me reuniré contigo en el cielo, donde seremos felices. Ese es mi consuelo, en mi camino hacia la muerte

y la difamación.

¡Justine! Perdóname si he dudado de ti un instante. ¿Por qué confesaste? Pero no te atormentes, querida mía; proclamaré tu inocencia por doquier y les obligaré a creerte. Sin embargo, has de morir; tú, mi compañera de juegos, mi amiga, más que una hermana para mí. No sobreviviré a tan tremenda desgracia.

– Dulce Elizabeth. Seque sus lágrimas. Debería animarme con pensamientos sobre una vida mejor, y hacerme pasar por encima de las pequeñeces de este mundo injusto y agresivo. No sea usted, mi querida amiga, la que me induzca a la desesperación.

– Trataré de consolarte, pero me temo que este mal sea demasiado punzante para que quepa el consuelo, pues no hay esperanza. Que el cielo te bendiga, querida Justine, con una resignación y confianza sobrehumanas. ¡Cómo odio las farsas e ironías de este mundo! En cuanto una criatura es asesinada, a otra se le priva de la vida de forma

lenta y tortuosa.

Y los verdugos, con manos aún teñidas de sangre inocente, creen haber llevado a cabo una gran obra. A esto lo llaman retribución. ¡Odioso nombre! Cuando oigo esa palabra, sé que se avecinan castigos más horribles que los que tirano alguno jamás haya podido inventar para saciar su venganza.

Pero esto no es consuelo para ti, Justine, a no ser que te alegres de abandonar semejante guarida. ¡Quisiera estar con mi tía y mi adorado William, lejos de este mundo odioso, y de los rostros de unos seres que aborrezco!

Justine sonrió con tristeza.

– Eso, querida señora, no es resignación sino desesperación. No debo aprender la lección que quiere usted inculcarme. Hábleme de otras cosas, de algo que me traiga paz, y no mayor tristeza.

Durante esta conversación me había retirado a

una esquina de la celda, donde pudiera esconder la angustia que me embargaba. ¡Desesperación! ¿Quién osaba hablar de eso? La pobre víctima que debía al día siguiente traspasar la tenebrosa frontera entre la vida y la muerte no sentía tan amarga y penetrante agonía como yo. Apreté los dientes, haciéndolos rechinar, y un suspiro salido del alma se escapó de entre mis labios. Justine se alarmó. Al reconocerme, se acercó a mí, diciendo:

––Querido señor, qué bondadoso ha sido al venir a verme. Espeto que usted tampoco me crea culpable.

No pude contestar.

––No, Justine cdijo Elizabeth––, cree aún más que yo en tu inocencia. Ni siquiera al saber que habías confesado dudó de ti.

––Se lo agradezco de corazón. En estos últimos momentos siento la mayor gratitud hacia aquellos que me juzgan con benevolencia. ¡Qué dulce resulta el afecto de los demás a una infeliz como

yo! Me alivia la mitad de mis desgracias. Ahora que usted, mi querida señora, y su primo, creen en mi inocencia, puedo morir en paz.
Así intentaba la pobre niña consolarnos a nosotros y mitigar su dolor. Consiguió la resignación que buscaba. Pero yo, el verdadero asesino, sentía viva en mi seno como una carcoma que imposibilitaba toda esperanza o sosiego.

Elizabeth también lloraba entristecida; pero la suya era también la aflicción del inocente, como la nube que puede oscurecer la luna un breve rato pero no logra apagar su fulgor. La angustia y la desesperación se habían apoderado de mi corazón, y me abrasaba en un fuego que nada podía apagar.

Permanecimos con Justine varias horas, y Elizabeth no logró, separarse de ella sino con gran dificultad.

– Quiero morir contigo – gritaba –, no puedo vivir en este mundo lleno de miseria.

Justine procuró adoptar un aire de alegría, pese a que apenas podía contener las lágrimas. Abrazó a

Elizabeth y, con voz ahogada por la emoción, dijo:

– Adiós, mi querida señora, mi dulce Elizabeth, mi amada y única amiga. Que el cielo la bendiga y que sea ésta su última desgracia. Viva, sea feliz y haga felices a los demás.

Mientras regresábamos, Elizabeth me dijo:

– No sabes, querido Víctor, lo tranquila que me encuentro ahora que confío en la inocencia de esta infeliz muchacha. No hubiera vuelto a conocer la paz de haberme equivocado con Justine.

Los pocos momentos que la creí culpable, sentí una angustia que no hubiera podido soportar durante demasiado tiempo. Ahora me siento aliviada. Se la castiga equivocadamente; pero me consuela pensar que la persona a quien yo creía llena de bondad no ha traicionado la confianza que en ella puse.

¡Prima querida!, estos eran tus pensamientos tan tiernos y dulces como tus propios ojos y la voz que

los expresaba. Pero yo, yo era un miserable, y nadie puede concebir la agonía que padecí entonces.



Mary Shelley
Frankenstein

Capítulo 8

Nada hay más doloroso para el alma humana, después de que los sentimientos se han visto acelerados por una rápida sucesión de acontecimientos, que la calma mortal de la inactividad y la certeza que nos privan tanto del miedo como de la esperanza. Justine murió; descansó; pero yo seguía viviendo.

La sangre circulaba libremente por mis venas, pero un peso insoportable de remordimiento y desesperación me oprimía el corazón. No podía dormir; deambulaba como alma atormentada, pues había cometido inenarrables actos horrendos y malvados, y tenía el convencimiento de que no serían los últimos. Sin embargo, mi corazón rebosaba amor y bondad.

Había comenzado la vida lleno de buenas intenciones y aguardaba con impaciencia el momento de ponerlas en práctica, y convertirme en algo útil para mis semejantes. Ahora todo quedaba aniquilado. En vez de esa tranquilidad de

conciencia, que me hubiera permitido rememorar el pasado con satisfacción y concebir nuevas esperanzas, me azotaban el remordimiento y los sentimientos de culpabilidad que me empujaban hacia un infierno de indescriptibles torturas.

Este estado de ánimo amenazaba mi salud, repuesta ya por completo del primer golpe que había sufrido. Rehuía ver a nadie, y toda manifestación de júbilo o complacencia era para mí un suplicio. Mi único consuelo era la soledad; una soledad profunda, oscura, semejante a la de la muerte.

Mi padre observaba con dolor el cambio que se iba produciendo en mis costumbres y carácter, e intentaba convencerme de la inutilidad de dejarse arrastrar por una desproporcionada tristeza

– ¿Crees tú, Víctor, que yo no sufro? – me dijo, con lágrimas en los ojos – Nadie puede querer a un niño como yo amaba a tu hermano. Pero acaso no es un deber para con los supervivientes el intentar no aumentar su pena con nuestro dolor exagerado.

También es un deber para contigo mismo, pues la tristeza desmesurada impide el restablecimiento y la alegría; incluso impide llevar a cabo los quehaceres diarios, sin los que ningún hombre es digno de ocupar un sitio en la sociedad.

Este consejo, aunque válido, era del todo inaplicable a mi caso. Yo hubiera sido el primero en ocultar mi dolor y consolar a los míos, si el remordimiento no hubiera teñido de amargura mis otros sentimientos. Ahora sólo podía responder a mi padre con una mirada de desesperación, y esforzarme por evitarle mi presencia.

Por esta época nos trasladamos a nuestra casa de Belrive. El cambio me resultó especialmente agradable. El habitual cierre de las puertas a las diez de la noche y la imposibilidad de permanecer en el lago después de esa hora me hacían incómoda la estancia en la misma Ginebra.

Ahora estaba libre. A menudo, cuando el resto de mi familia se había acostado, cogía la barca y pasaba largas horas en el lago. A veces izaba

la vela, y dejaba que el viento me llevara; otras, remaba hasta el centro del lago y allí dejaba la barca a la deriva mientras yo me sumía en tristes pensamientos.

Con frecuencia, cuando todo a mi alrededor estaba en paz, y yo era la única cosa inquieta que vagaba intranquilo por ese paisaje tan precioso y sobrenatural, exceptuando algún murciélago, o las ranas cuyo croar rudo e intermitente oía cuando me acercaba a la orilla, con frecuencia, digo, sentía la tentación de tirarme al lago silencioso, y que las aguas se cerraran para siempre sobre mi cabeza y mis sufrimientos.

Pero me frenaba el recuerdo de la heroica y abnegada Elizabeth, a quien amaba tiernamente, y cuya vida estaba íntimamente unida a la mía. Pensaba también en mi padre y mi otro hermano: ¿iba yo con mi deserción a exponerlos a la maldad del diablo que había soltado entre ellos?

En aquellos momentos lloraba amargamente y deseaba recobrar la paz de espíritu que me

permitiera consolarlos y alegrarlos. Mas ello no había de ser. El remordimiento anulaba cualquier esperanza. Era el autor de males irremediables, y vivía bajo el constante terror de que el monstruo que había creado cometiera otra nueva maldad.

Tenía el oscuro presentimiento de que aún no había concluido todo y de que pronto cometería de nuevo algún crimen espantoso, que borraría con su magnitud el recuerdo de su anterior delito.

Mientras viviera algún ser querido, siempre habría un lugar para el miedo. La repulsión que sentía hacia este demoníaco ser no se puede concebir.

Cuando pensaba en él apretaba los dientes, se me encendían los ojos y no deseaba más que extinguir aquella vida que tan imprudentemente había creado. Cuando recordaba su crimen y su maldad, el odio y deseo de venganza que surgían en mí sobrepasaban los límites de la moderación.

Hubiera ido en peregrinación al pico más alto de los Andes de saber que desde allí podría despeñarlo.

Quería verlo de nuevo para maldecirlo y vengar las muertes de William y Justine.

Era la nuestra la morada del luto. La salud de mi padre se vio seriamente afectada por el horror de los recientes acontecimientos. Elizabeth estaba triste y alicaída, y ya no se divertía con sus quehaceres cotidianos.

Cualquier gozo le parecía un sacrilegio para con los muertos, y creía que el llanto y el luto eterno eran el justo tributo que debía pagar a la inocencia tan cruelmente destruida y aniquilada.

Ya no era la feliz criatura que había paseado conmigo por la orilla del lago comentando con júbilo nuestros futuros proyectos. Se había vuelto seria, y a menudo hablaba de la inconstancia de la suerte y de la inestabilidad de la vida.

– Cuando pienso, querido primo – decía — en la triste muerte de Justine Moritz, no puedo contemplar el mundo y sus obras como lo hacía antaño. Antes consideraba los relatos de maldad

e injusticia, de los cuales oía hablar o sobre los que leía en los libros, como historias de tiempos pasados o como fantasías; al menos, estaban muy alejados y pertenecían más a la razón que a la imaginación; pero ahora el dolor se cierne sobre nuestra casa, y los hombres me parecen monstruos sedientos de sangre. Sin duda soy injusta.

Todos creyeron culpable a esa pobre criatura, y de haber cometido el crimen que se la imputó, ciertamente hubiera sido la más depravada de los seres humanos. ¡Asesinar por unas cuantas joyas al hijo de su amigo y protector, un niño al que había cuidado desde la cuna y al que parecía querer como a un hijo!

Me opongo a la muerte de cualquier ser humano, pero hubiera estimado que semejante criatura no era digna de vivir entre sus semejantes. Pero era inocente. Lo sé, sé que era inocente. Tú también piensas lo mismo, y esto confirma mi certeza.

¡Ay, Víctor! Cuando la mentira se parece tanto a la verdad, ¿quién puede creer en la felicidad? Me

parece estar andando por el borde de un precipicio, hacia el cual se dirigen miles de seres que intentan arrojarme al vacío. Asesinan a William y a Justine y su asesino escapa, andando libre por el mundo. Quizá incluso se le respete. Pero no me cambiaría por semejante engendro, aunque mi sino fuera morir en el patíbulo por los mismos crímenes.

Escuché sus palabras con terrible agonía. Yo era el causante si bien no el autor. Elizabeth leyó la angustia en mi rostro y cogiéndome la mano con dulzura dijo:

– Mi querido primo, tranquilízate. Dios sabe lo mucho que estos sucesos me han afectado, mas, sin embargo, no sufro tanto como tú. Tienes una expresión de desesperación, y a veces de venganza, que me hace temblar. Serénate, Víctor.

Daría mi vida por tu paz. Sin duda nosotros podremos ser felices. Tranquilos en nuestra tierra, y lejos del mundo, ¿quién puede turbarnos?

Las lágrimas le resbalaban a medida que hablaba,

desmintiendo el consuelo que me ofrecía, pero a la vez sonreía, intentando ahuyentar la tristeza de mi corazón. Mi padre, que tomaba la infelicidad reflejada en mi rostro como una exageración de lo que normalmente hubieran sido mis sentimientos, pensó que algún tipo de distracción me devolvería la serenidad acostumbrada.

Esta había sido ya la razón para venirnos al campo, y la que le indujo a proponer que hiciéramos una excursión al valle de Chamonix. Yo ya había estado allí antes, pero no así Elizabeth ni Ernest.

Ambos habían expresado con frecuencia el deseo de ver el paisaje de este lugar, que les habían descrito como maravilloso y sublime. Así pues, emprendimos la excursión desde Ginebra a mediados de agosto, casi dos meses después de la muerte de Justine.

El tiempo era insólitamente bueno, y si mi tristeza hubiera sido de índole que una circunstancia pasajera hubiera podido disipar, esta excursión sin duda hubiera proporcionado el resultado

que mi padre se proponía. Así y todo, me sentía algo interesado por el paisaje, que a ratos me apaciguaba, si bien nunca anulaba mi pesar. El primer día viajamos en un carruaje.

A las 9 de la mañana habíamos visto en la distancia las montañas hacia las cuales nos dirigíamos. Nos dimos cuenta de que el valle que atravesábamos, formado por el río Arve cuyo curso seguíamos, se iba angostando a nuestro alrededor, y al atardecer nos encontramos ya rodeados de inmensas montañas y precipicios, y pudimos oír el furioso rumor del río entre las rocas y el estruendo de las cataratas.

Al día siguiente, continuamos nuestro viaje en mula; a medida que ascendíamos, el valle adquiría un aspecto más magnífico y asombroso. Fortalezas en ruinas colgadas de las laderas pobladas de abetos, el impetuoso Arve y casitas que aquí y allí asomaban por entre los árboles, constituían un paisaje de singular belleza.

Pero eran los Alpes los que hacían sublime el

panorama cuyas formas y cumbres blancas y centelleantes dominaban todo, como si pertenecieran a otro mundo, y fueran la morada de otra raza.

Cruzamos el puente de Pelissier, donde el barranco formado por el río se abrió ante nosotros, y empezamos a ascender por la montaña que lo limita.

Poco después entramos en el valle de Chamonix, más imponente y sublime, pero menos hermoso y pintoresco que el de Servox, que acabábamos de atravesar.

Los altos montes de cumbres nevadas eran sus fronteras más cercanas. Desaparecieron los castillos en ruinas y los fértiles campos. Inmensos glaciares bordeaban el camino; oímos el ruido atronador de un alud desprendiéndose y observamos la neblina que dejó a su paso.

El Mont Blanc se destacaba dominante y magnífico entre los picos cercanos, y su imponente cima

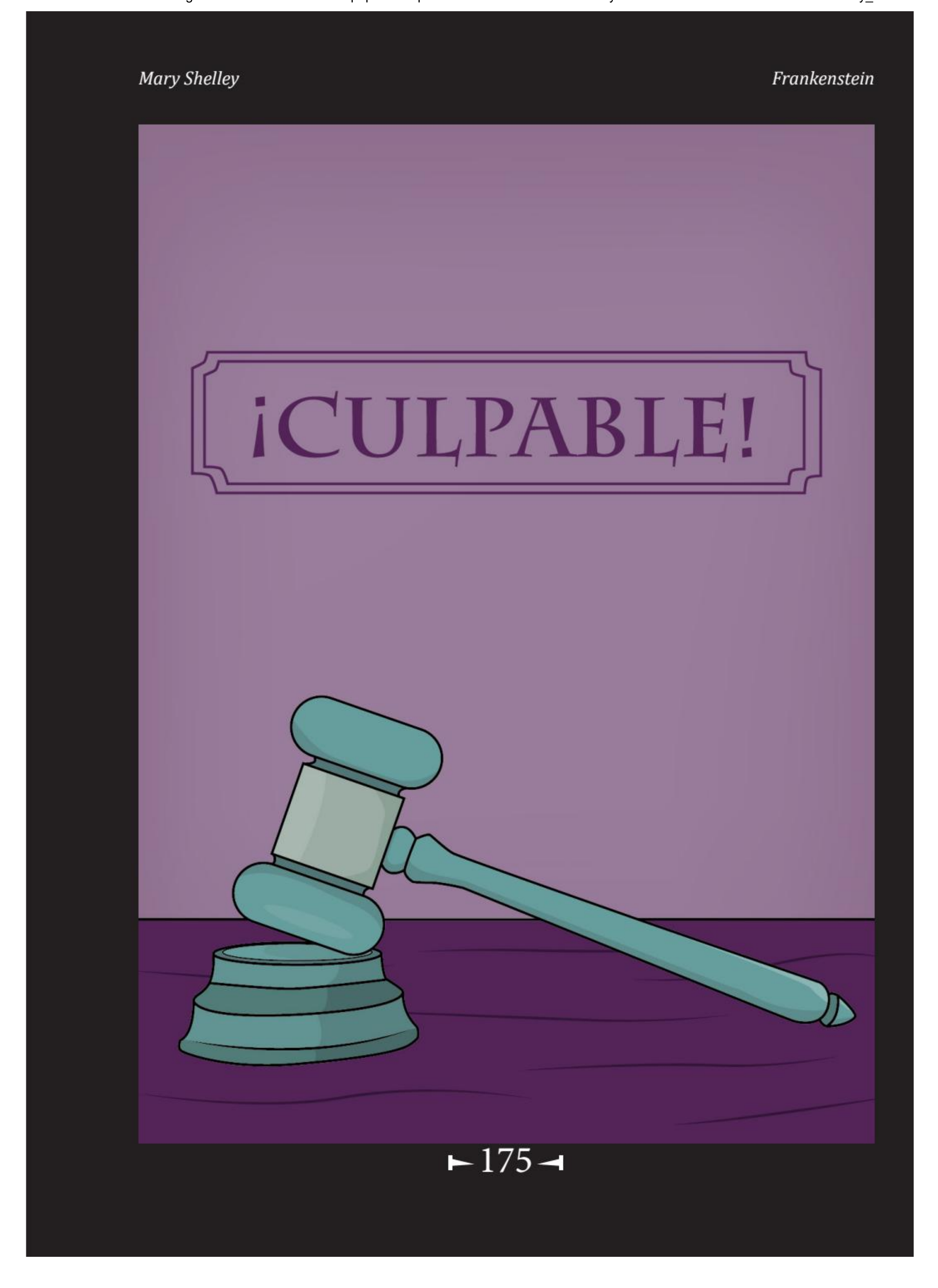
dominaba el valle. Durante el viaje, a veces me unía a Elizabeth, y me esforzaba por señalarle los puntos más hermosos del paisaje. A menudo obligaba a mi mula a rezagarse para así poder entregarme a la tristeza de mis pensamientos.

Otras veces espoleaba al animal para que adelantara a mis compañeros, y así olvidarme de ellos, del mundo y casi de mí mismo. Cuando los dejaba muy atrás, me tumbaba en la hierba, vencido por el horror y la desesperación.

Llegué a Chamonix a las ocho de la noche. Mi padre y Elizabeth se hallaban muy cansados; Ernest, que también había venido, estaba entonado y alegre, y su estado de ánimo sólo se veía turbado por el viento sureño que prometía traer consigo lluvia al día siguiente.

Nos retiramos pronto, mas no para dormir; al menos yo no pude. Permanecí largas horas asomado a la ventana, contemplando los pálidos relámpagos que jugueteaban por encima del Mont Blanc, y escuchando el rumor del Arve, que corría

bajo mi ventana.


¡CULPABLE!

Capítulo 9

El día siguiente, contra los pronósticos de nuestros guías, amaneció hermoso aunque nublado. Visitamos el nacimiento del Arveiron, y paseamos a caballo por el valle hasta el atardecer. Este paisaje, tan sublime y magnífico, me proporcionó el mayor consuelo que en esos momentos podía recibir.

Me elevó por encima de las pequeñeces del sentimiento y aunque no me libraba de la tristeza sí me la amainaba y calmaba. Hasta cierto punto, también me desviaba la atención de aquellos sombríos pensamientos a los que me había entregado durante los últimos meses. Por la tarde regresé, cansado, pero no triste, y conversé con mi familia con mayor animación de lo que había sólido hacer últimamente. Mi padre estaba contento y Elizabeth encantada.

– Querido primo – me dijo – ¿ves cuánta felicidad contagias cuando estás alegre? ¡No recaigas de nuevo!

La mañana siguiente amaneció con una lluvia torrencial, y una espesa niebla ocultaba las cimas de las montañas. Me levanté temprano, pero me sentía melancólico. La lluvia me deprimía; volvió mi acostumbrado estado de ánimo, y me sentí apesadumbrado.

Sabía lo que este cambio brusco apenaría a mi padre y preferí evitarlo, hasta haberme recobrado lo suficiente como para poder disimular estos sentimientos que me dominaban. Supuse que pasarían el día en el albergue, y dado que yo estaba acostumbrado a la lluvia, la humedad y el frío, decidí ir solo a la cima del Montanvert. Recordaba la impresión que el inmenso glaciar en constante movimiento me había causado la primera vez que lo vi.

Entonces me había llenado de un éxtasis que prestaba alas al espíritu, permitiéndole despegarse del mundo de tinieblas y remontarse hasta la luz y la felicidad. La contemplación de todo lo que de majestuoso y sobrecogedor hay en la naturaleza siempre ha tenido la virtud de ennoblecer mis



sentimientos y me ha hecho olvidar las efímeras preocupaciones de la vida. Decidí ir solo, pues conocía bien el camino, y la presencia de otro hubiera destruido la grandiosa soledad del paraje.

El ascenso es pronunciado, pero el sendero zigzagueante permite escalar la enorme perpendicularidad de la montaña. Es un paraje de terrible desolación. Múltiples lugares muestran el rastro de aludes invernales; hay árboles tronchados esparcidos por el suelo; unos están totalmente destrozados, otros se apoyan en rocas protuberantes o en otros árboles.

A medida que se asciende más, el sendero cruza varios heleros, por los cuales caen sin cesar piedras desprendidas. Uno de entre ellos es especialmente peligroso, pues el más mínimo ruido – una palabra dicha en voz alta – produce una conmoción de aire suficiente para provocar una avalancha. Los pinos no son enhiestos ni frondosos, sino sombríos, y añaden un aire de severidad al panorama.

Miré el valle a mis pies. Sobre los ríos que lo

atraviesan se levantaba una espesa niebla, que serpenteaba en espesas columnas alrededor de las montañas de la vertiente opuesta, cuyas cimas se escondían entre las nubes. Los negros nubarrones dejaban caer una lluvia torrencial que contribuía a la impresión de tristeza que desprendía todo lo que me rodeaba. ¿Por qué presume el hombre de una sensibilidad mayor a la de las bestias cuando esto sólo consigue convertirlos en seres más necesitados? Si nuestros instintos se limitaran al hambre, la sed y el deseo, seríamos casi libres. Pero nos conmueve cada viento que sopla, cada palabra al azar, cada imagen que esa misma palabra nos evoca.

Descansamos; una pesadilla puede envenenar nuestro sueño.
Despertamos; un pensamiento errante nos empaña el día.
Sentimos, concebimos o razonamos, reímos o lloramos.
Abrazamos una tristeza querida o desechamos nuestra pena;
Todo es igual; pues ya sea alegría o dolor,

El sendero por el que se alejará está abierto.
El ayer del hombre no será jamás igual a su mañana.
¡Nada es duradero salvo la mutabilidad!.

Era casi mediodía cuando llegué a la cima. Permanecí un rato sentado en la roca que dominaba aquel mar de hielo. La neblina lo envolvía, al igual que a los montes circundantes. De pronto, una brisa disipó las nubes y descendí al glaciar. La superficie es muy irregular, levantándose y hundiéndose como las olas de un mar tormentoso, y está surcada por profundas grietas. Este campo de hielo tiene casi una legua de anchura, y tardé cerca de dos horas en atravesarlo.

La montaña del otro extremo es una roca desnuda y escarpada. Desde donde me encontraba, Montanvert se alzaba justo enfrente, a una legua, y por encima de él se levantaba el Mont Blanc, en su tremenda majestuosidad. Permanecí en un entrante de la roca admirando la impresionante escena. El mar, o mejor dicho: el inmenso río de hielo, serpenteaba por entre sus circundantes montañas, cuyas altivas cimas dominaban el

grandioso abismo. Traspasando las nubes, las heladas y relucientes cumbres brillaban al sol. Mi corazón, repleto hasta entonces de tristeza, se hinchó de gozo y exclamé:

– Espíritus errantes, si en verdad existís y no descansáis en vuestros estrechos lechos, concededme esta pequeña felicidad, o llevadme con vosotros como compañero vuestro, lejos de los goces de la vida.

No bien hube pronunciado estas palabras, cuando vi en la distancia la figura de un hombre que avanzaba hacia mí a velocidad sobrehumana saltando sobre las grietas del hielo, por las que yo había caminado con cautela. A medida que se acercaba, su estatura parecía sobrepasar la de un hombre. Temblé, se me nubló la vista y me sentí desfallecer; pero el frío aire de las montañas pronto me reanimó. Comprobé, cuando la figura estuvo cerca —odiada y aborrecida visión—, que era el engendro que había creado. Temblé de ira y horror, y resolví aguardarlo y trabar con él un combate mortal.

Se acercó. Su rostro reflejaba una mezcla de amargura, desdén y maldad, y su diabólica fealdad hacían imposible el mirarlo, pero apenas me fijé en esto. La ira y el odio me habían enmudecido, y me recuperé tan sólo para lanzarle las más furiosas expresiones de desprecio y repulsión.

– Demonio – grité –, ¿osas acercarte? ¿No temes que desate sobre ti mi terrible venganza? Aléjate, ¡insecto despreciable! Mas no, ¡detente! ¡Quisiera pisotearte hasta convertirte en polvo, si con ello, con la abolición de tu miserable existencia, pudiera devolverles la vida a aquellos que tan diabólicamente has asesinado!

– Esperaba este recibimiento – dijo el demoníaco ser—. Todos los hombres odian a los desgraciados. ¡Cuánto, pues, se me debe odiar a mí que soy el más infeliz de los seres vivientes! Sin embargo, vos, creador mío, me detestáis y me despreciáis, a mí, vuestra criatura, a quien estáis unido por lazos que sólo la aniquilación de uno de nosotros romperán. Os proponéis matarme. ¿Cómo os atrevéis a jugar así con la vida?

Cumplid vuestras obligaciones para conmigo, y yo cumpliré las mías para con vos y el resto de la humanidad. Si aceptáis mis condiciones, os dejaré a vos y a ellos; pero si rehusáis, llenaré hasta saciarlo el buche de la muerte con la sangre de tus amigos.

– ¡Aborrecible monstruo!, ¡demonio infame!, los tormentos del infierno son un castigo demasiado suave para tus crímenes. ¡Diablo inmundo!, me reprochas haberte creado; acércate, y déjame apagar la llama que con tanta imprudencia encendí.

Mi cólera no tenía límites; salté sobre él, impulsado por todo lo que puede inducir a un ser a matar a otro. Me esquivó fácilmente y dijo:

– ¡Serenaos! Os ruego me escuchéis antes de dar rienda suelta a vuestro odio. ¿Acaso no he sufrido bastante que buscáis aumentar mi miseria? Amo la vida, aunque sólo sea una sucesión de angustias, y la defenderé. Recordad: me habéis hecho más fuerte que vos; mi estatura es superior

y mis miembros más vigorosos. Pero no me dejaré arrastrar a la lucha contra vos. Soy vuestra obra, y seré dócil y sumiso para con mi rey y señor, pues lo sois por ley natural. Pero debéis asumir vuestros deberes, los cuales me adeudáis. Oh Frankenstein, no seáis ecuánime con todos los demás y os ensañéis sólo conmigo, que soy el que más merece vuestra justicia e incluso vuestra clemencia y afecto. Recordad que soy vuestra criatura.

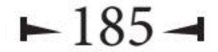
Debía ser vuestro Adán, pero soy más bien el ángel caído a quien negáis toda dicha. Doquiera que mire, veo felicidad de la cual sólo yo estoy irrevocablemente excluido. Yo era bueno y cariñoso; el sufrimiento me ha envilecido. Concededme la felicidad, y volveré a ser virtuoso.

– ¡Aparta! No te escucharé. No puede haber entendimiento entre tú y yo; somos enemigos. Apártate, o midamos nuestras fuerzas en una lucha en la que sucumba uno de los dos.

– ¿Cómo podré conmoveros?; ¿no conseguirán mis súplicas que os apiadéis de vuestra criatura, que

suplica vuestra compasión y bondad? Creedme, Frankenstein: yo era bueno; mi espíritu estaba lleno de amor y humanidad, pero estoy solo, horriblemente solo. Vos, mi creador, me odiáis. ¿Qué puedo esperar de aquellos que no me deben nada? Me odian y me rechazan. Las desiertas cimas y desolados glaciares son mi refugio. He vagado por ellos muchos días. Las heladas cavernas, a las cuales únicamente yo no temo, son mi morada, la única que el hombre no me niega.

Bendigo estos desolados parajes, pues son para conmigo más amables que los de tu especie. Si la humanidad conociera mi existencia haría lo que tú, armarse contra mí. ¿Acaso no es lógico que odie a quienes me aborrecen? No daré treguas a mis enemigos. Soy desgraciado, y ellos compartirán mis sufrimientos. Pero está en tu mano recompensarme, y librarles del mal, que sólo aguarda que tú lo desencadenes. Una venganza que devorará en los remolinos de su cólera no sólo a ti y a tu familia, sino a millares de seres más. Deja que se conmueva tu compasión y no me desprecies.



Escucha mi relato: y cuando lo hayas oído, maldíceme o apiádate de mí, según lo que creas que merezco. Pero escúchame. Las leyes humanas permiten que los culpables, por malvados que sean, hablen en defensa propia antes de ser condenados. Escúchame, Frankenstein. Me acusas de asesinato; y sin embargo destruirías, con la conciencia tranquila, a tu propia criatura. ¡Loada sea la eterna justicia del hombre! Pero no pido que me perdones; escúchame y luego, si puedes, y si quieres, destruye la obra que creaste con tus propias manos.

– ¿Por qué me traes a la memoria hechos que me hacen estremecer, y de los cuales soy autor y causa? ¡Maldito sea el día, abominable diablo, en el cual viste la luz! ¡Malditas sean – aunque me maldigo a mí mismo – las manos que te dieron forma!

Me has hecho más desgraciado de lo que me es posible expresar. ¡No me has dejado la posibilidad de ser justo contigo! ¡Aparta!, ¡libra mis ojos de tu detestable visión!

– Así lo haré, creador mío – dijo, tapándome los ojos con sus odiosas manos, que aparté con violencia – Así os libraré de la visión que aborrecéis. Pero aún podéis seguir escuchándome, y otorgarme vuestra compasión. Os lo exijo, en nombre de las virtudes que una vez poseí. Escuchad mi historia, es larga y extraña. Pero subid a la choza de la montaña, pues la temperatura de este lugar no es apropiada a vuestra constitución.

El sol está aún muy alto; antes de que descienda y se oculte tras aquellas cimas nevadas para alumbrar otro mundo, habrás oído mi relato y podrás decidir. De ti depende el que abandone para siempre la compañía de los hombres y lleve una existencia inofensiva o me convierta en el azote de tus semejantes y el autor de tu pronta ruina.

Empezó a atravesar el hielo mientras terminaba de hablar. Yo lo seguí. Tenía el corazón oprimido y no le contesté. Mientras caminaba, sopesé los argumentos que había utilizado y decidí escuchar su relato. En parte me impulsaba a ello la curiosidad, y la compasión me terminó de decidir.

Hasta el momento lo había considerado el asesino de mi hermano, y esperaba ansiosamente que me confirmara o desmintiera esta idea. Por primera vez experimenté lo que eran las obligaciones del creador para con su criatura, y comprendí que antes de lamentarme de su maldad debía posibilitarle la felicidad. Estos pensamientos me indujeron a acceder a su súplica.

Cruzamos el hielo, por tanto, y escalamos la roca del fondo. El aire era frío, y empezaba a llover de nuevo. Entramos en la choza; el villano con aire satisfecho, yo apesadumbrado y desanimado, pero decidido a escucharlo. Me senté cerca del fuego que mi odioso acompañante había encendido, y comenzó su relato.



Capítulo 10

Recuerdo con gran dificultad el primer período de mi existencia; todos los sucesos se me aparecen confusos e indistintos. Una extraña multitud de sensaciones se apoderaron de mí y empecé a ver, sentir, oír y oler, todo a la vez. Tardé mucho tiempo en aprender a distinguir las características de cada sentido. Recuerdo que, poco a poco, una luminosidad cada vez más fuerte oprimía mis nervios y tuve que cerrar los ojos.

Me sumergí entonces en la oscuridad, y eso me turbó. Pero apenas había notado esto cuando descubrí que, al abrir los ojos, la luz me volvía a iluminar. Comencé a andar, y creo que bajé unas escaleras, pero de pronto sentí un enorme cambio. Hasta el momento, me habían rodeado cuerpos opacos y oscuros, insensibles a mi tacto o mi vista. Pero ahora descubrí que podía moverme con entera libertad, que no había obstáculos que no pudiera evitar o vencer.

La luz se me hacía más y más intolerable; el calor

me incomodaba sobremanera, así que caminé buscando un lugar sombreado. Llegué hasta el bosque de Ingolstadt, donde me tumbé a descansar cerca de un riachuelo, hasta que el hambre y la sed me atormentaron y desperté del sopor en que había caído. Comí algunas bayas que encontré en los árboles o esparcidas por el suelo, calmé mi sed en el riachuelo y me volví a dormir.

Era de noche cuando me desperté. Sentía frío, y un miedo instintivo al hallarme tan solo. Antes de abandonar tu habitación, como tuviera frío, me había tapado con algunas prendas que eran insuficientes para protegerme de la humedad de la noche. Era una pobre criatura, indefensa y desgraciada, que ni sabía ni entendía nada. Lleno de dolor me senté y comencé a llorar.

Poco después, una tenue luz iluminó el cielo, dándome una sensación de bienestar. Me levanté, y vi emerger una brillante esfera de entre los árboles. La observé admirado. Se movía con lentitud, pero su luz alumbraba lo que había alrededor, y volví a salir en busca de bayas.



Aún tenía frío, cuando debajo de un árbol encontré una enorme capa, con la que me cubrí, y me senté de nuevo. No tenía ninguna idea clara, todo estaba confuso. Era sensible a la luz, al hambre, a la sed y a la oscuridad; me llegaban incontables sonidos y múltiples olores. Lo único que distinguía con claridad era la brillante luna, en la que fijé mis ojos con agrado.

Se sucedieron varios cambios de días y noches, y la esfera nocturna había menguado considerablemente cuando empecé a distinguir mis sensaciones una de la otra. Paulatinamente, comencé a percibir con claridad el cristalino arroyo que me proporcionaba agua, y los árboles que me protegían con su follaje. Me sentí muy contento cuando por primera vez descubrí que el armonioso sonido que con frecuencia regalaba mis oídos procedía de las gargantas de los pequeños animalillos alados que a menudo me habían interceptado la luz.

Empecé también a observar, con mayor precisión, las formas que me rodeaban, y a percibir los límites

de la brillante bóveda de luz que se extendía sobre mí. A veces intentaba imitar el agradable trino de los pájaros, pero no podía. Otras quería expresar mis sentimientos a mi modo, pero los rudos y extraños ruidos que producía me hacían enmudecer de susto.

La luna había desaparecido, y retornado más pequeña, y yo seguía en el bosque. Mis sensaciones eran ya claras, y cada día asimilaba nuevas ideas. Mis ojos se habían acostumbrado a la luz y a distinguir bien los objetos. Diferenciaba un insecto de un tallo de hierba y, poco a poco, las distintas clases de plantas entre sí. Comprobé que los gorriones tenían un trinar áspero, mientras que el canto del mirlo y de los zorzales era grato y atrayente.

Un día, en que el frío arreciaba, encontré un fuego que algún vagabundo habría encendido, y experimenté una gran emoción al ver el calor que desprendía. Lleno de júbilo toqué las brasas con la mano, pero la retiré de inmediato con un grito de dolor. ¡Qué raro, pensé, que la misma



causa produzca efectos tan contrarios! Examiné la composición de la hoguera y descubrí satisfecho que era leña. Recogí algunas ramas pero estaban húmedas y no prendieron. Esto me turbó y me senté de nuevo a contemplar el fuego. La leña húmeda que había dejado cerca del calor se secó, y empezó a arder. Esto me hizo pensar.

Descubrí la razón al tocar las distintas ramas, y me puse de nuevo a reunir una gran cantidad de ellas para ponerlas a secar y tener reservas. Al llegar la noche, y con ella el sueño, mi miedo era que se apagara el fuego. Lo tapé cuidadosamente con hojarasca y ramas secas, poniendo después leña húmeda encima. Luego extendí la capa en el suelo y me eché a dormir.

Era ya de día cuando desperté, y mi primer pensamiento fue ver cómo iba el fuego. Lo destapé, y un ligero airecillo lo avivó enseguida. Esto me indujo a construir con ramas una especie de abanico que me permitía encender las brasas cuando parecían a punto de extinguirse. Cuando de nuevo cayó la noche, descubrí gozoso que

el fuego, aparte de dar calor, también daba luz. Descubrí que también podía utilizar el fuego para mi alimentación, gracias a los restos de comida que algún viajero dejó abandonados. Vi que éstos estaban asados y que eran más sabrosos que las bayas que recogía. Intenté, pues, hacer lo mismo con mis alimentos y descubrí que, así, las bayas se estropeaban pero que las nueces y raíces tenían un sabor mucho más agradable.

Pronto empezaron a escasear los alimentos, y a menudo pasaba un día entero buscando en vano algunas bellotas con las que calmar mi hambre. Entonces resolví abandonar el lugar donde había habitado hasta aquel momento y buscar otro en el cual pudiera satisfacer mis necesidades con mayor facilidad. Lo que más lamentaba de esta emigración era la pérdida del fuego, que tan casualmente había encontrado y que no sabía cómo encender.

Pasé varias horas pensando en el problema, pero me vi obligado a abandonar todo intento de reproducirlo. Así que, envuelto en mi capa, empecé a cruzar el bosque en dirección al sol poniente.

Anduve durante tres días antes de llegar al campo abierto. La noche anterior había caído una gran nevada, y los campos aparecían uniformemente blancos. El panorama era desconsolador, y noté que la húmeda sustancia fría que cubría el suelo me helaba los pies.

Eran cerca de las siete de la mañana, y quería encontrar cobijo y comida. Por fin divisé en un montículo una pequeña cabaña que sin duda era la morada de algún pastor. Esto era nuevo para mí. La examiné con gran curiosidad y, al observar que la puerta se abría, entré. Sentado junto al fuego, en el cual se preparaba el desayuno, se hallaba un anciano. Se volvió al oír el ruido; y, viéndome, salió de la cabaña gritando, y cruzó los campos a una velocidad apenas imaginable en una persona tan debilitada.

Me sorprendieron su huida y su aspecto, distinto a todo lo que hasta entonces había visto. Pero estaba encantado con la cabaña: aquí no podía entrar ni la nieve ni la lluvia; el suelo estaba seco, y me pareció un refugio tan delicioso y exquisito como les debió

parecer el Pandemonio a los demonios del infierno después de sus sufrimientos en el lago de fuego. Avidamente devoré los restos del desayuno del pastor: pan, queso, leche y vino, pero éste último no me gustó. Luego, vencido por el cansancio, me tumbé en un montón de paja y me dormí.

Era mediodía cuando me desperté; y, atraído por el calor del sol, que hacía brillar la nieve, me decidí a reemprender mi viaje; metí lo que quedaba del desayuno en un zurrón que encontré, y emprendí camino campo a través durante algunas horas, hasta que al anochecer llegué a una aldea.

¡Qué hermosa me pareció! Las cabañas, las casitas más limpias y las haciendas atrajeron por turno mi atención. Las verduras en los huertos, y la leche y queso colocados en las ventanas, me abrieron el apetito. Entré en una de las mejores casas; pero apenas si había puesto el pie en el umbral cuando unos niños empezaron a chillar, y una mujer se desmayó. Todo el pueblo se alborotó; unos huyeron, otros me atacaron hasta que, magullado por las piedras y otros objetos arrojadizos, escapé

al campo. Me refugié temerosamente en un cobertizo de techo bajo, vacío, que contrastaba poderosamente con los palacios que había visto en el pueblo. Este cobertizo, sin embargo, estaba adosado a una casa de aspecto bonito y aseado, pero tras mi reciente y desafortunada experiencia no me atreví a entrar en ella. Mi refugio era de madera, pero de techo tan bajo, que apenas podía permanecer sentado sin tener que agachar la cabeza. No había madera en el suelo, que era de tierra, pero estaba seco; y aunque el viento se filtraba por numerosas rendijas, encontré que era un asilo agradable para protegerme de la nieve y la lluvia.

Aquí, pues, me metí y me tumbé, contento de haber encontrado un lugar, por pobre que fuera, que me protegía de las inclemencias del tiempo y, sobre todo, de la barbarie del hombre.

No bien hubo amanecido, salí de mi cubil para observar la casa adyacente y ver si me era posible seguir en mi refugio recién encontrado. Estaba adosado a la parte posterior de la casa y lo

cerraban una pocilga y un estanque de agua clara. El otro lado, por el que había entrado, quedaba abierto. Procedí a tapar con piedras y leña todos los orificios por los cuales pudieran verme, pero de tal forma que me fuera posible apartarlas para salir. La única luz que entraba procedía de la pocilga, pero era suficiente para mí.

Tras haber arreglado así mi vivienda, y haberla alfombrado con paja limpia, me oculté, pues divisé en la distancia la figura de un hombre y recordaba demasiado bien el tratamiento recibido la noche anterior como para encomendarme a él. Afortunadamente tenía comida para ese día, pues había robado una hogaza y una taza, que me servía mejor que las manos para beber el agua cristalina que corría cerca de mi refugio. El suelo estaba algo levantado, de manera que permanecía seco y, por encontrarse cerca de la chimenea de la casa, era moderadamente caliente.

Así provisto, me dispuse a permanecer en esta choza hasta que ocurriera algo que modificara mi decisión. Comparada con mi anterior morada, el

desangelado bosque donde las ramas goteaban lluvia y el suelo estaba mojado, era en verdad un paraíso. Desayuné con fruición, y me disponía a levantar un madero para sacar agua cuando escuché pasos y vi, por una rendija, a una muchacha que, balanceando un cubo en la cabeza, pasaba por delante de mi cobertizo.

Era joven y de aspecto dulce, distinta de lo que más tarde he comprobado que son los labriegos y los criados de las granjas. Iba vestida humildemente, con una tosca falda azul y una chaqueta de paño. Sus cabellos rubios estaban trenzados pero no llevaba adornos. Sus facciones revelaban resignación, pero su aspecto era triste. La perdí de vista, pero transcurridos unos quince minutos reapareció con el mismo recipiente, que ahora estaba medio lleno de leche. Mientras andaba, claramente incómoda por el peso, un joven de rostro aún más deprimido se dirigió a su encuentro.

Con aire melancólico intercambiaron algunas palabras, y cogiéndole el cubo se lo llevó hasta la casa. Al poco tiempo vi reaparecer al joven con

unas herramientas en la mano y cruzar el campo que había detrás de la casa. Asimismo, la joven también estaba ocupada, a veces dentro de la casa y otras en el patio.

Explorando mi refugio, descubrí que una de las ventanas de la casa había dado anteriormente al cobertizo, si bien ahora el hueco se encontraba tapado por planchas de madera. Una de estas planchas tenía una diminuta rendija por la cual se podía ver una pequeña habitación, encalada y limpia, pero muy desprovista de muebles. En un rincón, cerca del fuego, estaba sentado un anciano, con la cabeza entre las manos en actitud abatida.

La joven estaba ocupada arreglando la estancia. De pronto, sacó algo del cajón que tenía entre las manos y se sentó cerca del anciano, el cual, tomando un instrumento, empezó a tocar y a arrancar de él sones más dulces que el cantar del mirlo o el ruiseñor. Incluso para un desgraciado como yo, que nunca antes había percibido nada hermoso, era un bello cuadro. El cabello plateado y el aspecto bondadoso del anciano ganaron mi respeto, y los

modales dulces de la joven despertaron mi amor. Tocó una tonadilla dulce y triste, que conmovió a su dulce acompañante, a quien el hombre parecía haber olvidado hasta que oyó su llanto. Pronunció entonces algunas palabras y la muchacha, dejando su tarea, se arrodilló a sus pies. El la levantó y le sonrió con tal afecto y ternura, que una sensación peculiar y sobrecogedora me recorrió el cuerpo.

Era una mezcla de dolor y gozo que hasta entonces no me habían producido ni el hambre ni el frío, ni el calor, ni ningún alimento. Incapaz de soportar por más tiempo esta emoción, me retiré de la ventana.

Al poco rato regresó el chico llevando un haz de leña al hombro. La joven lo recibió en la puerta y le ayudó con el fardo, del cual escogió algunas ramas que echó al fuego. Luego, se fueron los dos a una esquina de la habitación, y él mostró un gran pan y un trozo de queso. Ella pareció alegrarse, y salió al jardín en busca de plantas y raíces, las metió en agua y después al fuego. Luego prosiguió su labor, y el joven se fue al jardín, donde se puso diligentemente a cavar y a arrancar raíces. Al cabo

de una hora, la muchacha salió a buscarlo, y juntos entraron en la casa. Entretanto, el anciano había estado pensativo; pero, al ver a sus compañeros, adoptó un aire más alegre, y se sentaron a comer. El almuerzo acabó pronto. La joven volvió a ocuparse de las tareas caseras, en tanto que el anciano, apoyado en el brazo del joven, paseaba al sol por delante de la casa. No puede haber nada más bello que el contraste de aquellos dos seres.

El uno era muy mayor, con el cabello plateado, y su rostro reflejaba bondad y cariño, el otro era esbelto y muy apuesto y tenía las facciones modeladas con la mayor simetría. Sin embargo, su mirada y actitud denotaban una gran tristeza y depresión. El anciano volvió a la casa y el muchacho se encaminó a los campos, portando herramientas distintas de las de la mañana.

Pronto cayó la noche; pero, ante mi gran asombro, vi que los habitantes de aquella casa tenían un modo de prolongar la luz, por medio de bastones de cera, y me alegró que la puesta de sol no pusiera fin al gozo que experimentaba observando

a mis vecinos. Durante la velada, la joven y su compañero se dedicaron a diversas ocupaciones que no comprendí; y el anciano volvió a tomar el instrumento que producía aquellos divinos sonidos que tanto me habían complacido por la mañana.

En cuanto hubo finalizado, el joven comenzó no a tocar, sino a articular una serie de sonidos monótonos que no se asemejaban ni a la armonía del instrumento del anciano ni al canto de los pájaros. Más tarde supe que leía en voz alta, pero en aquellos momentos nada sabía de la ciencia de las letras ni de las palabras.

Tras permanecer así ocupados durante un breve tiempo, la familia apagó las luces y se retiró, presumo que a descansar.





Mary Shelley
Frankenstein
205

Capítulo 11

Me tumbé en la paja, pero no conseguí dormir. Repasaba los sucesos del día. Lo que más me chocaba eran los modales cariñosos de aquellas gentes. Recordaba muy bien el trato de los salvajes aldeanos la noche anterior, y decidí que, cualquiera que fuese la actitud que adoptara en el futuro, por el momento permanecería en mi cobertizo, observando e intentando descubrir las razones que motivaban sus actos.

Mis vecinos se levantaron al día siguiente antes de que amaneciera. La joven arregló la casa, y preparó la comida; el joven salió después del desayuno.

El día transcurrió de manera igual al anterior. El muchacho trabajaba fuera de la casa y la chica en diversas tareas domésticas. El anciano, que pronto me di cuenta de que era ciego, pasaba las horas meditando o tañendo su instrumento. Nada podría superar el cariño y respeto que los jóvenes demostraban para con su venerable compañero.

Le prestaban todos los servicios con gran dulzura y él los recompensaba con su sonrisa bondadosa.

Pero no eran del todo dichosos. El joven y su compañera con frecuencia se retiraban, y parecían llorar. No comprendía la causa de su tristeza; pero me afectaba profundamente. Si seres tan hermosos eran desdichados, no era de extrañar que yo, criatura imperfecta y solitaria, también lo fuera.

Pero ¿por qué eran infelices aquellas gentes tan bondadosas? Tenían una agradable casa (pues así me parecía) y todas las comodidades; tenían un fuego para calentarlos del frío y deliciosa comida con que saciar su hambre; vestían buenos trajes, y, lo que es más, disfrutaban de su mutua compañía y conversación, intercambiando a diario miradas de afecto y bondad.

¿Qué significaba su llanto? ¿Expresaban sus lágrimas dolor? No podía, al principio, responderme a estas preguntas, pero el tiempo y una sostenida observación me explicaron muchas

cosas que a primera vista parecían enigmáticas.

Pasó bastante tiempo antes de que descubriera que la pobreza, que padecían en grado sumo, era uno de los motivos de intranquilidad de esta buena familia. Su sustento sólo consistía en verduras del huerto y leche de su vaca, muy escasa durante el invierno, época en la que sus dueños apenas podían alimentarla. Creo que a menudo pasaban mucha hambre, en especial los jóvenes, pues en varias ocasiones los vi privarse de su propia comida para dársela al anciano.

Este gesto de bondad me conmovió mucho. Yo solía, durante la noche, robarles parte de su comida para mi sustento, pero cuando advertí que esto los perjudicaba me abstuve, contentándome con bayas, nueces y raíces que recogía de un bosque cercano.

Descubrí también otro medio para ayudarlos. Había observado que el joven dedicaba gran parte del día a recoger leña para el fuego; y, durante la noche, a menudo yo cogía sus herramientas, que

pronto aprendí a utilizar, y les traía a casa leña suficiente para varios días.

Recuerdo la sorpresa que la joven demostró, la primera vez que hice esto, al abrir la puerta por la mañana y encontrar un montón de leña fuera. Dijo algunas palabras en voz alta, y el joven salió y expresó a su vez su asombro. Observé, con alegría, que aquel día no fue al bosque, y lo pasó reparando la casa y cultivando el jardín.

Poco a poco hice un descubrimiento de aún mayor importancia. Me di cuenta de que aquellos seres tenían un modo de comunicarse sus experiencias y sentimientos por medio de sonidos articulados. Observé que las palabras que utilizaban producían en los rostros de los oyentes alegría o dolor, sonrisas o tristeza. Esta sí que era una ciencia sobrehumana y deseaba familiarizarme con ella. Pero todos mis intentos a este respecto eran infructuosos.

Hablaban con rapidez y las palabras que decían, al no tener relación aparente con los objetos

tangibles, me impedían resolver el misterio de su significado. Sin embargo, a base de grandes esfuerzos, y cuando ya había pasado en mi cobertizo varias lunas, aprendí el nombre de algunos de los objetos más familiares como fuego, leche, pan y leña. También aprendí los nombres de mis vecinos. La joven y su hermano tenían ambos varios nombres, pero el anciano sólo tenía uno, padre. A la muchacha la llamaban hermana o Agatha y al joven Félix, hermano o hijo.

No puedo expresar la alegría que sentí cuándo comprendí las ideas correspondientes a estos sonidos y pude pronunciarlos. Distinguía otras palabras, que ni entendía ni podía emplear, tales como bueno, querido, triste.

De esta manera transcurrió el invierno. La bondad y hermosura de estas personas me hicieron encariñarme mucho con ellas; cuando se encontraban tristes, yo estaba desanimado; cuando eran felices, yo participaba de su alegría. Veía a pocos seres humanos, aparte de ellos; y si por casualidad alguno iba a la casa, sus toscos

modales y brusco caminar hacían resaltar la superioridad de mis amigos.

Noté que el anciano a menudo se esforzaba por animar a sus hijos, como a veces les llamaba, para que desecharan su tristeza. Solía entonces hablar en tono alegre, con una expresión de bondad en el rostro que incluso a mí me producía placer. Agatha lo escuchaba con respeto, y con frecuencia se le llenaban los ojos de lágrimas, que intentaba disimular; pero observé que, por lo general, había más animación en su rostro y tono de voz tras haber escuchado a su padre. No así Félix. Siempre era el más triste del grupo; e incluso yo, con mi inexperiencia, me daba cuenta de que parecía haber sufrido más que los otros. Pero si sus facciones reflejaban mayor tristeza, su tono de voz era más alegre que el de su hermana, en especial cuando se dirigía a su padre.

Podría dar muchos ejemplos, que, aunque nimios, reflejan la disposición de aquellas buenas gentes. En medio de la pobreza y la necesidad, Félix, satisfecho, le llevó a su hermana la primera

florecilla blanca que asomó entre la nieve. Por la mañana temprano, antes de que ella se levantara, limpiaba la nieve que cubría el sendero hasta el establo, sacaba agua del pozo, y le llevaba leña al otro cobertizo, donde, con gran asombro, encontraba las reservas que una mano invisible iba reponiendo. Creo que durante el día trabajaba para un granjero vecino, porque a menudo salía y no regresaba hasta la noche, pero no traía leña. Otras veces trabajaba en el huerto, pero, como en invierno había poco que hacer allí, solía pasar muchos ratos leyéndoles al anciano y a Agatha.

Estas lecturas me habían extrañado mucho en un principio, pero poco a poco descubrí que al leer pronunciaba con frecuencia los mismos sonidos que cuando hablaba. Supuse, por tanto, que encontraba en el papel signos de expresión que comprendía. ¡Cómo deseaba yo aprenderlos! Pero ¿cómo iba a hacerlo si ni siquiera entendía los sonidos que representaban? Sin embargo, progresé en esta materia, aunque a pesar de mis esfuerzos aún no podía seguir ninguna conversación. Comprendía claramente que aunque

deseaba dirigirme a mis vecinos no debía hacerlo hasta no dominar su lenguaje, conocimiento que me permitiría hacerles olvidar lo deforme de mi aspecto, de lo cual me había hecho consciente a través del contraste.

Admiraba las perfectas proporciones de mis vecinos, su gracia, hermosura y delicada tez. ¡Cómo me horroricé al verme reflejado en el estanque transparente! En un principio salté hacia atrás aterrado, incapaz de creer que era mi propia imagen la que aquel espejo me devolvía. Cuando logré convencerme de que realmente era el monstruo que soy, me embargó la más profunda amargura y mortificación. ¡Ay!, desconocía entonces las fatales consecuencias de esta deformación.

A medida que el sol empezaba a calentar más, y el día se alargaba, desapareció la nieve, y vi aparecer los árboles desnudos y la oscura tierra. A partir de este momento, Félix estuvo más ocupado, y los angustiosos envites del hambre desaparecieron. Como descubrí más tarde, su alimentación era tosca pero sana y suficiente. Crecieron en el huerto



nuevos tipos de plantas, que cocinaban, y estas muestras de bienestar aumentaban día a día así que avanzaba la primavera.

Apoyado en su hijo, el anciano solía pasear un poco al mediodía cuando no llovía, pues tal era el nombre que daban al agua que desprendía el firmamento. Estas lluvias eran frecuentes, pero los fuertes vientos pronto secaban la tierra, y el tiempo se hizo mucho más agradable de lo que había sido.

En el cobertizo mi ritmo de vida era uniforme. Contemplaba los movimientos de mis vecinos durante la mañana, y dormía cuando sus quehaceres en el exterior les dispersaban. El resto del día lo pasaba de modo similar. Cuando se retiraban a descansar, si había luna o la noche era estrellada, yo salía al bosque en busca de comida para mí y leña para mis vecinos. Cuando se hacía necesario, quitaba la nieve del sendero, y realizaba las tareas que había visto hacer a Félix. Más tarde supe que estas tareas, que llevaba a cabo una mano invisible, les sorprendían grandemente.

Incluso en alguna ocasión les oí mencionar a este respecto las palabras espíritu bueno y maravilloso, pero no entendía entonces el significado de estos términos.

Mi cerebro se hacía cada día más activo, y deseaba más que nunca descubrir los impulsos y sentimientos de estas hermosas criaturas. Sentía curiosidad por saber el motivo de la congoja de Félix y la pena de Agatha. Pensaba, ¡infeliz de mí!, que estaría en mi mano el devolverles a estas criaturas la felicidad que tanto merecían. Cuando dormía o me ausentaba, se me aparecía la imagen del padre ciego, la dulce Agatha y el buen Félix.

Los consideraba seres superiores, árbitros de mi futuro destino. Trataba de imaginarme, de mil maneras distintas, el día en que me presentaría ante ellos y el recibimiento que me harían. Suponía que, tras una primera repulsión, mi buen comportamiento y palabras conciliadoras me ganarían su simpatía, y más tarde su afecto.

Estos pensamientos me exaltaban y espoleaban

con renovado vigor a aprender el arte de la expresión. Tenía las cuerdas vocales endurecidas pero flexibles, y aunque mi tono de voz distaba mucho de tener la musicalidad del suyo, podía pronunciar con relativa facilidad aquellas palabras que comprendía. Era como el asno y el perrillo faldero; aunque bien merecía el dócil burro, cuyas intenciones eran buenas a pesar de su rudeza, mejor trato que los golpes e insultos que le daban.

Las suaves lluvias y el calor de la primavera cambiaron mucho el aspecto del terreno. Los hombres, que parecían haber estado escondidos en cuevas, se dispersaron por doquier y se dedicaban a los más diversos cultivos. Los pájaros trinaban con mayor alegría, y las hojas empezaron a despuntar en las ramas.

¡Gozosa, gozosa tierra!, digna morada de los dioses y que aún ayer aparecía insana, húmeda y desolada. Este resurgimiento de la naturaleza me elevó el espíritu; el pasado se me borró de la memoria, el presente era tranquilo y el futuro me daba esperanza y promesas de alegría.



Capítulo 12

Me aproximo ahora a la parte más conmovedora de mi narración. Contaré los sucesos que me han convertido, de lo que era, en lo que soy.

La primavera avanzaba con rapidez. El tiempo mejoró, y las nubes desaparecieron del cielo. Me sorprendió ver cómo lo que hacía poco había sido tan sólo desierto y tristeza nos regalara ahora las más preciosas flores y verdor. Gratificaban y refrescaban mis sentidos miles de aromas deliciosos y escenas bellas.

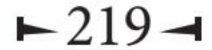
Fue uno de esos días, en los que mis vecinos reposaban de su trabajo – el anciano tocaba su guitarra y los jóvenes lo escuchaban –, cuando observé que Félix parecía más melancólico todavía que de costumbre y suspiraba con frecuencia.

En un momento su padre interrumpió la música, y deduje, por sus gestos, que le preguntaba a su hijo la razón de su tristeza. Félix respondió con tono alegre, y el anciano se disponía a reemprender su

música, cuando alguien llamó a la puerta.
Era una señora a caballo, acompañada de un campesino que le servía de guía. La dama vestía un traje oscuro, y un tupido velo negro le cubría el rostro. Agatha le hizo una pregunta, a la cual la desconocida respondió pronunciando con dulzura tan sólo el nombre de Félix. Su voz era melodiosa, pero diferente de la de mis amigos.

Al oír su nombre, Félix se acercó apresuradamente a la dama, que al verlo se levantó el velo, dejando ver un rostro de belleza y expresión angelical. Su brillante pelo negro estaba curiosamente trenzado; tenía los ojos oscuros y vivos pero amables, las facciones bien proporcionadas, la tez hermosísima y las mejillas suavemente sonrosadas.

Félix parecía traspuesto de alegría al verla; todo rasgo de tristeza desapareció de su rostro, que al instante expresó un júbilo del cual apenas lo creía capaz; le brillaban los ojos y se le encendieron de placer las mejillas, y en aquel momento me pareció tan hermoso como la extranjera.



Ella a su vez experimentaba diversos sentimientos; secándose las lágrimas de sus hermosos ojos, le tendió la mano a Félix, que la besó embelesado mientras le llamaba, según pude entender, su dulce árabe. No parecía comprenderlo, pero sonrió.

La ayudó a desmontar, y, despidiendo al guía, la condujo al interior de la casa. Tuvo lugar una conversación entre él y su padre. La joven extranjera se arrodilló a los pies del anciano, y le hubiera besado la mano, si éste no se hubiera apresurado a levantarla y abrazarla afectuosamente.

Pronto observé que aunque la joven emitía sonidos articulados, y parecía tener un idioma propio, los demás no la comprendían, del mismo modo que ella tampoco los comprendía. Hicieron muchos gestos que yo no entendí, pero vi que su presencia llenaba la casa de alegría, y disipaba su tristeza del mismo modo que el sol disipa las brumas matinales.

Félix se mostraba especialmente feliz, y atendía a su árabe con radiantes sonrisas. Agatha, la dulce

Agatha, cubría de besos las manos de la extranjera, y, señalando a su hermano, parecía querer indicarle por señas lo triste que había estado antes de su llegada. Así transcurrieron algunas horas, en el curso de las cuales manifestaron una alegría, cuya razón yo no alcanzaba a comprender.

De pronto descubrí, por la frecuente repetición de un sonido, que la extranjera trataba de imitar, que intentaba aprender su lengua. Al instante se me ocurrió que yo, con el mismo fin, podía valerme de la misma enseñanza. La extranjera aprendió unas veinte palabras en esta primera lección, la mayoría de las cuales yo ya conocía.

Al caer la noche, Agatha y la muchacha árabe se retiraron pronto a descansar. Cuando se separaron, Félix besó la mano de la extranjera y dijo:

– Buenas noches, dulce Safie.

El permaneció despierto largo rato, conversando con su padre. Por las numerosas veces que repetían su nombre supuse que hablaban de la hermosa

huésped. Me hubiera gustado entenderlos, y presté gran atención, pero me resultó del todo imposible.

A la mañana siguiente Félix marchó a su trabajo; y, cuando terminaron las tareas cotidianas de Agatha, la muchacha árabe se sentó a los pies del anciano, y, cogiendo su guitarra, tocó unos aires de tan conmovedora belleza, que al punto me hicieron derramar lágrimas de tristeza y admiración. Cantó, y su voz era modulada y rica en cadencias, como la del ruiseñor.

Cuando hubo terminado, le dio la guitarra a Agatha, que en un principio se mostró reacia a tomarla. Luego tocó una sencilla tonadilla. También cantó, con dulce voz, pero muy distinta de la maravillosa modulación de la extranjera. El anciano estaba embelesado, y dijo algo que Agatha intentó explicarle a Safie. Parecía quererle decir que con su música le producía un gran placer.

Los días pasaban ahora con la misma tranquilidad que antes, con la sola diferencia de que la alegría había sustituido a la tristeza en el rostro de mis

amigos. Safie estaba siempre alegre y contenta. Ambos progresamos en la lengua con rapidez, de modo que al cabo de dos meses empecé a entender la mayoría de las cosas que decían mis protectores.

Entretanto, la oscura tierra se iba cubriendo de verdor, salpicado de innumerables flores de dulce aroma y maravillosa vista, como estrellas que brillaban con delicado color a la luz de la luna. El sol fue calentando más, y las noches se hicieron claras y suaves.

Mis paseos nocturnos me causaban enorme placer, a pesar de que se vieron acortados por las tardías puestas de sol y el temprano amanecer. Nunca me atrevía a salir durante el día, temeroso de recibir el mismo trato que en la primera aldea en la que estuve.

Pasaba los días prestando la máxima atención, para poder dominar el idioma con la mayor brevedad posible. Puedo presumir de que aprendía a más velocidad que la muchacha árabe, que entendía muy poco y hablaba con acento entrecortado,

mientras que yo comprendía todo y podía reproducir casi todas las palabras.
El libro con el cual Félix enseñaba a Safie era Las Ruinas, o Meditación sobre la Revolución de los Imperios, de Volney. No hubiera entendido la intención del libro, de no ser porque Félix, al leerlo, daba minuciosas explicaciones. Había elegido esta obra, dijo, porque su estilo declamatorio imitaba el de autores orientales.

A través de este libro, obtuve una panorámica de la historia y algunas nociones acerca de los imperios que existían en el mundo actual. Me dio una visión de las costumbres, gobiernos y religiones que tenían las distintas naciones de la Tierra.

Oí hablar de los indolentes asiáticos, de la magnífica genialidad y actividad intelectual de los griegos, de las guerras y virtudes de los romanos, de su degeneración posterior y de la decadencia de ese poderoso imperio; del nacimiento de las órdenes de caballería, la cristiandad, los reyes. Supe del descubrimiento del hemisferio americano y lloré con Safie la desdichada suerte de sus indígenas.

Estas maravillosas narraciones me llenaban de extraños sentimientos. ¿Sería en verdad el hombre un ser tan poderoso, virtuoso, magnífico y a la vez tan lleno de bajeza y maldad? Unas veces se mostraba como un vástago del mal; otras, como todo lo que de noble y divino se puede concebir.

El ser un gran hombre lleno de virtudes parecía el mayor honor que pudiera recaer sobre un ser humano, mientras que el ser infame y malvado, como tantos en la historia, la mayor denigración, una condición más rastrera que la del ciego topo o inofensivo gusano.

Durante mucho tiempo no podía comprender cómo un hombre podía asesinar a sus semejantes, ni entendía siquiera la necesidad de leyes o gobiernos; pero cuando supe más detalles sobre crímenes y maldades, dejé de asombrarme, y sentí asco y disgusto.

Ahora, cada conversación de mis vecinos me descubría nuevas maravillas. Fue escuchando las

instrucciones que Félix le daba a la joven árabe como aprendí el extraño sistema de la sociedad humana.

Supe del reparto de riquezas, de inmensas fortunas y tremendas miserias; de la existencia del rango, el linaje y la nobleza.

Las palabras me indujeron a reflexionar sobre mí mismo. Aprendí que las virtudes más apreciadas por mis semejantes eran el rancio abolengo acompañado de riquezas. El hombre que poseía sólo una de estas cualidades podía ser respetado; pero si carecía de ambas se le consideraba, salvo raras excepciones, como a un vagabundo, un esclavo destinado a malgastar sus fuerzas en provecho de los pocos elegidos.

¿Y qué era yo? Ignoraba todo respecto de mi creación y creador, pero sabía que no poseía ni dinero ni amigos ni propiedad alguna; y, por el contrario, estaba dotado de una figura horriblemente deformada y repulsiva; ni siquiera mi naturaleza era como la de los otros hombres.

Era más ágil, y podía subsistir a base de una dieta más tosca; soportaba mejor el frío y el calor; mi estatura era muy superior a la suya.
Cuando miraba a mi alrededor, ni veía ni oía hablar de nadie que se pareciese a mí. ¿Era, pues, yo verdaderamente un monstruo, una mancha sobre la Tierra, de la que todos huían y a la que todos rechazaban?

No puedo describir la angustia que estos pensamientos me causaban. Intentaba desecharlos, pero la tristeza me aumentaba a medida que me iba instruyendo. ¡Por qué no me habría quedado en mi bosque, donde ni conocía ni experimentaba otras sensaciones que las del hambre, la sed y el calor!

¡Qué extraña naturaleza la del saber! Se aferra a la mente, de la cual ha tomado posesión, como el liquen a la roca. A veces deseaba desterrar de mí todo pensamiento, todo afecto; pero aprendí que sólo había una manera de imponerse al dolor y ésa era la muerte, estado que me asustaba aunque aún

no lo entendía.

Admiraba la virtud y los buenos sentimientos, y me gustaban los modales dulces y amables de mis vecinos; pero no me era permitida la convivencia con ellos, salvo sirviéndome de la astucia, permaneciendo desconocido y oculto, lo cual, más que satisfacerme, aumentaba mi deseo de convertirme en uno más entre mis semejantes.

Las tiernas palabras de Agatha y las sonrisas animadas de la gentil árabe no me estaban destinadas. Los apacibles consejos del anciano y la alegre conversación del buen Félix tampoco me estaban destinados. Desgraciado e infeliz engendro.

Otras lecciones se me grabaron con mayor profundidad aún. Supe de la diferencia de sexos, del nacer y crecer de los hijos; cómo disfruta el padre con las sonrisas de su pequeño, y las alegres correrías de los hijos más mayores; cómo todos los cuidados y razón de ser de la madre se concentran en esa preciada carga; cómo la mente del joven

se va desarrollando y enriqueciendo; supe de hermanos, de hermanas, y los vínculos que unen a los humanos entre sí con lazos mutuos.

Pero ¿dónde estaban mis amigos y parientes? Ningún padre había vigilado mi niñez, ninguna madre me había prodigado sus cariños y sonrisas, y, en caso de que hubiera ocurrido, mi vida pasada se había convertido para mí en un borrón, un vacío en el que no distinguía nada.

Me recordaba desde siempre con la misma estatura y proporción. No había visto aún ningún ser que se me pareciera o que me exigiera tener con él alguna relación. ¿Qué era entonces? La pregunta surgía una y otra vez sin que pudiera responder a ella más que con lamentaciones.

Pronto explicaré hacia dónde me llevaron estos pensamientos. Pero por el momento continuaré con mis vecinos, cuya historia me produjo sentimientos encontrados de indignación, alegría y asombro, pero que terminaron todos en un mayor respeto y amor hacia mis protectores (pues



así me gustaba llamarles con un inocente y casi doloroso deseo de engañarme).





Capítulo 13

Pasó algún tiempo hasta que conocí la historia de mis amigos. Era de tal naturaleza, que no podía por menos de grabárseme profundamente en la memoria, al revelar una serie de circunstancias muy interesantes y maravillosas para un ser ingenuo como yo era entonces.

El anciano se llamaba De Lacey. Descendía de una buena familia de Francia, país en el que había vivido muchos años, rico, respetado por sus superiores y estimado por sus iguales. Educó a su hijo para servir a la patria, y Agatha trataba con las damas de la más alta alcurnia. Unos meses antes de mi llegada vivían en una gran ciudad llamada París, rodeados de amigos y disfrutando de todo lo que la virtud, la cultura, el gusto y una considerable riqueza pueden proporcionar.

El padre de Safie había sido el causante de su desgracia. Era un mercader turco, y llevaba viviendo muchos años en París, cuando, por alguna razón que no logré saber, cayó en desgracia ante el

gobierno. Fue aprehendido y encarcelado el mismo día en que Safie llegaba de Constantinopla para reunirse con él. Se le juzgó y condenó a muerte. La injusticia de esta sentencia era flagrante. Todo París estaba indignado, pues consideraba que sus riquezas y su religión, más que el crimen que se le imputaba, habían sido la causa de su condena.

Félix había estado presente en el juicio, y su ira al escuchar la sentencia fue incontenible. Hizo al instante una promesa solemne de liberarlo, e inició de inmediato la búsqueda del medio que le permitiera llevar a cabo su juramento.

Tras muchos infructuosos intentos de penetrar en la prisión, encontró en un ala poco vigilada del edificio una ventana enrejada, que iluminaba la mazmorra del infortunado mahometano, que, doblegado bajo el peso de las cadenas, aguardaba lleno de desesperación el cumplimiento de la bárbara sentencia.

Por la noche, a través de la ventana, Félix comunicó al prisionero sus intenciones de ayudarlo.

Sorprendido y encantado, el turco intentó espolear el entusiasmo de su liberador con promesas de grandes riquezas. Félix rechazó la oferta con desprecio, mas cuando vio a la bella Safie, a quien permitieron visitar a su padre y que por señas le mostraba su agradecimiento, no pudo por menos de pensar que el cautivo poseía un tesoro que compensaría con creces todo esfuerzo y peligro.

El turco pronto advirtió la impresión que Safie había producido en el muchacho, y quiso asegurarse más su celo prometiéndosela en matrimonio en cuanto fuera conducido a un lugar seguro. Félix era demasiado cortés como para aceptar la oferta, pero sabía que aquella probabilidad constituía su máxima esperanza.

Durante los días siguientes, mientras se preparaba la huida del mercader, el entusiasmo de Félix se vio incrementado por varias cartas que recibió de la hermosa joven, que encontró el medio de expresarse en el idioma de su amado gracias a la ayuda de un viejo criado de su padre, que sabía francés. En ellas le agradecía efusivamente la ayuda



que intentaba prestarles, a la par que lamentaba discretamente su propia suerte.

Tengo copias de estas cartas, pues mientras viví en el cobertizo pude hacerme con útiles de escribir; y Félix o Agatha a menudo tuvieron las cartas en sus manos. Antes de partir te las enseñaré; probarán la veracidad de mi relato. De momento, sólo podré resumírtelas, ya que el sol comienza a declinar.

Safie contó que su madre era una árabe convertida, a la cual habían capturado y esclavizado los turcos; destacando por su hermosura, había conquistado el corazón del padre de Safie, que la tomó por esposa.

La muchacha hablaba en términos muy elogiosos de su madre, que, nacida en libertad, despreciaba la sumisión a la que se veía reducida. Instruyó a su hija en las normas de su propia religión, y la exhortó a aspirar a un nivel intelectual y una independencia de espíritu prohibidos para las mujeres mahometanas. Esta mujer murió, pero sus enseñanzas estaban muy afianzadas en la mente

de Safie, que enfermaba ante la idea de volver a Asia y encerrarse en un harén, con autorización solamente para entregarse a diversiones infantiles, poco acordes con la disposición de su espíritu, acostumbrado ahora a una mayor amplitud de pensamientos y a la práctica de la virtud. La idea de desposar a un cristiano y vivir en un país donde las mujeres podían ocupar un lugar en la sociedad la llenaba de alegría.

Se fijó el día para la ejecución del turco, pero, la noche antes, se escapó de la prisión, y por la mañana se hallaba a muchas leguas de París. Félix se había procurado salvoconductos a nombre suyo, de su padre y hermana. Anteriormente le había comunicado su plan a su padre, que colaboró en la fuga abandonando su casa, bajo excusa de un viaje, pero ocultándose con su hija en una apartada zona de París.

Félix condujo a los fugitivos a través de Francia hasta Lyon, y luego por el Monte Cenis hasta Livorno, donde el mercader había decidido aguardar una oportunidad favorable para pasar a

alguna parte del territorio turco.

Safie decidió quedarse con su padre hasta el momento de la partida, y éste renovó su promesa de otorgar la mano de su hija a su salvador. Félix permaneció con ellos a la espera del acontecimiento.

Mientras tanto, disfrutaba de la compañía de la joven árabe, que le mostraba el más sincero y dulce afecto. Conversaban por medio de un intérprete, aunque a veces les bastaba el intercambio de miradas, o Safie le cantaba las maravillosas melodías de su país.

El turco permitía que esta intimidad creciera y alentaba las esperanzas de los jóvenes enamorados.

Mas había concebido para su hija otros planes. Odiaba la idea de verla unida a un cristiano, pero temía la reacción de Félix, caso de demostrar sus verdaderos sentimientos, pues sabía que todavía estaba en manos de su liberador y que éste aún podía entregarlo a las autoridades italianas.

Maquinó mil planes que le permitieran prolongar el engaño mientras fuera preciso, y en secreto llevarse a su hija con él cuando se fuera. Estos proyectos se vieron muy pronto favorecidos por las noticias que llegaron de París.

La huida del turco había provocado gran indignación en el gobierno francés, que estaba dispuesto a no ahorrar esfuerzos para detectar y aprisionar al liberador. Pronto se descubrió el plan de Félix, y De Lacey y Agatha fueron encarcelados.

La noticia despertó a Félix de su idílico sueño. Su anciano padre ciego y su dulce hermana estaban prisioneros en una repugnante celda mientras él disfrutaba de la libertad y la compañía de la mujer a quien amaba. Esta idea lo atormentaba.

Acordó con el turco que si, antes de que Félix pudiera regresar a Italia, encontraba la oportunidad de partir, Safie lo esperaría en un convento de Livorno. Despidiéndose de la bella árabe, se dirigió a París con la mayor rapidez y se entregó a las autoridades esperando conseguir así

la libertad de De Lacey y Agatha.

No fue así. Hubieron de permanecer cinco meses en la cárcel antes de que tuviera lugar el juicio que les arrebataría toda su fortuna y les condenaría al destierro. Hallaron un triste refugio en Alemania, en la casa donde yo los encontré.

Félix pronto se enteró de que el innoble turco, a causa del cual él y su familia habían sufrido tan tremenda desgracia, había traicionado los buenos sentimientos y el honor al descubrir la miseria en la que se hallaba sumido su liberador y, con su hija, había abandonado Italia. A Félix, insultantemente, le envió una ridícula cantidad de dinero para ayudarlo, según dijo, a conseguir algún medio de subsistencia.

Estos eran los tristes sucesos que azotaban el corazón de Félix cuando lo conocí y que hacían de él el más desdichado de su familia. Hubiera podido sobrellevar la pobreza, e incluso vanagloriarse de ella, de ver que esta desgracia fortalecía su espíritu; pero la ingratitud del turco y la pérdida



de su amada Safie eran golpes más duros e irreparables. Ahora, la llegada de la joven árabe le infundía nuevo valor.

Cuando se supo en Livorno que a Félix se le había desposeído de sus bienes y su rango, el turco ordenó a su hija que se olvidara de su pretendiente y que se dispusiera a volver con él a su país. La naturaleza bondadosa de Safie se rebeló contra esta orden, e intentó razonar con su padre, el cual, negándose a escucharla, reiteró su tiránica orden.

Pocos días más tarde, el turco entró en la habitación de su hija y, atropelladamente, le comunicó que tenía razones para creer que su presencia en Livorno había sido descubierta y que estaba a punto de ser entregado a las autoridades francesas.

En consecuencia había fletado un navío que, rumbo a Constantinopla, zarparía en pocas horas. Pensaba dejar a su hija al cuidado de un criado fiel, para que, con más tranquilidad, le siguiera con el resto de los bienes que aún no habían llegado a

Livorno.

Cuando Safie se vio sola, reflexionó sobre el plan de acción que mejor convenía seguir en esta situación de emergencia. Odiaba la idea de vivir en Turquía; sus sentimientos y religión se oponían a ello. Por algunos documentos de su padre que cayeron en sus manos, supo del exilio de su prometido y el nombre del lugar donde residía.

Durante algún tiempo estuvo indecisa, pero finalmente tomó una determinación. Cogiendo algunas joyas que le pertenecían y una pequeña suma de dinero, abandonó Italia, acompañada de una sirvienta, natural de Livorno, que sabía turco, y se dirigió a Alemania.

Llegó sin dificultad a una ciudad que distaba unas veinte leguas de la casa de los De Lacey, donde la criada cayó gravemente enferma. Pese a los cuidados de Safie, la joven murió, y la hermosa árabe se encontró sola en un país cuya lengua y costumbres desconocía. Por fortuna había caído en buenas manos.

La italiana había mencionado el nombre del lugar hacia el cual se dirigían, y, tras su muerte, la dueña de la casa en la que se habían alojado se cuidó de que Safie llegara con bien a casa de su prometido.



Capítulo 14

Esta era la historia de mis queridos vecinos. Me impresionó profundamente, y, de los aspectos de la vida social que encerraba, aprendí a admirar sus virtudes y condenar los vicios de la humanidad.

Todavía consideraba el crimen como algo muy ajeno a mí; admiraba y tenía siempre presentes la bondad y la generosidad que infundían en mí el deseo de participar activamente en un mundo donde encontraban expresión tantas cualidades admirables. Pero al narrar la progresión de mi mente, no debo omitir una circunstancia que tuvo lugar ese mismo año, a principios del mes de agosto.

Durante una de mis acostumbradas salidas nocturnas al bosque, donde me procuraba alimentos para mí y leña para mis protectores, encontré una bolsa de cuero llena de ropa y libros. Cogí ansiosamente este premio y volví con él a mi cobertizo. Por fortuna los libros estaban escritos en la lengua que había adquirido de mis vecinos.

Eran El paraíso perdido, un volumen de *Las vidas paralelas* de Plutarco y *Las desventuras del joven Werther de Goethe*.

La posesión de estos tesoros me proporcionó un inmenso placer. Con ellos estudiaba y me ejercitaba la mente, mientras mis amigos realizaban sus quehaceres cotidianos.

Apenas si podría describirte la impresión que me produjeron estas obras. Despertaron en mí un cúmulo de nuevas imágenes y sentimientos, que a veces me extasiaban, pero que con mayor frecuencia me sumían en una absoluta depresión.

En el Werther, aparte de lo interesante que me resultaba la sencilla historia, encontré manifestadas tantas opiniones y esclarecidos tantos puntos hasta ese momento oscuros para mí, que se convirtió en una fuente inagotable de asombro y reflexión.

Las tranquilas costumbres domésticas que describe, unidas a los nobles y generosos

pensamientos expresados, estaban en perfecto acuerdo con la experiencia que yo tenía entre mis protectores y con las necesidades que tan agudamente sentía nacer en mí.

Werther me parecía el ser más maravilloso de todos cuantos había visto o imaginado. Su personalidad era sencilla, pero dejaba una profunda huella. Las meditaciones sobre la muerte y el suicidio parecían calculadas para llenarme de asombro. Sin pretensiones de juzgar el caso, me inclinaba por las opiniones del héroe, cuyo suicidio lloré, aunque no comprendía bien.

En el curso de mi lectura iba efectuando numerosas comparaciones con mis propios sentimientos y mi triste situación. Encontraba muchos puntos en común, y, a la vez, curiosamente distintos, entre mí mismo y los personajes acerca de los cuales leía y de cuyas conversaciones era observador. Los compartía y en parte comprendía, pero aún tenía la mente demasiado poco formada.

Ni dependía de nadie ni estaba vinculado a nadie.

«La senda de mi partida estaba abierta», y nadie me lloraría. Mi aspecto era nauseabundo y mi estatura gigantesca. ¿Qué significaba esto? ¿Quién era yo? ¿Qué era? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino? Constantemente me hacía estas preguntas a las que no hallaba respuesta.

El volumen de Las vidas paralelas de Plutarco narraba la vida de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas, Grecia y Roma, y me produjo un efecto muy distinto del de Werther. De éste aprendí lo que era el abatimiento y la tristeza; pero Plutarco me enseñó a elevar el pensamiento, a sacarlo de la reducida esfera de mis reflexiones personales, a admirar y a querer a los héroes de la antigüedad.

Mucho de lo que leía rebasaba mi experiencia y mi comprensión. Tenía un conocimiento muy confuso acerca de lo que eran los imperios, los grandes territorios, los ríos majestuosos y la inmensidad del mar. Pero respecto a ciudades y grandes agrupaciones humanas, lo ignoraba absolutamente todo. La casa de mis protectores



había sido la única escuela donde pude estudiar la naturaleza humana; pero este libro me abrió horizontes desconocidos y mayores campos de acción. Por él supe de hombres dedicados a gobernar o a aniquilar a sus semejantes. Sentí que se reafirmaba en mí una tremenda admiración por la virtud y un inmenso odio por el crimen, en la medida en que entendía el alcance de esos términos, que en aquel entonces se refería tan sólo al placer y al dolor.

Influido por estos sentimientos, fui, pues, aprendiendo a admirar a los estadistas pacíficos, Numa, Solón y Licurgo más que a Rómulo y Teseo. La vida patriarcal de mis protectores colaboraba a que estos sentimientos arraigaran en mí. Quizá de haber venido mi presentación a la humanidad de la mano de un joven soldado ávido de batallas y gloria, mi manera de ser fuera ahora otra.

Pero El paraíso perdido despertó en mí emociones distintas y mucho más profundas. Lo leí, al igual que los libros anteriores que había encontrado, como si fuera una historia real. Conmovió en mí

todos los sentimientos de asombro y respeto que la figura de un Dios omnipotente guerreando con criaturas es capaz de suscitar. Me impresionaba la coincidencia de las distintas situaciones con la mía, y a menudo me identificaba con ellas.

Como a Adán, me habían creado sin ninguna aparente relación con otro ser humano, aunque en todo lo demás su situación era muy distinta a la mía. Dios lo había hecho una criatura perfecta, feliz y confiada, protegida por el cariño especial de su creador; podía conversar con seres de esencia superior a la suya y de ellos adquirir mayor saber. Pero yo me encontraba desdichado, solo y desamparado. Con frecuencia pensaba en Satanás como el ser que mejor se adecuaba a mi situación, pues como en él, la dicha de mis protectores a menudo despertaba en mí amargos sentimientos de envidia.

Otro hecho reforzó y afianzó estos sentimientos. Poco después de llegar al cobertizo, encontré algunos papeles en el bolsillo del gabán que había cogido de tu laboratorio. En un principio los había

ignorado; pero ahora que ya podía descifrar los caracteres en los cuales se hallaban escritos, empecé a leerlos con presteza. Era tu diario de los cuatro meses que precedieron a mi creación.

En él describías con minuciosidad todos los pasos que dabas en el desarrollo de tu trabajo, e insertabas incidentes de tu vida cotidiana. Sin duda recuerdas estos papeles. Aquí los tienes. En ellos se encuentra todo lo referente a mi nefasta creación, y revelan con precisión toda la serie de repugnantes circunstancias que la hicieron posible. Dan una detallada descripción de mi odiosa y repulsiva persona, en términos que reflejan tu propio horror y que convirtieron el mío en algo inolvidable.

Enfermaba a medida que iba leyendo. «¡Odioso día en el que recibí la vida! – exclamé desesperado –¡Maldito creador! ¿Por qué creaste a un monstruo tan horripilante, del cual incluso tú te apartaste asqueado? Dios, en su misericordia, creó al hombre hermoso y fascinante, a su imagen y semejanza. Pero mi aspecto es una abominable imitación del tuyo, más desagradable todavía gracias a esta

semejanza. Satanás tenía al menos compañeros, otros demonios que lo admiraban y animaban. Pero yo estoy solo y todos me desprecian.

Estas eran las reflexiones que me hacía durante las horas de soledad y desesperación. Pero cuando veía las virtudes de mis vecinos, su carácter amable y bondadoso, me decía a mí mismo que cuando supieran la admiración que sentía por ellos se apiadarían de mí y disculparían mi deformidad.

¿Podían cerrarle la puerta a alguien, por monstruoso que fuera, que pedía su amistad y compasión? Decidí al menos no desesperar, sino prepararme para un encuentro con ellos, del cual dependería mi destino. Retrasé aún unos meses esta tentativa, pues la importancia que para mí tenía el que resultara un éxito me llenaba de temor ante el posible fracaso.

Además, mis conocimientos se ampliaban tanto con la experiencia diaria, que prefería esperar a que unos meses me proporcionaran mayor sabiduría.

Mientras tanto, varios cambios tuvieron lugar en la casa. La presencia de Safie llenaba de felicidad a sus habitantes; y también comprobé que gozaban de una mayor abundancia. Félix y Agatha pasaban más tiempo conversando, y tenían criadas que les ayudaban en sus quehaceres. No parecían ricos, pero se les veía satisfechos y felices.

Estaban tranquilos y serenos, mientras que yo cada día me encontraba más inquieto. Cuanto más aprendía más cuenta me daba de mi lamentable inadaptación. Cierto es que abrigaba una esperanza, pero ésta desaparecía cuando veía mi figura reflejada en el agua o mi sombra a la luz de la luna, desaparecía con la misma rapidez que se desvanecen esa temblorosa imagen y esa juguetona sombra.

Me esforzaba por alejar de mí estos temores, e intentaba fortalecerme para la prueba a la que me había emplazado para unos meses después. A veces permitía que mis pensamientos descontrolados vagaran por los jardines del paraíso, y llegaba a imaginar que amables y hermosas criaturas



comprendían mis sentimientos y consolaban mi tristeza, mientras sus rostros angelicales sonreían alentadoramente. Pero todo era un sueño. Ninguna Eva calmaba mis pesares ni compartía mis pensamientos ––¡estaba solo!––. Recordaba la súplica de Adán a su creador. Pero ¿dónde estaba el mío? Me había abandonado y, lleno de amargura, lo maldecía.

Así transcurrió el otoño. Vi, con pesar y sorpresa, cómo las hojas amarillearon y cayeron, y cómo la naturaleza volvía a tomar el aspecto triste y desolado que tenía cuando por primera vez vi los bosques y la hermosa luna. Mas no me incomodaban los rigores del tiempo; por mi constitución me adaptaba mejor al frío que al calor.

Pero me entristecía perder las flores, los pájaros y todo el engalanamiento que trae consigo el verano, y que había supuesto para mí un gran motivo de placer. Cuando me vi privado de esto, me dediqué con mayor atención a mis vecinos. El fin del verano no hizo disminuir su felicidad. Se querían, se comprendían, y sus alegrías, que

provenían sólo de sí mismos, no se veían afectadas por las circunstancias fortuitas que tenían lugar a su alrededor. Cuanto más los veía, mayores deseos tenía de ganarme su simpatía y protección, de que estas amables criaturas me conocieran y quisiesen; que sus dulces miradas se detuvieran en mí con afecto se había convertido en mi aspiración máxima.

No me atrevía a pensar que apartaran de mí su mirada con desdén y repulsión. Nunca despedían a los mendigos que llegaban hasta su puerta. Sé que pedía tesoros más valiosos que un simple lugar para reposar o un poco de comida; solicitaba cariño y amabilidad, pero no me creía del todo indigno de ello.

Avanzaba el invierno; todo un ciclo de estaciones había transcurrido desde que había despertado a la vida. Por entonces, todo mi interés se centraba en idear un plan que me permitiera entrar en la casa de mis protectores. Di vueltas a muchos proyectos; pero aquel por el que finalmente me decidí consistía en entrar en su morada

cuando el anciano ciego estuviera solo. Tenía la suficiente astucia como para saber que la fealdad anormal de mi persona era lo que principalmente desencadenaba el horror en aquellos que me contemplaban. Mi voz, aunque ruda, no tenía nada de terrible. Por tanto pensé que, si en ausencia de sus hijos conseguía despertar la benevolencia y atención del anciano De Lacey, lograría con su intervención que mis jóvenes protectores me aceptaran.

Cierto día, en que el sol iluminaba las hojas rojizas que alfombraban el suelo y contagiaba alegría, si bien no calor, Safie, Agatha y Félix salieron a dar un largo paseo por el campo mientras que el anciano prefirió quedarse en la casa. Cuando los jóvenes se hubieron marchado, cogió la guitarra y tocó algunas melancólicas pero dulces tonadillas, más dulces y melancólicas de lo que jamás hasta entonces le había oído tocar.

Al principio su rostro se iluminó de placer, pero a medida que proseguía tañendo fue adquiriendo un aspecto apesadumbrado y absorto; finalmente,

dejando el instrumento a un lado, se sumió en la reflexión.

Mi corazón latía con violencia. Había llegado el momento de mi prueba, el momento que afianzaría mis esperanzas o confirmaría mis temores. Los criados habían ido a una feria vecina. La casa y sus alrededores se hallaban en silencio; era la ocasión perfecta, mas, cuando quise ponerme en pie, me fallaron las piernas y caí al suelo.

De nuevo me levanté y, haciendo acopio de todo mi valor, retiré las maderas que había colocado delante del cobertizo para ocultar mi escondite. El aire fresco me animó, y con renovado valor me acerqué a la puerta de la casa y llamé con los nudillos.

– ¿Quién es? – preguntó el anciano, añadiendo en seguida – ¡Adelante!

Entré.

– Perdóneme usted – dije – soy un viajero en busca

de un poco de reposo. Me haría un gran favor si me permitiera disfrutar del fuego unos minutos.

– Pase, pase – dijo De Lacey – y veré a ver cómo puedo atender a sus necesidades. Desgraciadamente, mis hijos no están en casa y, como soy ciego, temo que me será difícil procurarle algo de comer.

– No se preocupe, buen hombre; tengo comida – dije – no necesito más que calor y un poco de descanso.

Me senté y se hizo un silencio. Sabía que cada minuto era precioso para mí, pero estaba indeciso acerca de cómo debía empezar la entrevista. De pronto el anciano se dirigió a mí:

– Por su acento extranjero deduzco que somos compatriotas. ¿Es usted francés?

– No, no lo soy, pero me educó una familia francesa, y no entiendo otra lengua. Ahora voy a solicitar la protección de unos amigos, a quienes amo tiernamente y en cuya ayuda confío.

– ¿Son alemanes?

– No, son franceses. Pero cambiemos de conversación. Soy una criatura desamparada y sola; miro a mi alrededor y no encuentro bajo la capa del cielo amigo o pariente alguno. Estas bondadosas gentes hacia quienes me dirijo saben poco de mí y ni siquiera me conocen. Estoy lleno de temores, pues, si me fallan, me convertiré en un desgraciado para el resto de mi vida.

– No desespere. Cierto que es una desgracia el hallarse sin amigos, pero el corazón de los hombres, cuando el egoísmo no los ciega, está repleto de amor y caridad. Confíe y tenga esperanza, y si sus amigos son bondadosos y caritativos, no tiene nada que temer.

– Son muy amables; no puede haber personas mejores en el mundo, pero por desgracia recelan de mí aunque mis intenciones son buenas. Nunca he hecho daño a nadie, por el contrario, siempre he tratado de aportar mi ayuda. Pero un prejuicio fatal los obnubila, y en lugar de ver en mí a un

amigo lleno de sensibilidad me consideran un monstruo detestable.

– Eso es lamentable. Pero, si está usted exento de culpa, ¿no les podría convencer?

– Estoy a punto de iniciar esa tarea, y es justamente por ello por lo que siento tantos temores. Tengo un gran cariño por estos amigos. Durante muchos meses, y sin que ellos lo sepan, les he venido prestando cotidianamente algunos pequeños servicios, no obstante piensan que quiero perjudicarlos. Es precisamente ese prejuicio el que quiero vencer.

– ¿Dónde viven sus amigos?

– Cerca de este lugar.

El anciano hizo una pausa y continuó:

– Si usted quisiera confiarse a mí, quizá yo pudiera ayudarlo a vencer el recelo de sus amigos. Soy ciego y no puedo opinar acerca de su aspecto, pero

hay algo en sus palabras que me inspira confianza. Soy pobre y estoy en el exilio, pero me será muy grato poder servir de ayuda a otro ser humano.

– ¡Es usted muy bueno! Agradezco y acepto su generosidad. Con su bondad me infunde nuevos ánimos. Confío en que, con su ayuda, no me veré privado de la compañía y afecto de sus congéneres.

– ¡No lo quiera Dios! Ni aunque fuera usted de verdad un malvado, pues eso sólo lo llevaría a la desesperación y no le instigaría a la virtud. Sepa que yo también soy desgraciado. Aunque inocentes, yo y mi familia hemos sido injustamente condenados; y, por tanto, puedo comprender muy bien cómo se siente.

– ¿Cómo puedo agradecerle estas palabras? Es usted mi único y mejor bienhechor; de sus labios oigo las primeras frases amables dirigidas a mí, y jamás podré olvidarlo. Su humanidad me asegura que tendré éxito entre aquellos amigos a quienes estoy a punto de conocer.

– ¿Cómo se llaman sus amigos? ¿Dónde viven?

Guardé silencio. Pensé que éste era el momento decisivo, el momento en que mi felicidad se confirmaría o se vería destruida para siempre. En vano luché por encontrar el suficiente valor para responderle, pero el esfuerzo acabó con las pocas energías que me quedaban, y sentándome en la silla comencé a sollozar. En aquel momento oí los pasos de mis jóvenes protectores. No tenía un segundo que perder y cogiendo la mano del anciano grité:

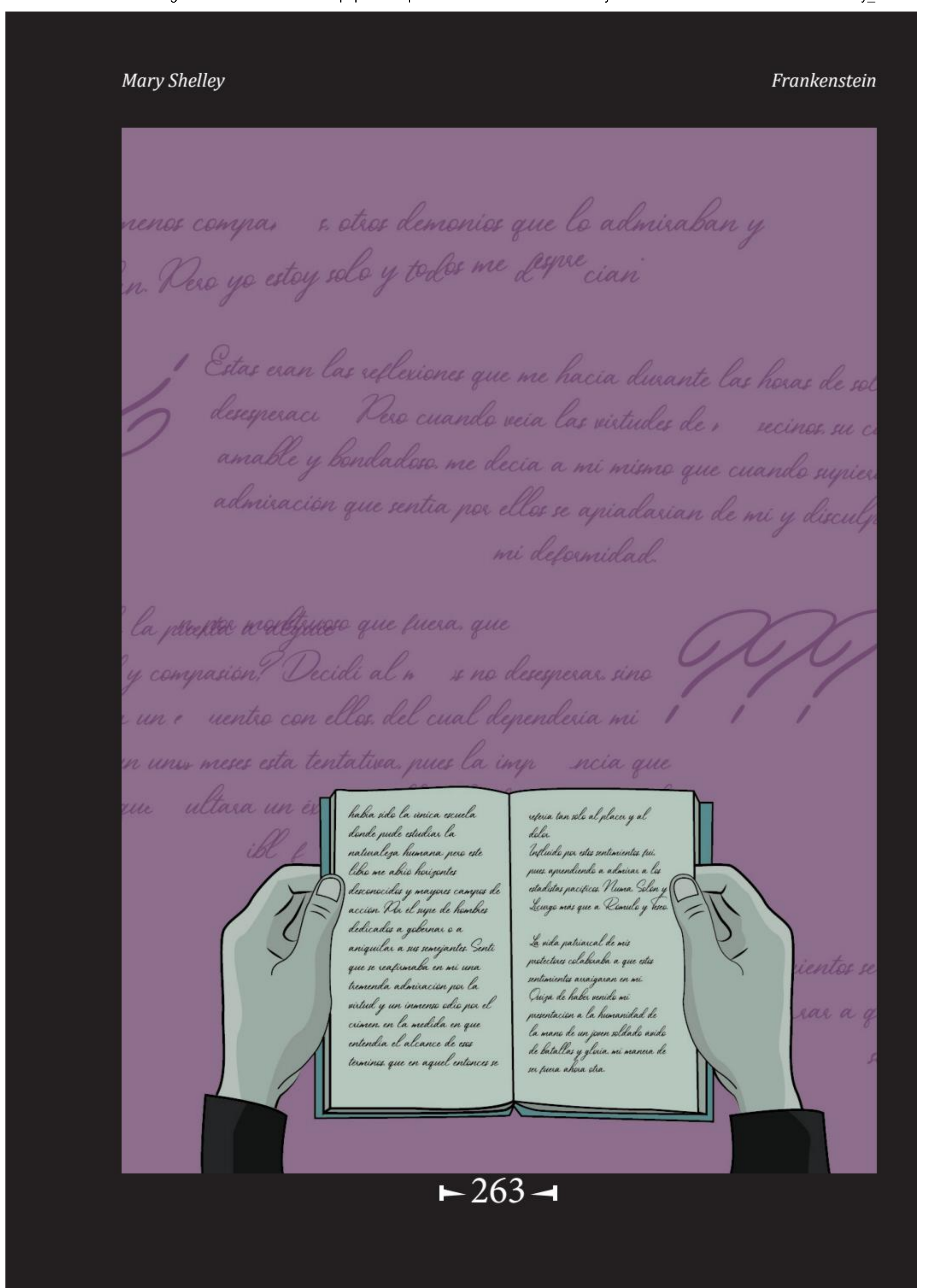
– ¡Ha llegado el momento! ¡Sálveme! ¡Sálveme y protéjame! Usted y su familia son los amigos que busco. No me abandonen en el momento decisivo.

– ¡Dios mío! – exclamó el anciano –, ¿quién es usted?

En aquel instante se abrió la puerta de la casa, y entraron Félix, Safie y Agatha. ¿Quién podría describir su horror y desesperación al verme? Agatha perdió el conocimiento, y Safie, demasiado

impresionada para poder auxiliar a su amiga, salió de la casa corriendo. Félix se abalanzó sobre mí, y con una fuerza sobrenatural me arrancó del lado de su padre, cuyas rodillas yo abrazaba. Loco de ira, me arrojó al suelo y me azotó violentamente con un palo.

Podía haberlo destrozado miembro a miembro con la misma facilidad que el león despedaza al antílope. Pero el corazón se me encogió con una terrible amargura y me contuve. Vi cómo Félix se disponía a golpearme de nuevo, cuando, vencido por el dolor y la angustia, abandoné la casa y, al amparo de la confusión general, entré en el cobertizo sin que me vieran.

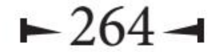

Estas eran las reflexiones que me hacia durante las horas de sol
amable y bondadoso. me decia a mi mismo que cuando supier
admiración que sentia por ellos se apiadarian de mi y disculp
mi deformidad.
habia sido la unica escuela
donde pude estudiar la
naturaleza humana. pero este
libro me abrio horizontes
desconocidos y mayores campos de
accion. Por el supe de hombres
dedicados a gobernar o a
aniquilar a sus semejantes. Senti
que se reafirmaba en mi una
tremenda admiracion por la
virtud y un inmenso odio por el
crimen. en la medida en que
entendia el alcance de esos
terminos. que en aquel entonces se
referia tan solo al placer y al
dolor.
Influido por estos sentimientos fui.
pues. aprendiendo a admirar a los
estadistas pacificos. Numa. Solon y
Licurgo mas que a Romulo y Teseo.
La vida patriarcal de mis
protectores colaboraba a que estos
sentimientos arraigaran en mi.
Quiza de haber venido mi
presentacion a la humanidad de
la mano de un joven soldado avido
de batallas y gloria. mi manera de
ser fuera ahora otra.

Capítulo 15

¡Maldito, maldito creador! ¿Por qué tuve que vivir? ¿Por qué no apagué en ese instante la llama de vida que tú tan inconscientemente habías encendido? No lo sé; aún no se había apoderado de mí la desesperación; experimentaba sólo sentimientos de ira y venganza. Con gusto hubiera destruido la casa y sus habitantes, y sus alaridos y su desgracia me hubieran saciado.

Cuando cayó la noche, salí de mi refugio y vagué por el bosque; y ahora, que ya no me frenaba el miedo a que me descubrieran, di rienda suelta a mi dolor, prorrumpiendo en espantosos aullidos.

Era como un animal salvaje que hubiera roto sus ataduras; destrozaba lo que se cruzaba en mi camino, adentrándome en el bosque con la ligereza de un ciervo. ¡Qué noche más espantosa pasé! Las frías estrellas parecían brillar burlonamente, y los árboles desnudos agitaban sus ramas; de cuando en cuando el dulce trino de algún pájaro rompía la total quietud.



Todo, menos yo, descansaba o gozaba. Yo, como el archidemonio, llevaba un infierno en mis entrañas; y, no encontrando a nadie que me comprendiera, quería arrancar los árboles, sembrar el caos y la destrucción a mi alrededor, y sentarme después a disfrutar de los destrozos.

Pero era una sensación que no podía durar; pronto el exceso de este esfuerzo corporal me fatigó, y me senté en la hierba húmeda, sumido en la impotencia de la desesperación.

No había uno de entre los millones de hombres en la Tierra que se compadeciera de mí y me auxiliara. ¿Debía yo entonces sentir bondad hacia mis enemigos? ¡No!

Desde aquel momento declararía una guerra sin fin contra la especie, y en particular contra aquel que me había creado y obligado a sufrir esta insoportable desdicha.

Salió el sol. Al oír voces, supe que me sería imposible volver a mi refugio durante el día. De modo que

me escondí entre la maleza, con la intención de dedicar las próximas horas a reflexionar sobre mi situación.

El cálido sol y el aire puro me devolvieron en parte la tranquilidad; y cuando repasé lo sucedido en la casa, no pude por menos de llegar a la conclusión de que me había precipitado. Obviamente había actuado con imprudencia. Estaba claro que mi conversación había despertado en el padre un interés por mí, y yo era un necio por haberme expuesto al horror que produciría en sus hijos.

Debí haber esperado hasta que el anciano De Lacey estuviera familiarizado conmigo, y haberme presentado a su familia poco a poco, cuando estuvieran preparados para mi presencia. Pero creí que mi error no era irreparable y, tras mucho meditar, decidí volver a la casa, buscar al anciano y ganarme su apoyo exponiéndole sinceramente mi situación.

Estos pensamientos me calmaron, y por la tarde caí en un profundo sueño; pero la fiebre que me

recorría la sangre me impidió dormir tranquilo.

Constantemente me venía a los ojos la escena del día anterior; en mis sueños veía cómo las mujeres huían enloquecidas, y Félix, ciego de ira, me arrancaba del lado de su padre. Desperté exhausto; y, al ver que ya era de noche, salí de mi escondite en busca de algo que comer.

Cuando hube satisfecho mi hambre, me encaminé hacia el sendero que tan bien conocía y que llevaba hasta la casa. Allí reinaba la paz. Penetré con sigilo en el cobertizo, y aguardé en silenciosa expectación la hora en que la familia solía levantarse.

Pero pasó esa hora; el sol estaba ya alto en el cielo, y mis vecinos no se dejaban ver. Me puse a temblar con violencia, temiéndome alguna desgracia. El interior de la vivienda estaba oscuro y no se oía ningún ruido. No puedo describir la agonía de esta espera.

De pronto se acercaron dos campesinos que, deteniéndose cerca de la casa, comenzaron a

discutir, gesticulando violentamente. No entendía lo que decían, pues hablaban el idioma del país, que era distinto del de mis protectores. Poco después llegó Félix con otro hombre, lo cual me sorprendió, pues sabía que no había salido de la casa aquella mañana. Aguardé con impaciencia a descubrir, por sus palabras, el significado de estas insólitas imágenes.

– ¿Ha pensado usted – decía el acompañante – que tendrá que pagar tres meses de alquiler, y que perderá la cosecha de su huerto? No quiero aprovecharme injustamente y le ruego, por tanto, que recapacite sobre su decisión algunos días más.

– Es inútil – contestó Félix – no podemos seguir viviendo en su casa. La vida de mi padre corre grave peligro, debido a lo que le acabo de contar. Mi mujer y mi hermana tardarán en recobrarse del susto. No insista, se lo suplico. Recupere su casa y déjeme huir de este lugar.

Félix temblaba mientras decía estas palabras. Entró en la casa con su acompañante, donde

permanecieron algunos minutos, y luego salieron. No volví a ver a ningún miembro de la familia De Lacey.
Permanecí en el cobertizo el resto del día, en un estado de completa desesperación. Mis protectores se habían ido, y con ellos el único lazo que me ataba al mundo. Por primera vez noté que sentimientos de venganza y odio se apoderaban de mí y que no intentaba reprimirlos; dejándome arrastrar por la corriente, permití que pensamientos de muerte y destrucción me invadieran.

Cuando pensaba en mis amigos, en la mansa voz de De Lacey, la mirada tierna de Agatha y la belleza exquisita de la joven árabe, desaparecían estos pensamientos, y hallaba en el llanto que me producían un cierto alivio; pero cuando de nuevo pensaba en que me habían abandonado y rechazado, me volvía la ira, una ira ciega y brutal. Incapaz de dañar a los humanos, volví mi cólera contra las cosas inanimadas.

Avanzada la noche, coloqué alrededor de la casa diversos objetos combustibles; y, tras destruir

todo rastro de cultivo en la huerta, esperé con forzada impaciencia la desaparición de la luna para empezar mi tarea.
Así que avanzaba la noche, se levantó un fuerte viento desde el bosque, y pronto se dispersaron las nubes que cubrían el cielo. La ventolera fue aumentando hasta que pareció una imponente avalancha, y produjo en mí una especie de demencia que arrasó los límites de la razón.

Prendí fuego a una rama seca, y comencé una alocada danza alrededor de la casa, antes tan querida, los ojos fijos en el oeste, donde la luna comenzaba a rozar el horizonte.

Parte de la esfera finalmente se ocultó y blandí mi rama; desapareció por completo, y, con un aullido, encendí la paja, los matorrales y arbustos que había colocado. El viento avivó el fuego, y pronto la casa estuvo envuelta en llamas que la lamían ávidamente con sus destructoras y puntiagudas lenguas de fuego.

En cuanto me hube convencido de que no había

forma de que se salvara parte alguna de la vivienda, abandoné el lugar, y me adentré en el bosque para buscar cobijo.
Ahora que el mundo se abría ante mí, ¿a dónde debía dirigir mis pasos? Decidí huir lejos del lugar de mis infortunios; pero para mí, ser odiado y despreciado, todos los países serían igualmente hostiles.

Finalmente, pensé en ti. Sabía por tu diario que eras mi padre, mi creador, y ¿a quién podía dirigirme mejor que a aquel que me había dado la vida? Entre las enseñanzas que Félix le había dado a Safie se incluía también la geografía. De ella había aprendido la situación de los distintos países de la Tierra. Tú mencionabas Ginebra como tu ciudad natal y, por tanto, allí decidí encaminarme.

Mas ¿cómo había de orientarme? Sabía que debía viajar en dirección suroeste para llegar a mi destino, pero el sol era mi único guía. Desconocía el nombre de las ciudades por las cuales tenía que pasar, y no podía preguntarle a nadie; pero, no obstante, no desesperé. Sólo de ti podía ya esperar



auxilio, aunque no sentía por ti otro sentimiento que el odio.

¡Creador insensible y falto de corazón! Me habías dotado de sentimientos y pasiones para luego lanzarme al mundo, víctima del desprecio y repugnancia de la humanidad. Pero sólo de ti podía exigir piedad y reparación, y de ti estaba dispuesto a conseguir esa justicia que en vano había intentado buscarme entre los demás seres humanos.

Mi viaje fue largo, y muchos los sufrimientos que padecí. Era a finales de otoño cuando abandoné la región en la cual había vivido tanto tiempo. Viajaba sólo de noche, temeroso de encontrarme con algún ser humano.

La naturaleza se marchitaba a mi alrededor y el sol ya no calentaba; tuve que soportar lluvias torrenciales y copiosas nevadas; vi caudalosos ríos que se habían helado.

La superficie de la Tierra se había endurecido, y

estaba gélida y desnuda. No encontraba dónde resguardarme. ¡Ay!, ¡cuántas veces maldije la causa de mi existencia! Desapareció la apacibilidad de mi carácter, y todo mi ser rezumaba amargura y hiel.

Cuanto más me aproximaba al lugar donde vivías, más profundamente sentía que el deseo de venganza se apoderaba de mi corazón. Empezaron las nevadas y las aguas se helaron, pero yo continuaba mi viaje. Algunas indicaciones ocasionales me guiaban y tenía un mapa de la región, pero a menudo me desviaba de mi camino.

La angustia de mis sentimientos no cejaba; no había incidente del cual mi furia y desdicha no pudieran sacar provecho; pero un suceso que tuvo lugar cuando llegué a la frontera suiza, cuando ya el sol volvía a calentar y la tierra a reverdecer, confirmó de manera muy especial la amargura y horror de mis sentimientos.

Solía descansar por el día y viajar de noche, cuando la oscuridad me protegía de cualquier encuentro. Sin embargo, una mañana, viendo que mi ruta

cruzaba un espeso bosque, me atreví a continuar mi viaje después del amanecer; era uno de los primeros días de la primavera, y la suavidad del aire y la hermosa luz consiguieron animarme.

Sentí revivir en mí olvidadas emociones de dulzura y placer que creía muertas. Medio sorprendido por la novedad de estos sentimientos, me dejé arrastrar por ellos; olvidé mi soledad y deformación, y me atreví a ser feliz. Ardientes lágrimas humedecieron mis mejillas, y alcé los ojos hacia el sol agradeciendo la dicha que me enviaba.

Seguí avanzando por las caprichosas sendas del bosque, hasta que llegué a un profundo y caudaloso río que lo bordeaba y hacia el que varios árboles inclinaban sus ramas llenas de verdes brotes.

Aquí me detuve, dudando sobre el camino que debía seguir, cuando el murmullo de unas voces me impulsó a ocultarme a la sombra de un ciprés. Apenas había tenido tiempo de esconderme, cuando apareció una niña corriendo hacia donde yo estaba, como si jugara a escaparse de alguien.

Seguía corriendo por el escarpado margen del río, cuando repentinamente se resbaló y cayó al agua.

Abandoné precipitadamente mi escondrijo, y, tras una ardua lucha contra la corriente, conseguí sacarla y arrastrarla a la orilla. Se encontraba sin sentido; yo intentaba por todos los medios hacerla volver en sí, cuando me interrumpió la llegada de un campesino, que debía ser la persona de la que, en broma, huía la niña. Al verme, se lanzó sobre mí, y arrancándome a la pequeña de los brazos se encaminó con rapidez hacia la parte más espesa del bosque.

Sin saber por qué, lo seguí velozmente; pero, cuando el hombre vio que me acercaba, me apuntó con una escopeta que llevaba y disparó. Caí al suelo mientras él, con renovada celeridad, se adentró en el bosque.

¡Esta era, pues, la recompensa a mi bondad! Había salvado de la destrucción a un ser humano, en premio a lo cual ahora me retorcía bajo el dolor de una herida que me había astillado el hueso. Los

sentimientos de bondad y afecto que experimenté pocos minutos antes se transformaron en diabólica furia y rechinar de dientes.

Torturado por el daño, juré odio y venganza eterna a toda la humanidad. Pero el dolor me vencía; sentí como se me paraba el pulso, y perdí el conocimiento.

Durante unas semanas llevé en el bosque una existencia mísera, intentando curarme la herida que había recibido. La bala me había penetrado en el hombro, e ignoraba si seguía allí o lo había traspasado; de todos modos no disponía de los medios para extraerla.

Mi sufrimiento también se veía aumentado por una terrible sensación de injusticia e ingratitud. Mi deseo de venganza aumentaba de día en día; una venganza implacable y mortal, que compensara la angustia y los ultrajes que yo había padecido.

Al cabo de algunas semanas la herida cicatrizó, y proseguí mi viaje. Ni el sol primaveral ni las suaves

brisas podrían ya aliviar mis pesares; la felicidad me parecía una burla, un insulto a mi desolación, y me hacía sentir más agudamente que el gozo y el placer no se habían hecho para mí.

Pero ya mis sufrimientos estaban llegando a su fin, y dos meses después me encontraba en los alrededores de Ginebra.

Llegué al anochecer, y busqué cobijo en los campos cercanos, para reflexionar sobre el modo de acercarme a ti. Me azotaba el hambre y la fatiga, y me sentía demasiado desdichado como para poder disfrutar del suave airecillo vespertino o la perspectiva de la puesta de sol tras los magníficos montes de jura.

En ese momento un ligero sueño me alivió del dolor que me infligían mis pensamientos. Me desperté de repente con la llegada de un hermoso niño que, con la inocente alegría de la infancia, entraba corriendo en mi escondrijo.

De pronto, al verlo, me asaltó la idea de que

esta criatura no tendría prejuicios y de que era demasiado pequeña como para haber adquirido el miedo a la deformidad. Por tanto, si lo cogiera, y lo educara como mi amigo y compañero, ya no estaría tan solo en este poblado mundo.
Azuzado por este impulso, cogí al niño cuando pasó por mi lado, y lo atraje hacia mí. En cuanto me miró, se tapó los ojos con las manos y lanzó un grito. Con fuerza le destapé la cara y dije:

– ¿Qué significa esto? No voy a hacerte daño; escúchame.

– ¡Suélteme! – dijo debatiéndose con violencia – ¡Monstruo! ¡Ser repulsivo! Quiere cortarme en pedazos y comerme. ¡Es un ogro! ¡Suélteme, o se lo diré a mi padre!

– Nunca más volverás a ver a tu padre; vendrás conmigo.

– ¡Horrendo monstruo! ¡Suélteme! Mi padre es juez; es el señor Frankenstein, y lo castigará. No se atreverá a llevarme con usted.

– ¡Frankenstein! Perteneces a mi enemigo, a aquel de quien he jurado vengarme. ¡Tú serás mi primera víctima!

La criatura seguía forcejeando y lanzándome insultos que me llenaban de desesperación. Lo cogí por la garganta para que se callara, y al momento cayó muerto a mis pies.

Contemplé mi víctima, y mi corazón se hinchó de exultación y diabólico triunfo. Palmoteando exclamé:

– Yo también puedo sembrar la desolación; mi enemigo no es invulnerable. Esta muerte le acarreará la desesperación, y mil otras desgracias lo atormentarán y destrozarán.

Mientras miraba a la criatura, vi un objeto que le brillaba sobre el pecho. Lo cogí; era el retrato de una hermosísima mujer. A pesar de mi maldad, me ablandó y me sedujo.

Durante unos instantes contemplé los ojos oscuros, bordeados de espesas pestañas, los hermosos labios; pero pronto volvió mi cólera: recordé que me habían privado de los placeres que criaturas como aquella podían proporcionarme; y que la mujer que contemplaba, de verme, hubiera cambiado ese aire de bondad angelical por una expresión de espanto y repugnancia.

¿Te sorprende que semejantes pensamientos me llenaran de ira? Me pregunto cómo, en ese momento, en vez de manifestar mis sentimientos con exclamaciones y lamentos, no me arrojé sobre la humanidad, muriendo en mi intento de destruirla.

Poseído de estos pensamientos, abandoné el lugar donde había cometido el asesinato, y buscaba un lugar más resguardado para esconderme cuando vi a una mujer que pasaba cerca de mí.

Era joven, ciertamente no tan hermosa como aquella cuyo retrato sostenía, pero de aspecto agradable, y tenía el encanto y frescor de la

juventud. «He aquí – pensé – una de esas criaturas cuyas sonrisas recibirán todos menos yo; no escapará.

Gracias a las lecciones de Félix, y a las leyes crueles de la especie humana, he aprendido a hacer el mal.» Me acerqué a ella sigilosamente, e introduje el retrato en uno de los pliegues de su traje.

Vagué durante algunos días por los lugares donde habían sucedido estos acontecimientos. A veces deseaba encontrarte, otras estaba decidido a abandonar para siempre este mundo y sus miserias.

Por fin me dirigí a estas montañas, por cuyas cavidades he deambulado, consumido por una devoradora pasión que sólo tú puedes satisfacer. No podemos separarnos hasta que no accedas a mi petición. Estoy solo, soy desdichado; nadie quiere compartir mi vida, sólo alguien tan deforme y horrible como yo podría concederme su amor.

Mi compañera deberá ser igual que yo, y tener mis

mismos defectos. Tú deberás crear este ser.




Mary Shelley
Frankenstein
DR. FRANKENSTEIN
283

Capítulo 16

La criatura terminó de hablar, y me miró fijamente esperando una respuesta. Pero yo me hallaba desconcertado, perplejo, incapaz de ordenar mis ideas lo suficiente como para entender la transcendencia de lo que me proponía.

– Debes crear para mí una compañera con la cual pueda vivir intercambiando el afecto que necesito para poder existir. Esto sólo lo puedes hacer tú, y te lo exijo como un derecho que no puedes negarme.

La parte final de su narración había vuelto a reavivar en mí la ira que se me había ido calmando mientras contaba su tranquila existencia con los habitantes de la casita. Cuando dijo esto no pude contener mi furor.

– Pues sí, me niego – contesté –, y ninguna tortura conseguirá que acceda. Podrás convertirme en el más desdichado de los hombres, pero no lograrás que me desprecie a mí mismo. ¿Crees que podría crear otro ser como tú, para que uniendo

vuestras fuerzas arraséis el mundo? ¡Aléjate! Te he contestado; podrás torturarme, ¡pero jamás consentiré!

– Te equivocas – contestó el malvado ser – pero, en vez de amenazarte, estoy dispuesto a razonar contigo. Soy un malvado porque no soy feliz; ¿acaso no me desprecia y odia toda la humanidad?

Tú, mi creador, quisieras destruirme, y lo llamarías triunfar. Recuérdalo, y dime, pues, ¿por qué debo tener yo para con el hombre más piedad de la que él tiene para conmigo? No sería para ti un crimen, si me pudieras arrojar a uno de esos abismos, y destrozar la obra que con tus propias manos creaste. ¿Debo, pues, respetar al hombre cuando éste me condena? Que conviva en paz conmigo, y yo, en vez de daño, le haría todo el bien que pudiera, llorando de gratitud ante su aceptación.

Mas no, eso es imposible; los sentidos humanos son barreras infranqueables que impiden nuestra unión. Pero mi sometimiento no será el del abatido esclavo. Me vengaré de mis sufrimientos; si no

puedo inspirar amor, desencadenaré el miedo; y especialmente a ti, mi supremo enemigo, por ser mi creador, te juro odio eterno. Ten cuidado: me dedicaré por entero a la labor de destruirte, y no cejaré hasta que te seque el corazón, y maldigas la hora en que naciste.

Una ira demoníaca lo dominaba mientras decía esto; tenía la cara contraída con una mueca demasiado horrenda como para que ningún ser humano le pudiera contemplar. Al rato se calmó, y prosiguió.

– Tengo la intención de razonar contigo. Esta rabia me es perjudicial, pues tú no entiendes que eres el culpable. Si alguien tuviera para conmigo sentimientos de benevolencia, yo se los devolvería centuplicados; conque existiera este único ser, sería capaz de hacer una tregua con toda la humanidad.

Pero ahora me recreo soñando dichas imposibles. Lo que te pido es razonable y justo; te exijo una criatura del otro sexo, tan horripilante como

yo: es un consuelo bien pequeño, pero no puedo pedir más, y con eso me conformo. Cierto es que seremos monstruos, aislados del resto del mundo, pero eso precisamente nos hará estar más unidos el uno al otro.

Nuestra existencia no será feliz, pero sí inofensiva, y se hallará exenta del sufrimiento que ahora padezco. ¡Creador mío!, hazme feliz; dame la oportunidad de tener que agradecer un acto bueno para conmigo; déjame comprobar que inspiro la simpatía de algún ser humano; no me niegues lo que te pido.

Me convenció. Sentía escalofríos al pensar en las posibles consecuencias que se derivarían si accedía a su petición, pero pensaba que su argumento no estaba del todo falto de justicia.

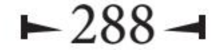
Su narración, y los sentimientos que ahora expresaba, demostraban que era una criatura de sentimientos elevados, ¿y no le debía yo, como su creador, toda la felicidad que pudiera proporcionarle? El advirtió el cambio que

experimentaban mis sentimientos y continuó:

– Si accedes, ni tú ni ningún otro ser humano nos volverá a ver. Me iré a las enormes llanuras de Sudamérica. Mi alimento no es el mismo que el del hombre; yo no destruyo al cordero o al cabritilla para saciar mi hambre; las bayas y las bellotas son suficiente alimento para mí.

Mi compañera será idéntica a mí, y sabrá contentarse con mi misma suerte. Hojas secas formarán nuestro lecho; el sol brillará para nosotros igual que para los demás mortales, y madurará nuestros alimentos.

La escena que te describo es tranquila y humana, y debes admitir que, si te niegas, mostrarías una deliberada crueldad y tiranía. Despiadado como te has mostrado hasta ahora conmigo, veo sin embargo un destello de compasión en tu mirada; déjame aprovechar este momento favorable, para arrancarte la promesa de que harás lo que tan ardientemente deseo.



– Te propones – le contesté – abandonar los lugares donde habita el hombre, y vivir en parajes inhóspitos donde las bestias serán tus únicas compañeras. ¿Cómo podrás soportar tú este exilio, tú que ansías el cariño y la comprensión de los hombres? Volverás de nuevo, en busca de su afecto, y te volverán a despreciar; renacerá en ti la maldad, y entonces tendrás una compañera que te ayudará en tu labor destructora. No puede ser; deja de insistir porque no puedo acceder.

– ¡Qué inestables son tus sentimientos! Hace sólo un momento te sentías conmovido, ¿por qué de nuevo ahora te vuelves atrás y te endureces contra mis súplicas? Te juro, por esta tierra en la que habito, y por ti, mi creador, que si me das la compañera que te pido, abandonaré la vecindad de los hombres, y para ello habitaré, si es preciso, los lugares más salvajes de la Tierra.

No habrá lugar para instintos de maldad, pues tendré comprensión, mi vida transcurrirá tranquila y, a la hora de la muerte, no tendré que maldecir á mi creador. Sus palabras suscitaron en

mí una sensación extraña.

Le compadecía, y hasta llegaba en algún momento a querer consolarlo; pero cuando lo miraba, cuando veía esa masa inmunda que hablaba y se movía, me invadía la repugnancia, y mis compasivos sentimientos se tornaban en horror y odio.

Intentaba sofocar esta sensación; pensaba que, ya que no podía tenerle ningún afecto, no tenía derecho a denegarle la pequeña parte de felicidad que estaba en mi mano concederle.

– Juras – le dije – que no causarás más daños; ¿no has demostrado ya un grado de maldad que debiera, con razón, hacerme desconfiar de ti? ¿No será esto una trampa que aumentará tu triunfo, al otorgarte mayores posibilidades de venganza?

– ¿Pero cómo? Creí haberte conmovido, y, sin embargo, sigues negándote a concederme lo único que amansaría mi corazón y me haría inofensivo. Si no estoy ligado a nadie ni amo a nadie, el vicio y el crimen deberán ser, forzosamente, mi objetivo.

El cariño de otra persona destruiría la razón de ser de mis crímenes, y me convertiría en algo cuya existencia todos desconocerían. Mis vicios son los vástagos de una soledad impuesta y que aborrezco; y mis virtudes surgirían necesariamente cuando viviera en armonía con un semejante. Sentiría el afecto de otro ser y me incorporaría a la cadena de existencia y sucesos de la cual ahora quedo excluido.

Reflexioné un rato sobre todo lo que me había dicho y sobre los diversos argumentos que había esgrimido. Pensé en la actitud prometedora de la que había dado muestras al comienzo de su existencia, y en la degradación posterior que habían sufrido sus cualidades a causa del desprecio y odio que sus protectores le demostraron.

No olvidé en mis reflexiones su fuerza y sus amenazas; un ser capaz de habitar en las cuevas de los glaciares, y de zafarse de sus perseguidores entre las crestas de los abismos inaccesibles, poseía unas facultades con las cuales sería inútil intentar competir. Tras un largo rato de meditación, llegué

al convencimiento de que acceder a lo que me pedía era algo que les debía a él y a mis semejantes. Consecuentemente, volviéndome hacia él, le dije:

––Accedo a la petición, bajo la solemne promesa de que abandonarás para siempre Europa, y de que evitarás cualquier otro lugar que el hombre frecuente, en cuanto te entregue la compañera que habrá de seguirte al exilio.

––¡Juro ––gritó––, por el sol y por el cielo azul, que si escuchas mis súplicas jamás me volverás a ver mientras ellos existan! Parte hacia tu casa y comienza tu labor; seguiré su proceso con inexpresable ansiedad. Y no temas; cuando hayas concluido, yo estaré allí.

No bien hubo terminado de hablar cuando me abandonó, temeroso quizá de que cambiara de nuevo mi decisión. Lo vi bajar por la montaña más rápido que el vuelo de un águila, y pronto lo perdí de vista entre las ondulaciones del mar de hielo.

Su narración había durado todo el día, y el sol

estaba a punto de ponerse cuando se marchó. Sabía que debía apresurarme a emprender mi descenso hacia el valle, pues pronto me envolvería la oscuridad, pero un gran peso me oprimía el corazón y lastraba mis pasos. El esfuerzo que tenía que hacer para caminar por los serpenteantes senderos de la montaña sin escurrirme me absorbía, aun con lo turbado que estaba por los sucesos que se habían producido durante aquella jornada.

Ya muy entrada la noche, llegué al albergue situado a medio camino, y me senté junto a la fuente. Las estrellas brillaban intermitentemente, cuando no las ocultaban las nubes; los oscuros pinos se erguían ante mí, y aquí y allá se veían troncos tendidos por el hielo: era una escena de imponente solemnidad, que removió en mí extraños pensamientos.

Lloré amargamente; y, juntando las manos con desesperación, exclamé:

– ¡Estrellas, nubes, vientos!, ¡os queréis burlar de mí!: si en verdad me compadecéis, libradme de

mis sensaciones y mis recuerdos; dejadme que me hunda en la nada; si no, alejaos, alejaos y sumidme en las tinieblas.

Eran éstos pensamientos absurdos y desesperados, pero me es imposible describir cuánto me hacía sufrir el centelleo de las estrellas, ni cómo esperaba que cada ráfaga de viento fuera un aborrecible siroco que viniera a consumirme.

Amaneció antes de que yo llegara a la aldea de Chamonix; mi aspecto cansado y extraño no contribuyó a sosegar a mi familia, que había pasado la noche en pie aguardando ansiosamente mi regreso.

Volvimos a Ginebra al día siguiente. La intención de mi padre al venir había sido la de distraerme y devolverme la tranquilidad perdida, pero la medicina había tenido resultados nefastos.

Al no poder entender la gran tristeza que parecía embargarme, se apresuró a organizar la vuelta a casa, confiando en que la paz y la monotonía

de la vida familiar aliviaran mis sufrimientos, cualesquiera que fueran sus causas.

En cuanto a mí, permanecí al margen de todos sus preparativos; incluso el dulce cariño de mi querida Elizabeth era insuficiente para sacarme del abismo de mi desesperación.

Pesaba sobre mí la promesa que le había hecho a aquel demonio, como la capucha de hierro que llevaban los infernales hipócritas de Dante. Todas las maravillas del cielo y de la tierra pasaban ante mí como un sueño, y un único pensamiento constituía la realidad.

¿Es de sorprender, pues, que a veces me invadiera un estado de demencia, o que continuamente viera a mi alrededor una multitud de repugnantes animales que me infligían torturas incesantes y a menudo me arrancaban horribles y amargos chillidos?

No obstante, poco a poco, estos sentimientos se fueron calmando. De nuevo me incorporé a la vida

cotidiana, si no con interés, sí al menos con cierto grado de tranquilidad.





Capítulo 17

A mi vuelta a Ginebra pasaron muchos días y muchas semanas sin que encontrara en mí valor suficiente para reemprender mi trabajo.

Temía la venganza del ser demoníaco si lo defraudaba, pero lograba vencer la repugnancia que me inspiraba la tarea que me había impuesto. Me di cuenta de que no podía crear una hembra sin de nuevo dedicar varios meses al estudio profundo y a laboriosos experimentos.

Tenía conocimiento de ciertos descubrimientos llevados a cabo por un científico inglés, cuyas experiencias me serían valiosas, y a veces pensaba en solicitar permiso de mi padre para ir a Inglaterra con este fin; pero me aferraba a cualquier pretexto para no interrumpir la incipiente tranquilidad que empezaba a sentir.

Mi salud, muy debilitada hasta el momento, comenzaba ahora a fortalecerse, y mi estado de ánimo, cuando el triste recuerdo de la promesa

hecha no lo empañaba, se elevaba bastante.

Mi padre observaba con agrado esta mejoría, y se afanaba por buscar la mejor forma de borrar por completo la melancolía, que de vez en cuando me retornaba y ensombrecía tenazmente la tenue luz que intentaba abrirse paso en mí.

Entonces buscaba refugio en la más absoluta soledad; pasaba días enteros en el lago, tumbado en una barca, silencioso e indolente mirando las nubes y escuchando el murmullo de las olas. El aire puro y el sol brillante solían devolverme, al menos en parte, la compostura; y, a mi regreso, respondía a los saludos de mis amigos con la sonrisa más presta y el corazón más ligero.

Fue a la vuelta de una de estas salidas cuando mi padre, llamándome aparte, me dijo:

– Me satisface mucho, hijo, que vuelvas a tus antiguas distracciones y a ser el mismo de antes. Sin embargo, sigues triste y aún esquivas nuestra compañía. Durante algún tiempo he estado muy

desorientado acerca de cuál podría ser la razón de esto; pero ayer tuve una idea, y te ruego que, si estoy en lo cierto, me la confirmes. Cualquier reserva a este respecto no sólo sería injustificada, sino que aumentaría nuestras preocupaciones.

Al oír estas palabras me puse a temblar, pero mi padre continuó:

– Te confieso, hijo, que siempre he deseado tu matrimonio con tu prima, considerándolo el centro de nuestra felicidad doméstica y el báculo de mis postreros años. Os habéis sentido muy unidos desde niños; estudiabais juntos, y parecíais, por gustos y aficiones, idóneos el uno al otro. Pero somos tan ciegos los humanos, que las cosas que yo consideraba favorables a este proyecto quizá hayan sido precisamente las que lo hayan destruido por completo. Puede que tú la consideres como una hermana, y no tengas ningún deseo de que se convierta en tu esposa. Es incluso posible que hayas conocido a otra mujer a la cual ames y que, considerándote ligado a tu prima por razones de honor, te debatas en una lucha que

ocasiona la visible tristeza que te aflige.

– Querido padre, tranquilízate. Te aseguro que amo a Elizabeth tierna y profundamente. No he conocido a ninguna mujer que me inspire, como ella, tanta admiración y afecto. Mis esperanzas y deseos para el futuro se fundan en la perspectiva de nuestra unión.

– Tus palabras, querido Víctor, me producen una alegría que no experimentaba hacía mucho tiempo. Si esto es lo que sientes, nuestra felicidad está asegurada, por mucho que sucesos recientes puedan entristecernos. Pero es justo esta tristeza, que parece haberse adueñado de forma tan poderosa de ti, la que quisiera disipar.

Dime, pues, si tienes alguna objeción a que se celebre la boda de inmediato. Hemos sido desdichados últimamente, y recientes sucesos nos han robado la paz cotidiana que mi edad requiere. Tú eres joven; pero no creo que, con la fortuna de que dispones, una boda precoz pueda interferir en los planes de honor o provecho que te hayas podido

trazar. No creas, empero, que quiero imponerte la felicidad, o que una demora por tu parte me fuera a ocasionar desazón. Interpreta bien mis palabras, y te ruego me contestes con confianza y franqueza.

Escuché a mi padre en silencio, y durante algunos instantes no logré darle respuesta. Por mi mente discurría un cúmulo de pensamientos que intentaba ordenar para poder llegar a alguna conclusión. La idea de una inmediata unión con mi prima me llenaba de horror y aflicción.

Estaba atado por una solemne promesa que aún no había cumplido y que no osaba romper, pues, de hacerlo, ¡qué desdichas no acarrearía para mí y mi afectuosa familia el incumplimiento de mi palabra! No creo que pudiera entrar en este festejo con semejante peso muerto atado del cuello, y doblegándome hacia el suelo.

Debía llevar a cabo mi compromiso, dejando al monstruo que partiera con su pareja, antes de permitirme disfrutar de las delicias de un matrimonio del que esperaba la paz.

Recordé también la necesidad que tendría de viajar a Inglaterra, o de comenzar una larga correspondencia con científicos de aquel país cuyos conocimientos e investigaciones me eran imprescindibles en mi tarea.

Esta segunda manera de obtener la información que precisaba era lenta y poco satisfactoria; además: cualquier cambio me serviría de distracción, y me ilusionaba la idea de pasar un año o dos en otro lugar, cambiando de ocupación y lejos de mi familia; durante este período podría ocurrir cualquier suceso que me permitiese volver a ellos en paz y tranquilidad: quizá hubiera ya cumplido mi promesa, y el monstruo hubiera desaparecido; o quizá algún accidente lo hubiera destruido, poniendo así fin a mi esclavitud.

Estos sentimientos me dictaron la respuesta que le di a mi padre. Manifesté el deseo de visitar Inglaterra; pero oculté mis verdaderas intenciones bajo el pretexto de que quería viajar y ver mundo antes de asentarme para el resto de mi vida en mi ciudad natal.

Le rogué insistentemente que me dejara partir y accedió con prontitud, pues no existía en el mundo padre más indulgente y menos impositivo que él. Pronto estuvieron arreglados los preparativos. Yo viajaría a Estrasburgo, donde me reuniría con Clerval. Estaríamos una corta temporada en Holanda, pero la mayor parte del tiempo lo pasaríamos en Inglaterra. El regreso lo haríamos por Francia; y acordamos que el viaje duraría dos años.

Mi padre se consolaba con el pensamiento de que mi boda con Elizabeth tendría lugar en cuanto volviera a Ginebra.

– Estos dos años pasarán muy deprisa – dijo – y será la última demora que se interponga en el camino de tu felicidad. Espero con impaciencia la llegada del momento en que estemos todos unidos y ningún temor altere nuestra paz familiar.

– Estoy de acuerdo con tu proyecto le contesté – Dentro de dos años tanto Elizabeth como yo seremos más maduros, y espero que más felices

de lo que ahora somos.

Suspiré; pero mi padre, delicadamente, se abstuvo de hacerme más preguntas respecto de las causas de mi pesadumbre. Esperaba que el cambio de ambiente y la distracción del viaje me devolvieran la tranquilidad.

Empecé, pues, a preparar mi marcha; pero me obsesionaba un pensamiento que me llenaba de angustia y temor. Durante mi ausencia, mi familia seguiría ignorando la existencia de su enemigo, y quedaría a merced de sus ataques caso de que él, irritado por mi viaje, se lanzara contra ellos.

Pero había prometido seguirme donde quiera que fuera; así que ¿no vendría tras de mí a Inglaterra? Este pensamiento era terrorífico en sí mismo, pero reconfortante, en cuanto que suponía que los míos estarían a salvo. Me torturaba la idea de que sucediera lo contrario de esto.

Pero durante todo el tiempo que fui esclavo de mi criatura siempre me dejé guiar por los impulsos

del momento; y en ese instante tenía la seguridad de que me perseguiría, y, por tanto, mi familia quedaría libre del peligro de sus maquinaciones.

Partí hacia mis dos años de exilio a finales de agosto. Elizabeth aprobaba los motivos de mi marcha, y sólo lamentaba el no tener las mismas oportunidades que yo para ampliar su campo de experiencia y cultivar su mente. Lloró al despedirme, y me rogó que retornara feliz y en paz conmigo mismo.

– Todos confiamos en ti – dijo – y si tú estás apenado, ¿cuál puede ser nuestro estado de ánimo?

Me metí en el carruaje que debía alejarme de los míos, apenas sin saber adónde me dirigía, e importándome poco lo que sucedía a mi alrededor. Sólo recuerdo que, con inmensa amargura, pedí que empaquetaran el instrumental químico que quería llevarme conmigo, pues había decidido cumplir mi promesa mientras estaba en el extranjero y regresar, a ser posible, un hombre libre.

Lleno de sombríos pensamientos, atravesé hermosísimos lugares de majestuosa belleza; pero tenía la mirada fija y abstraída. Sólo pensaba en la meta de mi viaje, y el trabajo del cual debía ocuparme mientras durara.

Tras varios días de inquieta indolencia, durante los cuales recorrí muchas leguas, llegué a Estrasburgo, donde tuve que aguardar durante dos días la llegada de Clerval. Vino, y ¡que inmensa diferencia había entre nosotros!

Él respondía vivamente ante cualquier paraje nuevo; se emocionaba con las hermosas puestas de sol, y aún más con el amanecer cuando se estrenaba un nuevo día; me señalaba los cambios de colorido en el paisaje y el aspecto del cielo.

– ¡Esto es lo que yo llamo vivir! – exclamaba –. ¡Cómo me gusta existir! ¿Pero por qué estás tú, querido Frankenstein, tan apenado y abatido?

Lo cierto es que me embargaban tristes pensamientos, y permanecía indiferente ante

el anochecer o el dorado amanecer reflejado en el Rin. Y usted, amigo mío, se divertiría mucho más con el diario de Clerval, gozoso y sensible admirador del paisaje, que con las reflexiones de esta criatura miserable, perseguido por una maldición que impedía toda posibilidad de dicha.

Habíamos decidido bajar en barco por el Rin desde Estrasburgo hasta Rotterdam, donde embarcaríamos para Londres. Durante este trayecto pasamos muchas islas cubiertas de sauces, y vimos varias ciudades hermosas.

Paramos un día en Mannhein, y cinco días después de salir de Estrasburgo llegábamos a Maguncia. A partir de aquí, el curso del Rin se hace mucho más pintoresco. El río desciende velozmente, serpenteando entre colinas no muy altas pero sí escarpadas y de formas muy bellas.

Vimos numerosos castillos en ruinas, lejanos e inaccesibles, que, rodeados de espesos y sombríos bosques, se alzaban al borde de los despeñaderos. Esta parte del Rin ofrece un paisaje de singular

variedad. Pueden verse irregulares montañas, castillos en ruinas dominando tremendos precipicios, a cuyos pies el sombrío Rin fluye en precipitada carrera; y, de repente, tras rodear un promontorio, el paisaje lo constituyen prósperos viñedos, que cubren las verdes y ondulantes laderas, sinuosos ríos y pobladas ciudades.

Era la época de la vendimia, y, mientras viajábamos río abajo, escuchábamos las canciones de los trabajadores. Incluso yo, a pesar de mi ánimo decaído, y lleno como estaba de sombríos pensamientos, me sentía contento.

Tumbado en el fondo de la barca, miraba el límpido cielo azul, y parecía imbuirme de una tranquilidad que hacía mucho no sentía. Si éstas eran mis sensaciones, ¿cómo explicar las de Henry? Se creía transportado a un país de hadas, y sentía una felicidad poco común en el hombre.

– He visto – decía – los parajes más hermosos de mi país; conozco los lagos de Lucerna y Uri, donde las nevadas montañas entran casi a pico en el agua,

proyectando oscuras e impenetrables sombras que, de no ser por los verdes islotes que alegran la vista, parecerían lúgubres y tenebrosos; he visto también agitarse este lago con una tempestad, cuando el viento arremolinaba las aguas, dando una idea de lo que puede ser una tromba marina en el inmenso océano; he visto las olas estrellarse con furia al pie de las montañas, donde cayó la avalancha sobre el cura y su amante, cuyas moribundas voces, se dice, todavía se oyen cuando se acallan los vientos; he visto las montañas de Valais y las del país de Vaud, pero este país, Víctor, me gusta mucho más que todas aquellas maravillas.

Las montañas de Suiza son más majestuosas y extrañas; pero hay un encanto especial en las márgenes de este río tan divino, que no es comparable a nada. Mira ese castillo que domina aquel precipicio; y ese en aquella isla, casi oculto por el follaje de los hermosos árboles; y ese grupo de trabajadores que vienen de sus viñedos; y esa aldea medio oculta por los pliegues de la montaña. Sin duda, los espíritus que habitan y cuidan de

este lugar tienen un alma más comprensiva para con el hombre que aquellos que pueblan el glaciar o que se refugian en las cimas inaccesibles de las montañas de nuestro país.

¡Clerval!, ¡amigo del alma!, incluso ahora me llena de satisfacción recordar tus palabras y dedicarte los elogios que tan merecidos tienes. Era un ser que se había educado en «la poesía de la naturaleza».

Su desbordante y entusiasta imaginación se veía matizada por la gran sensibilidad de su espíritu. Su corazón rezumaba afecto, y su amistad era de esa naturaleza fiel y maravillosa que la gente de mundo se empeña en hacernos creer que sólo existe en el reino de lo imaginario. Pero ni siquiera la comprensión y el cariño humanos bastaban para satisfacer su ávida mente.

El espectáculo de la naturaleza, que en otros despierta simplemente admiración, era para él objeto de una pasión ardiente:

La sonora catarata
Le obsesionaba como una pasión: la erguida roca,
La montaña, y el bosque sombrío y tupido,
Sus formas y colores, eran para él
Un deseo; un sentimiento, y un amor,
Que no necesitaba de otros encantos remotos,
Que el pensamiento puede proporcionar, u otro atractivo
Que los ojos jamás vieron.

¿Y dónde está ahora? ¿Se ha perdido para siempre este ser tan dulce y hermoso? ¿Ha perecido esta mente tan repleta de pensamientos, de magníficas y caprichosas fantasías que formaban un mundo cuya existencia dependía de la vida de su creador? ¿Existe ahora sólo en mi recuerdo? No, no puede ser; aquel cuerpo, tan perfectamente modelado, que irradiaba hermosura, se ha descompuesto, pero su espíritu sigue alentando y visitando a su desdichado amigo.

Perdóneme usted este arranque de dolor; estas pobres palabras son tan sólo un insignificante tributo a la inapreciable valía de Henry, pero

calman mi corazón, tan angustiado por su recuerdo. Continuaré mi relato.

Dejamos Colonia y descendimos a las llanuras de Holanda, donde decidimos continuar por tierra el resto del viaje, pues el viento era desfavorable y la corriente del río demasiado lenta para ayudarnos.

Aquí nuestro viaje perdió el interés que el magnífico paisaje había proporcionado hasta ahora; pero a los pocos días llegamos a Rotterdam desde donde proseguimos viaje a Inglaterra por mar. Era una límpida mañana, de finales de diciembre, cuando vi por primera vez los blancos acantilados de Gran Bretaña.

Las orillas del Támesis ofrecían un nuevo paisaje; eran llanas pero fértiles, y casi todas las ciudades se significaban por algún recuerdo histórico. Vimos el fuerte Tilbury, y recordamos la Armada Invencible; Gravesend, Woolwich y Greenwich, lugares de los que había oído hablar ya en mi país.

Por fin divisamos los innumerables campanarios

de Londres, dominados todos por la impresionante cúpula de San Pablo, y la Torre, famosa en la historia de Inglaterra.





Capítulo 18

Londres era nuestro lugar de asiento, y decidimos quedarnos algunos meses en esta maravillosa y célebre ciudad. Clerval quería conocer a los hombres de genio y talento que despuntaban entonces, pero para mí esto era secundario, pues mi principal interés era la obtención de los conocimientos que necesitaba para poder llevar a cabo mi promesa. A este fin, me apresuré a entregar a los más distinguidos científicos las cartas de presentación que había traído conmigo.

Si este viaje hubiera tenido lugar en la época de mis primeros estudios, cuando aún estaba lleno de felicidad, me habría proporcionado un inmenso placer. Pero una maldición había ensombrecido mi existencia, y sólo visitaba a estas personas con el afán de conseguir la información que me pudieran proporcionar acerca del tema que, por motivos tan tremendos, tanto me interesaba.

La compañía de otras personas me resultaba molesta; cuando me encontraba solo podía dejar

vagar mi imaginación hacia cosas agradables; la voz de Henry me apaciguaba, y así llegaba a engañarme y a conseguir una paz transitoria. Pero los rostros gesticulantes, alegres y poco interesantes de los demás me volvían a sumir en la desesperación. Veía alzarse una infranqueable barrera entre mis semejantes y yo; barrera teñida con la sangre de William y Justine; y el recuerdo de los sucesos relacionados con estos nombres me llenaba de angustia.

En Clerval veía la imagen de lo que yo había sido; era inquisitivo y estaba ansioso por adquirir sabiduría y experiencia. La diferencia de costumbres que advertía era para él fuente inagotable de enseñanza y distracción. Estaba siempre ocupado; y lo único que empañaba su felicidad era mi abatimiento y pesadumbre.

Yo, por mi parte, intentaba disimular mis sentimientos cuanto podía, a fin de no privarle de los lógicos placeres que uno siente cuando, libre de tristes recuerdos y agobios, encuentra nuevos horizontes en su vida. A menudo me excusaba,

alegando compromisos anteriores, para así no tener que acompañarlo, y poder permanecer solo. Comencé a recabar por entonces los materiales que necesitaba para mi nueva creación, lo que me suponía la misma tortura que para los condenados el interminable goteo del agua sobre sus cabezas. Cada pensamiento dedicado al tema me producía una tremenda angustia, y cada palabra alusiva a ello hacía que me temblaran los labios y me palpitara el corazón.

Cuando llevábamos unos meses en Londres, recibimos una carta de una persona que vivía en Escocia y que nos había visitado en Ginebra. En ella se refería a la belleza de su país natal y se preguntaba si esto no sería un motivo suficiente para que nos decidiéramos a prolongar nuestro viaje hasta Perth, donde él vivía.

Clerval estaba ansioso por aceptar la invitación; y yo, aunque detestaba la compañía de otras personas, quería ver de nuevo riachuelos y montañas y todas las maravillas con las cuales la naturaleza adorna sus lugares predilectos.

Habíamos llegado a Inglaterra a principios de octubre y ya estábamos en febrero, de modo que decidimos emprender nuestro viaje hacia el norte a finales del mes siguiente. En este viaje no pensábamos seguir la carretera principal a Edimburgo, pues queríamos visitar Windsor, Oxford, Madock y los lagos de Cumberland, esperando llegar a nuestro destino a finales de julio. Embalé, pues, mis instrumentos químicos y el material que había conseguido, con la intención de acabar mi tarea en algún lugar apartado de las montañas del norte de Escocia.

Dejamos Londres el 27 de marzo y nos quedamos unos días en Windsor, paseando por su hermosísimo bosque. Este paisaje era completamente nuevo para nosotros, habitantes de un país montañoso; los robles majestuosos, la abundancia de caza y las manadas de altivos ciervos constituían una novedad para nosotros.

Continuamos luego hacia Oxford. Al llegar a la ciudad, rememoramos los sucesos que allí habían ocurrido hacía más de ciento cincuenta años. Fue

allí donde Carlos I reunió sus tropas. La ciudad le había permanecido fiel mientras toda la nación abandonaba su causa y se unía al estandarte del parlamento y la libertad. El recuerdo de aquel desdichado monarca y de sus compañeros, el afable Falkland, el orgulloso Gower, su reina y su hijo, daban un interés especial a cada rincón de la ciudad, que se supone debieron habitar.

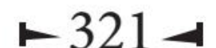
El espíritu de días pasados tenía aquí su morada y nos deleitaba perseguir sus huellas. Pero aunque estos sentimientos no hubieran bastado para satisfacer nuestra imaginación, la ciudad en sí era lo suficientemente hermosa como para despertar nuestra admiración. La universidad es antigua y pintoresca; las calles, casi magníficas; y el delicioso Isis, que corre por entre prados de un exquisito verde, se ensancha formando un tranquilo remanso de agua, donde se reflejan el magnífico conjunto de torres, campanarios y cúpulas que asoman por entre los viejos árboles.

Disfrutaba con este paisaje; pero veía turbado mi gozo tanto por el recuerdo del pasado como

por los acontecimientos del futuro. Había nacido para ser feliz. Durante mi juventud nunca me había afligido la tristeza, y si en algún momento me sentía abatido, contemplar las maravillas de la naturaleza o estudiar lo que de sublime y excelente ha hecho el hombre siempre conseguía interesarme y animarme.

Pero no soy más que un árbol destrozado, corroído hasta la médula, y ya entonces presentí que sobreviviría hasta convertirme en lo que pronto dejaré de ser: una miserable ruina humana, objeto de compasión para los demás y de repugnancia para mí mismo.

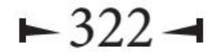
Pasamos bastante tiempo en Oxford, recorriendo sus alrededores e intentando localizar los lugares relacionados con la época más agitada de la historia de Inglaterra. Nuestros pequeños viajes de investigación a menudo se veían prolongados por los sucesivos descubrimientos que íbamos haciendo. Visitamos la tumba del ilustre Hampden y el campo de batalla donde cayó aquel patriota. Por un momento mi espíritu logró olvidarse de sus



miserables y denigrantes temores al recordar las maravillosas ideas de libertad y sacrificio, de las cuales estos lugares eran recuerdo y exponente. Por un instante conseguí librarme de mis cadenas y mirar a mi alrededor con un espíritu libre y elevado, pero el hierro se me había clavado profundamente, y, tembloroso y atemorizado, volví a hundirme en la miseria.

Dejamos Oxford con pesar, y continuamos hacia Matlock, nuestro próximo lugar de asiento. El campo que rodea este pueblo se parece en cierto modo al de Suiza, pero todo a menor escala; las verdes colinas carecen del fondo que en mi país natal proporcionan los distantes Alpes nevados, asomando siempre por detrás de las montañas cubiertas de pinos.

Visitamos la maravillosa gruta y las pequeñas vitrinas dedicadas a las ciencias naturales, donde los objetos están dispuestos de la misma manera que las colecciones de Servox y Chamonix. El mero nombre de éste último lugar me hizo temblar cuando Henry lo pronunció, y me apresuré a



abandonar Matlock ––por la vinculación que tenía con aquel horrible sitio.

Desde Derby, y siguiendo hacia el norte, nos detuvimos dos meses en Cumberland y Westmoreland. Aquí sí que casi me pareció encontrarme entre las montañas de Suiza. Las pequeñas extensiones de nieve que aún quedaban en la ladera norte de las montañas, los lagos y el tumultuoso curso de los rocosos torrentes me resultaban escenas familiares y queridas.

Aquí también hicimos nuevas amistades que casi consiguieron crearme la ilusión de felicidad. La alegría que Clerval manifestaba era muy superior a la mía; él se crecía ante hombres de talento, y descubrió que poseía mayores recursos y posibilidades de lo que hubiera creído cuando frecuentaba la compañía de personas menos dotadas intelectualmente que él. «Podría vivir aquí – decía – y rodeado de estas montañas apenas si añoraría Suiza o el Rin.»

Pero descubrió que la vida de un viajero incluye

muchos pesares entre sus satisfacciones. El espíritu se encuentra siempre en tensión; y justo cuando empieza a aclimatarse, se ve obligado a cambiar aquello que le interesa por nuevas cosas que atraen su atención y que también abandonará en favor de otras novedades.

Apenas habíamos visitado los lagos de Cumberland y Westmoreland, y comenzado a sentir afecto por algunos de sus habitantes, cuando tuvimos que partir, pues se aproximaba la fecha en que debíamos reunirnos con nuestro amigo escocés. Yo, personalmente, no lo sentí. Estaba retrasando el cumplimiento de mi promesa y temía las consecuencias del enojo de aquel ser diabólico. Cabía la posibilidad de que se hubiera quedado en Suiza y se vengara en mis familiares.

Esta idea me perseguía y me atormentaba durante todos aquellos momentos que de otra manera me hubieran proporcionado paz y tranquilidad. Esperaba las cartas de mi familia con febril impaciencia; si se retrasaban, me disgustaba y me atenazaban mil temores; y cuando llegaban,

y reconocía la letra de Elizabeth o de mi padre, apenas me atrevía a leerlas. A veces imaginaba que el bellaco me perseguía, y que quizá pretendiera acelerar mi indolencia asesinando a mi compañero. Cuando me venían estos pensamientos, permanecía al lado de Henry constantemente, lo seguía como si fuera su sombra para protegerlo de la imaginada furia de su destructor.

Me sentía como si yo mismo hubiera cometido algún tremendo crimen, cuyo remordimiento me obsesionaba. Me sabía inocente, pero no obstante había atraído una maldición sobre mí, tan fatal como la de un crimen.

Visité Edimburgo con espíritu distraído; y, sin embargo, esa ciudad hubiera despertado el interés del ser más apático. A Clerval no le gustó tanto como Oxford, pues le había atraído mucho la antigüedad de esta ciudad. Pero la belleza y regularidad de la moderna Edimburgo, su romántico castillo y los alrededores, los más hermosos del mundo, Arthur's Seat, Saint Bernard's Well y las colinas de Portland, le compensaron el cambio y lo llenaron

de alegría y admiración. Yo, sin embargo, estaba intranquilo por llegar al término de nuestro viaje.

Salimos de Edimburgo al cabo de una semana, pasando por Coupar, Saint Andrews y siguiendo la orilla del Tay hasta Perth, donde nos esperaba nuestro amigo. Pero yo no me sentía con fuerzas para conversar y reír con extraños, o para adaptarme a sus gustos y planes con la disposición propia de un buen huésped, de manera que le dije a Clerval que visitaría solo el resto de Escocia.

– Diviértete – le dije—. Aquí nos encontraremos de nuevo. Puede que me ausente un mes o dos; pero no te inquietes por mi, te lo ruego. Déjame un tiempo en la paz y soledad que necesito; y cuando regrese, espero hacerlo con el corazón más aligerado y más de acuerdo con tu estado de ánimo.

Henry trató de disuadirme; pero, al verme tan decidido, dejó de insistir. Me rogó que le escribiera con frecuencia.

–Preferiría – dijo – acompañarte en tus excursiones

solitarias que quedarme con estos escoceses a quienes apenas conozco. Apresúrate a regresar, querido amigo, para que de nuevo me sienta como en casa, cosa que me será imposible durante tu ausencia.

Despidiéndome de mi amigo, decidí buscar algún apartado lugar de Escocia donde concluir a solas mi labor. No tenía ninguna duda de que el monstruo me seguía y de que, una vez hubiera terminado mi obra, se me presentaría para recibir a su compañera.

Tomada esta resolución, atravesé las tierras altas del norte y elegí, como lugar de trabajo, una de las islas Orcadas, que eran las más alejadas. Era éste un lugar idóneo para llevar a cabo mi tarea, pues era poco más que una roca cuyos escarpados laterales batían las olas constantemente. El terreno era yermo, apenas si ofrecía pasto para algunas escuálidas vacas y avena para sus cinco habitantes, cuyos cuerpos esqueléticos y retorcidos daban prueba de su miserable existencia.



El pan y las verduras, cuando se permitían semejantes lujos, e incluso el agua potable, venían del continente, que quedaba a unas cinco millas de allí.

En toda la isla no había más que tres míseras chozas, una de las cuales encontré desocupada al llegar. La alquilé. Tenía sólo dos cuartos, que mostraban la suciedad propia de las más absoluta indigencia. La techumbre, de ramas y rastrojos, se estaba hundiendo; las paredes no estaban encaladas, y la puerta colgaba, torcida, de uno de los goznes.

Ordené que la repararan, compré algunos muebles y me instalé, lo que sin duda hubiera ocasionado bastante sorpresa de no ser porque la necesidad y la pobreza habían entumecido por completo las mentes de estos habitantes. El hecho es que ni me molestaban ni curioseaban, y apenas si me agradecieron los víveres y ropas que les di, lo que demuestra hasta qué punto el sufrimiento insensibiliza incluso los sentimientos más elementales del hombre.

En este retiro dedicaba las mañanas al trabajo; pero por la noche, cuando el tiempo lo permitía, paseaba por la pedregosa playa y escuchaba el bramido de las olas que rompían a mis pies. Era un paisaje monótono y a la vez siempre cambiante. Me acordaba de Suiza y lo distinta que era de este lugar desolado y atemorizante. Allí, las viñas cubren las colinas, y las casitas puntillean tupidamente las llanuras. Sus hermosos lagos reflejan un cielo suave y azul; y cuando los vientos los alteran, su efervescencia es como un juego de niños, comparada con los bramidos del inmenso océano.

Así distribuí mi tiempo al llegar; pero a medida que avanzaba en mi labor, me resultaba más molesta y repulsiva cada día. Había veces que me era imposible entrar en mi laboratorio durante días enteros; otras, trabajaba día y noche sin cesar para concluir cuanto antes. Realmente era una obra repugnante la que me ocupaba. En mi primer experimento, una especie de frenético entusiasmo me había impedido ver el horror de lo que hacía; estaba absorto por completo en mi trabajo y

ciego ante lo horrible de mi quehacer. Pero ahora lo llevaba a cabo a sangre fría, y a menudo me asqueaba la labor.

En esta situación, dedicado como estaba a ocupación tan detestable, inmerso en una soledad donde nada podía distraerme un solo momento de aquello a lo que me aplicaba, empecé a desequilibrarme; y me volví inquieto y nervioso. A cada momento temía encontrarme con mi perseguidor. A veces me quedaba sentado, con los ojos fijos en el suelo, temeroso de levantar la vista y encontrar frente a mí la criatura cuya aparición tanto me espantaba. No me alejaba de mis vecinos por miedo a que, viéndome solo, se me acercara para reclamarme su compañera.

Empero seguía trabajando y tenía ya la labor muy avanzada. Aguardaba el final con ahelante y trémula impaciencia, sobre la que no me quería interrogar, pero que se entremezclaba con oscuros y siniestros presentimientos que me hacían desfallecer.


INGLATERRA

Capítulo 19

Una noche me encontraba sentado en mi laboratorio; el sol se había puesto, y la luna empezaba a asomar por entre las olas; no tenía suficiente luz para seguir trabajando y permanecía ocioso, preguntándome si debía dar por terminada la jornada o, por el contrario, hacer un esfuerzo y continuar mi labor y acelerar así su final. Al meditar sobre esto, allí sentado, se me fueron ocurriendo otros pensamientos y me hicieron considerar las posibles consecuencias de mi obra.

Tres años antes me encontraba ocupado en lo mismo, y había creado un diabólico ser cuya incomparable maldad me había destrozado el corazón y llenado de amargos remordimientos. Y ahora estaba a punto de crear otro ser, una mujer, cuyas inclinaciones desconocía igualmente; podía incluso ser diez mil veces más diabólica que su pareja y disfrutar con el crimen por el puro placer de asesinar.

El había jurado que abandonaría la vecindad de

los hombres, y que se escondería en los desiertos, pero ella no; ella, que con toda probabilidad podría ser un animal capaz de pensar y razonar, quizá se negase a aceptar un acuerdo efectuado antes de su creación. Incluso podría ser que se odiasen; la criatura que ya vivía aborrecía su propia fealdad, y ¿no podía ser que la aborreciera aún más cuando se viera reflejado en una versión femenina? Quizá ella también lo despreciara y buscara la hermosura superior del hombre; podría abandonarlo y él volvería a encontrarse solo, más desesperado aún por la nueva provocación de verse desairado por una de su misma especie.

Y aunque abandonaran Europa, y habitaran en los desiertos del Nuevo Mundo, una de las primeras consecuencias de ese amor que tanto ansiaba el vil ser serían los hijos. Se propagaría entonces por la Tierra una raza de demonios que podrían sumir a la especie humana en el terror y hacer de su misma existencia algo precario.

¿Tenía yo derecho, en aras de mi propio interés, a dotar con esta maldición a las generaciones

futuras? Me habían conmovido los sofismas del ser que había creado; sus malévolas amenazas me habían nublado los sentidos. Pero ahora por primera vez veía claramente lo devastadora que podía llegar a ser mi promesa; temblaba al pensar que generaciones futuras me podrían maldecir como el causante de esa plaga, como el ser cuyo egoísmo no había tenido reparos en comprar su propia paz al precio quizá de la existencia de todo el género humano.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y me fallaban las fuerzas cuando, al levantar la vista hacia la ventana, vi el rostro de aquel demonio a la luz de la luna. Una horrenda mueca le fruncía los labios, al ver cómo llevaba a cabo la tarea que él me había impuesto. Sí, me había seguido en mis viajes, había atravesado bosques, se había escondido en cavernas o refugiado en los inmensos brezales deshabitados; y venía ahora a comprobar mis progresos y a reclamar el cumplimiento de mi promesa.

Al mirarlo, vi que su rostro expresaba una increíble

malicia y traición. Recordé con una sensación de locura la promesa de crear otro ser como él, y entonces, temblando de ira, destrocé la cosa en la que estaba trabajando. Aquel engendro me vio destruir la criatura en cuya futura existencia había fundado sus esperanzas de felicidad, y, con un aullido de diabólica desesperación y venganza, se alejó.

Salí de la habitación, y, cerrando la puerta, me hice la solemne promesa de no reanudar jamás mi labor. Luego, con paso tembloroso, me fui a mi dormitorio. Estaba solo; no había nadie a mi lado para disipar mi tristeza y aliviarme de la opresión de mis terribles reflexiones.

Pasaron varias horas, y yo seguía junto a la ventana, mirando hacia el mar, que se hallaba casi inmóvil, pues los vientos se habían calmado y la naturaleza dormía bajo la vigilancia de la silenciosa luna. Sólo unos cuantos barcos pesqueros salpicaban el mar, y de vez en cuando la suave brisa me traía el eco de las voces de los pescadores que se llamaban de una barca a otra. Sentía el silencio, aunque apenas

me daba cuenta de su temible profundidad; hasta que de pronto oí el chapoteo de unos remos que se acercaban a la orilla, y alguien desembarcó cerca de mi casa.

Pocos minutos después, oí crujir la puerta, como si intentaran abrirla silenciosamente. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza; presentí quién sería, y estuve a punto de despertar a un pescador que vivía en una barraca cerca de la mía; pero me invadió esa sensación de impotencia que tan a menudo se experimenta en las pesadillas, cuando en vano se intenta huir del inminente peligro y los pies rehusan moverse.

Al poco oí pisadas por el pasillo; se abrió la puerta y apareció el temido engendro. La cerró, y, acercándoseme, me dijo con voz sorda:

– Has destruido la obra que empezaste; ¿qué es lo que pretendes? ¿Osas romper tu promesa? He soportado fatigas y miserias; me marché de Suiza contigo; gateé por las orillas del Rin, por sus islas de sauces, por las cimas de sus montañas. He

vivido meses en los brezales de Inglaterra y en los desérticos parajes de Escocia. He padecido cansancio, hambre, frío; ¿te atreves a destruir mis esperanzas?

– ¡Aléjate! Efectivamente rompo mi promesa; jamás crearé otro ser como tú, semejante en deformidad y vileza.

– Esclavo, antes intenté razonar contigo, pero te has mostrado inmerecedor de mi condescendencia. Recuerda mi fuerza; te crees desgraciado, pero puedo hacerte tan infeliz que la misma luz del día te resulte odiosa. Tú eres mi creador, pero yo soy tu dueño: ¡obedece!

– La hora de mi debilidad ha pasado, y con ella la de tu poder. Tus amenazas no me obligarán a cometer tamaña equivocación; más bien me confirman en mi propósito de no crear una compañera para tus vicios. ¿Querrías que, a sangre fría, infectara la Tierra con otro demonio que se complaciera con la muerte y la desgracia? ¡Aléjate! Estoy decidido, y con tus palabras sólo acrecentarás mi cólera.

El monstruo vio la determinación en mi rostro y rechinó los dientes con rabia imponente.

– ¿Encontrará todo hombre – gritó – esposa, todo animal su hembra mientras yo he de permanecer solo? Tenía sentimientos de afecto, que el desprecio y el odio anularon en mí. Mortal, podrás odiar, pero ¡ten cuidado! Pasarás tus horas preso de terror y tristeza, y pronto caerá sobre ti el golpe que te ha de robar para siempre la felicidad. ¿Acaso piensas que puedes ser feliz mientras yo me arrastro bajo el peso de mi desdicha? Podrás destrozar mis otras pasiones; pero queda mi venganza, una venganza que a partir de ahora me será más querida que la luz o los alimentos.

Podré morir, pero antes, tú, mi tirano y verdugo, maldecirás el sol que alumbra tus desgracias. Ten cuidado; pues no conozco el miedo y soy, por tanto, poderoso. Vigilaré con la astucia de la serpiente, y con su veneno te morderé. ¡Mortal!, te arrepentirás del daño que me has hecho.

– Calla, diablo, y no envenenes el aire con tus

malvados ruidos. Te he comunicado mi decisión, y no soy un cobarde al que puedas convencer con tus amenazas. Déjame; soy implacable.

– Bien. Me iré; pero recuerda: estaré a tu lado en tu noche de bodas.

Abalanzándome sobre él, grité:

– ¡Miserable! Antes de firmar mi sentencia de muerte asegúrate de que tú estás a salvo.

Hubiera querido atacarlo; pero me esquivó, y salió de la casa con rapidez. Al cabo de pocos instantes lo vi en la barca cruzando las aguas como una saeta, y pronto se perdió entre las olas.

Volvió a reinar el silencio; pero sus palabras seguían resonando en mis oídos. Me consumía el deseo de perseguir al asesino de mi tranquilidad y hundirlo en el océano. Inquieto y preocupado paseaba de un lado a otro de la habitación, mientras la imaginación me asediaba con mil ideas torturantes. ¿Por qué no lo había perseguido

y entablado con él un combate a muerte? Le había permitido escapar y ahora se dirigía hacia el continente. Temblaba al pensar en quién sería la próxima víctima sacrificada a su insaciable venganza. De pronto recordé sus palabras: «Estaré a tu lado en tu noche de bodas.» Esa, pues, era la fecha en la que se cumpliría mi destino. Entonces moriría y, al tiempo, quedaría satisfecha y extinguida su maldad.

Esto no me asustaba; pero la imagen de mi querida Elizabeth, derramando lágrimas de inconsolable dolor al ver que su marido le era arrebatado cruelmente, me hizo, por primera vez en muchos meses, prorrumpir en llanto, y decidí no sucumbir ante mi enemigo sin luchar.

Terminó la noche, y el sol se levantó por el horizonte. Empecé a tranquilizarme, si se puede llamar tranquilidad a aquello en lo que nos sumimos cuando la violencia de la ira deja paso a la desesperación. Abandoné la casa, horrible escenario de la contienda de la pasada noche, y paseé por la orilla del mar, que me parecía

levantarse como una barrera insuperable entre mis semejantes y yo; tuve entonces el deseo de que aquello se hiciera realidad. Acaricié la idea de pasar el resto de mis días en aquella desnuda roca; sería una existencia penosa, cierto, pero al menos se vería exenta del miedo a cualquier repentina desgracia. Si me iba, era para morir asesinado, o para ver cómo perdían la vida, a manos del diablo que yo mismo había creado, aquellos a quienes más quería.

Vagué por la isla como un fantasma, alejado de todo lo que amaba, y entristecido por esta separación. Hacia mediodía, cuando el sol estaba en su cima, me tumbé en la hierba v me invadió un profundo sueño. No había dormido la noche anterior, tenía los nervios alterados y los ojos irritados por el llanto y la vigilia. El sueño en el cual me sumí me recuperó; y, al despertar, sentí de nuevo como si perteneciera a una raza de seres humanos como yo.

Me puse a reflexionar con más serenidad, pero aún resonaban en mi oído, como un toque a muerto, las

palabras del malvado ser; parecían lejanas, como un sueño, pero eran claras y apremiantes como la misma realidad.

El sol se encontraba ya muy bajo, y yo aún seguía en la playa, saciando el apetito con unas galletas de avena, cuando vi atracar una barca no lejos de mí. Se acercó uno de los hombres v me dio un paquete; contenía cartas de Ginebra y una de Clerval en la que me rogaba me reuniera con él. Decía que hacía casi un año que habíamos abandonado Suiza, y no habíamos visitado Francia. Me insistía, por tanto, en que abandonara mi isla solitaria y me reuniera con él en Perth, al cabo de una semana, y juntos hiciéramos planes para continuar nuestro viaje. Esta carta me hizo, en parte, volver a la realidad, y decidí que me iría de la isla a los dos días.

Pero, antes de partir, me esperaba una tarea que me producía escalofríos sólo de pensar en ello: tenía que empaquetar mis instrumentos de química, para lo cual era preciso que entrara en la habitación donde había llevado a cabo mi odioso trabajo, y tenía que tocar aquellos instrumentos,

cuya simple vista me producía náuseas. Cuando amaneció, al día siguiente, me armé de valor y abrí la puerta del laboratorio. Los restos de la criatura a medio hacer que había destruido estaban esparcidos por el suelo y casi tuve la sensación de haber mutilado la carne viva de un ser humano. Me detuve para sobreponerme, y entré en el cuarto.

Con manos temblorosas saqué los instrumentos de allí; pero pensé que no debía dejar los restos de mi obra, que llenarían de horror v sospechas a los campesinos. Por tanto, los metí en una cesta, junto con un gran número de piedras, y, apartándola, decidí arrojarla al mar aquella misma noche; en espera de lo cual me fui a la playa a limpiar mi material.

Desde la noche en que apareciera aquel diablo, mis sentimientos habían cambiado totalmente. Hasta entonces pensaba en mi promesa con profunda desesperación y la consideraba como algo que debía cumplir, cualesquiera que fueran las consecuencias. Pero ahora me parecía como si me hubieran quitado una venda de delante de los ojos

y que, por primera vez, veía las cosas con claridad. Ni por un instante se me ocurrió reanudar mi tarea; la amenaza que había oído pesaba en mi mente, pero no creía que un acto voluntario por mi parte consiguiera anularla. Tenía muy presente que, de crear otro ser tan malvado como el que ya había hecho, estaría cometiendo una acción de indigno y atroz egoísmo, y apartaba de mis pensamientos cualquier idea que pudiera llevarme a variar mi decisión.

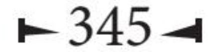
La luna salió entre las dos y las tres de la madrugada; metí el cesto en un bote, y me adentré en el mar unas millas. El lugar estaba completamente solitario; unas cuantas barcas volvían hacia la isla, pero yo navegaba lejos de ellas. Me sentía como si fuera a cometer algún terrible crimen y quería evitar cualquier encuentro. De repente, la luna, que hasta entonces había brillado clarísima, se ocultó tras una espesa nube, v aproveché el momento de tinieblas para arrojar mi cesta al mar; escuché el gorgoteo que hizo al hundirse y me alejé.

El cielo se ensombreció; pero el aire era límpido

aunque fresco, debido a la brisa del noreste que se estaba levantando. Me invadió una sensación tan agradable, que me animó y decidí demorar mi regreso a la isla; sujeté el timón en posición recta, y me tumbé en el fondo de la barca. Las nubes ocultaban la luna, todo estaba oscuro, y sólo se oía el ruido de la barca cuando la quilla cortaba las olas; el murmullo me arrullaba, y pronto me quedé profundamente dormido.

No sé el tiempo que transcurrió, pero cuando me desperté vi que el sol ya estaba alto. Se había levantado un viento que amenazaba la seguridad de mi pequeña embarcación. Venía del nordeste, y debía haberme alejado mucho de la costa donde embarqué; traté de cambiar mi rumbo pero en seguida me di cuenta de que zozobraría si lo intentaba de nuevo. No tenía más solución que intentar navegar con el viento de popa. Confieso que me asusté.

Carecía de brújula, y estaba tan poco familiarizado con esta parte del mundo, que el sol no me servía de gran ayuda. Podía adentrarme en el Atlántico,



y sufrir las torturas de la sed y del hambre, o verme tragado por las inmensas olas que surgían a mi alrededor. Llevaba ya fuera muchas horas y la sed, preludio de mayores sufrimientos, empezaba a torturarme. Observé el cielo cubierto de nubes que, empujadas por el viento, iban a la zaga unas de otras; observé el mar que había de ser mi tumba.

– ¡Villano! – Exclamé – tu tarea está cumplida.

Pensé en Elizabeth, en mi padre, en Clerval; y me sumí en un delirio tan horrendo y desesperante, que incluso ahora, cuando todo está a punto de terminar para mí, tiemblo al recordarlo.

Así transcurrieron algunas horas, pero poco a poco, a medida que el sol caminaba hacia el horizonte, el viento fue remitiendo hasta convertirse en una suave brisa, y las olas se fueron calmando. Seguía habiendo una fuerte marejada, me encontraba mal, y apenas podía sujetar el timón, cuando de pronto divisé hacia el sur una franja de tierras altas. A pesar de lo agotado que estaba por la fatiga y la terrible emoción que había soportado durante

algunas horas, esta repentina certeza de vida me llenó el corazón de cálida ternura, y las lágrimas empezaron a correrme por las mejillas.

¡Qué mudables son nuestros sentimientos y que extraño el apego que tenemos a la vida, incluso en los momentos de máximo sufrimiento! Con parte de mis vestidos confeccioné otra vela, y me afané por poner rumbo a tierra firme. Tenía un aspecto rocoso y salvaje, pero así que me acercaba vi claras muestras de cultivo. Había embarcaciones en la playa, y de pronto me encontré devuelto a la civilización.

Recorrí las ondulaciones de la tierra y divisé al fin un campanario que asomaba por detrás de una colina. A causa de mi estado de extrema debilidad, decidí dirigirme directamente al pueblo como el lugar donde más fácilmente encontraría alimento. Afortunadamente llevaba dinero conmigo. Al doblar el promontorio vi ante mí un pequeño y aseado pueblo y un buen puerto en el que entré con el corazón rebosante de alegría tras mi inesperada salvación.

Mientras me ocupaba en atracar la barca y arreglar las velas, varias personas se aglomeraron a mi alrededor. Parecían muy sorprendidas por mi aspecto, pero en lugar de ofrecerme su ayuda murmuraban entre ellos y gesticulaban de una manera que, en otras circunstancias, me hubiera alarmado. Pero en aquel momento sólo advertí que hablaban inglés, y, por tanto, me dirigí a ellos en ese idioma.

– Buena gente – dije –, ¿tendrían la bondad de decirme el nombre de este pueblo e indicarme dónde me encuentro?

– ¡Pronto lo sabrá! – contestó un hombre con brusquedad – Quizá haya llegado a un lugar que no le guste demasiado; en todo caso le aseguro que nadie le va a consultar acerca de dónde querrá usted vivir.

Me sorprendió enormemente recibir de un extraño una respuesta tan áspera; también me desconcertó ver los ceñudos y hostiles rostros de sus compañeros.

– ¿Por qué me contesta con tanta rudeza? – le pregunté – no es costumbre inglesa el recibir a los extranjeros de forma tan poco hospitalaria.

– Desconozco las costumbres de los ingleses – respondió el hombre – pero es costumbre entre los irlandeses el odiar a los criminales.

Mientras se desarrollaba este diálogo la muchedumbre iba aumentando. Sus rostros demostraban una mezcla de curiosidad y cólera, que me molestó e inquietó. Pregunté por el camino que llevaba a la posada; pero nadie quiso responderme. Empecé entonces a caminar, y un murmullo se levantó de entre la muchedumbre que me seguía y me rodeaba. En aquel momento se acercó un hombre de aspecto desagradable y, cogiéndome por el hombro, dijo:

– Venga usted conmigo a ver al señor Kirwin. Tendrá que explicarse.

– ¿Quién es el señor Kirwin? ¿Por qué debo explicarme?, ¿no es éste un país libre?

– Sí, señor; libre para la gente honrada. El señor Kirwin es el magistrado, y usted deberá explicar la muerte de un hombre que apareció estrangulado aquí anoche.

Esta respuesta me alarmó pero pronto me sobrepuse. Yo era inocente y podía probarlo fácilmente; así que seguí en silencio a aquel hombre, que me llevó hasta una de las mejores casas del pueblo.

Estaba a punto de desfallecer de hambre y de cansancio; pero, rodeado como me encontraba por aquella multitud, consideré prudente hacer acopio de todas mis energías para que la debilidad física no se pudiera tomar como prueba de mi temor o culpabilidad. Poco esperaba entonces la calamidad que en pocos momentos iba a caer sobre mí, ahogando con su horror todos mis miedos ante la ignominia o la muerte.

Aquí debo hacer una pausa, pues requiere todo mi valor recordar los terribles sucesos que, con todo detalle, le narraré.


ISLAS ORKNEY

Capítulo 20

Pronto me llevaron ante la presencia del magistrado, un benévolo anciano de modales tranquilos y afables. Me observó, empero, con vierta severidad, y luego, volviéndose hacia los que allí me habían llevado, preguntó que quiénes eran los testigos.

Una media docena de hombres se adelantaron; el magistrado señaló a uno de ellos, que declaró que la noche anterior había salido a pescar con su hijo y su cuñado, Daniel Nugent, cuando, hacia las diez, se había levantado un fuertes viento del norte que les obligó a volver al puerto. Era una noche muy oscura, pues la luna aún no había salido. No desembarcaron en el puerto sino, como solían hacer, en una rada a unas dos millas de distancia.

Él iba delante con los aparejos de la pesca, y sus compañeros le seguían un poco más atrás. Andando así por la playa, tropezó con algún objeto y cayó al suelo. Sus compañeros se apresuraron para ayudarlo, y a la luz de las linternas vieron

que se había caído sobre el cuerpo de un hombre que parecía muerto. En un principio supusieron que era el cadáver de un ahogado que el mar habría arrojado sobre la playa; pero al examinarlo descubrieron que no tenía las ropas mojadas y que el cuerpo aún no estaba frío. Lo llevaron de inmediato a casa de una anciana que vivía cerca e intentaron, en vano, devolverle la vida. Era un joven bien parecido de unos veinticinco años. Parecían haberlo estrangulado, pues no se apreciaban señales de violencia salvo la negra huella de unos dedos en la garganta.

La primera parte de esta declaración carecía de todo interés para mí; pero cuando oí mencionar la huella de los dedos, recordé el asesinato de mi hermano, y me inquieté en extremo; me temblaban las piernas y se me nubló la vista, de manera que tuve que apoyarme en una silla. El magistrado me observaba con atención, e indudablemente extrajo de mi actitud una impresión desfavorable.

El hijo corroboró la declaración de su padre; pero cuando llamaron a Daniel Nugent juró

solemnemente que, justo antes de que tropezara su cuñado, había visto a poca distancia de la playa una barca en la que iba un hombre solo; y por lo que había podido ver a la luz de las pocas estrellas, era la misma barca de la cual yo acababa de desembarcar.

Una mujer declaró que vivía cerca de la playa, y que, una hora antes de conocer el hallazgo del cadáver, se hallaba esperando a la puerta de su casa la llegada de los pescadores, cuando vio una barca manejada por un solo hombre, que se alejaba de aquella parte de la orilla donde luego se encontró el cadáver.

Otra mujer confirmó que, en efecto, los pescadores habían llevado el cuerpo a su casa y que aún no estaba frío. Lo tendieron sobre una cama y lo friccionaron, mientras Daniel iba al pueblo en busca del boticario, pero no pudieron reanimarlo.

Preguntaron a varios otros hombres sobre mi llegada, y todos coincidieron en que, con el fuerte viento del norte que había soplado durante la

noche, era muy probable que no hubiera podido controlar la barca y me hubiera visto obligado a volver al mismo lugar de donde había partido. Además, afirmaron que parecía como si hubiera traído el cuerpo desde otro lugar y que, al desconocer la costa, me hubiera dirigido al puerto ignorando la poca distancia que separaba el pueblo de... del sitio donde había abandonado el cadáver.

El señor Kirwin, al oír estas declaraciones, ordenó que se me condujera a la habitación donde habían depositado el cadáver hasta que se enterrara. Quería observar la impresión que me produciría el verlo. Probablemente esta idea se le había ocurrido al observar la gran agitación que había demostrado cuando oí la forma en que se había cometido el asesinato. Así pues, el magistrado y varias otras personas me condujeron hasta la posada.

No podía dejar de extrañarme ante las numerosas coincidencias que habían tenido lugar esa fatídica noche; pero, como recordaba que alrededor de la hora en que había sido descubierto el cadáver

había estado hablando con los habitantes de la isla en la que vivía, estaba muy tranquilo en cuanto a las consecuencias que aquel asunto pudiera tener.

Entré en el cuarto donde estaba el cadáver y me acerqué al ataúd. ¿Cómo describir mis sensaciones al verlo? Aún ahora el horror me hiela la sangre, y no puedo recordar aquel terrible momento sin un temblor que me evoca vagamente la angustia que sentí al reconocer el cadáver. El juicio, la presencia del magistrado y los testigos, todo se me esfumó como un sueño cuando vi ante mí el cuerpo inerte de Henry Clerval. Me faltaba el aliento y, arrojándome sobre su cuerpo, exclamé:

¿También a ti, mi querido Henry, te han costado la vida mis criminales maquinaciones? Ya he destruido a dos; otras víctimas aguardan su destino, ¡pero tú, Clerval, mi amigo, mi consuelo! ...

No pude soportar más el tremendo sufrimiento, y preso de violentas convulsiones me sacaron de la habitación.

A esto siguió una fiebre. Durante dos meses estuve al borde de la muerte. Como supe más tarde, deliraba de forma terrible; me acusaba de las muertes de William, Justine y Clerval. A veces suplicaba a los que me atendían que me ayudaran a destruir al diabólico ser que me atormentaba; otras notaba los dedos del monstruo en mi garganta y gritaba aterrorizado. Por fortuna, como hablaba en mi lengua natal, sólo me entendía el señor Kirwin. Pero mis aspavientos y gritos agudos bastaban para asustar a los demás.

¿Por qué no morí entonces? Era el más desdichado de los hombres, ¿por qué, pues, no me hundí en el olvido y el descanso? La muerte arrebata a muchas criaturas sanas, que son la única esperanza de sus embelesados padres: ¡cuántas novias y jóvenes amantes estaban un día llenos de salud y esperanza y al día siguiente eran pasto de los gusanos y la descomposición! ¿De qué sustancia estaba hecho yo para soportar tantas pruebas que, como el continuo girar de la rueda, iban renovando las torturas?

Pero estaba condenado a vivir, y, pasados dos meses, me encontré, como si saliera de un sueño, en la cárcel, tumbado en un miserable jergón y rodeado de cancerberos, guardias y todo aquello que de siniestro acompaña a una mazmorra.

Recuerdo que desperté una mañana; había olvidado los detalles de lo ocurrido, y tenía sólo el vago recuerdo de haber sufrido una tremenda desgracia. Pero cuando miré a mi alrededor y vi las ventanas enrejadas y la miseria del cuarto en que me hallaba, todo se me vino a la mente, y no pude reprimir un amargo gemido.

El ruido despertó a una anciana que dormía en una silla junto a mí. Era una enfermera contratada, esposa de uno de los cancerberos, y su rostro demostraba todos los defectos que a menudo caracterizan a esas personas. Tenía las facciones duras y toscas como aquellos que se han acostumbrado a ver la miseria sin conmoverse. Su tono de voz denotaba una total indiferencia; me habló en inglés, y me pareció reconocerla como la que había oído durante mi enfermedad.

– ¿Está usted mejor? – me preguntó.

– Creo que sí – le contesté débilmente en inglés – Pero si todo esto es cierto, si no es una pesadilla, lamento volver a la vida para sufrir esta angustia y este horror.

– Si se refiere a lo del hombre que asesinó – continuó la anciana – creo que sí, que más le valdría haber muerto, pues no tendrán ninguna compasión con usted. Lo ahorcarán cuando lleguen las próximas sesiones. Pero eso no es asunto mío. Me han encargado de cuidarlo y sanarlo, y tengo la conciencia tranquila porque he cumplido con mi obligación. ¡Ojalá todos hicieran lo mismo!

Asqueado, volví el rostro ante las palabras de la mujer, que podía hablar tan inhumanamente a alguien que acaba de escapar de la muerte. Pero estaba muy débil y no podía reflexionar bien sobre todo lo que había sucedido. Mi vida entera se me aparecía como una pesadilla; me preguntaba si todo aquello era cierto, pues los hechos nunca conseguían imponérseme con la fuerza de la



realidad.

A medida que las borrosas imágenes que me envolvían se iban haciendo más precisas, me volvió la fiebre; estaba rodeado de una oscuridad que nadie disipaba con la dulce voz del afecto; no tenía junto a mí a nadie que me tendiera una mano. Vino el médico y me recetó unas medicinas, que la anciana se dispuso a preparar; pero el rostro del primero reflejaba una expresión de total desinterés, mientras que en el de la mujer se apreciaban claros síntomas de brutalidad ¿A quién podría incumbirle la suerte de un asesino, salvo al verdugo que cobraría por su trabajo?

Estos fueron mis primeros pensamientos; pero más tarde supe que el señor Kirwin había mostrado gran amabilidad para conmigo. Había ordenado que se me instalara en la mejor celda de la prisión (aunque bien sórdida era), y se había encargado de procurarme el médico y la enfermera.

Cierto que no solía venir a visitarme; pues, aunque deseaba mitigar los sufrimientos de todo

ser humano, no quería presenciar las angustias y delirios de un asesino. Venía de vez en cuando, para comprobar que no estaba desatendido; pero se quedaba poco, y espaciaba mucho sus visitas.

Un día, cuando empezaba a recobrarme, me sentaron en una silla. Ténía los ojos entornados y las mejillas pálidas, me invadían la tristeza y el abatimiento y pensaba si no sería mejor buscar la muerte antes que permanecer encerrado o, en el mejor de los casos, volver a un mundo repleto de desgracias. Consideré incluso si no sería mejor declararme culpable y sufrir, con más razón que Justine, el castigo de la ley. Me encontraba pensando en esto, cuando se abrió la puerta y entró el señor Kirwin. Su rostro denotaba amabilidad y compasión. Acercó una silla y me dijo en francés:

– Me temo que este lugar le resulte muy desagradable; ¿puedo hacer algo para que se encuentre más cómodo?

– Se lo agradezco – respondí– pero la comodidad no me preocupa: no hay en toda la Tierra nada que

me pueda hacer la vida más grata.

– Sé que la comprensión de un extraño poco puede ayudar a alguien hundido por tan insólita desgracia. Pero confío en que pronto podrá abandonar este lóbrego lugar, pues indudablemente se podrán aportar pruebas que le eximan de culpa.

– Eso es algo qué no me preocupa: debido a una extraña cadena de acontecimientos, me he convertido en el más infeliz de los mortales. Perseguido y atormentado como estoy, ¿existe alguna razón para que tema a la muerte?

– En efecto, pocas cosas habrá más desafortunadas y penosas que las extrañas coincidencias que han ocurrido recientemente. De forma accidental vino a parar a esta costa, famosa por su hospitalidad; fue detenido inmediatamente y culpado de asesinato. La primera cosa que le obligamos a ver fue el cadáver de su amigo, asesinado de forma inexplicable, y puesto en su camino por algún criminal.

Esta observación del señor Kirwin, a pesar de la agitación que me produjo el recuerdo de mis sufrimientos, me sorprendió considerablemente por la información que parecía entrañar respecto a mí. Mi rostro debió reflejar esta sorpresa, porque el señor Kirwin se apresuró a añadir:

– Hasta un par de días después de que cayera enfermo, no se me ocurrió examinar sus ropas con el fin de descubrir algún dato que me permitiera enviar a sus familiares noticias de su enfermedad. Encontré varias cartas, y entre ellas una que, a juzgar por el encabezamiento, era de su padre. Escribí de inmediato a Ginebra, y desde entonces han transcurrido casi dos meses. Pero está usted enfermo; tiembla. Hay que evitarle cualquier emoción.

– Estas dudas son mil veces más horribles que la peor noticia. Dígame cuál ha sido la siguiente muerte que ha habido y qué debo llorar.

– Su familia se encuentra bien – dijo el señor Kirwin con dulzura – y alguien, un amigo, ha

venido a visitarlo.

No sé qué asociación de ideas me hizo pensar que el asesino había venido a burlarse de mis desgracias y a utilizar la muerte de Clerval de señuelo para que accediera a sus diabólicos deseos. Tapándome la cara con las manos, exclamé con desesperación:

– ¡Lléveselo! No quiero verlo. Por el amor de Dios, que no entre.

El señor Kirwin me miró sorprendido. No podía por menos de considerar mi arrebato como prueba de mi culpabilidad, y con tono severo dijo:

– Joven, hubiera creído que la presencia de su padre le agradaría, en lugar de inspirarle tan violenta repugnancia.

– ¡Mi padre!, exclamé, mientras sentía que cada músculo se relajaba, y en mi alma la angustia se tornaba en alegría—. ¿Ha venido de verdad mi padre? ¡Qué felicidad! Pero ¿dónde está?, ¿por qué no entra?

El cambio sorprendió y agradó al magistrado; quizá atribuyó mi anterior exclamación a un momentáneo retorno del delirio, e instantáneamente recobró su benevolencia. Levantándose, abandonó la celda con la enfermera, y al momento entró mi padre.

En ese momento nada podría haberme alegrado más que su llegada. Tendiendo hacia él los brazos, exclamé:

– ¿Entonces estás a salvo?; ¿y Elizabeth?; ¿y Ernest?

Mi padre me tranquilizó, asegurándome que todos estaban bien, e intentó, hablándome de estos temas tan entrañables para mí, levantarme el ánimo; pero pronto se dio cuenta de que una cárcel no era el lugar más propicio para la alegría.

– ¡Qué sitio este para vivir, hijo mío! – dijo, observando con tristeza las enrejadas ventanas y el aspecto siniestro del cuarto––. Partiste de viaje en busca de distracciones; pero parece perseguirte la fatalidad. ¡Y el pobre Clerval...!

El oír el nombre de mi infeliz compañero fue demasiado para el estado en que me hallaba, y prorrumpí en llanto.

– ¡Padre! – respondí – un destino fatal pende sobre mi cabeza, y debo vivir para cumplirlo; de no ser por esto, hubiera muerto ya sobre el ataúd de Henry.

No pudimos hablar mucho tiempo, pues mi delicada salud requería que se tomaran todas las precauciones para asegurarme la tranquilidad. Entró el señor Kirwin e insistió en que mis escasas fuerzas no admitían tanta emoción. Mas la presencia de mi padre había sido para mí como la aparición del ángel bueno, y gradualmente fui recobrándome.

Pero, a medida que mejoraba, me iba invadiendo una sombría melancolía que nada lograba despejar. La espantosa imagen de Henry asesinado me rondaba constantemente. Más de una vez la agitación que este recuerdo me producía les hacía temer a mis amigos que sufriera una nueva

recaída. ¿Por qué se esforzaban en salvar una vida tan miserable y odiosa? Sin duda para permitirme cumplir el destino del cual ya estoy cerca.

Pronto, sí, muy pronto, la muerte acallará estos latidos y me librará del terrible fardo de angustias que me doblega hasta el suelo; y, cuando haya hecho justicia, también yo podré descansar ya. Pero entonces la muerte se hallaba aún muy lejos de mí, a pesar de que el deseo de morir ocupaba todos mis pensamientos. A menudo permanecía sentado, inmóvil y silencioso, esperando alguna inmensa catástrofe que me aniquilaría a mí a la vez que a mi destructor.

Se acercaba el momento de las sesiones. Ya llevaba en la cárcel tres meses; y aunque seguía estando muy débil y continuaba el peligro de una recaída, tuve que viajar unas cien millas hasta la ciudad en la que se encontraba el tribunal. El señor Kirwin se encargó de convocar a los testigos y de organizar mi defensa. Me evitaron la vergüenza de aparecer en público como un asesino, puesto que no llevaron el caso ante el tribunal de convictos de homicidio.

La acusación fue desestimada, al comprobarse que yo estaba en las islas Orcadas cuando se halló el cadáver de mi amigo; y quince días después de haberme trasladado a la capital estaba en libertad.

Mi padre tuvo una inmensa alegría al saberme absuelto del cargo de asesinato, y de pensar que ya podía volver a respirar el aire libre y regresar a nuestra patria. Yo no compartía estos sentimientos; las paredes de la cárcel no me resultaban más odiosas que las de un palacio.

Mi vida se había visto emponzoñada para siempre; y, aunque el sol brillaba para mí igual que para aquellos cuyo corazón rebosara de alegría, a mi alrededor no había más que densas y temibles tinieblas, en las que la única luz que penetraba la proporcionaban dos ojos clavados en mí. A veces eran los expresivos ojos de Henry, apagados por la muerte, las negras órbitas casi ocultas por los párpados, bordeados de largas pestañas oscuras; otras eran los acuosos ojos del monstruo, tal como los vi la primera vez en mi cuarto de Ingolstadt.

Mi padre intentaba despertar en mí sentimientos de afecto. Hablaba de Ginebra, donde pronto llegaríamos, de Elizabeth, de Ernest; pero la mención de estos nombres sólo lograba arrancarme profundos suspiros.

Había veces en que deseaba ser feliz, y pensaba con melancólica dicha en mi hermosa prima; o añoraba, con una desesperada nostalgia, ver de nuevo el lago azul y el veloz Ródano que tanto había querido en mi juventud; pero mi estado general era de apatía, y tanto me daba la cárcel como el más maravilloso paisaje de la naturaleza; y estos ataques de pesimismo sólo se veían interrumpidos por el paroxismo de la angustia y la desesperación. En aquellos momentos, con frecuencia intentaba poner fin a esa existencia que tanto odiaba; y se precisaron un cuidado y una vigilancia continuos para impedir que cometiera algún acto de violencia.

Recuerdo que, al abandonar la cárcel, oí decir a uno de los hombres:

– Puede que sea inocente del crimen, ¡pero está claro que tiene mala conciencia!

Estas palabras se me quedaron grabadas. ¡Mala conciencia!, era cierto. William, Justine, Clerval habían muerto víctimas de mis infernales maquinaciones.

– ¿Y cuál será la muerte que ponga fin a esta tragedia? – grité – Padre, no permanezcamos más tiempo en este horrible país; llévame donde pueda olvidarme de mí mismo, de mi propia existencia, del mundo entero.

Mi padre accedió gustoso a mis deseos; y, tras despedirnos del señor Kirwin, partimos para Dublín. Me sentía como si me hubieran aligerado de un terrible peso cuando, con viento favorable, la embarcación dejó Irlanda atrás, y abandoné para siempre el país que había sido el escenario de tantas tristezas.

Era media noche. Mi padre dormía en el camarote, y yo estaba tumbado en la cubierta, mirando las

estrellas y escuchando el batir de las olas. Bendije la oscuridad que borraba Irlanda de mi vista, y el pulso se me aceleró cuando pensé que pronto vería Ginebra. El pasado se me antojó una horrible pesadilla; pero el barco en el que navegaba, el viento que me alejaba de la odiada costa irlandesa v el mar que me rodeaba, todo servía para indicar claramente que no estaba engañado y que Clerval, mi queridísimo amigo y compañero, había caído víctima mía y del monstruo de mi creación.

Hice un repaso de toda mi vida: la tranquila felicidad mientras viví en Ginebra con mi familia, la muerte de mi madre y mi partida hacia Ingolstadt; recordé los escalofríos que me recorrieron ante el alocado entusiasmo que me empujaba hacia la creación de mi horrendo enemigo, y rememoré la noche en que vivió por primera vez. No pude continuar el hilo de mis pensamientos; me oprimían mil angustias, y lloré amargamente.

Desde que me había repuesto de la fiebre me había acostumbrado a tomar cada noche una pequeña cantidad de láudano, pues sólo con la ayuda de esta

droga conseguía obtener el descanso necesario para mantenerme con vida. Torturado por el recuerdo de mis múltiples desgracias, tomé una doble dosis y pronto me dormí profundamente. Pero el sueño no me liberó de mis pensamientos ni de mi desgracia, y soñé con mil cosas que me atemorizaban.

Cerca del amanecer tuve una horrible pesadilla: sentí cómo el malvado ser me oprimía la garganta; yo no me podía librar de su zarpa, y lamentos y alaridos resonaban en mi cabeza. Mi padre, que velaba mi sueño, advirtió mi inquietud y, despertándome, me señaló el puerto de Holyhead, en el cual estábamos entrando.



Capítulo 21

Habíamos decidido no pasar por Londres, sino cruzar directamente hacia Portsmouth, desde donde embarcaríamos para El Havre. Yo prefería este plan, porque temía volver a ver aquellos lugares en los que, con Clerval, había disfrutado de algunos momentos de paz. Pensaba con horror en ver de nuevo a aquellas personas a quienes habíamos visitado juntos, y que podrían hacer preguntas sobre un suceso cuyo mero recuerdo hacía revivir en mí el dolor que había sufrido al ver su cuerpo inerte en la posada de...

En cuanto a mi padre, todos sus esfuerzos se encaminaban hacia mi recuperación y a que mi mente encontrara de nuevo la paz. Sus cuidados y cariño no tenían límite; mi tristeza y pesadumbre eran tenaces, pero él no se daba por vencido. A veces pensaba que me sentía avergonzado de verme inmiscuido en un delito de asesinato, e intentaba convencerme de la inutilidad de la soberbia..

– Padre, ¡qué poco me conoces! – le dije – Es verdad que el ser humano, sus sentimientos y sus pasiones se verían humillados si un desgraciado como yo pecara de soberbia. La pobre e infeliz Justine era tan inocente como yo, y fue culpada de lo mismo; murió acusada de un acto que no había cometido; yo fui el culpable, yo la asesiné. William, Justine y Henry... los tres murieron a manos mías.

Durante mi encarcelamiento, mi padre me había oído hacer esta afirmación con frecuencia y, cuando me oía hablar así, a veces parecía desear una explicación; otras, tomaba mis palabras como ocasionadas por la fiebre, pensando que durante la enfermedad se me había ocurrido esta idea, cuyo recuerdo mantenía incluso durante la convalecencia. Yo evitaba las explicaciones, y guardaba silencio respecto del engendro que había creado. Tenía el presentimiento de que me tacharía de loco, lo cual me impediría darle una posible explicación, si bien hubiera dado un mundo por poder confiarle el funesto secreto..

En esta ocasión, y con profunda sorpresa, mi padre

me preguntó:.

– ¿Qué quieres decir, Víctor?, ¿estás loco? Mi querido hijo, te ruego que no vuelvas a decir semejante cosa.

– No estoy loco – grité con vehemencia — El sol y la luna, que han presenciado mis operaciones, pueden atestiguar lo que digo. Soy el asesino de esas víctimas inocentes; murieron a causa de mis maquinaciones. Mil veces habría derramado mi propia sangre, gota a gota, si así hubiera podido salvar sus vidas; pero no podía, padre, no podía sacrificar a toda la humanidad.

Mis últimas palabras convencieron a mi padre de que tenía las ideas trastornadas, y al instante cambió el tema de nuestra conversación, intentando desviar así mis pensamientos. Deseaba borrar de mi memoria las escenas que habían tenido lugar en Irlanda, y ni aludía a ellas ni me permitía hablar de mis desgracias. A medida que pasaba el tiempo me fui tranquilizando; la pesadumbre seguía bien asentada en mi corazón, pero ya no

hablaba de mis crímenes de forma incoherente; me bastaba tener conciencia de ellos. Mediante la más atroz represión, acallé la imperiosa voz de la amargura, que a veces ansiaba confiarse al mundo entero. También mi comportamiento se hizo más tranquilo y moderado de lo que había sido desde mi viaje al mar de hielo. Llegamos a El Havre el 8 de mayo, y proseguimos de inmediato a París, donde mi padre tenía que atender unos asuntos que nos detuvieron unas semanas. En esta ciudad, recibí la siguiente carta de Elizabeth.

A VÍCTOR FRANKENSTEIN

Mi queridísimo amigo:

Me dio mucha alegría recibir de mi tío una carta fechada en París; ya no estáis a una distancia tan tremenda y puedo abrigar la esperanza de veros antes de quince días. ¡Mi pobre primo, cuánto debes haber sufrido! Me figuro que vendrás aún más enfermo que cuando te fuiste de Ginebra. El invierno ha sido triste, pues me turbaba la angustia de la incertidumbre; no obstante espero verte

con el semblante tranquilo y el ánimo no del todo desprovisto de paz y serenidad.

Temo, sin embargo, que aún existen en ti los mismos sentimientos que tanto te atormentaban hace un año, quizá incluso avivados por el tiempo. No quisiera importunarte en estos momentos, cuando pesan sobre ti tantas desgracias; pero una conversación mantenida con mi tío antes de su marcha hacen necesarias algunas explicaciones antes de que nos veamos.

«¿Explicaciones?», te preguntarás. «¿Qué tendrá que explicar Elizabeth?» Si esto es lo que realmente dices, habrás ya respondido a mis preguntas y no me resta más que terminar la carta y firmar tu querida prima. Pero estás muy lejos, y es posible que temas pero que a la vez agradezcas esta explicación; y existiendo la posibilidad de que éste sea el caso, no me atrevo a permanecer más tiempo sin expresarte lo que, durante tu ausencia, a menudo he querido decirte, sin que jamás haya encontrado el valor para hacerlo.



Sabes bien, Víctor, que desde nuestra infancia tus padres han acariciado la idea de nuestra unión. Nos la comunicaron siendo nosotros muy jóvenes, y nos enseñaron a esperar esto como algo que con toda seguridad se llevaría a cabo. Fuimos siempre buenos compañeros de juegos durante nuestra niñez y creo que a medida que crecimos nos convertimos, el uno para el otro, en estimados y apreciados amigos. Pero ¿no podría ser el nuestro el mismo caso que el de los hermanos que, aun cuando sienten un gran cariño, no desean una unión más íntima entre sí? Dímelo, querido Víctor. Contéstame, te lo ruego en nombre de nuestra mutua felicidad, con franqueza: ¿quieres a otra mujer?

Has viajado; has pasado varios años de tu vida en Ingolstadt. Te confieso, amigo mío, que cuando te vi tan apenado el otoño pasado, en busca siempre de la soledad y rehuyendo la compañía de todos, no pude por menos de suponer que quizá lamentaras nuestra relación y te creyeras obligado por el honor a cumplir los deseos de tus padres, aunque se opusieran a tus inclinaciones. Pero es éste un razonamiento falso. Confieso, primo mío, que te

quiero, y que en mis etéreos sueños de futuro tú siempre has sido mi constante amigo y compañero. Pero es tu felicidad la que deseo tanto como la mía, cuando te digo que nuestro matrimonio me haría desgraciada para siempre si no respondiera a tu propia elección. Lloro de pensar que, abrumado como te encuentras por tus cruelísimas desdichas, ahogaras, debido a tu idea del honor, toda esperanza de amor y felicidad que son lo único que puede hacer que te repongas.

Quizá sea precisamente yo, que te amo tanto, la que esté incrementando mil veces tus sufrimientos, al ser obstáculo para la realización de tus deseos. Víctor, ten la seguridad de que tu prima y compañera de juegos te quiere con demasiada sinceridad como para que esta posibilidad no la entristezca. Sé feliz, amigo mío; y si acatas ésta mi única petición, ten la seguridad de que nada en el mundo perturbará mi tranquilidad.

No dejes que esta carta te preocupe; no contestes ni mañana ni pasado, ni siquiera antes de tu vuelta si ello te va a resultar doloroso. Mi tío me informará

de tu salud; y si al encontrarnos veo en tus labios una sonrisa, que se deba a mi actual esfuerzo, no pediré mayor recompensa.

ELIZABETH LAVENZA

Ginebra, 18 de marzo de 17...

Esta carta me trajo a la memoria algo que había olvidado: la amenaza del bellaco: «Estaré a tu lado en tu noche de bodas.» Esta era mi sentencia, y esa noche aquel demonio desplegaría todas sus artes para destruirme y arrancarme el atisbo de felicidad que prometía, en parte, compensar mis sufrimientos. Esa noche había decidido terminar sus crímenes con mi muerte. ¡Que así fuera!; tendría entonces lugar un combate a muerte, tras el cual, si él vencía, yo hallaría la paz, y el poder que ejercía sobre mí acabaría.

Si lo derrotaba, sería un hombre libre. Pero, ¿qué libertad tendría?; la del campesino que, asesinada su familia ante sus ojos, quemada su casa, destrozadas sus tierras, vaga sin hogar, sin

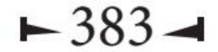
recursos y solo, pero libre. Tal sería mi libertad, sólo que en Elizabeth poseía un tesoro, por desventura contrarrestado por los horrores del remordimiento que me perseguirían hasta la muerte. ¡Dulce y adorable Elizabeth! Leí y releí su carta, y noté cómo ciertos sentimientos de ternura se adueñaban de mi corazón y osaban susurrarme idílicas promesas de amor y felicidad; pero la manzana había sido mordida, y el brazo del ángel se armaba para privarme de toda esperanza. Sin embargo, estaba dispuesto a morir por conseguir la felicidad de Elizabeth. Si el monstruo llevaba a cabo su amenaza, la muerte sería inevitable.

Recapacitaba sobre el hecho de que mi matrimonio acelerara mi sino. Ciertamente mi destrucción se adelantaría así algunos meses; pero, por otra parte, si mi verdugo llegaba a sospechar que, influido por su amenaza, demoraba la ceremonia, urdiría otro medio de venganza quizá aún más terrible. Había jurado estar a mi lado en mi noche de bodas, pero esta amenaza no le obligaba a mantener entretanto la paz. ¿Acaso no había asesinado a Clerval inmediatamente después de

nuestra conversación, como para indicarme que aún no estaba saciada su sed de sangre?

Decidí, por tanto, que si el inmediato matrimonio con mi prima iba a suponer la felicidad de Elizabeth y la de mi padre, las intenciones de mi adversario de acabar con mi vida no lo retrasarían ni una hora.

En este estado de ánimo escribí a Elizabeth. Mi carta era afectuosa y serena. «Temo, amada mía – escribí – que no es mucha la felicidad que nos resta en este mundo; sin embargo en ti se centra toda la que pueda un día disfrutar. Aleja de tu pensamiento tus infundados temores; a ti, y sólo a ti consagro mi vida y mis esperanzas de consuelo. Tengo un solo secreto, Elizabeth, un secreto tan terrible que cuando te lo revele se te helará la sangre; entonces, lejos de sorprenderte ante mis sufrimientos, te admirarás de que haya podido soportarlos. Te comunicaré esta historia de horrores y desgracias el día siguiente a nuestra boda, pues debe reinar entre nosotros, mi queridísima prima, una absoluta confianza. Pero hasta ese momento te ruego que no lo menciones o hagas alusión alguna a ello.



Te lo suplico de corazón, y confío en que así sea.»

Una semana después de recibida la carta de Elizabeth, llegábamos a Ginebra. Mi prima me recibió con cálido afecto, mas los ojos se le llenaron de lágrimas al advertir mi aspecto desmejorado y mis febriles mejillas. Ella también estaba cambiada. Estaba más delgada y había perdido algo aquella deliciosa vivacidad que tanto me cautivara antes; pero su dulzura y mirada suave llena de compasión hacían de ella una compañera mucho más idónea para el ser hundido y apesadumbrado en el que yo me había convertido.

La paz de la que ahora disfrutaba no duró. Los recuerdos me asaltaban de nuevo, haciéndome enloquecer; y cuando pensaba en todo lo ocurrido perdía por completo la razón. En ocasiones me poseía una terrible furia, otras me encontraba abatido y desanimado. Ni hablaba ni miraba a nadie; permanecía inmóvil, abrumado por el cúmulo de desgracias que se abatían sobre mí.

Sólo Elizabeth conseguía sacarme de estos

momentos de depresión; su dulce voz me serenaba cuando me poseía la cólera, y sabía despertar en mí sentimientos humanos cuando la apatía hacía de mí su presa. Lloraba conmigo y por mí. Cuando volvía en razón me regañaba, y se esforzaba por inculcarme resignación. Mas, si bien los desdichados pueden aprender a resignarse, ¡no hay paz posible para los culpables! Las torturas del remordimiento envenenan hasta la tranquilidad que, a veces, procura una tristeza infinita.

Poco después de nuestra llegada, mi padre se refirió a mi próxima unión con mi prima. Yo permanecía en silencio.

– ¿Estás, acaso, enamorado de otra persona? – preguntó.

– En modo alguno – le respondí – Quiero a Elizabeth, y deseo nuestra boda. Por tanto, fijemos el día; en él me consagraré, vivo o muerto, a la felicidad de mi prima..

– Mi querido Víctor, no hables así. Han caído sobre

nosotros grandes desgracias; pero esto debe servir para unirnos aún más a lo que nos queda, y volcar sobre los que viven el amor que sentíamos por aquellos que ya no están con nosotros. Nuestro círculo será reducido, pero fuertemente ceñido por los lazos del afecto y los sufrimientos comunes. Y cuando el tiempo haya limado tu desesperación, nacerán nuevos y queridos seres que reemplazarán aquellos que nos han sido arrebatados de forma tan cruel.

Estos eran los consejos de mi padre, pero no conseguía apartar de mí el recuerdo de aquella amenaza. Tampoco es de extrañar que, omnipotente como se había mostrado aquel infame demonio en sus sanguinarias acciones, yo lo considerara casi invencible, y que, cuando pronunció las terribles palabras «Estaré a tu lado en tu noche de bodas», considerara la amenaza como inevitable.

La muerte no hubiera supuesto para mi mayor desgracia, de no ser porque arrastraba la pérdida de Elizabeth y, por tanto, coincidí gozoso, incluso alegre, con mi padre en que, si mi prima aceptaba,

celebraríamos la ceremonia al cabo de diez días; así creía sellar mi suerte.

¡Dios mío!; si por un instante hubiera imaginado las intenciones reales de mi diabólico adversario, hubiera preferido exiliarme para siempre de mi tierra, y errar en soledad por el mundo como un renegado, antes que consentir en tan desdichada unión. Pero, como si poseyera poderes mágicos, el monstruo me había engañado respecto de sus verdaderas intenciones; y mientras creía que estaba preparando mi propia muerte, lo que hacía era acelerar la de una víctima muchísimo más querida.

A medida que se aproximaba la fecha de nuestra boda, no sé si debido a una falta de valor o a algún presentimiento, me sentía más y más deprimido. Pero ocultaba mis sentimientos bajo muestras de alborozo que llenaban de dicha el rostro de mi padre, pero apenas si conseguían engañar la mirada más atenta de Elizabeth. Mi prima esperaba nuestra unión con una serena alegría, no exenta del temor despertado por las recientes desgracias,



de que lo que ahora parecía una felicidad tangible pudiera desaparecer como un sueño, sin dejar más huella que un profundo y eterno pesar.

Se hicieron los preparativos para el acontecimiento; recibimos numerosas visitas que, sonrientes, nos felicitaban. Yo disimulaba cuanto podía la ansiedad que me corroía el corazón, y acepté con fingido ardor los planes de mi padre, aunque sólo fueran a servir de decorado para mi tragedia. Se nos compró una casa no lejos de Cologny, que, por estar cerca de Ginebra, nos permitiría disfrutar del campo y sin embargo visitar a mi padre cada día, pues él, con el fin de que Ernest pudiera proseguir sus estudios en la universidad, seguiría viviendo en la ciudad.

Entretanto, yo tomé todas las precauciones para garantizar mi defensa caso de que mi enemigo me atacara abiertamente. Llevaba siempre conmigo un puñal y un par de pistolas, y permanecía alerta para evitar cualquier posible intento por su parte; de este modo conseguí una mayor tranquilidad. Lo cierto es que así la felicidad que esperaba de

mi matrimonio se iba materializando, y al hablar todos de nuestra unión como algo que ningún acontecimiento podría impedir, la amenaza se difuminaba y hasta llegué a creerme que carecía de la suficiente entidad como para alterar mi paz.

Elizabeth parecía contenta, pues mi aspecto sereno contribuía mucho a calmarla. Pero el día en que se iban a cumplir mis deseos y que iba también a sellar mi destino, estaba apesadumbrada, como si tuviera algún mal presentimiento. Quizá también pensara en el terrible secreto que había prometido contarle al día siguiente. Mi padre sin embargo rebosaba de felicidad y, con el ajetreo de los últimos momentos, atribuyó la melancolía de su sobrina al pudor comprensible de una novia.

Después de la ceremonia, los numerosos invitados se reunieron en casa de mi padre. Se había decidido que Elizabeth y yo pasaríamos la tarde y la noche en Evian, y que a la mañana siguiente nos iríamos a Cologny. Hacía un día hermoso y, ya que el viento era favorable, decidimos ir en barco.

Fueron esos los últimos momentos de mi vida durante los cuales me sentí feliz. Navegábamos deprisa; el sol calentaba con fuerza, pero nos protegía un pequeño toldo. Admiramos la belleza del paisaje, costeando las orillas del lago; un lado nos ofrecía el monte Saléve, las orillas de Montalégre, el maravilloso Mont Blanc, dominando a distancia el conjunto y las montañas coronadas de nieve, que en vano intentaba competir con él. Al otro lado quedaba el majestuoso Jura, con su sombría ladera, que parecía interponerse a la inquietud del que quisiera abandonar el país y a la intrepidez del invasor que pretendiera esclavizarlo.

– Estás triste, mi amor. ¡Ay!, si supieras lo que he sufrido y cuánto me queda aún por pasar, harías que disfrutara de la paz y el sosiego que este día, al menos, me depara.

– Alégrate, mi querido Víctor – respondió ella– confío en que no tengas motivos para entristecerte; y te aseguro que, aunque mi rostro no exprese mi dicha, mi corazón rebosa de felicidad. Hay algo que me previene en contra de poner demasiadas

esperanzas en el futuro que hoy se abre ante nosotros; pero no escucharé tan lóbrega voz. Mira la rapidez con que nos movemos y cómo las nubes, que bien nos ensombrecen, bien rebasan la cima del Mont Blanc, hacen aún más interesante este hermosísimo paisaje. Observa también los numerosos peces que nadan en este agua, tan clara, que nos permite ver cada guijarro del fondo. ¡Qué día tan precioso!; ¡qué tranquila y serena se muestra la naturaleza!

Elizabeth trataba así de alejar nuestros pensamientos de temas dolorosos. Pero su humor fluctuaba; había instantes en que los ojos le brillaban con alegría, pero ésta en seguida dejaba paso al ensimismamiento y la abstracción.

El sol comenzaba a declinar. Cruzamos el río Drance y vimos cómo continuaba su curso por entre los barrancos y vallecillos de las colinas. Aquí los Alpes se acercan bastante al lago, y poco a poco nos fuimos aproximando al anfiteatro de montañas que lo cercan por el lado este. El campanario de Evian brillaba recortado sobre el oscuro fondo de

bosques que rodean la ciudad, custodiada por la cordillera de altas cumbres.

Al anochecer, el viento, que hasta entonces nos había empujado con asombrosa rapidez, se tornó en una suave brisa que apenas ondulaba las aguas y movía los árboles suavemente. Nos acercábamos a la orilla desde la que nos llegaba el más delicioso aroma de flores y heno. El sol se puso en el momento en que desembarcamos; y al poner pie en tierra, sentí revivir en mí la ansiedad y el temor, que tan pronto se iban a aferrar a mí para siempre.


Mary Shelley
Frankenstein
393

Capítulo 22

Eran las ocho cuando desembarcamos. Paseamos unos momentos por la orilla disfrutando del crepúsculo y luego nos dirigimos a la posada, desde donde contemplamos la hermosa vista del lago, bosques y montañas, que, envueltas en la oscuridad, aún mostraban sus negros perfiles.

El viento, que casi había cesado por el sur, se levantó ahora con gran violencia desde el oeste. La luna, alcanzado su cenit, empezaba a descender; ante ella, las nubes corrían, más veloces que el vuelo de los buitres, y nublaban sus rayos; en las aguas del lago se reflejaba el atareado firmamento, de manera aún más bulliciosa, pues las olas empezaban a crisparse. De pronto cayó una fuerte tormenta de agua.

Yo había permanecido tranquilo a lo largo de todo el día, pero, en cuanto la noche difuminó la forma de las cosas, me asaltaron mil temores. Alerta y lleno de ansiedad, empuñaba con la mano derecha una pistola que llevaba escondida en el pecho; el

más leve ruido me aterrorizaba; pero decidí que iba a vender cara mi vida y que no abandonaría la lucha que se avecinaba hasta que o mi adversario o yo cayéramos.

Elizabeth observó mi agitación en silencio durante algún tiempo. Por fin dijo:

– ¿Qué te intranquiliza, mi querido Víctor? ¿Qué es lo que tanto temes?

– Paciencia, querida mía, paciencia – le respondí – Pasada esta noche, el peligro habrá acabado. Pero esta noche es terrible, muy terrible.

Transcurrió una hora en esta inquietud; de pronto, pensé en lo espantoso que le resultaría a mi esposa el combate que esperaba de un momento a otro. Le rogué que se acostara, dispuesto a no reunirme con ella en tanto no conociera las intenciones de mi enemigo.

Me quedé solo, y continué durante algún tiempo paseando por los pasillos de la casa y examinando

cada rincón que pudiera servirle de escondrijo a mi adversario. Pero no descubrí rastro alguno de él; y empezaba a pensar que alguna providencial casualidad habría intervenido para impedirle llevar a cabo su amenaza, cuando oí un grito agudo y estremecedor. Venía de la habitación donde descansaba Elizabeth.

Al oírlo comprendí la estremecedora verdad, y me quedé paralizado; noté cómo la sangre me corría por las venas y me ardía en las puntas de los dedos. Un instante después escuché un nuevo grito y corrí hacia la alcoba.

¡Dios mío!, ¿cómo no morí entonces? ¿Por qué me hallo aquí narrando la destrucción de mi mayor esperanza, y la muerte de la más pura criatura? Estaba tendida en el lecho, inánime, la cabeza ladeada, las facciones pálidas y convulsas, semiocultas por el cabello. Doquiera que vaya veo la misma imagen: los brazos exangües y el cuerpo lacio, tirado sobre el tálamo nupcial por su asesino.

¿Cómo pude ver esto y seguir viviendo? ¡Cuán

tenaz es la vida, y cómo se aferra a quienes más la desprecian! En un instante perdí el conocimiento, y caí al suelo.

Cuando volví en mí, me encontré rodeado de la gente de la posada; sus rostros demostraban un terror inenarrable; pero su espanto no era más que una parodia, una sombra de los sentimientos que me oprimían a mí. Escapé hacia la habitación donde yacía el cuerpo de Elizabeth, mi amor, mi esposa tan querida y venerada, viva aún pocos momentos antes.

No estaba ya en la posición en la que la había encontrado; tenía ahora la cabeza recostada en un brazo, y el rostro y cuello ocultos por un pañuelo, y se la podía creer dormida. Corrí hacia ella y la abracé con ardor, pero la mortal quietud y frialdad de sus miembros delataban que lo que estrechaba entre mis brazos ya no era la Elizabeth a quien tanto había adorado. En su garganta se veían las horrendas señales del diabólico ser, y ni el menor aliento salía de sus labios.

Mientras con agonizante desesperación me inclinaba sobre ella, levanté la vista. Me invadió una especie de pánico al ver que la pálida luz de la luna iluminaba la habitación, pues las contraventanas que se habían cerrado anteriormente ahora estaban abiertas.

Con inexpresable horror vi asomarse a una de las ventanas el aborrecido y repugnante rostro del monstruo. Esbozó una mueca burlona mientras señalaba con su inmundo dedo el cadáver de mi esposa. Me abalancé hacia la ventana y, extrayendo del pecho una pistola, disparé; pero esquivó la bala, y, huyendo del lugar a velocidad del rayo, se zambulló en las aguas del lago.

El ruido del disparo atrajo a la gente hacia la habitación. Indiqué el lugar por donde había desaparecido, y lo seguimos con barcas; echamos incluso redes, pero todo en vano. Regresamos desesperanzados después de varias horas, la mayoría de mis compañeros convencidos de que el fugitivo era fruto de mi imaginación.

Tras desembarcar, se dispusieron a registrar los alrededores, organizando distintas patrullas, que se esparcieron por los bosques y viñedos.

No fui con ellos; me encontraba exhausto. Un velo me nublaba la vista, y la piel me ardía con el calor de la fiebre. En este estado, apenas consciente de lo que había ocurrido, me tendieron en una cama, desde donde recorría el cuarto con la mirada en busca de algo que había perdido.

Recordé entonces que mi padre estaría esperando con ansiedad a que Elizabeth y yo regresáramos, y que ahora debería volver solo. Este pensamiento me trajo lágrimas a los ojos y di libre curso a mi llanto. Mis errantes pensamientos iban de un punto a otro, centrándose en mis desgracias, y en lo que las había ocasionado. Me envolvía una nube de incredulidad y horror.

La muerte de William, la ejecución de Justine, la muerte de Clerval y finalmente la de mi esposa; ni siquiera sabía si el resto de mis familiares se encontraban a salvo de la maldad del villano; quizá

mi padre se agitaba ya entre las manos asesinas, mientras Ernest yacía inerte a sus pies. Esta idea me hizo estremecer y me devolvió a la realidad. Me levanté, y decidí volver a Ginebra de inmediato.

No había caballos disponibles, y tuve que hacer el viaje a través del lago, aunque el viento no era favorable y llovía torrencialmente. Sin embargo, apenas había amanecido y podía confiar en estar en casa por la noche. Contraté algunos remeros, y yo mismo tomé uno de los remos, pues siempre había notado que el ejercicio físico paliaba los sufrimientos del espíritu.

Pero lo inmenso de mi pesar y el exceso de agitación que había padecido me impedían cualquier esfuerzo. Dejé el remo, y apoyando la cabeza entre las manos me abandoné al dolor. Al levantar la vista veía los parajes que me eran familiares de los tiempos lejanos de mi felicidad, y que aún el día anterior había contemplado con la que ahora no era sino una sombra y un recuerdo.

Lloré amargamente. La lluvia había cesado unos

instantes, y vi los peces jugando en el agua igual que lo habían hecho pocas horas antes bajo la mirada de Elizabeth. Nada hay tan doloroso para la mente humana como un cambio brusco y profundo.

Podía brillar el sol, o las nubes ensombrecer el cielo; para mí ya nada podía volver a ser lo mismo que el día anterior. Un infame me había arrebatado todas mis esperanzas de felicidad. No habrá habido jamás criatura tan desgraciada como yo; suceso tan espeluznante es único en la historia del hombre.

Pero para qué narrar los acontecimientos que siguieron a esta tragedia. El horror ha llenado toda mi vida; había llegado al punto culminante del sufrimiento, y lo que resta no puede más que aburrirle. Uno a uno me fueron arrebatados aquellos a quienes amaba; y me quedé solo. No tengo ya fuerzas; y explicaré lo que queda de mi horrenda narración en pocas palabras.

Llegué a Ginebra. Mi padre y Ernest aún vivían; pero el primero se hundió ante la trágica nueva

que traía. ¡Cómo le recuerdo!, ¡padre bondadoso y amable!; la luz huyó de sus ojos, pues habían perdido a aquella a quien adoraban: Elizabeth, su sobrina, más que una hija para él, a la cual quería con todo el cariño que siente un hombre que, próximo el fin de sus días, y teniendo pocos seres a quienes dedicar su afecto, se aferra con mayor intensidad a aquellos que le quedan.

¡Maldito, maldito villano que llenó de tristeza sus canas y le hizo morir de dolor! No podía vivir bajo el tormento de los horrores que se acumulaban en torno suyo; sufrió una hemorragia cerebral, y murió en mis brazos al cabo de unos días.

¿Qué fue entonces de mí? No lo sé; perdí la noción de todo, y me vi envuelto en cadenas y tinieblas. Soñaba, a veces, que con los amigos de juventud vagaba por alegres valles y prados llenos de flores; pero despertaba una y otra vez en la misma celda.

A esto seguía la melancolía, pero poco a poco fui cobrando una idea exacta de mis aflicciones y de mi situación, y por fin me liberaron. Me habían creído

loco y, como supe más tarde, durante muchos meses estuve encerrado en una celda solitaria. Pero la libertad hubiera sido un fútil regalo, si al recobrar la razón no hubiera recobrado a la vez un deseo de venganza. Así que iba recuperando el recuerdo de mis desdichas, empecé a pensar en su causa: el monstruo que había creado, el miserable demonio que, para mi ruina, había traído al mundo.

Al pensar en él, me invadía una enloquecedora furia y entonces, deseando que cayera en mis manos, rezaba para que así fuera y pudiera desatar sobre su infame cabeza una inmensa y mortal venganza.

Mi cólera no se satisfizo mucho tiempo con inútiles deseos; empecé a pensar en cómo podía perseguirlo; a este fin, un mes después de puesto en libertad, me dirigí a uno de los jueces de la ciudad, diciéndole que quería formular una acusación; dije que conocía al asesino de mis familiares, y que le rogaba que ejerciera toda su autoridad para que se le detuviera.

Me escuchó con benevolencia e interés.

– Esté usted seguro – dijo – de que no ahorraré esfuerzos para encontrar al villano.

– Le quedo muy agradecido – respondí — Escuche, pues, la declaración que voy a hacer. Es en verdad una historia tan extraña que temería que usted no me creyera, de no ser por que hay algo en las verdades, por insólitas que parezcan, que fuerzan la convicción. Mi relato es demasiado coherente como para que pueda tomarse por un sueño, y no tengo motivos para mentir.

De esta forma me dirigí a él, con voz tranquila pero seria; había decidido perseguir a mi destructor hasta la muerte, y este propósito calmaba mi angustia y me reconciliaba un poco con la vida. Narré mi historia brevemente, pero con firmeza y precisión, dando fechas exactas y sin desviarme del tema para lamentarme de los hechos.

Al principio, el magistrado demostraba una total incredulidad, pero a medida que proseguía escuchó con mayor atención e interés; hubo momentos en que lo vi estremecerse, otros en que

su rostro denotaba un vivo asombro, exento de escepticismo.

Al concluir mi relato, dije:

– Este es el ser al que acuso, y en cuya detención y castigo le ruego ejerza su máxima autoridad. Es su deber como magistrado, y creo y espero que sus sentimientos como hombre no rehusarán cumplir con él en esta ocasión.

Estas últimas palabras provocaron un sensible cambio en la expresión del magistrado. Había escuchado mi relato con ese tipo de credulidad que producen las narraciones de fantasmas y sucesos sobrenaturales; pero cuando le requerí que actuara de forma oficial, volvió a desconfiar. Sin embargo, me respondió templadamente:

– Con gusto le ayudaría en lo que me fuera posible; pero el ser de quien usted me habla parece estar dotado de unos poderes que harían inútiles todos mis esfuerzos. ¿Quién puede perseguir a un animal capaz de atravesar el mar de hielo, habitar en

grutas y cavernas, donde ser humano jamás osaría entrar? Además, han pasado algunos meses desde que cometió sus crímenes y es imposible saber a dónde huyó o en qué lugar se halla actualmente ahora.

– No dudo de que ronda el lugar en el que yo me encuentro. Y caso de haberse refugiado en los Alpes; se le puede dar caza como si fuera una gamuza y destruirlo como a una bestia feroz. Pero leo su pensamiento; no cree mi relato, y no tiene la intención de perseguir a mi enemigo y aplicarle el castigo que merece.

Al hablar, tenía los ojos encendidos de cólera, y el magistrado se asustó.

– Está usted equivocado – dijo — Haré todo lo que esté en mi mano y, si logro capturar al monstruo,, sepa que será castigado de acuerdo con sus crímenes. Pero temo, por lo que usted mismo ha descrito sobre su resistencia, que esto resulte imposible, y que a la par que se toman las medidas necesarias, usted se debería resignar al fracaso.

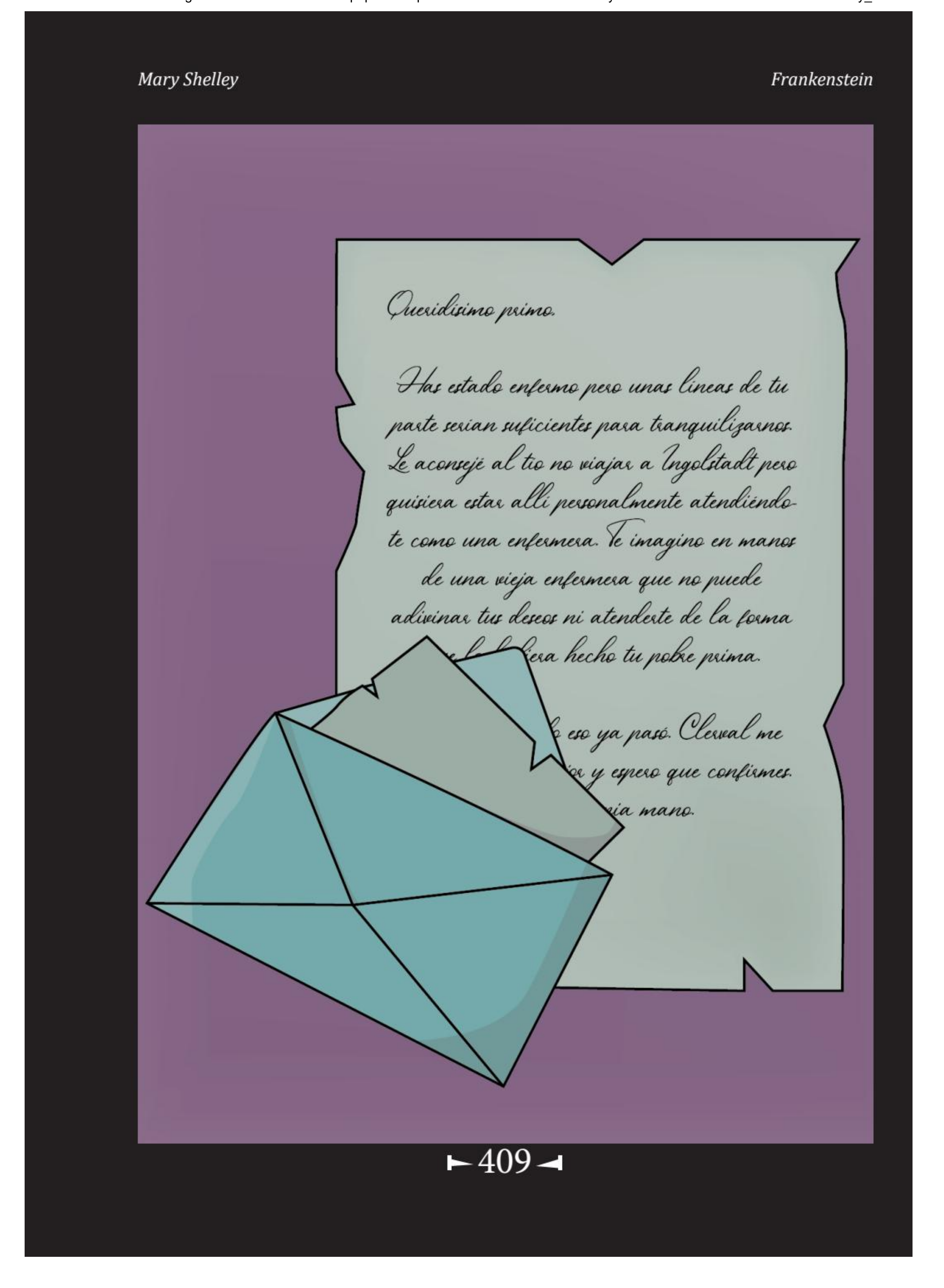
– Eso no es posible; pero nada de lo que diga puede servirme de mucho. Mi venganza no es de su incumbencia; y sin embargo, aunque reconozca en ello un vicio, le confieso que es la única y devoradora pasión de mi espíritu. Mi ira no tiene límites, cuando pienso que el asesino, que lancé entre la sociedad, sigue con vida. Me niega usted mi justa petición: me queda un único camino, y desde ahora me dedicaré, vivo o muerto, a conseguir su destrucción.

Temblaba al decir esto; mi actitud debía rezumar aquel mismo frenesí y altivo fanatismo que se dice tenían los antiguos mártires. Pero para un magistrado ginebrino, cuyos pensamientos están muy lejos de los ideales y heroísmos, esta grandeza de espíritu debía asemejarse mucho a la locura. Intentó apaciguarme como haría una niñera con una criatura, y achacó mi relato a los efectos del delirio.

– ¡Mortal! – exclamé – está endiosado con su sabiduría, mas cuánta ignorancia demuestra. ¡Calle!; no sabe lo que dice.

Salí de la casa tembloroso e iracundo, y me retiré a pensar en otros medios de acción.




Queridísimo primo.
Has estado enfermo pero unas lineas de tu
parte serian suficientes para tranquilizarnos.
Le aconsejé al tio no viajar a Ingolstadt pero
quisiera estar allí personalmente atendiéndo-
te como una enfermera. Te imagino en manos
de una vieja enfermera que no puede
adivinar tus deseos ni atenderte de la forma
hubiera hecho tu pobre prima.
eso ya pasó. Clerval me
y espero que confirmes.
mano.

Capítulo 23

Mi estado era tal que no lograba controlar voluntariamente el pensamiento. Me inundaba la ira, y sólo el deseo de venganza me proporcionaba fuerza y comedimiento, reprimía mis sentimientos y me permitía estar sereno y calculador en momentos en que, de otro – modo, me hubiera abandonado al delirio y a la muerte.

Mi primera decisión fue abandonar Ginebra para siempre; mis desgracias hicieron que aborreciese la patria que tan intensamente había amado cuando era feliz y querido. Me hice con una importante cantidad de dinero, y algunas joyas que habían pertenecido a mi madre, y partí.

Y aquí empezó una peregrinación que sólo con mi muerte terminará. He recorrido una inmensa parte del mundo, y he sufrido todas las penurias que suelen tener que afrontar los viajeros en los desiertos y en las tierras salvajes. Apenas sé cómo he sobrevivido; con frecuencia me he tendido desfallecido sobre la arena, rogando que

me sobreviniera la muerte. Pero las ansias de venganza me mantenían vivo; no me atrevía a morir si mi enemigo continuaba con vida.

Al abandonar Ginebra, mi primer quehacer fue encontrar algún indicio que me permitiera seguir los pasos de mi infame enemigo. Pero estaba desorientado, y anduve por la ciudad durante muchas horas dudando sobre qué dirección tomar. Cuando empezaba a anochecer, me encontré en el cementerio donde reposaban William, Elizabeth y mi padre. Entré, y me acerqué a sus tumbas.

Reinaba el silencio, turbado tan sólo por el murmullo de las hojas que el viento agitaba suavemente; era ya casi de noche, y la escena hubiera resultado solemne y conmove;dora incluso para un observador ajeno a ella. Los espíritus de mis difuntos parecían rodearme, proyectando una sombra invisible pero palpable en torno a mi cabeza.

La honda tristeza que en un principio esta escena me había provocado pronto dio paso a la ira y a

la desesperación. Ellos estaban muertos, y sin embargo yo vivía; también vivía su asesino, y para aniquilarlo debía yo continuar mi tediosa existen;cia. Arrodillado en la hierba, besé la tierra y, con labios temblorosos, grité:

– Por la sagrada tierra en la que estoy postrado, por los espíritus que me rodean, por el profundo y eterno dolor que siento, por ti, oh Noche, y por los fantasmas que te pueblan, juro perseguir a ese demonio, que ocasionó estas desgracias, hasta que uno de los dos sucumba en un combate a muerte.

A este fin preservaré mi vida; para ejecutar esta cara venganza volveré a ver el sol y pisar la verde hierba, de todo lo cual, de otro modo, prescindiría para siempre. Y yo os conjuro, espíritus de los muertos, y a vosotros, errantes administradores de venganza, a que me ayudéis y orientéis en mi tarea. ¡Que el maldito e infernal monstruo beba de la copa de la angustia y sienta la misma desesperación que ahora me atormenta!

Había comenzado el juramento en tono solemne,

y con un fervor, que me hizo pensar que los espíritus de mis familiares asesinados escuchaban y aprobaban mi devoción; pero así que concluí, las Furias se apoderaron de mí, y la ira ahogaba mis palabras.

Desde la profunda quietud de la noche, me llegó entonces una estruendosa y diabólica carcajada. Resonó en mis oídos larga y dolorosamente; los montes me devolvieron su eco, y sentí que el infierno me rodeaba burlándose y riéndose de mí. En aquel momento, de no ser porque aquello significaba que mi juramento había sido escuchado y que me aguardaba la venganza, me hubiera dejado dominar por el frenesí y hubiera acabado con mi existencia miserable. La carcajada se fue extinguiendo, y una voz, familiar y aborrecida, me susurró con claridad, cerca del oído:

– ¡Estoy satisfecho, miserable criatura! Has decidido vivir, y eso me satisface.

Corrí hacia el lugar de donde procedía el sonido, pero aquel demonio me eludió. De pronto salió la

luna, iluminando su horrenda y deforme silueta, que se alejaba con velocidad sobrena;tural.

Lo perseguí; y desde hace varios meses ese es mi objetivo. Siguiendo una vaga pista, recorrí el curso del Ródano, pero en vano; hasta llegar a las azules aguas del Mediterráneo. Casualmen;te, una noche vi cómo el infame ser abordaba y se escondía en un bajel con destino al Mar Negro. Zarpé en el mismo barco; pero escapó, ignoro cómo.

Aunque continuaba esquivándome, seguí sus pasos por las estepas de Tartaria y de Rusia. A veces, campesinos, atemorizados por su horrenda aparición, me informaban de la dirección que había tomado; otras, él mismo, temeroso de que si perdía toda esperanza me desesperara y muriera, dejaba tras de sí algún indicio para que me guiara.

Cuando cayeron las nieves, hallé en la llanura la huella de su gigantesco pie. Para usted, que se encuentra comenzando la vida, que desconoce el sufrimiento y el dolor, es imposible saber lo que he padecido y aún padezco. El frío, el hambre

y la fatiga eran los males menores que hube de aguantar; me maldijo un demonio, y llevo un infierno dentro de mí; sin embargo, algún espíritu bueno siguió y dirigió mis pasos, y me libraba de pronto de dificultades aparentemente insalvables.

A veces, cuando vencido por el hambre me encontraba ya exhausto, encontraba en el desierto una comida reparadora que me devolvía las energías y me prestaba de nuevo aliento; eran alimentos toscos, del tipo que tomaban los campesinos de la región, pero no dudo de que los había depositado allí el espíritu que había invocado en mi ayuda. Muchas veces, cuando todo estaba seco, el cielo despejado y yo me encontraba sediento, aparecía una pequeña nube en el firmamento que, tras dejar caer algunas gotas para reavivarme, desaparecía.

Cuando podía, seguía el curso de los ríos; pero el infame engendro solía evitarlos por ser los lugares más poblados por los habitantes del país. En los lugares donde encontraba pocos seres humanos me alimentaba de los animales salvajes que se

cruzaban en mi camino. Tenía dinero, y me, ganaba las simpatías de los campesinos distribuyéndolo, o repartiendo, entre aquellos que me habían permitido el uso de su fuego y utensilios de cocina, la caza que, tras separar la porción que destinaba a mi alimento, me sobraba.

Esta vida me asqueaba, y únicamente mientras dormía saboreaba algo de alegría. ¡Bendito sueño! A menudo, encontrán;dome en el límite de mi angustia, me tendía a dormir, y los sueños me proporcionaban la ilusión de felicidad. Los espíritus que velaban por mí me deparaban estos momentos, mejor dicho, estas horas de felicidad, a fin de que pudiera retener las fuerzas suficientes para proseguir mi peregrinación.

De no ser por este respiro, hubiera sucumbido bajo mis angustias. Durante el día, me mantenía y animaba la perspectiva de la noche, pues en mis sueños veía a mis familiares, a mi esposa y a mi amado país; veía de nuevo la bondadosa faz de mi padre, oía la cristalina voz de Elizabeth y encontraba a Clerval rebosante de salud y

juventud.

Muchas veces, extenuado por una caminata agotadora, inten;taba convencerme mientras andaba de que estaba soñando y que cuando llegara la noche despertaría a la realidad en brazos de los míos. ¡Qué punzante cariño sentía hacia ellos!; ¡cómo me aferraba a sus queridas siluetas, cuando a veces me visitaban, incluso estando despierto, e intentaba convencerme de que aún estaban con vida! En aquellos momentos, la venganza que me corroía el corazón se aplacaba, y continuaba mi camino hacia la destrucción de aquel demonio más como un deber impuesto por el cielo, como el impulso mecánico de un poder del cual era inconsciente, que como el ardiente deseo de mi espíritu.

Desconozco los sentimientos de aquel a quien perseguía. A veces dejaba cosas escritas en los troncos de los árboles o talladas en la piedra, que me guiaban o avivaban mi cólera. «Mi reinado aún no ha acabado ––estas eran las palabras que se leían en una de las inscripciones––; sigues viviendo

y mi poder es total. Sígueme; voy hacia el norte en busca de las nieves eternas, donde padecerás el tormento del frío y el hielo al que yo soy insensible. Si me sigues de cerca, encontrarás no lejos de aquí una liebre muerta; come y recupérate. ¡Adelante, enemigo!; aún nos queda luchar por nuestra vida; pero hasta entonces te esperan largas horas de sufrimiento.»

¡Demonio burlón! De nuevo juro vengarme; de nuevo te condeno, miserable criatura, a atormentarte hasta la muerte. Nunca abandonaré mi persecución hasta que uno de los dos muera; y entonces, ¡con qué júbilo me reuniré con Elizabeth y aquellos que ya me preparan la recompensa por mis fatigas y sombrío peregrinaje!

A medida que avanzaba hacia el norte, la nieve aumentaba, y el frío era tan intenso que apenas si podía soportarse. Los campesinos permanecían encerrados en sus chozas, y sólo algunos de los más fornidos se aventuraban en busca de los animales que el hambre forzaba a salir de sus guaridas. Los ríos se habían helado y al no poder pescar me

encontré privado de mi principal alimento.

La victoria de mi enemigo se consolidaba, así que aumentaban mis dificultades. Otra inscripción que me dejó decía: «¡Prepárate!: tus sufrimientos no han hecho más que empezar. Abrígate con pieles, y aprovisiónate, pues pronto iniciaremos una etapa en la que tus desgracias satisfarán mi odio eterno.»

Estas burlonas palabras reavivaron mi valor y perseverancia. Decidí no fallar en mi resolución; e, invocando la ayuda de los cielos, continué con infatigable ahínco cruzando aquella desértica región hasta que, en la lejanía, apareció el océano, último límite en el horizonte. ¡Qué distinto de los azules mares del sur! Cubierto de hielo, sólo se diferenciaba de la tierra por una mayor desolación y desigualdad.

Los griegos lloraron de emoción al ver el Mediterráneo desde las colinas de Asia, y celebraron con entusiasmo el fin de sus vicisitudes. Yo no lloré; pero me arrodillé y, con el corazón rebosante, agradecí a mis espíritus el que me

hubieran guiado sano y salvo hasta el lugar donde esperaba, pese a las burlas de mi enemigo, poder enfrentarme con él.

Hacía algunas semanas que me había procurado un trineo y unos perros, lo que me permitía cruzar la nieve a gran velocidad. Ignoraba si aquel infame ser disfrutaba de la misma ventaja que yo; pero vi que, así como antes había ido perdiendo terreno, ahora me iba acercando más a él; tanto es así, que cuando divisé el océano sólo me llevaba un día de ventaja y esperaba poder alcanzarlo antes de llegar a la orilla. Con renovado valor proseguí mi carrera, y al cabo de dos días llegué a una miserable aldea de la costa.

Pregunté a los habitantes por aquel villano y me dieron datos precisos. Un gigantesco monstruo, dijeron, había llegado la noche anterior, armado con una escopeta y varias pistolas, haciendo huir, atemorizados ante su espantoso aspecto, a los habitantes de una solitaria cabaña. Les había robado sus provisio;nes para el invierno, y las había puesto en un trineo, al cual ató varios perros

amaestrados que asimismo robó. Esa misma noche, y ante el alivio de aquellas asustadas personas, había reanudado su viaje sobre el helado océano en dirección a un punto donde no había tierra alguna; suponían que pronto sería destruido por alguna de las grietas que con frecuencia se abrían en el hielo, o que moriría de frío.

Al oír esto, sufrí un ataque momentáneo de desesperación. Había conseguido escapar de mí; y yo debía ahora emprender un viaje peligroso e interminable a través de las montañas de hielo del océano, bajo los rigores de un frío que pocos indígenas podían soportar, y que yo, nativo de una tierra cálida y soleada, no resistiría. Pero, ante la idea de que aquel engendro viviera y venciera, se me avivó de nuevo la ira y el ansia de venganza y, cual poderoso alud, barrieron mis otros sentimientos. Tras un breve descanso, durante el cual me visitaron los espíritus de mis difuntos y me animaron a la venganza, me preparé para el viaje.

Cambié el trineo de tierra por uno adecuado a las

irregularida;des del océano helado; y, después de comprar una buena cantidad de provisiones, abandoné tierra firme tras de mí.

No puedo calcular los días que han pasado desde entonces; pero he padecido torturas que, de no ser por el eterno sentimien;to de una justa retribución que me inflama el corazón, nada hubiera podido hacerme padecer. Con frecuencia inmensas y escarpadas montañas de hielo me cerraban el camino, y muchas veces oía rugir, amenazante, una mar gruesa. Pero las constantes heladas garantizaban la solidez de las sendas del mar.

A juzgar por la cantidad de provisiones consumidas, debían haber transcurrido tres semanas. Más de una vez, la continua demora en alcanzar lo que tanto deseo, esperanza que me acompaña siempre, me arrancaba lágrimas de dolor. En una ocasión la desesperación casi se adueñó de mí, y estuve a punto de sucumbir; los pobres animales que me arrastraban habían alcanza;do con esfuerzo increíble la cima de una montaña, muriendo uno de ellos de fatiga, y yo

contemplaba con angustia la inmensidad del hielo ante mí, cuando de pronto divisé un minúsculo punto oscuro en la distancia. Agudicé la vista para adivinar lo que era, y prorrumpí en una jubilosa exclamación al distinguir un trineo y las deformes proporciones de aquella figura tan conocida.

¡Con qué ardor volvió la esperanza a mi corazón! Cálidas lágrimas brotaron de mis ojos, aunque las enjuagué con rapidez para que no me hicieran perder de vista aquella infame criatura; pero las ardientes gotas seguían nublándome la visión y, finalmente, bajo la emoción que me embargaba, prorrumpí en llanto.

No era éste momento para entretenerme; desaté los arneses del perro muerto, di de comer a los restantes en abundancia y, tras descansar una hora, lo cual era imprescindible, aunque estaba inquieto por continuar, proseguí mi camino. Aún veía el trineo en la lejanía; no volví a perderlo de vista, excepto cuando algún saliente de las rocas de hielo lo ocultaba. Iba ganándole terreno; y cuando, al cabo de dos días, me encontré a menos

de una milla de mi enemigo, temí que el corazón me estallara de alegría.

Pero, justo entonces, cuando estaba a punto de darle alcance, mis esperanzas se vieron de pronto truncadas, y perdí todo rastro de él. Empecé a oír el bramido del mar; las olas se abatían furiosamente bajo la capa de hielo, y notaba cómo se henchían y se hacían más amenazadoras y terribles. En vano intenté prose;guir. El viento se levantó; el mar rugía; y, como con la tremenda sacudida de un terremoto, se abrió el hielo con un ruido atronador. Pronto concluyó todo; en pocos minutos, un agitado mar me separó de mi enemigo, y me hallé flotando sobre un témpano de hielo, que menguaba por momentos y me preparaba una horrenda muerte.

Así pasaron horas terribles; murieron varios de mis perros; y yo estaba a punto de sucumbir, cuando divisé su navío, que navegaba sujeto por el ancla y me devolvió la esperanza de vivir. Ignoraba que los barcos se aventuraran tan al norte y me sorprendió verlo; rápidamente destruí una parte de mi trineo para hacer con él unos remos y así pude, con enorme

esfuerzo, acercar mi improvisada balsa hacia el barco. Había decidido que, caso de que ustedes se dirigieran hacia el sur, me encomendaría a la clemencia de los mares antes que desistir de mi propósito. Esperaba poder convencerlo de que me diera un bote con el cual pudiera aún perseguir a mi enemigo. Pero iban hacia el norte. Me subieron a bordo cuando mis fuerzas estaban ya agotadas, y cuando mis múltiples desgracias me arrastraban hacia una muerte que aún no deseo, pues mi tarea está inconclusa.

¿Cuándo me permitirán gozar del descanso que tanto anhelo los espíritus que me guían hacia el infame ser?; ¿o es que yo debo morir y él sobrevivirme? Si así fuere, júreme Walton, que no lo dejará escapar; júreme que usted lo acosará, y llevará a cabo mi venganza dándole muerte. ¿Pero puedo pedirle que asuma mi peregrinación, que sufra las penurias que yo he pasado? No; no soy tan egoísta.

Pero, cuando yo haya muerto, si él apareciese, si los dioses de la venganza lo condujeran ante usted,

júreme que no vivirá; júreme que no triunfará sobre mis desgracias, y que no podrá hacer a otro tan desgraciado como me hizo a mí. Es elocuente y persuasivo; incluso una vez logró enternecerme el corazón; pero desconfíe de él. Tiene el alma tan inmunda como las facciones, y repleta de maldad y traición. No lo escuche; invoque a William, Justine, Clerval, Elizabeth, mi padre y al infeliz Víctor, y húndale la espada en el corazón. Yo me encontraré a su lado para dirigir el acero.



Capítulo 24

Prosigue la narración de WALTON

26 de agosto de 17...

Has leído este extraño e impresionante relato, Margaret; ¿no sientes que, como a mí aún ahora, se te hiela la sangre en las venas? Había veces en que el sufrimiento lo vencía, y no podía continuar su narración; otras, con voz entrecortada y conmovedora, pronunciaba con dificultad las palabras tan repletas de dolor.

A veces los ojos hermosos y expresivos le brillaban con indignación; otras, el dolor los apagaba y llenaba de tristeza. A veces podía controlar sus sentimientos y palabras y narraba los más horrendos sucesos con voz serena, suprimiendo toda señal de agitación; pero de pronto, como un volcán en erupción, su rostro tomaba una expresión de fiereza, y, lanzaba mil insultos contra su perseguidor.

La historia es coherente y la ha contado con la naturalidad que da la verdad más sencilla; pero te confieso que las cartas de Félix y Safie, que me enseñó, y la visión del monstruo que tuvimos desde el barco, me convencieron más que todas sus afirmaciones, por muy coherentes y convincentes que parecieran.

No tengo ninguna duda, pues, de que existe semejante monstruo; pero sin embargo estoy lleno de asombro y admiración. He intentado que Frankenstein me cuente en detalle la creación del ser; pero sobre este punto permaneció inescrutable.

¿Está usted loco, amigo mío? – me contestó — ¿Hasta dónde le va a llevar su absurda curiosidad? ¿Es que quiere crear, también, un ser diabólico, enemigo suyo y del mundo? Si no, ¿a dónde quiere ir aparar con sus preguntas? ¡No insista! Aprenda de mis sufrimientos, y no se empeñe en aumentar los suyos.

Frankenstein observó que tomaba notas de su narración; quiso verlas, y él mismo las corrigió

y aumentó en muchos puntos; sobre todo en los diálogos con su enemigo, a los que dotó de mayor autenticidad.

– Ya que ha anotado usted mi narración – dio –, no quisiera que la posteridad la heredara en forma mutilada.

Así ha transcurrido una semana, escuchando la historia más extraña que jamás hubiera podido concebir imaginación alguna. El interés que siento por mi huésped, y que ha despertado tanto su relato como la nobleza y dulzura de su carácter, me ha seducido la mente y el alma por completo.

Quisiera ayudarlo; pero ¿cómo aconsejar que siga viviendo a alguien tan infeliz y carente de toda esperanza? La única dicha de que puede gozar es la que experimentará preparando su dolorida alma para la paz y la muerte.

Disfruta, empero, de algún consuelo, fruto de la soledad y el delirio: cree, cuando en sueños conversa con los seres que le fueron queridos, y obtiene de

esa comunicación cierto alivio para su sufrimiento o ánimo para la venganza, no que sean creaciones de su fantasía, sino que ciertamente son seres reales que, desde el más allá, vienen a visitarlo. Esta fe da a sus delirios una solemnidad que hace que me resulten casi tan imponentes e interesantes como la verdad misma.

Nuestras conversaciones no se limitan tan sólo a su historia y la de sus desgracias. Demuestra poseer un gran conocimiento de la literatura, y una aguda y rápida percepción. Su elocuencia cautiva y conmueve; hasta el punto de que, cuando narra un episodio patético, o intenta provocar la piedad o el cariño, no puedo escucharlo sin que los ojos se me llenen de lágrimas.

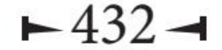
¡Qué magnífico hombre debió ser en sus tiempos de felicidad para mostrarse tan noble aun en la desgracia! Parece tener conocimiento de su propia valía, y de la magnitud de su ruina.

– Cuando era joven – me dijo un día – sentía como si hubiera nacido para llevar a cabo grandes

cosas. Tengo una naturaleza sensible; pero poseía entonces una serenidad de juicio que me capacitaba para triunfar. Este convencimiento de mi valía me ha sostenido en situaciones en que otros hubieran sucumbido; pues me parecía poco digno malgastar en vanas lamentaciones unos talentos que podían ser de utilidad a mis semejantes.

Cuando recuerdo lo que he conseguido, nada menos que la creación de un ser racional y sensible, no me puedo considerar simplemente como uno más entre el conjunto de científicos. Pero esta sensación, que me sostenía al principio de mi carrera, ahora sólo sirve para hundirme más en la miseria.

Todas mis esperanzas y proyectos no son nada, y, como el arcángel que aspiraba al poder supremo, me encuentro ahora encadenado en un infierno eterno. Tenía una viva imaginación y a la vez una gran capacidad de análisis y concentración; mediante la estrecha colaboración de estas dos cualidades concebí la idea, y llevé a cabo la creación de un hombre.



Incluso ahora no puedo rememorar con serenidad las ilusiones que me invadían mientras no tuve terminado el trabajo.

Llegaba con la imaginación hasta las más altas esferas, a veces exultante de júbilo ante mi poder, otras estremecido al pensar en las consecuencias de mi investigación. Desde pequeño había concebido las mayores ambiciones y esperanzas; ¡cómo me he hundido! Amigo mío, si me hubiera conocido antaño, no me reconocería en mi actual estado de denigración. Desconocía casi por completo lo que era el desánimo; parecía estar destinado a un brillante porvenir, hasta que me hundí para siempre.

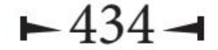
¿Habré, pues, de perder a tan admirable ser? He añorado la compañía de un amigo; he buscado a alguien que me apreciara y comprendiera. Y he aquí que lo encuentro en estos remotos mares; mas temo que sólo me valga para conocer su valía, justo antes de que muera. Quisiera reconciliarlo con la vida, pero odia esta idea.

– Le agradezco, Walton – dijo – las buenas

intenciones que demuestra hacia alguien tan miserable como yo; pero, cuando habla usted de nuevos lazos, de nuevos afectos, ¿piensa que hay alguno que pudiera sustituir jamás a aquellos que ya he perdido? ¿Puede otro hombre significar para mí lo mismo que Clerval?; ¿qué mujer podría ser otra Elizabeth?.

Incluso cuando nuestro amor no viene reforzado por cualidades superiores, los compañeros de niñez siempre ejercen sobre nosotros una influencia que amigos posteriores raras veces suelen tener.

Conocen nuestras primeras inclinaciones, que, por mucho que después se modifiquen, jamás se llegan a borrar; y en cuanto a la honestidad de nuestros actos, son los que mejor pueden juzgar nuestros motivos. Un hermano no podrá jamás sospechar que el otro lo engaña o traiciona, salvo que esta inclinación se haya manifestado desde edad muy temprana, mientras que a un amigo, pese a que su afecto sea inmenso, le puede invadir, incluso a pesar suyo, la desconfianza.



Pero he tenido amigos a los que he querido no sólo por costumbre o contacto, sino por sus cualidades personales; y donde quiera que me encuentre, la apacible voz de Elizabeth y la conversación de Clerval siempre susurrarán en mis oídos.

Ellos han muerto; y en mi soledad sólo hay un objetivo que pueda inducirme a conservar la vida. Si me encontrara realizando una importante empresa que revistiera utilidad para mis semejantes, podría seguir viviendo para concluirla. Pero no es éste mi sino; debo perseguir y destruir al ser que creé; y entonces, sólo entonces habré cumplido mi cometido en la tierra y podré morir.

2 de septiembre

Mi querida hermana:

Te escribo acechado por un grave peligro, e ignoro si el destino me permitirá volver a ver mi querida Inglaterra y a los amigos que allí viven. Me cercan montañas de nieve que impiden la salida y amenazan a cada momento con aplastar el barco.

Los valerosos hombres, a quienes convencí de que me acompañaran, vienen a mí en busca de una solución; pero no tengo ninguna que ofrecer.

Hay algo terriblemente espantoso en nuestra situación, pero aún conservo la confianza y el valor. Quizá sobrevivamos; y, si no, como Séneca, moriré con buen ánimo.

¿Pero cuáles serán tus pensamientos, Margaret? No sabrás que he muerto, y esperarás ansiosamente mi regreso. Pasarán los años, y vivirás momentos de desesperación, pero siempre te atenazará la tortura de la esperanza.

¡Mi querida hermana!, la horrible desilusión de tus esperanzas me resulta más terrible aún que mi propia muerte. Pero tienes a tu marido y a tus hermosos hijos; y puedes ser feliz. ¡Que el cielo te bendiga, y permita que lo seas!

Mi desdichado huésped me mira con la mayor compasión. Intenta devolverme la esperanza; y habla de la vida como de un tesoro preciado. Me

recuerda la frecuencia con que estos accidentes les han ocurrido a otros navegantes que se aventuraron hasta estos mares y, a pesar mío, me contagia la idea de buenas perspectivas.

Incluso los marineros notan el poder de su elocuencia; cuando él habla, vuelven a confiar; reaviva sus energías, y, mientras lo escuchan, llegan a creer que estas gigantescas montañas de hielo son pequeños montículos, que desaparecerán bajo la fuerza de la voluntad humana. Estos sentimientos son pasajeros; cada día que transcurre, la frustración de sus esperanzas les llena de espanto, y temo que el miedo les haga amotinarse.

5 de septiembre

Acaba de suceder algo tan insólito que, aunque es muy probable que nunca llegues a leer estos papeles, no puedo por menos de narrarlo.

Seguimos rodeados de montañas de nieve, y en inminente peligro de que nos aplasten. El frío es intensísimo, y muchos de mis desafortunados

compañeros ya han encontrado su tumba en este paraje desolador. La salud de Frankenstein empeora día a día; le sigue brillando una luz febril en los ojos, pero está extenuado, y si hace el menor esfuerzo, vuelve a caer en la total agonía.

Mencioné en la última carta el temor que tenía a que se produjera un motín. Esta mañana, mientras contemplaba el ceniciento rostro de mi amigo –los ojos entornados y los miembros inertes— me interrumpieron media docena de marineros, que querían entrar en el camarote.

Les hice pasar; y el que actuaba de portavoz se dirigió a mí. Me dijo que él y sus compañeros habían sido elegidos por el resto de la tripulación para que, a modo de delegación, me comunicaran una petición, a la que en justicia no me podía negar.

Estábamos cercados por el hielo, y probablemente no lograríamos escapar; pero temían que, si acaso, como era posible, el hielo cediera, y se abriera un camino, yo fuera lo bastante imprudente como para querer continuar mi viaje, y los condujera a nuevos

peligros, después de haber salvado éste felizmente. Pedían, pues, que me comprometiera bajo solemne promesa a que, si el barco quedaba libre, me dirigiría de inmediato al sur.

Esta petición me perturbó. Aún no había perdido las esperanzas; ni siquiera había pensado en regresar, caso de quedar libres del hielo. Sin embargo, ¿podría yo, en justicia, oponerme a ello? ¿tenía siquiera la posibilidad de hacerlo?.

Pensaba en estas preguntas antes de contestar, cuando Frankenstein, que en un principio había permanecido callado y parecía no tener ni fuerzas para atender, se incorporó; los ojos le brillaban y tenía las mejillas encendidas por un repentino rubor. Dirigiéndose a los hombres, dijo:

¿Qué significa esto? ¿Qué estáis pidiendo a vuestro capitán? ¿Tan pronto os desanimáis? ¿No le llamabais a ésta la expedición gloriosa?, ¿por qué iba a ser gloriosa?, ¿porque la ruta era fácil y apacible como un mar del sur? No; la llamabais así porque estaba llena de peligros y acechamos;

porque a cada nueva dificultad debíais renovar vuestro valor y fortaleza; porque os rodeaba el peligro y la muerte y debíais vencer ambas. Por esto la llamabais gloriosa, porque era una empresa digna.

La posteridad os aclamaría como bienhechores de la humanidad; se veneraría vuestro nombre, como el de aquellos hombres valerosos que se enfrentaron con honor a la muerte en beneficio de la especie humana. ¡Y mirad ahora!: con la primera impresión de peligro, o, si lo preferís, la primera gran prueba, vuestro valor se desvanece y estáis dispuestos a pasar por hombres que no tuvieron la fuerza suficiente para afrontar el frío y el peligro... los pobres tenían frío y volvieron junto a sus chimeneas.

En verdad que para esto no se hubieran requerido tantos preparativos; no teníais por qué haberos aventurado hasta aquí, ni hacer pasar a vuestro capitán por la vergüenza del fracaso, para demostrar que sois unos cobardes. ¡Sed hombres!, ¡sed más que hombres! Sed fieles a vuestros propósitos, firmes como las rocas.

Este hielo no está hecho del mismo material del que podrían estar hechos vuestros corazones; es vulnerable, no puede venceros si os empeñáis en que no lo haga. No volváis a vuestras familias con la frente marcada por el estigma de la vergüenza. Regresad como héroes que lucharon y vencieron y que desconocen lo que es darle la espalda a su enemigo.

A lo largo del discurso, su voz se había ido adaptando tan bien a los distintos sentimientos que expresaba, y sus ojos brillaban tan llenos de heroísmo y sana ambición, que no fue de extrañar que mis hombres se conmovieran. Se miraron unos a otros, sin saber qué decir.

Yo me dirigí a ellos, y les rogué que recapacitaran sobre lo que habían oído; añadí que por mi parte no seguiría avanzando hacia el norte en contra de su voluntad, pero que esperaba que, tras considerarlo, recobraran el valor perdido.

Salieron, y me volví hacia mi amigo; pero se hallaba muy abatido y casi privado de aliento.

Ignoro cómo concluirá todo esto; pero preferiría la muerte a regresar, cubierto de vergüenza, sin haber podido alcanzar mis objetivos. Sin embargo, temo que ese sea mi destino; sin el ánimo que les pudiera infundir la idea de la gloria y el honor, mis hombres jamás se avendrán a proseguir sus actuales penurias.

7 de septiembre

¡La suerte está echada!, he accedido a nuestro regreso si los hielos nos lo permiten. Veo truncadas mis esperanzas por la cobardía y la indecisión; regreso desilusionado e ignorante. Necesitaría más tolerancia de la que me ha sido dada para sufrir esta injusticia con paciencia.

12 de septiembre

Todo ha concluido; vuelvo a Inglaterra. He perdido mis esperanzas de gloria y mi ansia de servir a la humanidad; y he perdido a mi amigo. Pero trataré, querida hermana, de contarte con detalle estos tristes sucesos; no quiero

navegar rumbo a Inglaterra, y hacia ti, lleno de pesadumbre.

El nueve de septiembre el hielo empezó a ceder, y en la distancia escuchamos atronadores crujidos, así que las islas de hielo se resquebrajaban en todas las direcciones.

Corríamos enorme peligro; pero, puesto que nada podíamos hacer, todo mi interés se centraba en mi infeliz huésped, cuya salud había declinado hasta el punto de no poder levantarse de la cama.

El hielo se rompió a nuestras espaldas y fue empujado con rapidez en dirección norte; del oeste comenzó a soplar una brisa y el día once el camino hacia el sur quedaba despejado.

Cuando los marineros vieron esto, y comprendieron que quedaba asegurado su regreso a su país natal, prorrumpieron en

continuos gritos de loca alegría. Frankenstein, que se había adormilado, despertó, y preguntó la causa del alboroto.

– Gritan – contesté – porque pronto regresarán a Inglaterra.

– ¿Regresa usted entonces?

– Sí – respondí — no puedo oponerme a sus peticiones. No puedo conducirlos hacia nuevos peligros contra su voluntad, y debo volver.

– Hágalo si quiere. Yo me quedo. Usted puede abandonar su objetivo; pero el mío me lo fió el cielo, y no puedo renunciar. Estoy débil; pero confío en que los espíritus que me ayudan en mi venganza me prestarán las fuerzas necesarias.

Al decir esto intentó saltar de la cama, pero el esfuerzo fue demasiado grande; cayó y perdió el sentido.

Tardó mucho en volver en sí, y a menudo me pareció que había muerto. Finalmente abrió los ojos; respiraba con dificultad, y no podía hablar. El médico le dio un brebaje reconstituyente, y nos ordenó que no lo molestáramos. A mí me advirtió que a mi amigo le restaban pocas horas de vida.

Se había pronunciado su sentencia, y a mí ya sólo me quedaba lamentarme y tener paciencia. Permanecí sentado a la cabecera de su lecho, mirándolo; tenía los ojos cerrados, y pensé que dormía. De pronto, con voz apagada, me llamó, indicándome que me acercara, y dijo:

– Me abandonan las fueras en las que confiaba. Presiento que pronto habré de morir, y él, mi enemigo y verdugo, está aún con vida.

No piense, Walton, que en mis últimos instantes mi alma rezuma todavía el punzante odio y la sed de venganza que días pasados le manifesté,

pero creo que estoy justificado al desear la muerte de mi adversario. Durante estos días he meditado sobre mis acciones pasadas y no hallo en ellas nada reprensible; en un ataque de loco entusiasmo creé una criatura racional, y tenía para con él el deber de asegurarle toda la felicidad y bienestar que me fuera posible darle.

Esta era mi obligación, pero había otra superior. Mis obligaciones para con mis semejantes debían tener prioridad, puesto que suponían una mayor proporción de felicidad o desgracia. Impulsado por esta creencia, me negué, e hice bien, a crearle una compañera al primer ser. Dio pruebas entonces de una maldad y un egoísmo sin precedentes: asesinó a mis seres más queridos; se consagró a la destrucción de personas llenas de delicadeza, sabiduría y bondad; e ignoro dónde terminará esta sed de venganza. Desgraciado como es, debe morir a fin de que no pueda hacer desgraciados a los demás.



La tarea de su destrucción me había sido encomendada a mí, pero he fracasado. Empujado por motivos egoístas e insanos, le pedí a usted que completara mi labor; ahora, empujado únicamente por la razón y la virtud, se lo reitero.

»Sin embargo no puedo pedirle que renuncie a su país y a sus amigos para llevar a cabo esta labor; y ahora, que regresa a Inglaterra, tendrá pocas ocasiones de encontrarse con él. Pero dejo en sus manos el reflexionar sobre estos puntos, y el determinar lo que usted considere que es su deber. La proximidad de la muerte turba mis pensamientos y mi razón, y no me atrevo a pedirle que haga lo que yo considero justo, pues puedo estar cegado por la Pasión.

»Me inquieta el que siga con vida y sea un instrumento de maldad; y sin embargo, esta hora, en la que aguardo que cada instante

me traiga la liberación, es la única en la que durante muchos años he sido feliz. Pasan ante mí los espíritus de aquellos a los que tanto quise, y corro hacia ellos. ¡Adiós, Walton! Busque la felicidad en la paz y, evite la ambición, aun aquella, inofensiva en apariencia, de distinguirse por sus descubrimientos científicos. ¿Mas por qué hablo así?; yo he visto truncadas mis esperanzas, pero otro puede triunfar.

La voz se le iba apagando a medida que hablaba; yfinalmente, vencido por el esfuerzo, se acalló del todo. Media hora más tarde intentó volver a hablar pero no pudo; oprimió mi mano débilmente, y sus ojos se cerraron para siempre, mientras sus labios esbozaron una débil sonrisa.

Margaret, ¿qué puedo decir sobre la prematura muerte de esta magnífica persona? ¿Qué puedo decir para que entiendas lo profundo de mi pesar? Todo lo que dijera sería pobre e inadecuado. Las lágrimas abrasan mis mejillas;

y una nube de desilusión nubla mi mente. Pero navego rumbo a Inglaterra, y allí quizá encuentre un consuelo.

Me interrumpen. ¿Qué significan estos ruidos? Es medianoche; la brisa sopla suavemente y, en cubierta, los hombres de guardia no se mueven. De nuevo el ruido; parece la voy de un hombre, pero mucho más ronca; viene del camarote donde reposan los restos de Frankenstein. Debo levantarme a ver qué sucede. Buenas noches, hermana mía.

¡Dios mío!, ¡qué escena acaba de tener lugar! Todavía estoy aturdido con el recuerdo. Apenas sé si tendré fueras para contarla; mas el relato que he anotado quedaría incompleto sin referir esta última y soberbia catástrofe.

Entré en el camarote donde yacían los restos de mi malhadado y admirable amigo. Sobre él se inclinaba un ser para cuya descripción no

tengo palabras; era de estatura gigantesca, pero de constitución deforme y tosca. Agachado sobre el ataúd, tenía el rostro oculto por largos mechones de pelo enmarañado; tenía extendida una inmensa mano, del color y la textura de una momia.

Cuando me oyó entrar, dejó de proferir exclamaciones de pena y horror, y saltó hacia la ventana. Jamás he visto nada tan horrendo como su rostro, de una fealdad repugnante y terrible. Involuntariamente cerré los ojos e intenté recordar mis obligaciones acerca de este destructivo ser. Le ordené que se quedara.

Se detuvo, y me miró sorprendido; y, volviéndose de nuevo hacia el cadáver de su creador, pareció olvidar mi presencia; sus facciones y sus gestos parecían animados por la furia de una pasión incontrolable.

– Esa es también mi víctima – exclamó –

con su muerte consumo mis crímenes. El horrible drama de mi existencia llega a su fin. ¡Frankenstein!, ¡hombre generoso y abnegado!, ¿de qué sirve que ahora implore tu perdón? A ti, a quien destruí despiadadamente, arrebatándote todo lo que amabas. ¡Está frío!; no puede contestarme.

Su voz se ahogaba; y mis primeros impulsos, que me inducían a la obligación de cumplir el último deseo de mi amigo, y destrozar a aquel ser, se vieron frenados por una mezcla de curiosidad y compasión. Me acerqué a esta extraña criatura; no me atrevía a mirarlo, pues había algo demasiado pavoroso e inhumano en su fealdad.

Traté de hablar, pero las palabras se me quedaron en los labios. El monstruo seguía profiriendo exaltadas y confusas recriminaciones. Por fin logré dominarme y, aprovechando una pausa en su agitado monólogo, dije:

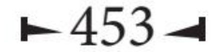
– Tu arrepentimiento es ya superfluo. Si hubieras escuchado la voz, de la conciencia, y atendido a los dardos del remordimiento, antes de llevar tu diabólica sed de venganza hasta este extremo, Frankenstein seguiría vivo.

– ¿Imagina – respondió la infernal criatura– que era insensible al dolor y al remordimiento? Él – continuó, señalando el cadáver—, él no ha sufrido nada con la consumación del hecho; no ha sufrido ni la milésima parte de angustia que yo durante el distendido proceso. Me impulsaba un terrible egoísmo, a la par que el remordimiento me torturaba el corazón. ¿Piensa que los estertores de Clerval eran música para mí? Tenía el corazón sensible al amor y la ternura; y cuando mis desgracias me empujaron hacia el odio y la maldad, no soporté la violencia del cambio sin sufrir lo que usted jamás podrá imaginar.

»Tras la muerte de Clerval regresé a Suiza con

el corazón destrozado. Sentía compasión por Frankenstein, y mi piedad se fue tornando en horror, hasta tal punto que me aborrecía a mí mismo. Pero al descubrir que él, el autor de mi existencia a la vez que de mis atroces desdichas, se atrevía a esperar la felicidad; que, mientras por su culpa se acumulaban sobre mí tormentos y aflicciones, él buscaba la satisfacción de sus sentimientos y pasiones, satisfacción que a mí me estaba vedada, una envidia incontrolable y una punzante indignación me atenazaron con la insaciable sed de la venganza.

Recordé mi amenaza y decidí llevarla a cabo. Sabía que yo mismo me estaba preparando una terrible tortura; pero me encontraba esclavo, no dueño, de un impulso que detestaba, pero no podía desobedecer. Mas cuando ella murió, no experimenté ningún pesar. En lo inmenso de mi desesperación, había conseguido desechar todos mis sentimientos y ahogar todos mis escrúpulos.



A partir de ahí, el mal se convirtió para mí en el bien. Llegado a este punto ya no tenía elección; adapté mi naturaleza al estado que había escogido voluntariamente. El cumplimiento de mi diabólico proyecto se convirtió en una pasión dominante. Y ahora se ha terminado, ¡ahí yace mi última víctima!

Al principio la narración de sus sufrimientos me conmovió, pero cuando recordé lo que Frankenstein me había dicho respecto de su elocuencia y poder de persuasión, y vi ante mí el cuerpo inanimado de mi amigo, sentí cómo revivía en mí la indignación.

– ¡Miserable! – grité –, ¿ahora vienes a lamentarte de la desolación que has creado? Lanzas una antorcha encendida en medio de los edificios y, cuando han ardido, te sientas a llorar entre las ruinas. ¡Engendro hipócrita!, si aún viviera éste a quien lloras, volvería a ser el objeto de tu maldita venganza. ¡No es pena lo

que sientes!; sólo gimes porque la víctima de tu maldad escapó ya a tu poder.

– No; no es así – me interrumpió el engendro — Aunque esa debe ser la impresión que le causan mis actos. No intento despertar su simpatía; jamás encontraré comprensión. Cuando primero traté de hallarla, quise compartir el amor por la virtud, el sentimiento de felicidad y ternura que me llenaba el corazón.

Pero ahora que esa virtud es tan sólo un recuerdo, y la felicidad y ternura se han convertido en amarga y odiosa desesperación, ¿dónde debo buscar comprensión? Me avengo a sufrir en soledad, mientras duren mis desgracias; y acepto que, cuando muera, el odio y el oprobio acompañen mi recuerdo. Tiempo atrás mi imaginación se colmaba de sueños de virtud, fama y placer.

Antaño esperé ingenuamente encontrarme

con seres que, obviando mi aspecto externo, me quisieran por las excelentes cualidades que llevaba dentro de mí. Me nutría de elevados pensamientos de honor y devoción. Pero ahora la maldad me ha degradado, y soy peor que las más despreciables alimañas.

No hay crimen, maldad, perversidad, comparables a los míos. Cuando repaso la horrenda sucesión de mis crímenes, no puedo creer que soy el mismo cuyos pensamientos estaban antes llenos de imágenes sublimes y trascendentales, que hablaban de la hermosura y la magnificencia del bien. Pero es así; el ángel caído se convierte en pérfido demonio. Pero incluso ese enemigo de Dios y de los hombres tenía amigos y compañeros en su desolación; yo estoy completamente solo.

»Usted, que llama a Frankenstein su amigo, parece tener conocimiento de mis crímenes y sus desventuras. Pero, por muchos detalles

que de ellos le diera, no pudo contarle las horas y meses de miseria que he soportado, consumiéndome bajo pasiones impotentes. Pues, aunque destruía sus esperanzas, no por ello satisfacía mis propios deseos, que seguían ardientes e insatisfechos.

Seguía necesitando amor y compañía y continuaban rechazándome. ¿No era esto injusto? ¿Soy yo el único criminal, cuando toda la raza humana ha pecado contra mí? ¿Por qué no odia usted a Félix, que arrojó de su casa, asqueado, a su amigo? ¿Por qué no maldice al campesino que intentó matar a quien acababa de salvar a su hija? Pero estos son seres virtuosos y puros.

Yo, el infeliz, el proscrito, soy el aborto, creado para que lo pateen, lo golpeen, lo rechacen. Incluso ahora me arde la sangre bajo el recuerdo de esta injusticia.

»Pero es cierto que soy despreciable. He asesinado lo hermoso y lo indefenso; he estrangulado a inocentes mientras dormían, y he oprimido con mis manos la garganta de alguien que jamás me había dañado, ni a mí ni a ningún otro ser.

He llevado a la desgracia a mi creador, ejemplo escogido de todo cuanto hay digno de amor y admiración entre los hombres; lo he perseguido hasta convertirlo en esta ruina. Ahí yace, pálido y entumecido por la muerte. Usted me odia; pero su repulsión no puede igualar la que yo siento por mí mismo.

Contemplo las manos con las que he llevado esto a cabo; pienso en el corazón que concibió su ruina, y ansío que llegue el momento en que pueda mirarme a mí mismo, y mis remordimientos no torturen más mi corazón.

»No tema, no volveré a cometer más crímenes.

Mi tarea casi ha concluido. No se necesita su muerte ni la de ningún otro hombre para consumar el drama de mi vida, y cumplir aquello que debe cumplirse; sólo se requiere la mía. No piense que tardaré en llevar a cabo el sacrificio.

Me alejaré de su bajel en la balsa que me trajo hasta él y buscaré el punto más alejado y septentrional del hemisferio; haré una pira funeraria, donde reduciré a cenizas este cuerpo miserable, para que mis restos no le sugieran a algún curioso y desgraciado infeliz la idea de crear un ser semejante a mí. Moriré. Dejaré de padecer la angustia que ahora me consume, y de ser la presa de sentimientos insatisfechos e insaciables.

Ha muerto aquel que me creó; y, cuando yo deje de existir, el recuerdo de ambos desaparecerá pronto. Jamás volveré a ver el sol, ni las estrellas, ni a sentir el viento acariciarme las

mejillas. Desaparecerán la luz, las sensaciones, los sentimientos; y entonces encontraré la felicidad.

Hace algunos años, cuando por primera vez se abrieron ante mí las imágenes que este mundo ofrece, cuando notaba la alegre calidez del verano, y oía el murmullo de las hojas y el trinar de los pájaros, cosas que lo fueron todo para mí, hubiera llorado de pensar en morir; ahora es mi único consuelo. Infectado por mis crímenes, y destrozado por el remordimiento, ¿dónde sino en la muerte puedo hallar reposo?

»¡Adiós! Lo abandono. Usted será el último hombre que vean mis ojos. ¡Adiós, Frankenstein! Si aún estuvieras vivo, y mantuvieras el deseo de satisfacer en mí tu venganza, mejor la satisfarías dejándome vivir que dándome muerte.

Pero no fue así; buscaste mi aniquilación para que no pudiera cometer más atrocidades; mas

si, de forma desconocida para mí, aún no has dejado del todo de pensar y de sentir, sabe que para aumentar mi desgracia no debieras desear mi muerte. Destrozado como te hallabas, mis sufrimientos eran superiores a los tuyos, pues el zarpazo del remordimiento no dejará de hurgar en mis heridas hasta que la muerte las cierre para siempre.

»Pero pronto – exclamó, con solemne y triste entusiasmo – moriré, y lo que ahora siento ya no durará mucho. Pronto cesará este fuego abrasador. Subiré triunfante a mi pira funeraria, y exultaré de júbilo en la agonía de las llamas.

Se apagará el reflejo del fuego, y el viento esparcirá mis cenizas por el mar. Mi espíritu descansará en paz; o, si es que puede seguir pensando, no lo hará de esta manera. Adiós.

Con estas palabras saltó por la ventana del

camarote a la balsa que flotaba junto al barco. Pronto las olas lo alejaron, y se perdió en la distancia y en la oscuridad.

FIN




Mary Shelley
Frankenstein
VICTOR
FRANKENSTEIN
461

Frankenstein es una historia macabra en la que Víctor, un joven ávido de conocimientos científicos, se obsesiona por lograr el mayor reto posible en el mundo científico: dar vida a un cuerpo muerto.

Su éxito será su condena, la creación de un monstruo estremecedor que, en respuesta a su rechazo por todos se entrega por completo a saciar una sed de venganza hacia su creador, culpable de su desgracia, y hacia todo lo que éste ama, tornando en muerte todo alrededor de Víctor.

El monstruo, enfermo de soledad, solicita una compañera a su creador a cambio de desaparecer para siempre, pero Víctor se niega a ello, provocando así que la única salida hacia la paz y el descanso sea el fin de uno de los dos.